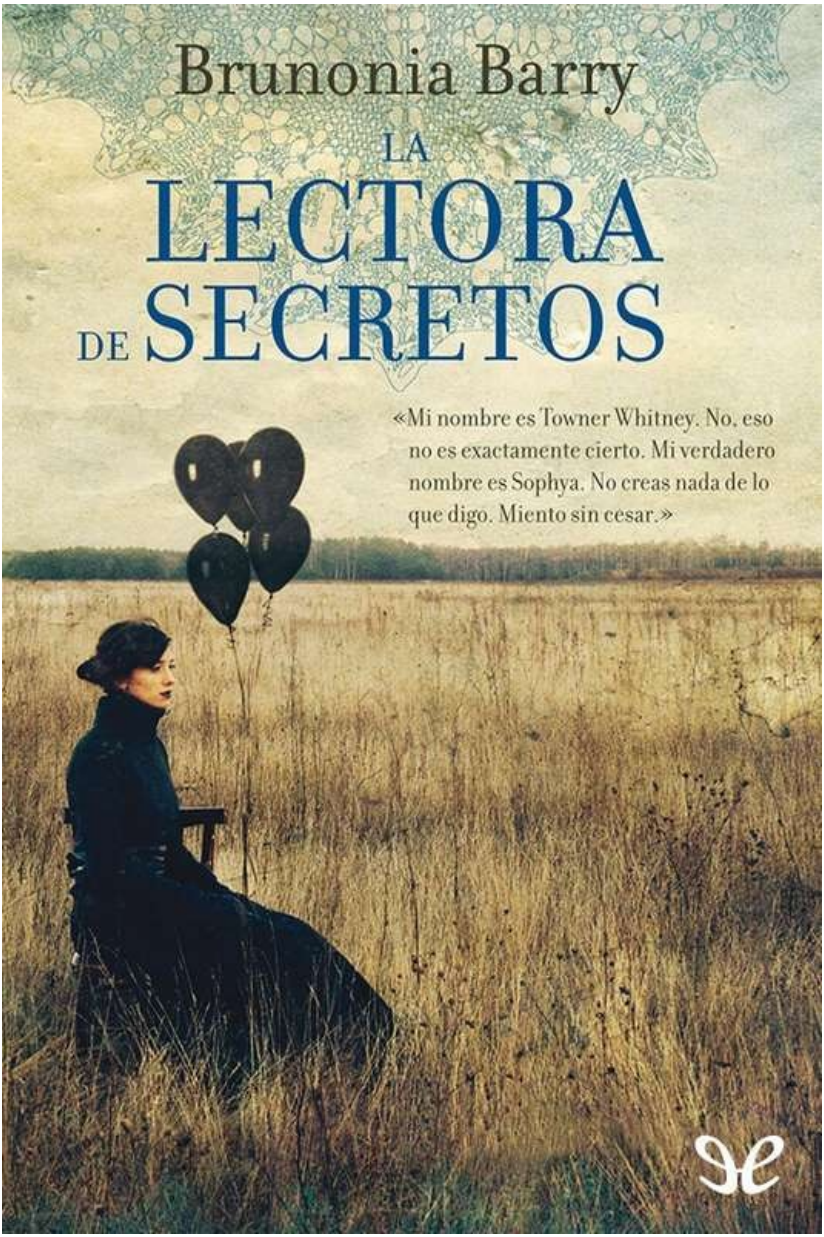

Brunonia Barry
LA
LECTORA
DE SECRETOS
«Mi nombre es Towner Whitney. No, eso no es exactamente cierto. Mi verdadero nombre es Sophya. No creas nada de lo que digo. Miento sin cesar.»

Towner Whitney proviene de una familia de mujeres que tienen el don de leer el futuro en los dibujos del encaje. Una saga de mujeres que han guardado secretos durante generaciones. Pero Towner hace años que decidió no volver a utilizar su don nunca más, ya que la última vez que lo hizo provocó la muerte de su hermana gemela y la condujo a ella al umbral de la locura. Por eso Towner se ha alejado de su infancia y de su ciudad natal. Sin embargo, cuando su tía abuela desaparece misteriosamente, debe volver a casa para intentar desvelar qué se esconde tras este incidente. Pronto descubrirá que este hecho que en un primer momento parece aislado puede sacar a la luz la verdad sobre la muerte de su hermana. Las mujeres de la familia Whitney creen que los accidentes no existen, que todo ocurre por una razón. Quizá haya llegado el momento de que Towner recupere su don para resolver el misterio.



Brunonia Barry

La lectora de secretos

ePub r1.1

Karras 25.05.2018

Título original: *The Lace Reader*

Brunonia Barry, 2009

Traducción: Gabriela Ellena Castellotti

Editor digital: Karras

ePub base r1.2



A mi maravilloso marido, Gary,

y al pelo rojo mágico de mi cuñada Joanne

Primera parte

La lectora de encaje debe mirar fijamente la pieza hasta que el diseño se desdibuje y el rostro del que pregunta desaparezca por completo detrás del halo. Cuando los ojos empiecen a llenarse de lágrimas y la paciencia se agote, entonces se vislumbrará algo inusual.

En ese momento comenzará a formarse una imagen…, en el espacio entre lo real y lo que sólo es imaginario.

Guía de la lectora de encaje.

Capítulo 1

Mi nombre es Towner Whitney. No, eso no es exactamente cierto. Mi verdadero nombre es Sophya. No creas nada de lo que digo. Miento sin cesar.

Soy una loca… Esto último es verdad.

Mi hermano pequeño, Beezer, que es más bueno que yo, asegura que la locura es genética. «Venimos de cinco generaciones de locos», dice, como si fuera una etiqueta que está orgulloso de llevar. No obstante, también reconoce que es probable que yo haya llevado esa condición a un nuevo nivel.

Hasta mi llegada, la familia Whitney era lo que la ciudad de Salem denominaba con cariño «excéntrica». Si pertenecías a una de las familias adineradas de toda la vida, aunque hiciera mucho que hubiese desaparecido ese capital, nunca se te tachaba de «loco». Podían tildarte de «inusual», o incluso de «extravagante», pero el término preferido por antonomasia para dicha condición era «excéntrico».

Durante generaciones, los hombres Whitney han sido célebres por sus excentricidades: desde capitanes marítimos e industriales hasta mi hermano pequeño Beezer, que es muy conocido en los círculos científicos por sus artículos sobre física de partículas y teoría de cuerdas.

Nuestro tatarabuelo, por ejemplo, transformó una inquietante preocupación por los pies de las señoras en una carrera brillante como magnate industrial en la próspera industria del calzado de la ciudad de Lynn. Fundó una empresa que pasó de generación en generación hasta mi abuelo, G. G. Whitney. Nuestro trastatarabuelo, que era un magnate por derecho propio, tenía tal afición por inhalar canela que muchos lo consideraban una obsesión. Finalmente, construyó una flota de barcos que viajaron por todo el globo y convirtieron Salem en uno de los puertos más ricos del Nuevo Mundo.

Sin embargo, cualquiera reconocería que son las mujeres de la familia Whitney las que han llevado la excentricidad hasta un nivel superior. Mi madre, May, por ejemplo, es una contradicción andante. Una devota reclusa que, salvo en sus arrestos, no ha salido de su casa de Yellow Dog Island en casi veinte años. Aun así, May se las ha arreglado para reflotar la industria del encaje, dada por muerta hace mucho tiempo, y hacerse famosa en el ínterin. Se ha cosechado una considerable notoriedad por rescatar a mujeres y niños víctimas de abusos y transformar sus vidas, colocando a las mujeres en su negocio de encajes y educando en casa a sus hijos. Se trata de la misma agorafóbica aguda que entregó a una de sus hijas a su medio hermana estéril, Emma, en un arranque de generosidad porque, como dijo en su momento, había una necesidad y, además, ella había sido bendecida con un par a juego.

Mi tía abuela Eva, que para mí ha sido una madre mucho más de lo que nunca

ha sido May, también es rara. Bien entrada en los ochenta, dirige su propio negocio, pero Eva es conocida por pertenecer a la casta bostoniana descendiente de los fundadores y como bruja de Salem, cuando lo cierto es que no es ninguna de las dos cosas. De hecho, Eva es una unitaria de la vieja escuela con tendencias trascendentalistas. Cita las Escrituras en la misma frase que cita a Emerson y a Thoreau. Aunque, en los últimos años, Eva sólo habla a través de clichés, como si emplear metáforas manidas pudiera alejarla de los resultados inevitables que le pagan por predecir.

Durante treinta y cinco años de su vida, Eva ha llevado un salón de té para señoras y ha impartido exitosas clases de etiqueta a los niños ricos de la región de North Shore, en Boston. Pero por lo que Eva será recordada es por su extraordinaria capacidad para leer e interpretar el encaje. La gente acude desde todas partes del mundo para que Eva les haga una lectura. Con sólo sujetar la pieza de encaje delante de ti y entornar los ojos, es capaz de saber tu pasado, tu presente y tu futuro con una precisión considerable.

De uno u otro modo, todas las mujeres Whitney son lectoras. Mi hermana gemela, Lyndley, decía que ella no podía leer el encaje, pero nunca la creí. La última vez que lo intentamos, ella vio lo mismo que yo, y lo que vimos aquella noche la empujó a tomar las decisiones que finalmente acabaron con su vida. Cuando Lyndley murió, yo tomé la resolución de no volver a mirar jamás una pieza de encaje.

Ésa es una de las únicas cosas en las que Eva y yo hemos estado radicalmente en desacuerdo. «No fue porque el encaje estuviera mal —insistía siempre—. Fue la interpretación de la lectora lo que falló». Entiendo que eso debería hacerme sentir mejor; Eva nunca dice nada con la intención de hacer daño. Pero aquella noche Lyndley y yo interpretamos la lectura del encaje de la misma manera, y nada de lo que diga Eva podrá traer a mi hermana de vuelta.

Tras la muerte de Lyndley, tuve que marcharme de Salem y acabé en California, lo más lejos que podía irme sin salirme de los límites de la Tierra. Sé que Eva quiere que vuelva a casa, a Salem. Por mi propio bien, como ella dice. Pero no tengo fuerzas para hacerlo.

Precisamente hace poco, después de que me hicieran la histerectomía, Eva me envió su mundillo, el que utiliza para hacer el encaje. Me lo entregaron en el hospital.

—¿Qué es? —preguntó mi enfermera, sujetándolo, observando los bolillos y la pieza de encaje, inacabada, que había prendida a él—. ¿Es algún tipo de almohada?

—Es una almohada de encajera —dije yo—, para hacer encaje de Ipswich.

Me miró desconcertada; yo notaba que no sabía qué decir. No se parecía a ninguna almohada que hubiera visto antes. ¿Y qué demonios era el encaje de Ipswich?

—Trata de apretarla contra los puntos si tienes que toser o estornudar —dijo finalmente—. Para eso es para lo que utilizamos las almohadas por aquí.

La inspeccioné hasta dar con el bolsillo secreto que había escondido en el mundillo. Introduje los dedos en busca de una nota. Nada.

Sé que Eva tiene la esperanza de que vuelva a leer el encaje otra vez. Cree que se trata de un don de Dios y que debemos honrarlo como tal.

Imagino la nota que habría escrito: «“A quien mucho se le da, mucho se le reclamará”. Lucas 12, 48».

Eva solía citar esa línea de las Escrituras como prueba.

Puedo leer el encaje y puedo leer la mente de los demás, aunque no es algo que me esfuerce por hacer, sino que simplemente sucede a veces. Mi madre también posee ambas capacidades, pero a lo largo de los años May se ha convertido en una mujer práctica que cree que saber lo que hay en la mente de las personas o en sus futuros no siempre conviene. Probablemente ése es el único aspecto en el que mi madre y yo hemos estado de acuerdo en la vida.

Cuando me fui del hospital robé la funda de una de sus almohadas. El emblema «Presbiterianos de Hollywood» estaba grabado en ambos lados. Apretujé el mundillo de Eva dentro, escondiendo los hilos, el encaje y los bolillos con forma de hueso, que se agitaban como si fueran péndulos en miniatura, iguales que los del relato de Poe.

Si había futuro para mí, y no estaba del todo segura de que así fuera, no pensaba correr el riesgo de leerlo en el encaje.

Capítulo 2

Cada lectora debe elegir un fragmento de encaje. Es suyo de por vida. Puede tratarse de un diseño transmitido de generación en generación, o de uno que la lectora escoja por su belleza y la familiaridad que sienta hacia él. Muchas lectoras prefieren los encajes hechos a mano, especialmente los antiguos encajes de Ypswich o los que hacen hoy en día las mujeres de Yellow Dog Island.

Guía de *la lectora de encaje* .

Cuando suena el teléfono, yo estoy soñando con agua. No con las cálidas aguas azules y verdes de las playas de los pueblos de California donde vivo, sino con las aguas oscuras del Atlántico de Nueva Inglaterra de mi juventud. En mi sueño estoy nadando hacia la luna. Como en todos los sueños, parece lógico. La idea de que no existe un camino entre el mar y la luna nunca se hace patente.

Nado con mi estilo personal: mitad braza, mitad flotando; lentamente y con resolución, un ritmo que recordaba de otra vida. Todo es eficiente en el movimiento, sólo la nariz, las orejas y los ojos sobresalen por encima del agua, la boca queda sumergida. Con cada brazada, me entran pequeñas olas de agua en la boca, que vuelven a alejarse mientras yo reduzco el ritmo, imitando el enorme océano que me rodea.

Nado durante mucho tiempo, más allá de la bahía de Salem y las olas. Más allá, donde no hay tierra a la vista. Nado hasta que el mar se torna calmo y claro, demasiado calmo para ser un océano real. La luz de la luna llena del sueño dibuja un camino en el agua oscura, una carretera que seguir. No se oye nada más aparte de mi respiración, lenta y constante mientras nado.

Ése era el sueño de mi hermana. Ahora es sólo mío.

El ritmo del movimiento da paso a un sonido rítmico, el teléfono suena una y otra vez. Es uno de los pocos teléfonos que siguen repicando de verdad, y ésa es una de las razones por las que acepté este trabajo como guardesa de la casa. Es la clase de teléfono que podríamos haber tenido en nuestra isla. Ésa es la única cosa interesante de cuanto me ha sucedido. Me anima a reescribir mi propia historia. En la historia que estoy escribiendo, May tiene un teléfono.

Mi terapeuta, la doctora Fukuhara, es jungiana. Cree en símbolos y sombras. Como yo. Pero por el momento mi terapia está interrumpida. «Hemos llegado a un punto muerto», me explicó la doctora Fukuhara. Me eché a reír cuando lo dijo. No porque fuera divertido, sino porque era la clase de tópico que mi tía Eva usaría.

Al cuarto timbrazo, salta el contestador. El aparato también es antiguo; no

tanto como el teléfono, pero es el típico en el que puedes filtrar las llamadas y escuchar un fragmento del mensaje antes de decidir si merece la pena que esa persona hable con un ser vivo.

La voz de mi hermano suena metálica y demasiado alta.

Me estiro para atender y noto los puntos que todavía permanecen en mi interior, los que aún no se han disuelto.

—¿Qué?

—Siento despertarte —dice Beezer.

Recuerdo que me quedé dormida en el sofá ayer; estaba demasiado cansada para levantarme, hipnotizada por el galán de noche y el eco de la música de Santana procedente del bar The Greek, al otro lado de la colina.

—Lo siento —dice otra vez—. No te habría llamado, pero…

—Pero May ha vuelto a meterse en líos.

Ésas son las únicas veces que Beezer me llama hoy en día. Según el último recuento, May ha sido arrestada en seis ocasiones por ayudar a víctimas de abusos. Hace poco mi hermano me informó de que había incluido el número del agente de fianzas de la zona en su guía rápida del móvil.

—No se trata de May —dice.

Mi garganta se tensa.

—Es Eva.

«Muerta —pienso de repente—. Dios mío, Eva está muerta».

—Ha desaparecido, Towner.

Desaparecido. La palabra no me dice nada. «Desaparecido» es el último término que esperaba oír.

Las hojas de la palmera chocan contra la ventana abierta. Ya hace demasiado calor. El cielo claro de Santa Ana, el clima de terremoto. Me levanto para cerrar la ventana. El gato me araña las piernas para abalanzarse hacia la libertad del cañón, salta por la ventana justo cuando ésta se cierra de golpe, atrapándole tan sólo algunos pelos de la cola, última pista de que estaba aquí hace un instante. Ya se ha ido, así de rápido. Los arañazos del gato comienzan a hincharse de inmediato.

—¿Towner?

—Sí.

—Creo que será mejor que vengas a casa.

—Sí —digo—, vale.

Capítulo 3

Se denomina encaje de Ypswich o encaje de bolillos. Se hacen en mundillos, almohadas alargadas que se apoyan sobre la falda de las mujeres. Los mundillos pueden ser redondos o elípticos, y la mayoría recuerdan los manguitos que las mujeres victorianas llevaban para mantener las manos calientes mientras viajaban en sus carruajes. Cada mujer hace su propio mundillo, y éstos son tan individuales como las propias mujeres. Para el encaje de Ypswich tradicional, los mundillos se elaboraban a partir de viejos retales y después se rellenaban con hierbas de la playa.

Guía de *la lectora de encaje* .

The Salem News ya se había hecho eco de la desaparición de Eva: «Una anciana desaparecida hace diez días»; «Lectora de encaje de Salem desaparece». Eva acostumbraba a enviarme el periódico de Salem. Fue por la época en que May empezó a salir en los titulares. Durante un tiempo realmente los leí. Los encontronazos de mi madre con la policía por sus tácticas para salvar a mujeres maltratadas se estaban haciendo célebres y vendían bien. Al final dejé de leer los periódicos; simplemente los apilaba en el porche, con su plástico, hasta que mi casera se hartaba y los llevaba a Santa Mónica a reciclar o, si era invierno, los enrollaba bien y los quemaba en su chimenea como si fueran troncos.

El periódico especulaba que Eva se había marchado sin más. Una mujer del Departamento de la Tercera Edad del Ayuntamiento de Salem a la que entrevistaban sugería colocarles etiquetas identificativas a los residentes mayores de la ciudad. Y evocaba una imagen interesante: policías con tenacillas para marcar las orejas y pistolas con dardos tranquilizantes persiguiendo a la gente mayor. La mujer, al darse cuenta de que había ido demasiado lejos con su sugerencia, proseguía diciendo: «Este tipo de cosas pasan continuamente. Salem es una ciudad pequeña. Estoy segura de que no puede haber ido muy lejos».

Estaba claro que no conocía a mi tía.

El *ferry* desde Boston me deja en Derby Street, a unas cuantas manzanas de la Casa de los Siete Tejados, donde creció el primo de Nathaniel Hawthorne. Mi nombre es en honor a la mujer de Hawthorne, Sophia Peabody, aunque se escribe de otra forma; el mío se escribe Sophya. Crecí con la idea de que la señora Peabody era una pariente lejana, pero descubrí a través de Eva que no tenemos relación alguna con los Peabody, y que sencillamente Sophia le parecía interesante a May, así que se la apropió como nuestra. (Ahora ves de qué lado de la familia viene el tema de las mentiras, ¿no?). En la época en que podría haberme molestado, May y yo ya apenas hablábamos. Ya me había mudado con mi tía Eva. Había cambiado mi nombre por el de Towner y no respondía a ningún otro. Así que no importaba tanto.

Tendré que caminar un buen rato. El parche de estrógeno del brazo empieza a picarme. Tengo una erupción de llevarlo, pero no sé qué hacer, aparte de arrancarme el maldito chisme. Supongo que es por el calor. Había olvidado el calor sofocante que puede llegar a hacer en Nueva Inglaterra en verano, y la humedad que hay. Delante de mí diviso un enjambre de turistas. Los autobuses hacen cola en el *parking* de la Casa de los Siete Tejados, atascando las calles de los alrededores. La gente se mueve en grupos, sacan fotos, embuten *souvenirs* en bolsas que ya están demasiado llenas.

En cada esquina de Salem merodea una lección de historia. Paso justo delante de la Casa de Aduanas, con su tejado de oro. Allí es donde Hawthorne trabajaba durante el día, era un oficinista de plantilla. Sirviéndose de los locales como tema principal, desvelando sus secretos, así fue como básicamente Hawthorne logró escapar de esta ciudad. Huyó al oeste, a Concord, antes de que la gente recordara su viejo talento con la brea y las plumas[1] . Aun así, ahora lo alaban como uno de los suyos. De la misma manera que alaban a las brujas, que nunca existieron en los días de los juicios por brujería, pero que ahora proliferan en gran medida.

Un niño se detiene delante de mí y me pregunta cómo llegar al parque Common. En realidad, son tres chavales, dos chicas y un chico. Van todos vestidos de negro. «Góticos», es lo primero que pienso, pero no. Definitivamente, son jóvenes brujos; los delata la camiseta que lleva una de las chicas, en la que se lee BENDECIDA.

Señalo. «Seguid el camino de baldosas amarillas», digo. En realidad, se trata de una ruta turística pintada en la acera, y es roja, no amarilla, pero captan la idea. Pasa un hombre con una enorme cabeza de Frankenstein repartiendo folletos. Querría llamar a la encargada del guión, pero esto no es un set de rodaje. Un coche patrulla se detiene, el policía mira a los chicos y después a mí. El chaval descubre el logo de la bruja en el lateral del coche y le muestra un pulgar de aprobación al policía. Frankenstein nos da a cada uno un folleto de Freaky Tours y estornuda dentro de su gran cabeza hueca. «Tours de la productora Universal sin el presupuesto», así es como llama Beezer a este sitio. Oí decir a mi hermano que Salem está intentando deshacerse de su imagen de ciudad de brujas. Me contó que el año pasado trataron de aprobar una ordenanza para limitar el número de casas encantadas que se pueden levantar en cada manzana. Al parecer, la ordenanza no fue aprobada.

La segunda chica, la más baja de las dos, se agarra un costado de la cabeza y tira lentamente hacia el lado contrario hasta que le cruje el cuello. Tatuaje celta en la nuca, pelo demasiado oscuro para su piel blanca. «Venga, vamos», le dice al chaval, y lo coge del brazo alejándolo de mí. «Gracias», dice él. Nuestros ojos se encuentran, y él muestra una sonrisa rápida. Ella avanza hasta colocarse entre nosotros, haciéndolo girar como si fuera un enorme barco del que trata de corregir el rumbo. Los sigo, caminando en la misma dirección hacia la casa de Eva pero manteniendo la distancia de seguridad para que ella no crea que estoy persiguiendo al chico.

Hay una buena caminata hasta el parque Common. Oigo la música antes de ver la multitud; es música de la naturaleza, *new age* . Podríamos estar en

Woodstock, si no fuera por el predominio de la ropa negra. Cuento los días y deduzco que es algún tipo de celebración por el solsticio de verano, aunque una semana tarde. Vivir en Los Ángeles me ha hecho olvidar las estaciones. Aquí la llegada del verano es algo que todos celebran, paganos o no.

El parque Common de Salem, con sus enormes robles y arces y la verja gótica de hierro, me trae un recuerdo perdido del colegio. Después de la época de las brujas, pero antes de la revolución, había túneles bajo el parque. Probablemente los marinos mercantes los utilizaban para esconder las ganancias del comercio de los recaudadores de impuestos ingleses. O por lo menos ésa es la teoría. Una vez estalló la guerra de la Independencia, quienes utilizaban los túneles eran los corsarios, que eran lo mismo que los piratas pero con autorización del gobierno. No la autorización de Inglaterra —puesto que robaban barcos británicos—, sino la del nuevo gobierno. Me contaron que allí también escondían munición y nitrato de potasio. Beezer y yo solíamos buscar los túneles cuando éramos pequeños, pero Eva nos explicó que los habían tapado.

Doblo la esquina en el hotel Hawthorne y veo la tenue llama azul de la vieja máquina de hacer palomitas, que aún sigue en la esquina de enfrente del hotel, como cada año desde que mi madre era pequeña. También veo un tenderete provisional en el que venden varitas y cristales, pero eso es nuevo. Al otro lado de la calle se erige la imponente estatua de Roger Conant, que, tras fracasar en su objetivo en Cape Ann, terminó fundando la ciudad que se convertiría en Salem. Recuerdo el tópico que Eva solía repetir al menos unas diez veces por semana: «Los accidentes no existen». Y el que inevitablemente seguía a ése: «Todo sucede por alguna razón».

La policía está por todas partes: en bicicletas, hablando con la gente, pidiendo autorizaciones para encender fuego. «No puedes hacer eso aquí —oigo que dice uno de ellos—. Si quieres hacer una hoguera, tienes que ir hasta Gallows Hill o a la playa».

Cruzo la calle. Abro la puerta de la casa de Eva, y huelo las flores, peonías, de su jardín. Ahora hay cientos de ellas, tres arbustos de peonías que mueren cada invierno. Eva ha hecho un buen trabajo con su jardín. Solía dejarme una llave en un capullo de peonía cuando sabía que iba a ir. O la colocaba en un lirio si la estación estaba más avanzada y las peonías ya no estaban en flor. Lo había olvidado. Además, ahora hay demasiadas flores. Nunca encontraría una llave aquí, y naturalmente esta vez no me ha dejado una llave, porque no me estaba esperando.

La casa de ladrillo es mucho más grande de lo que recordaba. Más imponente y antigua. Las enormes chimeneas escoran a barlovento. Al fondo, lejos de la multitud del parque Common, se encuentra la caballeriza, que conecta con la casa principal a través del porche de invierno. La caballeriza está mucho más dañada que la casa principal —tal vez por el clima o por negligencia—, y parece que se apoya en el porche, que trasluce el tiempo y el desgaste bajo el peso de la misma. Sin embargo, sus ventanas de vidrio antiguo relucen, sin una mota de sal de la brisa marina, lo que quiere decir que Eva las limpió no hace mucho, como hace con todas las ventanas a las que alcanza (tenga ochenta y cinco años o no), de la misma forma que las limpia cada abril

cuando hace la limpieza primaveral. Se pone con todas las ventanas de la planta baja y por dentro con todas las de las plantas superiores. El exterior de las ventanas de los pisos altos está opaco y cubierto de sal, porque Eva es tan austera como un viejo yanqui y se niega a pagar a nadie por un servicio que cree que podría hacer ella misma. Cuando Beezer y yo vivíamos con ella en la ciudad, nos ofrecimos a limpiar las ventanas, pero ella no compró la escalera, y dijo que, en cualquier caso, no nos quería ver encaramados a una, así que mi hermano y yo nos acostumbramos a la distorsión y a la bruma. Si querías ver con claridad, tenías que mirar a través de las ventanas del primer piso o subir hasta la balconada.

La línea perfecta de ventanas de la planta baja reluce desde el porche de invierno. Veo mi reflejo en el viejo vidrio ondulado, y me sorprendo. Cuando me fui, tenía diecisiete años. No he vuelto desde hace quince. Conocía mi reflejo en el cristal cuando tenía diecisiete años, pero hoy no reconozco a la mujer que veo ahí.

El horario del salón de té de Eva está colgado en la puerta principal. Sobre uno de los cristales laterales hay un cartel que reza: LO SENTIMOS, ESTÁ CERRADO.

Una joven me ve caminando hacia la casa.

—No hay nadie —dice la chica, dando por sentado que soy una de las brujas —. Ya lo he comprobado.

Asiento con la cabeza y desciendo la escalera. Cuando se aleja, rodeo la casa, suponiendo que voy a tener que entrar por la fuerza y pensando que no quiero que me vean.

Cuando éramos pequeñas, mi hermana Lyndley y yo podíamos entrar a hurtadillas en cualquier lugar. Yo era una maestra forzando cerraduras. Solíamos colarnos en las casas de la gente sólo para sentarnos. «Como Ricitos de Oro probando los tazones de sopa y las camas», solía decir Lyndley. En general, limitábamos nuestros asaltos a las casas de verano. Una vez, en Willows, nos colamos en una y la limpiamos. Es la típica cosa que sólo haría una chica. Una forajida, cierto, pero una ama de casa, también.

Avanzo por la parte de atrás de la caballeriza hasta un lugar que está menos a la vista, medio oculto por el jardín. Hay un pequeño cristal en la puerta, un ojo de buey, que ya está roto. Una vez dentro de la caballeriza, entrar en la casa principal es fácil. Cojo una piedra y la envuelvo con la manga de mi camisa. Un golpe rápido y la grieta se extiende. Retiro los fragmentos de cristal con cuidado, deslizo la mano a través del pequeño hueco y giro el cerrojo, que era lo único que mantenía la puerta alineada. Ya sea porque la cerradura está muy oxidada o porque soy yo quien lo está, no veo venir el impulso con el que se abre la puerta, que tira de mi brazo en su recorrido, atravesando mi camisa de algodón y derramando sangre. Veo el charco. No es para tanto; no hay mucha sangre, no después de a lo que me he acostumbrado. «Es sólo un rasguño, Copper», digo con mi mejor imitación de Jimmy Cagney. Entonces, absurdamente, un coche patrulla se detiene en ese preciso momento, y, más absurdamente aún, el padre de mi primer novio,

Jack, baja del vehículo y se encamina hacia la casa. Es raro, porque el padre de Jack no es policía, sino pescador de langostas. Éste es uno de esos momentos en los que estás casi seguro de que estás soñando pero no quieres creértelo. Observo la cara del padre de Jack mientras se acerca a mí, su rostro transfigurado a medias por la preocupación y la alegría, con un aspecto más extraño que cualquier otra cosa de toda mi vida onírica.

—Deberías haber llamado a la comisaría —dice él—. Tenemos una llave.

No es la voz del padre de Jack, sino la de su hermano menor lo que finalmente reconozco.

—Hola, Jay-Jay —digo situándome y recordando ahora que Beezer me contó que Jay-Jay era policía.

Me abraza.

—Cuánto tiempo —dice, pensando, estoy segura, que tengo mal aspecto y repasando una lista de posibilidades en su cabeza.

Lucho contra el impulso de contarle que me acaban de extirpar el útero y que casi me desangro hasta morir antes de la operación de urgencia.

—Estás sangrando —señala extendiendo la mano para agarrar mi brazo. Los policías de por aquí no se asustan tanto con la sangre como los de Los Ángeles.

—Es sólo un rasguño, Copper —digo en voz alta.

Él me guía hasta el interior y hace que me siente sobre la mesa de la cocina. Ahora tengo los brazos descubiertos y me sujeto una servilleta de papel contra el antebrazo.

—Necesitas puntos —dice Jay-Jay.

—Estoy bien.

—Al menos, ponte una pomada antibiótica. O alguna de esas porquerías de herboristería que vende Eva.

—Estoy bien, Jay-Jay —repito, un poco demasiado cortante.

Hay un largo silencio.

—Siento lo de Eva —dice él finalmente—. Ojalá tuviera alguna novedad.

—Sí, a mí también me gustaría que la tuvieras.

—Todo ese rollo del Alzheimer son excusas. Yo la vi una semana antes de que desapareciera. Estaba tan lúcida como siempre. —Piensa un segundo—. Tienes que hablar con Rafferty.

—¿Quién?

—El detective Rafferty. Es tu hombre. Él es quien lleva el caso.

Recorre la habitación con la mirada como si hubiera algo aquí, algo que quiere decir, pero después cambia de idea.

—¿Qué?

—Nada… Le diré a Rafferty que estás aquí. Querrá hablar contigo. Aunque hoy está en los tribunales. Un juicio por conducción. Hagas lo que hagas, no te subas a un coche con él. Es el peor conductor del mundo.

—Vale —asiento, preguntándome por qué Jay-Jay piensa que ir en coche con Rafferty es siquiera una posibilidad. Nos quedamos los dos allí, torpes, ninguno sabe cómo retomar el último tramo de la conversación.

—Tienes buen aspecto —comenta él finalmente—. Para una anciana de… ¿Qué? ¿Treinta y uno?

—Treinta y dos.

—Para tener treinta y dos años tienes un aspecto magnífico —dice, y se echa a reír.

No voy hasta la parte delantera de la casa hasta que Jay-Jay se marcha. Tan pronto como abro la puerta me doy cuenta de que todo el mundo ha cometido un gran error.

Eva está aquí mismo, en la casa. La siento. Su presencia es tan fuerte que estoy a punto de echar a correr detrás de Jay-Jay para decirle que suspenda la búsqueda, que ella ha vuelto, pero el coche patrulla ya ha doblado la esquina, así que tendré que llamar a la comisaría.

Sin embargo, antes tengo que ver a tía Eva. Debe de haberse ido de viaje sin avisar a nadie. Probablemente ni siquiera sabe que toda la ciudad la está buscando.

—¿Eva? —la llamo a voces.

No contesta. Su oído no es muy bueno, ya no lo es. La llamo otra vez, más alto. Sigue sin haber respuesta, pero sé que está aquí. Estará arriba, en la balconada, o abajo, en la bodega, mezclando algún nuevo tipo de té, algo con bergamota y esencia de naranja enana. O tal vez no se ha marchado en ningún momento, pienso, aunque sé que eso no es posible. Deben de haber registrado la casa. Al menos, doy por sentado que lo han hecho. ¿Es que nadie vino aquí, por el amor de Dios? ¿No vino May? No, ella no lo haría, maldita sea. Pero los policías, sí. O mi hermano. Por supuesto que Beezer debe de haber mirado. Por supuesto que debió de ser lo primero que hicieron. No se habría declarado desaparecida a Eva a menos que realmente lo estuviera, ¿no? Pero ahora ha vuelto. «Está más claro que el agua», pienso, y me río en

voz alta porque sigo repitiendo las frases hechas de Eva.

—Eh, Eva —la llamo, consciente de lo sorda que se ha quedado, pero intentándolo de todas maneras—. Eva, soy yo.

No estoy segura de por dónde comenzar a buscar. Me quedo quieta, en el recibidor. Delante tengo dos salones idénticos cuyas chimeneas de mármol negras se enfrentan desde los extremos de las alargadas estancias. Una de las habitaciones está cerrada; es la que Eva utiliza como salón de té. Entro en la otra. Se parece más a una sala de baile que a un salón. Las chimeneas parecen desnudas al no tener fuego ni los arreglos florales que Eva suele colocar en su interior. Las sillas están dispuestas simétrica y estratégicamente, como las piezas de un ajedrez. Observo la enorme escalera volada. Sé que mi siguiente movimiento debería ser subir, pero decido comprobar el salón de té primero, después la otra cocina, y luego la bodega donde ella mezcla las variedades de té. La llamo, hablándole sobre la marcha, subiendo la voz para que me oiga. No quiero aparecer de improviso, asustarla y provocarle un ataque al corazón o algo parecido.

Probablemente está arriba. Se supone que aún no debería subir la escalera, pero ya estoy vociferando, y me doy cuenta de que voy a tener que subir allí. Utilizo la barandilla para tirar de mí, aunque me resulta más fácil subir ahora que hace unos días. No obstante, aún noto que los puntos me tiran en cada escalón. Cuando llego al descansillo del segundo piso, estoy mareada y tengo que sentarme en un banco y esperar hasta que todo deje de darme vueltas. Finalmente, logro llegar hasta la habitación de Eva. La vieja cama con dosel en la esquina, chimenea, armario. La cama está hecha, los cojines ahuecados. Cojo uno y lo huelo, esperando encontrar el olor de Eva. Sin embargo, huele a agua de naranja, que es lo que mi tía usa para enjuagar sus sábanas. Debe de haber cambiado las sábanas hace poco. Reviso el vestidor. Todo está perfectamente colgado en las perchas. No hay ropa sucia en los cubos, lo que quiere decir que ya ha lavado las sábanas que cambió.

Pasé mucho tiempo en esta habitación cuando vine a vivir con Eva; en realidad, pasé mucho tiempo en este vestidor, algo que seguramente a ella debía de parecerle extraño, aunque nunca lo mencionó. Eva no es pariente de sangre; fue la segunda mujer de mi abuelo G. G., por lo que no hay lazo alguno. Aun así, ella me comprende de la forma en que debería hacerlo una madre, de la forma en que mi propia madre nunca lo ha hecho.

Hay seis habitaciones más en el segundo piso. Todas menos una están cerradas durante el invierno. En realidad, no suele preparar ninguna a menos que espere compañía, algo que sucede cada vez con menos frecuencia; o eso me dice ella cada semana, cuando me llama. Lentamente, voy de una habitación a otra, buscándola, hablando entretanto. Los muebles clásicos están inertes, cubiertos con sábanas para protegerlos del polvo.

Exhausta, subo al tercer piso. Incluso ahora, a los ochenta y cinco, mi tía tiene más energía que yo. De algún modo sé que está allí arriba, en el tercer piso.

—Eva —digo otra vez—. Soy yo, Towner. —Asciendo pesadamente la escalera, que se estrecha, sujetándome de las dos barandillas. Estoy muy cansada.

Esta planta, la tercera, es la mía. Eva me la regaló el invierno que me mudé a vivir con ella, en parte para compensarme por tener que dejar Yellow Dog Island, un lugar que quería muchísimo, y en parte porque la tercera planta tenía la balconada y sabía que yo podría usarla para no perder el mundo de vista, como May, sola allí en la isla, negándose a venir. Salvo para alguna subida esporádica a la balconada, Eva ya no utiliza en absoluto estas habitaciones y, como me dice a menudo, no ha cambiado nada desde que yo me fui. «Estarán preparadas cuando tú lo estés» —me dice siempre, y sigue con algún otro comentario irónico como—: «No hay ningún lugar como el hogar».

Voy hasta la balconada primero porque sé que es el único sitio al que Eva iría si hubiera subido hasta aquí, pero no hay ni rastro de ella. Lo único que hay aquí es un nido de gaviota, y no soy capaz de distinguir si es uno nuevo o uno abandonado. Estoy sola en lo alto de lo que un día fue mi mundo. ¿Cuántas noches he pasado sentada aquí, vigilando a May, asegurándome de que su lámpara de queroseno estaba encendida al caer la noche y que después se apagaba cuando finalmente se acostaba? Cada una de las noches del invierno que viví aquí.

La bahía de Salem ha cambiado. Hay muchos más barcos de los que solía haber, y más casas en el perímetro del lado de Marblehead, pero Yellow Dog Island sigue igual. Si entorno los ojos y miro más allá de la bahía, puedo imaginar que soy una niña otra vez y que en cualquier momento veré la vela del barco de Lyndley rodeando el cabo Peach y enfilando a nuestra isla para pasar el verano.

Vuelvo a la tercera planta, donde están mis habitaciones. Éste es el único sitio en el que aún no he buscado a Eva, y el único en el que todavía podría estar. Hay cuatro habitaciones en este piso, que es abuhardillado y más pequeño que el segundo, pero aquí los muebles no están cubiertos con sábanas, lo que me parece extraño, ya que Eva no sabía que yo vendría. Una de las habitaciones es una pequeña biblioteca donde están todas mis cosas del colegio: mi escritorio, invitaciones a fiestas, notas. Había libros obligatorios para la escuela y libros que Eva me obligaba a leer cuando consideraba que el currículum del colegio no iba lo bastante lejos, viejos volúmenes encuadernados en cuero de la enorme biblioteca de la primera planta: Dickens, Chaucer, Proust. Al otro lado del rellano está la habitación en la que Beezer dormía en Navidades y durante las vacaciones de invierno del internado. Las dos habitaciones restantes eran mi *suite* privada, una sala de estar con dos butacas acolchadas y una pequeña mesita china entre ellas. En un extremo de la estancia, al otro lado de las puertas acristaladas, está mi habitación. Puesto que ya he buscado en todas partes y sé que Eva tiene que estar en algún lugar de la casa, imagino que es allí donde debe de estar.

Empujo la puerta, estudiando detenidamente el suelo primero; de súbito, estoy asustada. Quizá no haya vuelto. Tal vez haya estado aquí todo el tiempo y simplemente no buscaron bien. Quizá se cayera en algún lugar aquí arriba y haya estado aquí tirada con terribles dolores durante todo este tiempo.

—Eva —digo otra vez, temiendo lo que voy a encontrarme mientras abro la

puerta de la que se ha convertido en la última habitación de la casa, el último sitio donde podría estar—. Eva, contéstame.

Tengo miedo de encontrarla tendida en el suelo con los huesos rotos, o algo peor. Cierro los ojos para apartar la idea de mi mente, pero, cuando los abro, no hay nada. Sólo la habitación tal como la dejé el año en que cumplí diecisiete años: el mismo cobertor hindú con estampaciones en hindi que Lyndley me compró en Harvard Square, una de las colchas de *patchwork* de Eva doblada en triángulo a los pies de la cama. En la pared de enfrente hay un cuadro que Lyndley hizo para mí un año antes de morir. Tiene todos los tonos de azul y negro y un camino dorado que se interna en las aguas profundas. Es un cuadro del sueño que compartimos, titulado *Nadando hacia la luna* .

Me acerco, miro fijamente el cuadro y recuerdo otras cosas, como la vez en que Lyndley robó un enorme ramo de flores del jardín de Eva y el problema en el que se metió, en parte porque casi exterminó las plantas anuales de mi tía. Cuando llegué a casa aquel día, había decorado toda mi habitación de Yellow Dog Island con esas flores. Se había pasado de verdad. Estaban por todas partes. May dijo que era demasiado, que olía como un velatorio. Le revolvía el estómago, dijo. Lyndley pensó que sólo eso ya era un logro. Por alguna razón, le parecía muy divertido. Le dio una idea. Me hizo ponerme un vestido y tumbarme en la cama como si fuese un cadáver sujetando un ramo de flores sobre la tripa, como el cuadro de Ofelia de Millais. Dijo que estaba preciosa como muerta y comenzó a dibujarme, pero yo lo eché a perder porque no podía parar de reírme y las flores se agitaban demasiado para dibujar.

Vuelvo al presente por el sobresalto que me produce el sonido de unos pasos en la escalera.

—Bueno, aquí estás —dice Eva sin agitación alguna.

Yo me doy media vuelta. Lleva un viejo vestido de flores de andar por casa, uno del que me acuerdo, y no parece ni un día más mayor que la última vez que la vi, el año que vino a Los Ángeles con una especie de grupo de jardinería para ver cómo se hacían las carrozas del desfile Rose Bowl.

Rompo a llorar de lo aliviada que estoy de verla. Doy un paso para acercarme a ella, pero estoy mareada por el rápido giro de antes.

—Será mejor que te sientes o te caerás —dice Eva sonriendo y alargando una mano para sostenerme y acompañarme hacia la cama—. Tienes muy mal aspecto.

—Estoy tan contenta de que estés bien… —digo al tiempo que me desplomo sobre la cama.

—Por supuesto que estoy bien —repone ella, como si no hubiera ocurrido nada en absoluto.

Me tapa con la colcha. Aunque hace demasiado calor, no rechisto. Es un ritual de consuelo; ha hecho eso mismo más de una vez.

—Pensé que habías muerto —digo, ahora entre sollozos, de alivio y de agotamiento.

Hay tanto que decir, pero ella me acalla, diciéndome que está «sana como una manzana» y que ahora yo debería descansar un poco, que «todo tendrá mejor aspecto por la mañana». Sé que debería decirle que llame a Jay-Jay y también a Beezer y les haga saber que está bien, pero su voz es hipnótica y me estoy quedando dormida.

—Descansa tu cuerpo exhausto —dice ella, leyéndome la mente como siempre ha sido capaz de hacerlo, apartando las preocupaciones de mi cabeza y colocando imágenes apaciguadoras en su lugar—. Todo tendrá mejor aspecto por la mañana —repite.

Echa a andar hacia la puerta y luego se vuelve.

—Gracias por venir —dice—. Sé que debe de haberte resultado difícil. —Después saca algo del bolsillo de su vestido y lo deja sobre la mesilla de noche —. Tenía la intención de enviarte esto con el mundillo —dice—, pero soy mayor, y mi memoria ya no es la que era.

Lucho por ver qué ha dejado en la mesilla, pero me pesan los párpados de sueño.

—Dulces sueños —dice mientras sale por la puerta.

Siguiendo sus órdenes, comienzo a soñar, floto escaleras arriba y salgo por la balconada, luego sobre la bahía, donde el barco de fiesta vuelve de su recorrido a ninguna parte, transportando a un grupo de turistas quemados por el sol. Éste está bajando ya por el horizonte y la luna nueva asciende por detrás de Yellow Dog Island, nuestra isla. Alcanzo a ver algunas mujeres en el muelle, aunque no las reconozco. Después oigo el toque de sirena del barco de fiesta, que hace su giro, y aterrizo de vuelta en la cama, soñando allí. Dos toques de sirena al entrar en el puerto. Se podría poner el reloj en hora con esa sirena. Tres veces al día se oyen los toques cuando el barco vuelve a Salem después de cada viaje, a las doce del mediodía, a las seis y otra vez a medianoche, en su último viaje de la jornada.

Capítulo 4

Como los manguitos a los que se parecen, los mundillos se unían y se ataban en cada extremo. Tradicionalmente, cada mundillo contaba también con un bolsillo, y las mujeres de Ypswich utilizaban esos bolsillos para guardar sus tesoros. Algunas tenían hermosos bolsillos importados de Inglaterra o Bruselas, demasiado valiosos para utilizarlos. En otros bolsillos se podían hallar pequeños fragmentos acabados de encaje, o hierbas, e incluso pequeñas piedras de toque. Algunos escondían composiciones poéticas escritas por las mismas dueñas del mundillo, o cartas de amor de un pretendiente, que se leían una y otra vez hasta que el pergamino comenzaba a romperse por los dobleces.

Guía de *la lectora de encaje* .

Cuando me despierto, miro la mesilla de noche, esperando encontrar una nota. En cambio, lo que veo es mi trenza donde Eva la dejó anoche. El día que me la cortó, casi me llegaba a la cintura; hoy sólo me llegaría a los hombros. El cabello es fino, más parecido al de Lyndley que al mío. A lo largo de la trenza se observan franjas de color semejantes a los anillos del tronco de un árbol, un sol de verano, una oscuridad invernal. En un extremo tiene una cinta que ha perdido color, atada con un doble lazo. En otro, el cabello se ondula alrededor de la ajada goma de plástico que Eva le puso después de cortármela. El cabello está trenzado con fuerza, como si tuviera que mantenerlo todo inmóvil y unido.

«El cabello está lleno de magia», dice siempre Eva. No sé si es cierto en todos los casos, pero en el caso de mi madre, May, al menos sí lo es.

May nunca abandonaba Yellow Dog Island durante mucho tiempo. Por eso no nos llevaba a Salem a cortarnos el pelo, sino al barbero de Marblehead, que tenía la tienda a unos cuantos metros del atracadero público.

El viejo señor Dooling siempre despedía un fuerte olor a *whisky* pasado, a fritanga y, vagamente, a alcanfor. Era posible que te hiriera a cualquier hora antes del mediodía. Los rumores decían que una vez le había seccionado una oreja a un niño. Mi madre insistía en que nunca se había creído esa historia. Aun así, May siempre pedía hora para cortarnos el pelo por la tarde, cuando el pulso del barbero estaba más firme y su aliento a alcohol se había disipado junto con la niebla de la bahía.

Los cortes de pelo de May eran la versión de Marblehead de un espectáculo de magia. Los niños de la zona solían hacer fila calle arriba y abajo para ver cómo el señor Dooling metía el peine fino de dientes intercalados en el pelo de mi madre. En cada pasada, el peine se quedaba enganchado en algo y se atascaba. Cuando el barbero lograba llegar a la masa para deshacer la maraña, encontraba y quitaba todo tipo de cosas: desde un cristal de mar

hasta conchas o piedras pulidas. En un enredo especialmente enmarañado encontró un caballito de mar. Una vez incluso halló una postal enviada desde Tahití a alguien en Beverly Farms, en la que aparecían dos mujeres polinesias cuyos pechos desnudos sólo estaban discretamente cubiertos por su largo y lacio cabello. Nunca fui capaz de saber si suspiraba por las chicas y sus variados atributos o porque su cabello liso y desenredado —aunque no escondería tesoros como el de mi madre— no necesitaría de un bote entero de acondicionador para un solo corte de pelo.

Mi madre y yo comenzamos a distanciarnos a partir de un corte de pelo, no suyo, sino mío. Ella ya estaba lista. Beezer fue el siguiente, y le tocó un Whiffle Deluxe, que costaba 4,99 dólares e incluía un bote de gomina para el flequillo.

A mí nunca me había gustado que me cortaran el pelo, en parte por culpa de las ratas de muelle que merodeaban por allí siguiendo el proceso y, en parte, porque las manos del señor Dooling temblaban muchísimo. Una vez me tapé las orejas con esparadrapo antes de llegar a la ciudad porque suponía que, así, opondrían más resistencia si al barbero se le escapaban las tijeras. Pero May me pilló y me obligó a quitarme el vendaje.

Aunque nunca me gustaron los cortes de pelo, realmente nunca me habían hecho daño hasta ese día. Observé cómo el señor Dooling sacaba las tijeras de una sustancia viscosa de color azul y las limpiaba en su delantal. El primer corte me produjo una sacudida parecida a una descarga eléctrica. Dejé escapar un grito.

—¿Qué pasa?

—Duele.

—¿Qué duele? —May examinó mi cuero cabelludo, mis orejas. Al ver que no faltaba nada, preguntó otra vez—: ¿*Qué* duele?

—Mi pelo.

—¿Los pelos de la cabeza?

—Sí.

—¿Cada pelo?

—No lo sé.

Me repasó otra vez.

—Estás bien —dijo ella, y le hizo una seña al barbero para que prosiguiera.

El señor Dooling cogió un mechón, lo manipuló torpemente y volvió a soltarlo. Se detuvo, dejó las tijeras y se limpió las manos en el delantal. Después volvió a coger las tijeras y, esa vez, se le cayeron al suelo.

—Santo Dios —dijo Beezer. May le clavó la mirada.

El barbero fue a la trastienda a buscar otras tijeras, las desenvolvió de su papel marrón e hizo varias tentativas en el aire antes de volver a mi lado.

Me agarré a los brazos de la silla, preparándome mientras él cogía otro mechón. Lo oía respirar. Sentía el roce del algodón mientras adelantaba el brazo. Y después tuve lo que los médicos clasificaron más tarde como mi primera alucinación completa. Visual y auditiva: fue un corte relámpago de Medusa y cientos de cabellos serpientes que se retorcían. Las serpientes chillaban y seguían agitándose después de ser seccionadas. Chillaban tan alto que no podía detenerlas; eran terribles alaridos animales, como los que profería aquella vez uno de los perros de nuestra isla cuando la cuchilla del tractor le pilló la pata. Me tapé las orejas pero las serpientes seguían gritando… Entonces, la cara de mi hermano, asustado, pálido, me trajo de vuelta y me di cuenta de que los gritos salían de mi boca. Beezer estaba delante de mí gritando mi nombre, llamándome para que volviera. Y, de repente, estaba lejos de la silla, arremetiendo contra la puerta.

El grupo de niños que había en el porche se apartó para dejarme pasar. Algunos de los más pequeños estaban llorando. Corrí escaleras abajo, oí la puerta abrirse y cerrarse de golpe una segunda vez y a Beezer gritándome que esperara.

Cuando llegó al whaler, yo ya tenía las cuerdas de proa y de popa desatadas, y tuvo que saltar a la carrera para subirse al barco. Aterrizó boca abajo, sin aliento.

—¿Estás bien? —resolló.

No fui capaz de contestarle.

Lo vi mirar atrás a May, que estaba en el porche con Dooling, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándonos sin más.

Tuve que accionar tres veces el estárter antes de que el motor arrancara. Después, ignorando el límite de ocho kilómetros por hora, aceleré y mi hermano y yo nos dirigimos mar adentro.

Después, tan sólo hablamos un par de veces sobre lo que sucedió aquel día. May hizo dos intentos fallidos de hacerme entrar en razón; por un lado, me llevó a la ciudad a hablar con Eva sobre lo sucedido y, por otro, llamó a alguien del Museo de Ciencias de Boston y le pidió que me explicara que en el pelo no había terminaciones nerviosas, por lo que era imposible que provocara dolor cuando se lo cortaba.

A veces, cuando miras atrás, puedes señalar el momento en que tu mundo da un giro y cambia de dirección. En la lectura de encaje eso se llama «punto muerto». Eva dice que es el punto alrededor del cual gira todo y del que comienzan a surgir los verdaderos patrones. El corte de pelo fue el punto muerto para mi madre y para mí, el día que todo cambió. Sucedió en un

instante, un milisegundo, el destello de una mirada, una inspiración.

Durante dos años nadie me cortó el pelo. Iba por ahí con un lado largo y otro corto.

—Te estás comportando de una manera ridícula —me dijo May una vez viniendo hacia mí con unas tijeras, tratando de terminar el corte de pelo y recuperar así su poder—. No lo toleraré. —Pero no permití que se acercara a mí ni entonces ni después.

Cenábamos en familia todas las noches, sándwiches la mayor parte de las veces, porque May sólo compraba en los muelles una vez al mes, cuando iba a la ciudad. Los sándwiches siempre se servían en el salón grande, en la vajilla buena, y precedían al plato pequeño de Limoges de complejos multivitamínicos, a los que mi madre se refería como «postre». Terminar este último plato podía llevar un buen rato, porque mi madre nos obligaba a comernos las vitaminas con cubiertos de postre, todo ello mientras practicábamos conversaciones educadas para la cena, algo que ella había aprendido de Eva.

—Tengo una pregunta —dije haciendo equilibrios con dos cápsulas en el cuchillo.

May me dirigió «la mirada». Puse el cuchillo sobre la mesa.

—¿Sí? —dijo ella, esperando a que yo hiciera la pregunta en el estilo intrascendente que habíamos desarrollado para evitar hablar de nada de verdad.

—¿Por qué diste a mi hermana?

Beezer abrió unos ojos como platos. No era la clase de cosas de las que hablábamos, en absoluto.

May comenzó a recoger la mesa. Creo que vi cómo se le formaba una lágrima en la comisura de un ojo, pero nunca llegó a derramarse.

Después de cenar me fui a mi habitación. Mi refugio. Allí no entraba nadie. Cada noche me ponía un gorro de esquiar para dormir con una media de nailon de May debajo, cubriéndome el cuero cabelludo de tal manera que May no pudiera venir y cortarme el pelo por la noche. Había instalado trampas en mi habitación: cuerdas, campanas, cristales que había robado de la despensa; cualquier cosa que pudiera despertarme a la primera señal de un intruso. Funcionó, y mi madre finalmente se rindió. Una vez, mi perro *Skybo* , que Beezer me había regalado para que me protegiera el verano anterior, se enredó de tal forma que tuvimos que cortar las cuerdas para liberarlo, pero nadie más me molestó. Después de un tiempo, May dejó de venir a mi habitación, pero yo nunca bajé la guardia, ni por un segundo.

Fue Eva quien finalmente arregló las cosas. Un día, a finales de verano, fui a verla a su tienda y le supliqué que me hiciera una lectura de encaje. Excepto

por mi cumpleaños, que era una tradición, yo nunca le pedía que me hiciera lecturas. En realidad no me gustaba que me las hicieran —me parecía espeluznante—, pero estaba desesperada. Había perdido a *Skybo* . Era un macho inseguro y tenía tendencia a vagabundear. Era uno de los golden retriever de la isla, al que Beezer adiestró cuando era un cachorro, así que aunque estaba lo bastante domesticado como para estar en casa, seguía teniendo una veta salvaje. Era un gran nadador. Cada vez que yo salía a nadar o cogía el barco, él me seguía. A veces salía solo.

Estaba destrozada. Había mirado en todos los rincones de Yellow Dog Island. Fui en el whaler a la ciudad. Busqué en el puerto, en la tienda de suministros marinos, e incluso en algunos pesqueros, pero no sirvió de nada. Finalmente, fui a casa de Eva.

Ella estaba trabajando en una pieza de encaje, sentada al lado de la chimenea, que estaba llena de crisantemos en lugar de llamas.

La estación estaba avanzada y el agua estaba realmente fría. Me sentía desesperada. Le expliqué lo que pasaba, le dije que me temía lo peor: una hipotermia quizá, o que *Skybo* se hubiera quedado atrapado en una ruta de navegación y hubiera escapado. Eva me miró serena y me dijo que me preparara una taza de té.

—No puedo tomarme un té. Mi perro ha desaparecido —repliqué.

Al igual que May, Eva también dominaba «la mirada». Preparé el té. Ella siguió trabajando. Cada tanto, levantaba la vista y me hacía un gesto en dirección al té.

—No dejes que se enfríe —dijo. Yo bebí.

Tras lo que me pareció un buen rato, Eva dejó el mundillo y vino hasta donde yo estaba sentada. Tenía unas tijeras pequeñas en la mano, las que usaba para cortar el encaje cuando terminaba una pieza, una técnica que ella misma había inventado. Sin embargo, en lugar de cortar el encaje, se acercó a mí y me cortó la trenza.

—Ya está —dijo—. El maleficio está roto. Eres libre.

Y dejó la trenza sobre la mesa.

—¿Qué demonios has hecho?

—Cuidado con esa lengua, jovencita.

Me puse de pie y la miré fijamente.

—Ya puedes irte —dictaminó.

—¿Qué pasa con mi perro? —contesté con brusquedad.

—No te preocupes por tu perro —dijo ella.

Caminé de vuelta al whaler, preguntándome si todo el mundo que conocía estaba loco. Era consciente de que yo lo estaba. May estaba bastante ida, más introvertida cada segundo que pasaba. Y Eva, a quien normalmente consideraba tan cabal, no se estaba comportando como debería, en absoluto.

Cuando llegué al whaler, *Skybo* estaba sentado en la proa. Estaba mojado y parecía exhausto, cubierto de erizos, pero estaba tan contenta de verle que ni siquiera me importaba dónde se había metido.

Capítulo 5

Las mujeres creaban sus propios patrones de pergamino, pero se trataba de un pergamino más grueso que el de las cartas de amor, más duradero. Se clavaban alfileres en el mismo, creando un patrón troquelado que se podía usar una y otra vez. Para hacer el encaje ase dejaban los alfileres puestos, sujetando el patrón del mundillo, y el hilo se tejía de alfiler a alfiler. Si había un factor limitante a la hora de elaborar encajes más intrincados, era el coste y la escasez de alfileres.

Guía de *la lectora de encaje* .

Acaba de amanecer. No puedo volver a dormirme. Dejo la trenza en el cajón de la mesilla y desciendo la escalera en silencio. Comienzo a marcar el número de Beezer, pero decido esperar una hora. Quiero contarle que Eva está bien. Mi hermano se ha portado de maravilla. No necesita nada de esto, ahora no. Él y su novia de toda la vida, Anya, están a punto de casarse. Tan pronto como acaben los exámenes, volarán a Noruega, donde viven los padres de ella. Después de la ceremonia viajarán por Europa durante el verano. Se sentirán muy aliviados, pienso, tanto porque Eva está bien como porque no tendrán que cambiar sus planes de boda.

Estoy escribiendo notas mentales. Llamar a May. Llamar a la policía. Aunque ninguno de ellos se merece una llamada. No entiendo cómo pueden haber sido tan estúpidos para no encontrar a una mujer de ochenta y cinco años en su propia casa.

Me abro paso hasta el salón de té, con sus paredes pintadas con frescos de un artista semifamoso que mi bisabuelo hizo venir en avión desde Italia. No recuerdo su nombre. Las mesitas abarrotan la estancia. Hay encaje por todas partes. Algunas de las piezas llevan la etiqueta de la empresa de May, El Círculo, pero la mayoría los ha hecho la propia Eva. En la esquina hay un mostrador de cristal que contiene todas las variedades de té imaginables en latas, tés comercializados de todos los rincones del mundo, así como muchas pociones florales y herbales que prepara Eva. Si quieres una taza de café, éste no es el sitio adecuado. Repaso los tés con la mirada buscando la variedad a la que puso mi nombre. Mi tía me lo regaló un año. Es una mezcla de té negro con cayena y canela, una pizca de cilantro y otros ingredientes que no me reveló. Debe tomarse fuerte y muy caliente. Eva me ha contado que es demasiado picante para algunos de sus clientes más mayores. «O te encantará o lo detestarás», me dijo cuando me lo dio. Me encantó. Los inviernos que pasé con ella, solía tomarme teteras enteras. El nombre que puede leerse en la lata es «La mezcla de Sophya», pero su alias, sólo entre Eva y yo, es «Té difícil».

Detrás de la lata veo un cuaderno. En la cubierta hay un poema que reconozco, el poema de Jenny Joseph tan popular hoy en día: «Cuando sea una

mujer mayor, vestiré de púrpura, / con un sombrero rojo que no pegue y no me siente bien…». Dentro del cuaderno hay algunas fotos: una de Beezer y May, y otra mía de cuando llegué a California, con una sonrisa forzada suavizada por el Stelazine, un antipsicótico, que todavía tomaba.

Por lo que parece, Eva tiene una fiesta infantil hoy. Compruebo el calendario de la pared, pero es un calendario lunar, no uno normal, y es difícil de interpretar. Las fases parciales de la luna están impresas en sombras de gris que corresponden a las fechas. Justo cuando creo que ya lo he resuelto, diviso un tipo de luna diferente, una luna llena de color rojo brillante a mediados de mes. Es un poco más grande que las demás y no corresponde a ninguno de los ciclos. Me lleva un minuto caer en la cuenta de que no es una luna, sino un sombrero. Recuerdo que Eva me contó que los sombreros rojos estaban inspirados en el poema. Son los de las mujeres que visten de púrpura y que vienen a tomar té y a que les lean el encaje al menos una vez al mes.

Las mesas ya están preparadas. Cada mesa tiene una tetera diferente, con juegos de tazas y platos distintos colocados en manteles individuales redondos de encaje. Las teteras son muy extravagantes y coloridas. Si vienes a tomar té un día cualquiera, uno que no esté reservado para una fiesta privada, puedes quedarte el mantel de encaje de tu juego de mesa una vez que lo hayas utilizado. Lo pagas, se te haga o no lectura. Mucha gente se lleva las piezas de encaje a casa y las usa como blondas. Es algo que a Eva nunca le molesta, aunque yo siempre he creído que es un desperdicio: los encajes redondos son piezas de arte y deberían enmarcarse.

La mayoría de los clientes de Eva realmente esperan que les hagan una lectura. Eva ya no hace más de dos al día; dice que le agota, sobre todo ahora que se está haciendo mayor. No se queda el dinero de las lecturas. Todo el dinero que recauda va directamente a El Círculo.

Eva hace más de dos lecturas si es necesario. Y si percibe una verdadera desilusión, o algo urgente que la persona que consulta debe saber, incluso hace la lectura a cambio de nada. Pero lo que más le interesa es enseñar a las mujeres a leer por sí mismas. «Coge el encaje —dice—. Entorna los ojos». Si sigues sus instrucciones, comienzas a imaginar que ves algo en el encaje, de la misma manera que Eva lo hace. «Sigue —te anima ella—. No tengas miedo. No hay respuestas incorrectas. Es tu propia vida lo que estás leyendo, tus propios símbolos».

Encuentro una cucharilla de té con el monograma de Whitney y miro a mi alrededor en busca de mi tetera favorita, que en realidad es una vieja cafetera de porcelana que Eva ha convertido en tetera. Caliento el agua y luego preparo el té. Cojo una taza y el calendario lunar y me voy a la única mesa del salón que no está preparada. Encima de ella está la gastada primera edición de Emily Post de Eva.

Antes de que mi tía abuela abriera el salón de té, daba clases de urbanismo y buenas maneras a los niños de la costa norte de Boston. Niños de Marblehead, Swampscott, Beverly Farms, Hamilton, Wenham, e incluso de tan lejos como Cape Ann acudían a ella para refinarse. Eva preparaba una mesa en el salón para una cena formal, y los niños llegaban con sus trajes y

sus vestidos diminutos para repasar sus modales en la mesa. Enseñaba cómo mantener conversaciones amables durante la cena, trucos para evitar la timidez que sobreviene a los niños en ese tipo de eventos.

«Sigue haciendo preguntas —aconsejaba—. Eso hace que la conversación prosiga y aparta la atención de ti. Averigua en qué están interesados los demás y cuáles son sus preferencias. Muestra algo de ti mismo en la pregunta, de esa forma es más íntimo. Por ejemplo, una conversación cordial en una cena debería consistir en volverte hacia la persona que está a tu lado y decir: "Me gusta la sopa. ¿Te gusta la sopa?"».

Hacía que los niños practicaran pidiéndoles que se preguntaran unos a otros si les gustaba la sopa, y ella invariablemente prorrumpía en risitas por lo inane de la pregunta. Pero rompía el hielo. «¿Veis? —les decía después de ese tipo de ejercicios—. ¿No os sentís más cómodos ahora?». Y los niños tenían que reconocer que asiera. «Ahora, haced otra pregunta —decía—. Uno de los secretos de los buenos modales es aprender a escuchar».

Me tomo la tetera entera. A las siete en punto llamo a Beezer. No responde. Preparo otra tetera.

Intento hablar con mi hermano de nuevo a las ocho. Sigue sin responder. Decido preparar una tetera para Eva y subírsela.

Alguien llama a la puerta del salón de té. Al principio pienso que es Beezer, pero no. Una chica de no más de dieciocho años (si es que los tiene) está de pie en la puerta. Lleva una mochila a la espalda y lleva el pelo sucio con la raya a un lado que le llega hasta los hombros, de forma que cubre a medias la enorme marca de nacimiento rosada que recorre el lado izquierdo de su rostro. Mi primer pensamiento es que tan sólo se trata de otro chaval que viene en busca de una habitación o una lectura, pero cuando miro hacia al parque Common, veo que el festival ha terminado. La única gente que hay ahora son los que pasean perros y algunos tipos de Park&Rec limpiando. Voy hacia la puerta con la intención de atender de prisa, para que todo esté en paz para Eva. Pero entonces la tetera silba, me apresuro a retirarla del fuego para silenciarla y, al cogerla del asa, me quemo la mano.

Golpea la puerta nuevamente, esta vez más alto, con más urgencia. Voy a abrir. La veo a través del cristal. Hay algo en su cara que me recuerda a mi hermana Lyndley. O tal vez es la manera en que llama a la puerta, golpeando con fuerza, como si quisiera derribarla. Mientras me apresuro hacia la entrada, diviso el coche patrulla de ronda tratando de encontrar un sitio para aparcar. Cuando llego a la puerta, la chica ya ha descendido la mitad de la escalera. Al volverse para marcharse, veo que está embarazada. Abro, pero es demasiado rápida para mí, y desaparece por el callejón justo cuando el coche patrulla aparca.

Pongo la tetera y las tazas sobre la bandeja y estoy subiendo ya cuando llaman otra vez a la puerta. Maldiciendo, dejo la bandeja sobre un escalón y voy a abrir. Mi hermano está delante de Jay-Jay y otro tipo que no reconozco.

—Te he estado llamando —le digo a Beezer. Trato de no parecer emocionada,

trato de no soltarlo.

Entran y Beezer me abraza, reteniéndome durante demasiado tiempo. Entonces me separo para contarle que todo está bien, que Eva está aquí.

—Justo iba a intentar localizarte otra vez, yo… —le digo.

—Éste es el detective Rafferty —replica Beezer, interrumpiéndome.

Hay una larga pausa antes de que Rafferty diga algo.

—Hemos encontrado el cuerpo de Eva —dice finalmente—, un poco más allá de Children's Island.

Me quedo quieta. No puedo moverme.

—Oh, Towner —dice Beezer abrazándome otra vez, tanto para sostenerme en pie, como para lamentarse—. No puedo creer que esté muerta.

—Parece que se ahogó —señala Rafferty—. O que sufrió una hipotermia. Por desgracia, no es inusual a su edad, incluso fuera del agua. —Se le quiebra la voz ligeramente al decir esto último.

Corro escaleras arriba. Doblada de dolor, llego al primer descansillo. Los dejo a todos allí, sorprendidos, sin saber qué hacer. Entro tambaleándome en la habitación de Eva, pero ella no está allí. Su cama sigue hecha, intacta desde ayer.

Tan de prisa como puedo, recorro el laberinto de habitaciones. «Es mayor —pienso—; tal vez ya no duerme allí. Quizá ha elegido dormir en otra alcoba, alguna más pequeña». Pero incluso mientras lo pienso, estoy empezando a alucinar. Estoy recorriendo desesperada todas las habitaciones cuando Beezer me alcanza.

—¿Towner? —Oigo que su voz se acerca.

Me quedo petrificada en medio del pasillo.

—¿Estás bien? —pregunta.

Es evidente que no.

—Vengo de identificar el cuerpo —dice.

Oigo sus voces, voces de policías; me llega el eco por la escalera pero no distingo qué dicen.

—May lo sabe —dice facilitándome detalles prácticos, tratando de devolverme a la tierra—. El detective Rafferty ha ido a comunicárselo esta mañana.

Soy capaz de asentir con la cabeza.

—Ella y Emma están esperando que salgamos —añade Beezer.

Asiento nuevamente y lo sigo escaleras abajo. Los policías dejan de hablar cuando me ven.

—Lo siento muchísimo —dice Jay-Jay, y yo asiento otra vez. Es todo cuanto puedo hacer.

Los ojos de Rafferty se encuentran con los míos, pero él no dice nada. Noto que su mano se acerca rápidamente, confortante, automática. Entonces se recompone, la retira y la mete en el bolsillo de la chaqueta como si no supiera qué hacer con ella.

—Debería haberla detenido —dice Beezer, dominado por la culpabilidad—. Lo habría hecho si lo hubiera sabido. Ella me había contado que había dejado de nadar. Fue en algún momento del año pasado.

Capítulo 6

Dado que los alfileres se importaban de Inglaterra, eran caros. Cuantos menos alfileres se empleasen, más sencillo era el patrón, y más rápido resultaba el trabajo de la encajera. El hilo era importado, puesto que, aunque las hilanderas de Nueva Inglaterra eran muy buenas, no lograban alcanzar la delicadeza del hilo europeo o de la seda de China. Aún así, como media, cada una de las encajeras de Ypswich producía más de dieciocho centímetros de encaje al día, una tasa superior a la que produce el Círculo en la actualidad, y el Círculo cuenta con el lujo de tener sus propias hilanderas tantos alfileres como estas necesiten.

Guía de *la lectora de encaje* .

Rafferty es un buen tipo. Nos acerca al muelle Derby para que cojamos el whaler. Da una vuelta a la manzana buscando un sitio para aparcar y, al final, se detiene en un paso de peatones, dejándonos tan cerca del varadero de Eva como es posible.

—Ordenaría que uno de los tipos del barco policía os lleve —dijo—, pero la última vez que se acercaron por allí, May les disparó.

Probablemente habrás oído hablar de mi madre, May Whitney. Todo el mundo ha oído hablar de ella. Estoy segura de que te acuerdas de la foto de la agencia de noticias UPI de hace algunos años, una en la que May apunta con una arma de gran calibre a unos veinte polis que habían ido a su refugio de Yellow Dog Island con una orden para llevarse a una de sus chicas. La foto salió en todas partes. Incluso en la portada del *Newsweek* . El atractivo de la foto residía en que mi madre se parecía asombrosamente a Maureen O'Hara en un wéstern de los cincuenta. En la foto, encogida detrás de May, sale también una chica aterrorizada que no podía tener más de veintidós años con un vendaje blanco en el cuello; había sido rescatada de un marido que se emborrachó y trató de degollarla. Sus dos hijos pequeños están sentados detrás jugando con una carnada de cachorros de golden retriever. Era toda una escena. Si la viste, seguro que la recordarás.

De hecho, fue esa foto, junto con el don para las relaciones públicas —ambas cosas, en apariencia impropias del carácter de May—, lo que resucitó la industria de encaje de Ipswich. Tras una serie de entrevistas bien escogidas, May se dignó hablar con la prensa, no sobre la chica recientemente rescatada, que era la historia que habían ido a cubrir, sino sobre el encaje de bolillos que otras mujeres, o «chicas de la isla», como las llamaban los locales, creaban. Se autodenominaban «El Círculo» en honor a los círculos de costura de las mujeres del pasado, y ése era el nombre que aparecía en sus etiquetas.

May se llevó a la prensa de tour por la industria casera que ella y sus chicas de la isla estaban recreando. Primero los llevó a la sala del hilandero, que

estaba ubicada en la vieja perrera de piedra. Había sido construida por mi abuelo, G. G. Whitney, en un esfuerzo por criar y domesticar a los perros de la isla, pero nunca logró que se acercaran al sitio, así que permaneció vacío hasta que las chicas de May lo ocuparon. Una vez dentro de la perrera de piedra (si ignorabas el anacronismo de los vaqueros y otra indumentaria moderna), parecía que estabas en un castillo medieval. Las mujeres estaban sentadas en las viejas ruecas y en las devanaderas, en silencio salvo por el runruneo y los esporádicos crujidos y chasquidos. Al hilandero era adónde iban las chicas nuevas, las que acababan de acoger, aquellas que todavía estaban demasiado recelosas para unirse a las demás. Mi madre hilaba a menudo con ellas. En su mayoría, tejían lino para obtener hilo, y a veces May tejía también hilos de pelo de perro amarillo, pero eso era inusual. Aunque algunas se quedaban en el hilandero, la mayor parte de esas mujeres maltratadas llegaban a unirse al círculo de encajeras en la vieja escuela roja tan pronto como se sentían lo bastante fuertes para estar con gente otra vez.

May terminaba sus *tours* en la escuela, donde las mujeres estaban sentadas con sus mundillos sobre el regazo, haciendo encaje y charlando en voz suave o escuchando a una lectora (normalmente, mi propia madre, le encantaba declamar poesía y tenía una voz muy hermosa). Hechizados por el mundo que May había creado y por la tela de araña de encaje que había tejido a su alrededor, los periodistas terminaron por olvidar la historia que habían ido a buscar. En su lugar, volvieron a sus periódicos y escribieron sobre El Círculo. La historia tuvo repercusión entre las lectoras femeninas, y mujeres de todas partes del país comenzaron a enviar dinero para comprar el nuevo encaje de Ipswich.

Beezer me deja llevar el whaler. Cuando llegamos a la isla, la marea está baja y la rampa está izada. Podríamos atracar en la plataforma, pero no tendríamos forma de acceder a la isla sin una rampa como ésa. Por un minuto, valoro la posibilidad de intentar atracar en Back Beach, donde es imposible hacerlo con la marea baja y apenas posible en cualquier otro momento. La marea debería estar subiendo y el mar en calma total para intentarlo siquiera. Así que imagino que tendremos que atracar en la plataforma y sentarnos a esperar hasta que alguien nos vea y baje la rampa.

A la gente que vive en las islas le gusta su soledad. No me refiero a islas como Vineyard o Nantucket. La gente de esos lugares está tan alejada de la costa que necesitan atraer a los turistas para sobrevivir. Pero la gente de las islas cercanas a la costa, en general, prefieren que los dejen en paz, y suben las rampas porque son vulnerables. Una isla es un punto de atraque para cualquiera que pase por allí. La gente da por hecho que son lugares públicos: van de pícnic, lo ensucian todo. Llaman a la puerta de tu casa y te piden que les dejes usar el teléfono, sin considerar siquiera por un instante que probablemente no tienes ni teléfono ni electricidad. Así que la gente que vive en las islas aprende a subir sus rampas. Normalmente la distancia entre la plataforma y la rampa no llega a un metro, pero lo cambia todo. Cuando hay marea alta, puede ser de un metro y medio o dos. La mayoría de la gente puede sortearla, si está dispuesta a dar un salto con fe, pero pocos lo harán. Cuando la marea está baja, la rampa está a unos tres metros, y es entonces cuando realmente sientes que estás aislado.

Yellow Dog Island es más privada que la mayoría de las islas. El kilómetro y medio cuadrado en forma de ocho está situado sobre una meseta de granito con agujas de roca que emergen del agua que la rodea. Parece una antigua fortaleza. A menos que sepas que existe Back Beach, la isla es impenetrable. Dado que la caída de los acantilados era muy vertical, el muelle se construyó a un metro y medio de altura, lo que hace que la distancia de la rampa a la plataforma sea aún mayor. Es necesario un cabrestante hidráulico para hacer descender la rampa, y éste es el único lugar de la isla en el que hay generador, que también es utilizado para bombear el agua marina hasta las casas. Cuando todavía íbamos a la escuela y mi madre nos ponía deberes de lectura, yo me sentaba en la caseta de la bomba y leía junto a la única bombilla de la isla hasta que el generador se quedaba sin combustible o yo me quedaba dormida. Esa única bombilla representaba toda la civilización para mí, y la cuidaba muchísimo.

Hay diversas edificaciones en la isla, pero sólo dos casas de verdad, situadas una en cada extremo. Pertenecen a May y a mi tía Emma Boynton, que es la hija de Eva, medio hermana de May, y la madre legal de mi hermana Lyndley. La de mi tía es la más grande de las dos casas victorianas, pero la de May es la única que está preparada para el invierno. Hasta el «accidente» de Emma, cuando ella y Cal todavía estaban casados, tía Emma y su «hija» Lyndley eran gente de verano, y supongo que mi tío Cal también lo era, si uno quiere tenerle en cuenta, cosa que yo no quiero hacer.

Hoy en día, las mujeres de El Círculo viven en la casa de May. Recogen agua pluvial en cisternas para beber, cultivan verduras para comer y lino para el encaje; incluso tienen una vaca, que, según Eva, tuvo que ser trasladada en avión a la isla por la guardia costera. Durante una época intentaron tener ovejas en lo que solía ser el campo provisional de béisbol, pero los perros no dejaban de perseguirlas, así que tuvieron que desistir. Ahora se las arreglan con verduras, algún que otro conejo y, naturalmente, pescado y langostas. No sé qué hacen en invierno; nunca lo he preguntado. Sé todo lo que sé porque Eva me ha escrito cartas contándomelo.

Beezer y yo hemos estado sentados en la plataforma unos veinte minutos antes de que viniera alguien a bajar la rampa. Finalmente, es mi tía Emma, y no mi madre, quien aparece. Camina con la cabeza agachada y se mueve mucho más despacio de lo que recordaba, en parte por su enfermedad y en parte por la edad. Está mucho mayor que la última vez que la vi, casi quince años más, que se cumplen este agosto. Se me encoge el corazón al verla y, aunque ella no puede verme, de repente se da cuenta de que estoy aquí. Es como en *Lo que el viento se llevó* , en la escena en que Melanie ve volver a Ashley de la guerra civil y súbitamente se da cuenta de que ese hombre derrotado es su amado marido. Mi tía no corre en mi dirección —no puede hacerlo—, pero sus sentimientos se apresuran hacia mí y me dejan sin respiración.

Cuando llegamos hasta ella está llorando. Nos quedamos allí un buen rato, abrazándonos. Ella llora y dice cosas como «sabía que vendrías» y «se lo dije».

Por un instante, se me cae el alma a los pies. Está tan contenta de verme que me pregunto si piensa que soy su hija, Lyndley. En cierto sentido, sería más probable porque, aunque conozco las leyes de la física de este extraño planeta y la imposibilidad de que suceda algo así, también sé que sería menos sorprendente que mi hermana Lyndley, que ya lleva muerta más de quince años, regresara que yo lo haya hecho.

Caminamos juntos por la rampa a cámara lenta, tablón a tablón. Está demasiado débil para andar de prisa, y a mí me está costando tanto recobrar el aliento que no puedo ni hablar. Pero está bien así, ya que no sabría qué decir si pudiera hablar. Delante de nosotros, al final de la rampa, algunas gaviotas vuelcan uno de los cubos de basura. Éste rueda unos cuantos metros y se detiene antes de alcanzar el borde del acantilado.

—May os está esperando —anuncia la tía Emma, señalando la vieja escuela en lo alto de la colina. Empieza a caminar conmigo y después coge el brazo de Beezer. Apoya la cabeza en el hombro de mi hermano y llora suavemente.

—Siento tanto lo de Eva… —dice Beezer.

Me sorprendo al darme cuenta de que ella sabe y comprende lo que le acaba de suceder a Eva. El «accidente» que la dejó ciega también le produjo a mi tía daños cerebrales.

«A veces Emma sabe quién soy, y otras no», me había dicho Eva en más de una ocasión.

La puerta de la escuela roja está abierta. Veo a las integrantes de El Círculo. Están sentadas con sus mundillos en el regazo. Algunas están trabajando intensamente, pasando bolillos y más bolillos, tejiendo sus vidas en los patrones. Otras apenas trabajan pero escuchan, con la vista perdida en algo que no está allí, cautivadas por la voz de la lectora, la de mi madre, fuerte y clara. Está citando a Blake, *Canciones de inocencia y de experiencia* :

Entonces, venid a casa, niños míos, se ha puesto el sol

y el rocío de la noche se levanta…

Su voz se altera cuando me ve en el vano de la puerta. Es tan sutil que no pierde pie, sino que prosigue…

Vuestras primaveras, vuestros días, se han consumido en juego,

vuestro invierno, vuestra noche, en disfraces[2] .

Cuando May cierra el libro y da el primer paso hacia donde nosotros estamos, oigo otra voz, una que es aún más fuerte que la de mi madre: «Los accidentes no existen», dice Eva mientras Beezer y yo cruzamos la puerta.

Capítulo 7

Lo que diferencia el encaje de Ypswich de otros encajes artesanales son los bolsillos, Las mujeres de las colonias no podían permitirse los bolsillos más pesados y decorativos que usaban las mujeres europeas. Como el resto de los habitantes de las colonias, las encajeras tenían que arreglárselas con lo que tenían a mano. Así, los bolsillos con los que tejían los hilos eran más ligeros, a veces huecos, hechos con juncos de la playa o en ocasiones con bambú del material de embalar que llegaba en los barcos de Salem, e incluso con huesos.

Guía de *la lectora de encaje* .

Ahora estamos todos en la casa de May. La prometida de Beezer, Anya, llegó anoche. Tenían que salir hacia Noruega mañana, para la boda (que es dentro de una semana nada más). Sin embargo, el viaje ha sido pospuesto por unos días, hasta después del funeral de Eva. Es evidente que Anya no está contenta; en realidad, ¿por qué iba a estarlo? Creo que, dadas las circunstancias, se está tomando las cosas bastante bien. Sé lo mucho que la incomoda este lugar. Me lo contó cuando acompañó a Beezer a California para un ciclo de conferencias que incluía Caltech. Siento cierto respeto por la sinceridad de Anya pero aun así, no me gusta. Creo que en parte es porque yo no le gusto a ella; en realidad, aparte de Beezer, no le gustamos ninguno de nosotros. Me pregunto cuánto le habrá contado mi hermano, aunque Beezer no es muy hablador. Cuando le pregunté cómo habían ido las cosas —cuando identificó el cuerpo de Eva, por ejemplo—, murmuró algo acerca de que fue muy duro y sobre unos «crustáceos». Era consciente de que, si quería saber más, tendría que preguntarle, punto por punto, pero su elección de las palabras me disuadió de hacerlo, y decidí que no quería saber.

Esta mañana Beezer y Anya duermen hasta tarde, pero el resto estamos aquí, en la escuela roja, esperando a que llegue el pastor para entrevistarse con nosotros y organizar el servicio en la iglesia unitaria de la que Eva era miembro. El doctor Ward llegará en taxi acuático. Ha dejado su retiro por el funeral de Eva. Eran amigos, ellos dos, desde hacía años. Vemos el barco acercarse, aunque todavía está lejos.

Nadie habla, excepto dos niños pequeños, un niño y una niña, que están sentados en una esquina alejada de la escuela, jugando a las matatenas. El suelo está inclinado por el paso del tiempo y la falta de mantenimiento, y cada vez que hacen botar la pelota, ésta rueda lejos de ellos. A los niños les parece divertido. Se ríen y gatean para coger la pelota antes de que salga por la puerta.

Una mujer joven, nerviosa, que probablemente sea su madre, los observa hacer eso dos o tres veces antes de que el bote de la pelota comience a crisparle los nervios. Incapaz de aguantarlo un momento más, se levanta y se la quita. La niña rompe a llorar, y esto hace que la madre llore también. Al

verlo, las mujeres de El Círculo intervienen, consuelan a la joven madre, rodeándola.

—Déjalos jugar —sugiere una de las mujeres mayores—. Jugar es bueno.

La mujer coge la pelota de manos de la madre y se la devuelve a la niña, que la mira renuente.

Entonces, una mujer divisa el taxi acuático en la plataforma y a alguien que baja de él. Reconozco al pastor de inmediato, incluso después de todos estos años, pero la mujer no, y veo que se pone tensa.

—Está bien. —May le pone una mano tranquilizadora sobre el hombro—. Ha venido a verme a mí.

La joven madre nerviosa permite que la conduzcan nuevamente a El Círculo.

Ahora, las mujeres le hablan en voz baja, le dicen cosas que no alcanzo a entender, hasta que finalmente le arrancan una sonrisa. La niña no vuelve a jugar, sino que deja la pelota en el suelo a propósito y observa cómo rueda lentamente hacia la puerta abierta, donde se detiene momentáneamente para después rebotar y bajar los escalones de granito, dando un par de botes antes de desaparecer de la vista. La única imagen que queda en el marco de la puerta es la de May apresurándose al muelle para reunirse con el pastor.

May cree que es mejor llevar al doctor Ward a la casa principal, lejos de las mujeres, que, en el mejor de los casos, están recelosas y, además, «de todas formas, están haciendo encaje, y no deberíamos interrumpirlas con nuestros asuntos». Cuando llegamos a la casa, Beezer y Anya por fin se han levantado. Él ya se ha tomado un café y ahora le lleva uno al pastor. Anya no ayuda, pero está pegada a él, como siempre. Él lo compensa, como hace una persona con una incapacidad, aprendiendo a moverse con ella, olvidando durante un momento que ésa no es la forma en que siempre ha caminado.

—Estamos pensando en cambiar de local —dice el doctor Ward mientras revuelve una cucharada más de azúcar y golpea los bordes de la taza con la cuchara—. Probablemente trasladaremos el funeral calle abajo, a Saint James.

—¿Por qué vamos a hacer una cosa así? —pregunta May.

—Porque asistirá mucha gente. La iglesia católica es el único lugar en el que cabe tanta gente.

—¿Cuánta? —May ya tiene un mal presentimiento al respecto.

—Creemos que unos doscientos —dice él—, aproximadamente.

—¿Doscientas personas? —Anya está asombrada—. Yo no reuniría a doscientas personas en mi funeral si me muriera.

—Aproximadamente —repite.

Casi puedo ver cómo se le pone la carne de gallina a May ante la idea de tal multitud. Incapaz de permanecer sentada, se levanta y comienza a pasearse.

—Doscientas personas —repite Anya.

—Eva tenía muchísimos amigos —le explica Beezer, en parte para acallarla—. Todas aquellas clases de buenas maneras…

—Todas aquellas brujas —dice May con el entrecejo fruncido.

El pastor se remueve incómodo en su asiento. Algunas personas, los calvinistas entre ellos, considerarían a May una de «aquellas brujas». Más ahora, que se llaman a sí mismas «El Círculo». Lo recordaba de cuando cambiaron oficialmente su nombre, su nombre comercial, de «Las Chicas de la Isla» a «El Círculo». Ya entonces no le gustó, y así se lo hizo saber a Eva. Ese nombre tenía ciertas connotaciones y, en su opinión, deberían evitarlas. Siempre se había preguntado —bueno, en realidad todo el mundo se lo preguntaba— qué sucedía realmente allí. Para algunos, aquellas mujeres eran una asamblea de brujas. Era lógico, ahora que en Salem había brujas en todas partes, pensar que un grupo de mujeres era una asamblea de brujas, sobre todo un grupo que se autodenomina «El Círculo». Eva se había reído de él cuando se lo comentó, le recomendó que se informara, que el nombre no estaba relacionado con las brujas, sino con los círculos de costura femeninos de antes. Aun así, a él le parecía que se podía malinterpretar. Sus palabras textuales fueron que «podía cerrarles puertas», pero ellas siguieron adelante y cambiaron el nombre de todas formas. Y, por lo que veía, no les había cerrado puerta alguna. Poco después, Eva había empezado a vender el encaje de El Círculo en su salón de té, y desde entonces sus ventas iban bien. Bueno, habría que estar loco, ¿no?, para aceptar consejos empresariales de un pastor. No obstante, le producía cierto alivio comprobar no sólo que May no era una bruja, sino que, al parecer, ni siquiera sentía simpatía por ellas. En ese sentido, pensó, ella era como los calvinistas.

—¿Quiénes son los calvinistas? —pregunto yo, sin caer en la cuenta de que he estado leyendo su mente hasta que hago la pregunta.

Él se sorprende. La mente del doctor Ward es tan fácil de leer, tan abierta, que no puedo evitarlo. A veces es así con la gente religiosa. Sus pensamientos están expuestos para que el mundo los vea, no los esconden como el resto de nosotros.

Ahora May está realmente alterada. En un primer momento pensé que tal vez estaba enfadada porque estaba leyendo la mente del pastor sin su permiso, y ésa era otra de las normas de etiqueta de Eva. No se debe leer la mente de nadie a menos que te inviten a hacerlo: es una intrusión, como allanar una propiedad. Pero yo sabía que si yo podía leer a este hombre con tanta facilidad, May también podía hacerlo; hasta cierto punto, todos somos lectores, aunque May no lo admitiría nunca. Como máximo, puede llegar a reconocer que es tremendamente intuitiva, que para mí es casi lo mismo. Así que o todavía sigue molesta por lo de las brujas, lo que me resulta incomprensible, o está enfadada conmigo por leer la mente del pastor. En

cualquier caso, su rabia es palpable. Incluso él puede sentirla.

—¿Qué opinas? —El doctor Ward está esperando una respuesta.

—Ya sabes lo que pienso —dice May—. No creo que ni siquiera debamos celebrar un funeral.

—Yo creo que Eva habría querido algún tipo de ceremonia —repone el doctor Ward.

—Sería bonito celebrar una ceremonia. —Son las primeras palabras que ha dicho la tía Emma.

—Eva era bastante religiosa, ya lo sabes —argumenta el doctor Ward.

—¿Eva? ¿Religiosa? —May se echa a reír.

Aunque preferiría ponerme del lado del doctor Ward antes que del de May en cualquier situación, incluso yo estoy de acuerdo con ella en ese punto. Eva era miembro de la Iglesia, pero no era lo que cualquiera calificaría como una persona religiosa. En verano, preparaba los arreglos florales para la primera iglesia unitaria. Y era capaz de debatir sobre las Escrituras con el más preparado. Pero rara vez iba a misa. Una vez me contó que su idea de la espiritualidad consistía en trabajar al aire libre en su jardín o en nadar.

—Bueno, yo creo que habría querido algo —insiste el doctor Ward. Su voz desvela cierta tensión, que oculta rápidamente bajo una sonrisa forzada.

—Entonces tú deberías ser quien lo planifique —dice May, y sale de la habitación.

Ahora soy yo quien está enfadada, porque esto es típico de May, dejarnos a todos aquí sentados de este modo. Mi madre es conocida por haber derrotado al *sheriff* del condado, a la policía de Salem y a una docena de periodistas a la vez. Es capaz de dirigir un negocio floreciente o de conceder una entrevista brillante a *Newsweek* , pero cuando se trata de la familia, es incapaz de hacerse cargo de nada.

—Ni siquiera sé por qué le pedimos su opinión —digo con una dureza algo excesiva—. Apuesto lo que sea a que no aparecerá en el funeral si lo celebramos.

—Tú has aparecido, ¿no? —El tono de Beezer también es duro. Se siente culpable de inmediato—. Lo siento —dice—, pero, por favor, ¿podemos no hacer esto?

—Lo siento —replico, y lo digo de verdad.

—Tal vez deberíamos celebrarlo en la iglesia unitaria como estaba planeado —sugiere el doctor Ward—. Respetaremos el orden de llegada.

Visualizo el mostrador de un establecimiento de comida rápida donde la gente coge número. No comparto la imagen con los demás.

Se produce un largo silencio.

—¿Estás bien? —me pregunta finalmente el doctor Ward.

—Lo siento —repito, no sé qué más decir.

—Todos lo sentimos —dice el doctor Ward, y los ojos se le humedecen levemente. Extiende una mano pastoral para tocarme el brazo, pero las lágrimas han empañado su visión y su mano toca el vacío.

Más tarde, cuando creen que están solos en la casa, oigo a Anya hablando con Beezer: «Tu familia es de lo más raro», dice. Y lo dice con cariño; se supone que es una broma.

Sé qué expresión ha puesto él sin verle la cara. No sonríe.

Cuanto estuve deprimida, después de que Lyndley se quitara la vida, me apunté a una terapia de *electroshock* . Fue en contra de los deseos de Eva y sin duda en contra de los de May (que, en parte, fue el motivo por el que lo hice), pero los médicos me lo recomendaron insistentemente. Había pasado seis meses en el hospital. Habían probado toda la medicación estándar para la depresión, aunque fue en la era anterior al Prozac, así que los medicamentos con los que trabajaban no eran tan eficaces. Además, también me recetaron antipsicóticos para las alucinaciones. Tomaba tanto Stelazine que no podía tragar. Apenas podía hablar. Y la medicación no ayudaba mucho. Seguía despertándome con imágenes de Lyndley sobre las rocas, ofreciéndose al viento como el mascarón de proa de un viejo barco, preparada para saltar. Mis terrores nocturnos estaban protagonizados por el padre de Lyndley, Cal Boynton, mientras éste era despedazado por los perros. Para ese momento había empezado a darme cuenta de que esa imagen era una alucinación aunque, cuando me ingresaron, creía de verdad que los perros habían despedazado a Cal y que él estaba muerto. Los médicos lo consideraron una especie de fantasía que cumplía un deseo.

Bueno, Cal no estaba muerto, pero Lyndley sí. Y no importaba lo mucho que yo me esforzara, no podía quitarme ninguna de las dos imágenes de la cabeza. Pensé, y los médicos me lo contaron, que me podrían librar de la imagen con la terapia de *electroshock* , así que me apunté. Prácticamente estaba deseando comenzar. La respuesta de May a este paso fue enviarme una copia de *La campana de cristal* de Sylvia Plath. No me la trajo, ni soñarlo; no vino ni una sola vez a verme al hospital. En cambio, me envió el libro con Eva, que tenía órdenes de leérmelo en voz alta si era necesario.

—Voy a hacerlo —fue todo cuanto le dije a Eva.

No fue terrible; al menos, mi experiencia no lo fue. Y funcionó. Requirió varias sesiones, pero al final las imágenes comenzaron a desaparecer. La imagen de Cal volvió a ser una pesadilla, una de las que podía despertarme antes de que

las cosas se pusieran realmente feas. Y a pesar de que la imagen de Lyndley no desapareció del todo, se convirtió en una pequeña caja negra que permanecía inmóvil en el lado izquierdo de mi visión panorámica. No es que hubiera desaparecido exactamente; tan sólo no tenía que mirarla directamente. Podía mirar otra cosa si decidía hacerlo, y lo hice.

Por primera vez en mi vida, tenía un plan. Iba a mudarme a California. Desde que había pedido plaza y me habían aceptado en UCLA, dije en el hospital que iba a ir a la universidad como estaba planificado. Los médicos estaban encantados. Se lo tomaron como una señal de que estaba curada, y de que su nuevo medicamento electrónico y mejorado había funcionado conmigo.

Antes de que hiciera la terapia de *electroshock* , en un intento final de disuadirme, Eva me dijo algo extraño. No le afectaban mis visiones. En su profesión como lectora, las visiones eran lo que tú deseabas. «A veces —dijo —, no son las visiones lo que están mal, sino la interpretación de esas visiones. A veces es imposible entenderlas hasta que tienes algo de perspectiva». Ella abogaba por recurrir a más terapia oral y obviar los *electroshocks* , o al menos eso pensé yo en ese momento. Lo que realmente quería decir, y sólo me dijo años más tarde, era que ella había visto las mismas imágenes. Las había leído en el encaje, la de Lyndley y la de los perros. Pero las había interpretado como símbolos, mientras que yo las veía como algo real.

—Es culpa mía —dijo Eva, y comenzó a hablar con sus tópicos—: Debería haberlo visto venir.

Todos encontramos la manera de anestesiarnos.

—A toro pasado, todos somos sabios —me explicó Eva con una sonrisa triste.

La terapia de *electroshock* acabó con la mayor parte de mi memoria a corto plazo, y no ha vuelto. Recuerdo muy poco de lo que sucedió aquel verano. Y probablemente así está bien: es lo que pedí. Lo que también sucedió —y es verdaderamente inusual, sólo un caso cada mil, de acuerdo con las estadísticas— es que también barrió mi memoria a largo plazo. Me aseguraron que la recuperaría, y en gran parte así ha sido. A diferencia de la mayor parte de la gente, que pierde memoria con el paso de los años, yo recuerdo cada vez más a medida que transcurre el tiempo. Normalmente, vuelve en fragmentos, aunque a veces se trata de historias completas. Escribí algunas cuando estaba en el hospital, pero cuando llegué a UCLA me sentía agotada. No pasé del primer semestre. Le conté a Eva que lo dejaba por culpa del Stelazine, que tenía visión doble y no podía leer, lo que era cierto. Cogí mi primer trabajo de guardesa para un director de cine, que me consiguió un empleo como lectora de guiones, primero para él y luego para un estudio.

Durante un tiempo, Eva intentó convencerme para que volviera a la universidad, o para que regresara y fuera a clase en Boston.

Capítulo 8

En la actualidad, las mujeres del Círculo hacen los bolsillos con los huesos de los pájaros que en su día vivieron en Yellow Dog Island. La ligereza de esos huesos hace irregular la tensión de la trama, y es eso, más que ninguna otra cosa lo que provee al nuevo encaje de Ipswich de su inusual calidad y de su primorosa textura irregular, y facilita asimismo su lectura.

Guía de *la lectora de encaje* .

Habría ganado la apuesta. May no aparece en el funeral de Eva.

La tía Emma está allí, escoltada por Beezer y Anya, cada uno de un brazo. Pero May ni siquiera se molesta en venir.

—May tiene su propia manera de presentar sus respetos —siente la necesidad de explicar Anya—. Esta mañana ha esparcido pétalos de peonía a los cuatro vientos.

No hago comentarios. Cualquier cosa que pudiera decir sonaría sarcástica.

Cuando llegamos a la iglesia, la gente hace cola fuera para entrar.

Rafferty está aquí, de pie al fondo de la iglesia, bajo el órgano, que asciende dos pisos hasta el techo. Parece incómodo en su traje oscuro, más incómodo porque es consciente de que todo el mundo lo está mirando. En realidad, sólo lo miran las mujeres. Rafferty es un hombre atractivo, un hecho que le hace ser aún más consciente de sí mismo en medio de esta multitud mayoritariamente femenina.

La primera iglesia de Salem es una iglesia vieja que en sus orígenes fue puritana. Dos de las brujas acusadas pertenecían a su congregación. Ésta también es la iglesia que excomulgó a Roger William después de que se pusiera en huelga y se negara a ejercer de pastor e incluso a asistir a las misas a menos que se interrumpiera todo diálogo con la Iglesia de Inglaterra. Huyó no sólo de la iglesia, sino también de Massachusetts Bay Colony, eludiendo su destierro y fundando Rhode Island, el estado que ejemplifica la tolerancia religiosa.

Hoy la primera iglesia de Salem es unitaria y está tan alejada de sus rafees puritanas como puede estarlo una iglesia. Aun así, esas raíces son muy profundas. Es el último de una sucesión de lugares de encuentro; la estructura de Essex Street ha cambiado notablemente a lo largo de los años. A mediados del siglo XIX, cuando llegó una considerable riqueza gracias al tráfico marítimo, la iglesia fue reconstruida en piedra y caoba, con bancos de madera maciza en el medio y suaves reservados tapizados de terciopelo (asientos privados para las familias navieras) pegados a las paredes. La luz

entra principalmente a través de unas enormes vidrieras Tiffany, que van casi del suelo al techo y proyectan una luz rosada sobre el interior que hace que todo se vea hermoso, aunque ligeramente irreal.

La iglesia cuenta con ese tipo de elegancia austera que sólo se puede encontrar en esta parte del Nuevo Mundo.

Nos sentamos a un lado, en el reservado de los Whitney, que tiene cojines de pelo de caballo y un tapizado polvoriento de terciopelo que en su día fue de color vino y ahora es de un rosa desvaído. Los bancos del centro de la iglesia han sido restaurados, y es allí donde se sienta la congregación. Incluso hoy, que está tan lleno que la gente se ve obligada a quedarse de pie atrás, el único reservado abierto es el nuestro. Probablemente se debe más a razones de seguridad que de segregación, pero de algún modo parece la forma de apartarnos de la multitud. Como estamos de cara a la gente y no al púlpito, da la sensación de que estamos sentados en un escaparate. Veo que la gente nos lanza miradas cuando cree que no estamos mirando. Quizá sucede siempre en los funerales, esas miradas, quizá sucede todo el tiempo, pero las familias nunca se dan cuenta porque están mirando hacia adelante, hacia el féretro, y no a la congregación.

Fuera la temperatura casi supera los treinta grados. «Demasiado pronto para esto», oigo que dice una mujer al entrar. Su tono es ligeramente acusador. Me vuelvo para ver con quién habla, pero es un comentario general, no dirigido a nadie, o tal vez a Dios, pues se supone que ésta es su casa. Es como si estuviera documentando algo, grabando. La gente hace eso en esta parte del país, registran los extremos meteorológicos de la misma manera que comprueban sus libros de contabilidad, asegurándose de que les aportan beneficios por todo y no les cobran cargos que no les corresponden, como si el propio clima estuviera controlado y obligado a producir un número finito y determinado de días de calor, nieve o lluvia que no se debe sobrepasar.

La iglesia está llena de mujeres, todas con sombrero y vestidos de tirantes de lino, con un aspecto casi sureño, fuera de lugar en esta arquitectura de piedra fría. Mi atención se dirige al centro de la iglesia, a un grupo de mujeres que llevan vestidos en diferentes tonos de púrpura y sombrero rojo. Son las habituales de Eva en el salón de té, un grupo al que ella consideraba sus amigas.

La gente se abanica cuando entra con lo primero que encuentran: un sombrero, un programa del domingo anterior que se cayó al suelo. Pueden oírse los suspiros. La iglesia no está climatizada, pero mantiene el frescor y la humedad de un sótano de piedra de Nueva Inglaterra, con un resabio de olor a manzanas del Harvest Days del otoño anterior y restos de abeto de Navidades. La gente se tranquiliza a medida que se refresca; dejan de abanicarse y de moverse. Incluso hay algunas sonrisas de reconocimiento que después se cubren con un semblante sombrío más apropiado. «Intenta comportarte como si fueras de negro», oí decir una vez a un director a uno de sus actores. Eso es lo que está haciendo la gente.

Las únicas personas que realmente van de negro son las brujas, pero ellas visten de negro todo el año. También son las únicas que no están tratando

esto como una situación solemne. Hablan en voz baja entre sí, se saludan unas a otras a medida que llegan. La muerte no es lo mismo para las brujas, me explicó una vez Eva; dijo que era porque ellas no la relacionan con la perspectiva de la condena eterna.

El doctor Ward hace su loa. Habla sobre las buenas obras de Eva, sobre la gente a la que ayudó. «Al final, las personas se definen por las buenas obras que hacen». Hace un recorrido por la lista de las acciones de Eva, cosas que nunca supe sobre mi tía, cosas de las que podría haber presumido si hubiera sido otro tipo de persona. Me doy cuenta de lo egoístas que son los niños. Los queremos, giramos alrededor de su universo, pero ellos no hacen lo mismo con el nuestro. Me marché cuando era una niña, y en diversos aspectos aún no he crecido. Que no supiera esas cosas sobre mi tía atestigua ese hecho. Siento lástima por ello mientras estoy aquí sentada; hoy siento lástima por un montón de cosas.

El doctor Ward se aclara la garganta. «Eva Whitney nadaba todos los días, comenzaba al final de la primavera. Antes de que muchos barcos se hicieran a la mar, ella ya estaba allí. La gente sacaba sus barcos cuando Eva empezaba con sus baños diarios porque sabían que el tiempo ya sería cálido, que la estación ya estaba al llegar. El primer baño de la temporada de Eva era la versión de esta ciudad del Día de la Marmota. Cuando se adentraba en el agua esa primera vez, todos conteníamos el aliento. Si volvía al día siguiente, guardábamos las palas para la nieve definitivamente: la primavera había llegado. —Mira alrededor de la sala, estableciendo contacto visual—. Y ahora ya ha cambiado la estación. El verano está aquí otra vez, pero Eva ya no está entre nosotros». Mira a la tía Emma, después a Beezer y luego a mí. Beezer se remueve incómodo en su asiento. «Para todo hay una estación —dice el doctor Ward— así como un tiempo para cada propósito bajo el cielo».

No finaliza el verso pero baja la escalera, haciendo un gesto a Ann Chase, que se acerca al púlpito con sus notas en la mano, su falda negra roza contra la esquina de nuestro reservado al pasar. El doctor Ward se acuerda de sus modales y le tiende un brazo para ayudarla a subir los escalones, un gesto amable de un caballero a la antigua usanza. Cuando ella toma su brazo, veo que es su mano la que brinda apoyo. Ella le está ayudando más a bajar que él a subir. El doctor Ward camina lentamente hacia la primera fila y se sienta frente al féretro. Fija la vista hacia adelante.

No veía a Ann Chase desde el verano que Lyndley murió. Es un poco mayor que yo, quizá unos cuatro o cinco años. Parece ligeramente apagada pero, aparte de eso, no ha cambiado en estos últimos quince años. Sus rasgos están menos definidos, como la copia de un viejo original hecha por un estudiante de bellas artes, más sugerencia que realidad.

No se presenta. No le hace falta. Con la excepción de Laurie Cabot, Ann Chase es la bruja más famosa de Salem. Es descendiente directa de Giles y Martha Corey, que en su día fueron destacados miembros de la primera iglesia (hasta que fueron ejecutados por brujería durante la histeria). Naturalmente, *no* lo eran. Ahora sus exenciones están expuestas al fondo de esta iglesia para que todo el mundo las vea; la reina Isabel II concedió los indultos a finales de este siglo, demasiado tarde para Giles y Martha y, según

algunas personas, demasiado tarde para Ann también. «El pecado de los padres», susurra alguien lo bastante alto para que todo el mundo lo oiga. Pero si Ann lo ha oído, no se ha inmutado.

La mayoría de la gente de esta ciudad cree que Ann se convirtió en bruja en una especie de protesta familiar llevada al extremo, un resarcimiento que respondía al principio «si no puedes vencerlos, únete a ellos», algo como «ya que tengo la fama, bien puedo hacerle justicia». No estoy segura de esto último. Ann Chase ya practicaba la brujería cuando yo me fui de la ciudad. Vivía en una casa *hippy* en Gables, cultivaba hierbas y preparaba tés de setas alucinógenas para sus amigos. Por aquel entonces no vestía de negro; llevaba largas faldas vaporosas con motivos hindúes hechas del mismo material que los cubrecamas que Lyndley y yo compramos en Harvard Square. Normalmente iba descalza y llevaba tatuajes de henna sobre los nudillos y un anillo en el dedo que iba hasta su tobillo como una enredadera de plata. A ratos, Lyndley y yo pensábamos que era muy exótica. El resto del tiempo, sencillamente opinábamos que era rara y punto. Como aquel día que la vimos salir al final del muelle Derby, imponente al lado del diminuto faro, invocando hechizos de amor para sus amigas, que la seguían a todas partes como cachorros. Solíamos espiarlas desde la bahía, desde el whaler atracado en el amarradero de otra persona. Nos reíamos al observarlas, tapándonos la boca para que no nos oyeran. Pero aquellos hechizos debieron de funcionar, porque las amigas de Ann comenzaron a tener pequeños bebés *hippies* , a los que vestían con diminutas camisetas teñidas y les daban el pecho en lugares públicos. Ni que decir tiene que hacía mucho que habían pasado los sesenta. «Los sesenta no llegaron a Salem hasta los setenta», solía decir Lyndley y, naturalmente, tenía razón. Pero cuando los sesenta finalmente llegaron al viejo puerto de Salem, Ann Chase fue la primera en subirse al carro. Y cuando se volvieron a marchar, Ann se quedó en tierra, despidiéndolos con la mano. Había encontrado su hogar.

En esa época todo el mundo hacía algo de magia, pero Ann lo llevó a un nuevo nivel. En lugar de leer las cartas del tarot o echar el *I Ching* , ella optó por la frenología. Te leía el futuro en los bultos de la cabeza. Te la agarraba con las dos manos y apretaba como si estuviera comprando un melón en el mercado. Al final, te decía cuándo te casarías y cuántos niños ibas a tener. Lyndley fue a verla un par de veces, pero yo no fui nunca porque no me gustaba que me tocaran la cabeza y, además, ya tenía a Eva para leerme el futuro cuando lo necesitaba.

Ann era la mejor con las esencias. Cultivaba hierbas en macetas y comenzó a preparar remedios y a destilar aceites esenciales. Una por una, sus compañeras de piso se mudaron, transformándose primero en *yuppies* y, después, en mamás de barrio residencial. Ann las sustituyó por gatos. Abrió una herboristería en el muelle Pickering antes de que se convirtiera en un distrito caro y tuvo el suficiente éxito para quedarse cuando pasó a ser el sitio de moda para ir de compras. Finalmente, a medida que la tienda marchaba cada vez mejor, dejó de cultivar las hierbas en macetas y comenzó a comprárselas a Eva. Así fue como se hicieron amigas.

La evolución de Ann hasta convertirse en «la bruja de la ciudad» fue gradual. Si oyeras a Eva explicarlo, creerías que Ann se levantó un día y se dio cuenta

de que era una bruja. De hecho, no fue una decisión, sino un proceso. Pero la historia de su familia fue lo que la hizo famosa. Las brujas de Salem —las locales que habían empezado a practicar la brujería o las que ya la practicaban y habían venido a la ciudad porque se había declarado un refugio seguro para brujas— se congregaban alrededor de Ann. Exhibían su relación con ella como una muestra de valor, una que prueba que las brujas han existido siempre en Salem, una especie de «mira hasta adonde hemos llegado». Pero, como es natural, no demuestra nada por el estilo, porque Giles y Martha Corey no practicaban la brujería, sino que sólo fueron desafortunadas víctimas. No obstante, una vez hecha la conexión era difícil eliminarla. Mientras estoy aquí sentada, me pregunto cómo se sentirá Ann por ser su mascota.

Lleva hablando varios minutos: sobre los jardines de Eva y su preservación de las plantas, sobre la que se ha escrito en diversas revistas a lo largo de los años. Quiero escuchar lo que Ann tiene que decir, pero la misma persona está susurrando otra vez e interrumpe mi concentración. Miro a mi alrededor pero no encuentro de dónde procede, así que intentó concentrarme de nuevo en el discurso de Ann y en los detalles de la vida de mi tía.

—Que yo sepa, Eva salvó por lo menos una especie de planta de su extinción —dice Ann.

«Qué exageración, menuda sarta de tonterías», susurra la misma voz, esta vez lo bastante alto para que yo lo oiga. Me doy media vuelta y le pido a las mujeres de mi izquierda que hagan silencio, creyendo que es una de ellas. Me miran extrañadas. «Como si tuvieras dos cabezas», susurra la voz en mi oído, ahora más alto, más cerca. La reconozco. Es la voz de Eva. Habla a un volumen que podría abarcar la iglesia, o al menos llegar a los bancos de mi alrededor, pero está claro que soy la única que la oye.

—Eva Whitney era una de nosotros —comienza Ann, y algunas brujas aplauden—. No oficialmente, por supuesto, pero lo era.

Ahora miro al reverendo, que es a quien Eva quiere que mire. No sé cómo lo sé, pero así es. Él era un buen amigo. Lo recuerdo en casa, debatiendo sobre las Escrituras y literatura hasta altas horas de la madrugada.

Observo al doctor Ward. Estoy segura de que está consternado. Trata de mantener la compostura por el bien de la congregación.

—Me viene a la cabeza una de las citas preferidas de Eva —dice Ann—: «La hierba volverá a reverdecer el año que viene. Pero tú, estimado amigo, ¿volverás tú?». —Me mira directamente a mí mientras recita ese verso.

Ahora Ann desciende los escalones, y el doctor Ward vuelve junto al féretro. Mientras Ann baja la escalera, su vestido se hincha y me viene a la cabeza la imagen de un vuelo, de brujas sobre escobas. Entonces Eva me lanza el fragmento de un recuerdo, de nosotros aquí sentados —Eva, Beezer y yo—, «el día que el hombre voló», o al menos así es como se refirió siempre Beezer al incidente.

Era Nochebuena. Por entonces, el doctor Ward era nuevo, y Eva le estaba mostrando su apoyo asegurándose de que todo el mundo acudiese a las misas. Beezer, junto con otros doce niños, había sido elegido para tocar las campanas ese año, y todos juntos tocaban una peculiar versión del *Himno de la alegría* , cada uno levantando su campana en el momento exacto y agitándola como si su salvación fuera en ello. Cuando Beezer terminó su actuación, volvió al reservado. Estaba rojo a causa de la atención de la que era objeto y también a causa de la calefacción, que el doctor Ward había puesto alta para asegurarse de que los niños estuvieran calentitos en el viejo y frío edificio.

Los bancos del pasillo central están ligeramente elevados, unos quince o veinte centímetros, algo que es poco habitual y que, si lo olvidas aunque sea por un segundo, puede ser muy traicionero. Recuerdo estar sentada en este reservado con Beezer aquella noche. La misa estaba terminando. El coro cantaba, exactamente igual que ahora. Un señor mayor, con prisa por llegar a casa, vio un hueco en la procesión, violó el protocolo y se saltó la cola, pero debió de olvidar que había un escalón. Lo que mejor recuerdo es la cara de Eva cuando el hombre salió disparado hacia nuestro reservado, con la cabeza por delante, como si estuviera volando, con las piernas casi en paralelo al suelo. Beezer lo vio antes que nosotras y gritó: «¡Hostia!», algo por lo que Eva le habría dado un bofetón si hubiéramos estado en casa, pero antes de que pudiera alcanzarlo, estaba tirado en el suelo y me había arrastrado consigo. Todos los presentes en la iglesia se volvieron a tiempo para ver a Eva levantar las manos por encima de su cabeza y coger al hombre en mitad del vuelo, como un entrenador de atletismo que observa a un saltador de pértiga. Modificó la trayectoria del hombre y probablemente lo salvó de romperse el cuello. Por un momento, antes de caer, parecía ingrávido y daba la impresión de que volaba.

Recuerdo que pensé que el hombre estaría bien si sencillamente creía que estaba volando y no a punto de hacerse daño. Pero perdió el control, hizo una mueca y agitó los brazos. Aterrizó pesadamente entre el regazo de Eva y la entrada al reservado, haciendo añicos la caoba al caer. Milagrosamente, el hombre estaba ileso, y Eva también. Recuerdo lo impresionado que se quedó Beezer por la captura de Eva y por su valor. Estuvo hablando de ello durante días.

«¡Hostia!», susurra la voz, y veo a Beezer sonreír. Me doy cuenta de que ese recuerdo era para él, no para mí. Ahora, mientras se acuerda, está medio riendo, medio llorando. Entonces la solista comienza a cantar *Raglan Road* , que es una elección inusual pero acertada; la ha escogido mi hermano y sé que a Eva le habría gustado.

Veo a Ann sonreír al pasar, su falda aún flotando. Hay un pequeño movimiento cuando el espíritu de Eva salta de nuestro reservado hasta ella. Miro a Beezer para ver si él se ha dado cuenta, pero ya está de pie y de camino al altar, junto con los otros portadores del féretro, y no ha visto nada.

Todos seguimos el féretro. Cuando las enormes puertas de la iglesia se abren, el aire fresco del interior se condensa en un sutil vaho que nos vaporiza a medida que nos libera en el ardiente pavimento que hay debajo. Antes de

irnos, todo se detiene durante un instante. Nadie quiere volver al exterior. Dar un paso afuera es el final de algo, un cambio importante. Todos lo sentimos. Sin tener en cuenta que allí fuera hay treinta y seis grados de temperatura. Es otra cosa. Durante un segundo el umbral parece demasiado alto para cruzarlo, no sólo para los portadores, también para todos los demás. La eternidad está atrapada en este instante, y todos hemos quedado suspendidos en ella. Finalmente, es el doctor Ward quien rompe el hechizo y sale afuera.

El asfalto de la carretera emana oleadas de calor y distorsiona las figuras de la gente cuando salen a la luz del sol, desdibuja los contornos de todo el mundo, no sólo el de Ann. Es como si todos fueran espíritus y el féretro, con sus líneas oscuras, fuese lo único corpóreo de verdad. La gente se mueve lentamente con deliberación, escaleras abajo, acomodando la vista al resplandeciente sol.

No hay coche fúnebre. Los portadores del féretro han optado por llevarlo hasta el cementerio; Beezer, Jay-Jay y otros hombres jóvenes que no reconozco, tal vez amigos de Eva.

Unas cuantas casas más adelante, en la Casa de la Bruja —residencia de uno de los jueces implicado en los juicios de brujería—, un grupo de párvulos de excursión guardan fila a ambos lados de una gruesa cuerda amarilla con nudos dispuestos cada treinta centímetros. Cada niño se sujeta a un nudo con una mano; algunos están abstraídos, chupándose el pulgar. Otros, los mayores, más acostumbrados al compañerismo que a la cuerda, se sujetan a un nudo con una mano mientras que dan la otra por debajo de la cuerda. Sería difícil caminar por ahí, pero ahora no están caminando, solamente están esperando para entrar. Me asombran las profesoras, llevarlos allí, a la casa de Jonathan Corwin, uno de los jueces que condenaban a la horca, aunque era más escéptico y estaba menos comprometido con esa triste práctica que los demás. No, los niños no lo comprenderán. Pensarán, como yo a su edad, que la Casa de la Bruja era el lugar donde vivían las brujas. Si piensan en algo, pensarán en Halloween y en los caramelos y en qué disfraz llevarán la próxima vez. No entenderán el resto de la oscura historia, lo que, por otra parte, tampoco está mal. Están adormilados por el calor, distraídos, buscando algo que los saque de su aturdimiento. Sus ojos detectan el féretro a medida que éste se mueve lentamente por el camino de entrada de la iglesia; lo observan mientras se balancea calle abajo, clavan la vista, se apuntan al viaje con los ojos, inconscientes de que no deberían hacerlo. No tienen un marco de referencia para la muerte, para ellos es parte de un *tour* para el que tienen entradas, o quizá piensan que somos como los actores callejeros que han visto deambulando por la ciudad haciendo números de esqueletos, intentando llevarte al Museo de las Brujas de Salem o a las Mazmorras, o incluso a una de las casas encantadas.

Pasamos los jardines de la Mansión de las Cuerdas. Hay coches detenidos en ambas direcciones cuando cruzamos Essex Street y nos dirigimos por Cambridge hacia Chestnut Street, la calle favorita de Eva. Originalmente, los Whitney vivían allí, antes de que los políticos los desplazaran a Washington Square con el resto de los republicanos jeffersonianos. El plan de Beezer es girar a la derecha en Chestnut Street y pasar por delante de la antigua casa

de los Whitney antes de subir por Flint Street y bajar por Warren, y después volver otra vez por Cambridge Square hacia el cementerio de Broad Street. Es una idea que sonó bien en su momento (y que habría hecho feliz a Eva), pero es demasiado ambiciosa. El calor hace casi imposible el recorrido. Yo ya estoy agotada y sin aliento. Pienso que sería mejor si fueran directamente y no hicieran el desvío. Trato de hacerle llegar ese pensamiento a Beezer, pero cuando el cortejo alcanza Chestnut Street con Hamilton Hall, Beezer los dirige a la derecha, como estaba planeado, y el féretro sigue adelante y la parte posterior da un bandazo similar al de la popa de un barco.

Chestnut Street está decorada durante el verano con jardineras y macetas de flores en las entradas de las viejas casas federales. En cualquier momento es bonito, pero nunca ha sido el lugar más sencillo para caminar. Las viejas aceras de adoquines son como olas que suben y bajan para adaptarse a las raíces retorcidas de los árboles y a las heladas de los últimos dos siglos. Esta calle es un lugar detenido en el tiempo, pero es tan inestable como la bahía de Salem con tempestad, y el féretro se balancea como si flotara sobre el agua. Un tranvía turístico dobla la esquina y algunos de los visitantes, al percatarse de la oportunidad de echar una foto, se asoman para disparar sus cámaras al pasar. Cuando el tranvía toca la campana, un hombre mayor que juega al solitario junto a la ventana de su casa le lanza una mirada reprobatoria para, a continuación, sorprenderse al ver el féretro flotar delante de su ventana, seguido de nuestro cortejo. Se levanta, va hasta ella y cierra los postigos.

El cementerio de Broad Street está en lo alto de una colina y se extiende por la suave ladera hacia la iglesia. A vista de pájaro, no está lejos, pero sí lo está para los portadores con este calor. Veo la tensión en el rostro de Beezer; se está preguntando si esto no ha sido una mala idea. Estamos llegando a la colina funeraria, los parientes y algunas señoras acaloradas en primera línea. El cementerio está ahí delante, pero la carretera desciende antes de volver a recuperar la pendiente hacia arriba. Aunque diviso las lápidas de la colina, ya no veo la entrada del cementerio, así que no tengo ni idea de qué está mirando todo el mundo hasta que estoy casi en lo alto. Las brujas, que se encuentran en el promontorio que tenemos detrás y aún tienen una panorámica completa, se han parado en seco y están mirando algo que se interpone en su camino.

—¿Qué sucede? —pregunta la mujer vestida de color pastel a su amiga—, ¿qué miran?

Oigo a los manifestantes antes de verlos; se me antojan un muro o una puerta cerrada. Entonces diviso los carteles, grandes, escritos a mano en enormes cartulinas con rotulador: No AL ENTERRAMIENTO CRISTIANO. LA BRUJERÍA ES UNA ABOMINACIÓN PARA EL SEÑOR.

El detective Rafferty, que parece haber estado esperando que surgieran problemas desde el principio, ya está hablando por el móvil, pidiendo refuerzos. Uno de los portadores del féretro, que se las ha arreglado para navegar por las aceras de Chestnut Street sin dar un paso en falso, da un traspié ahora, aunque estamos otra vez sobre el asfalto firme. Está a punto de caer pero recupera el equilibrio en el último momento. La oleada de desequilibrio se extiende a los demás y, por un instante, creo que van a soltar

el féretro en medio de la acera.

—Muévanse —les está diciendo Rafferty a los manifestantes mientras un coche patrulla aparca.

Del vehículo bajan dos policías que les cierran el paso a los manifestantes para que el féretro pueda pasar. Los portadores comienzan a subir la colina, pero es empinada. Veo cómo sus chaquetas se empapan de sudor.

—No lo entiendo —dice la mujer vestida de color pastel a una de las mujeres de sombrero rojo—. ¿Quiénes se supone que son esas personas?

—Son calvinistas —contesta la del sombrero rojo.

De repente me siento como da la impresión de sentirse Beezer. Me doy cuenta de que debería haber comido algo antes de venir, pero no podía. Es como si estuviera viéndolo todo a través de unos prismáticos al revés, de modo que todo se aleja.

—¿Como los puritanos en los viejos tiempos?

La mujer del sombrero rojo pasa cuidadosamente de largo junto a los manifestantes, haciéndose a un lado para no cruzarse en su camino, pero sin atreverse a darles la espalda.

—Debes de estar de broma —dice la mujer de pastel a la mujer del sombrero y a los manifestantes. Al no obtener respuesta, se apresura a alcanzarnos. Se oye una sirena aproximarse a lo lejos.

—Dejen pasar —pide Rafferty otra vez; ahora que los refuerzos están en camino, lo dice con más dureza que antes—. Quieren protestar, están en su derecho, pero no lo harán dentro del cementerio.

Rafferty se coloca entre los calvinistas y las brujas. Éstas avanzan juntas formando un grupo silencioso, y siento que algo cambia. Un hombre se santigua cuando pasan, una vieja superstición de su antiguo catolicismo, como si no estuviera seguro (ni una pizca) de que esta nueva religión que ha adoptado vaya a resistir. Incluso yo me doy cuenta de que esos hombres tienen miedo de las brujas. Su miedo altera el equilibrio de poder, y ahora las brujas se sienten lo bastante fuertes para pasar; saben que esos hombres las temen, sobre todo al ser un grupo tan grande.

Anya coge del brazo a la tía Emma y la dirige a lo alto de la colina, donde está la parcela de la familia Whitney. Yo camino detrás, sin quitar ojo a los calvinistas. Desde abajo veo que llegan más coches de policía.

El viento sopla arrastrando partículas de agua. Una vez en lo alto de la colina, el aire finalmente comienza a moverse. Huele a océano y a marea baja. Siento los puntos de la operación, que aún no se han disuelto, tirando en cada paso colina arriba. Busco a mi alrededor un sitio en el que sentarme, pero no hay nada. Quiero llorar, sé que debería quererlo, pero no me es posible, no aquí,

con toda esta gente mirándonos. Mirándome.

Tengo delante el imponente monumento de los Whitney y los pequeños nichos que lo rodean. Bajo la vista hasta el que está frente a mí: es la lápida de mi abuelo, G. G. Whitney. Cualquier persona en Salem puede contarte una historia sobre mi abuelo. Pero hoy no estoy buscando la de G. G., sino la de Lyndley. Cuando mi hermana fue enterrada, yo ya estaba en el hospital. Bajo la vista hasta el final de la fila, hasta la lápida de aspecto más reciente, la suya.

La lápida de Eva ya ha sido tallada. Está apoyada junto al nicho abierto. Anya está despotricando. Está muy enfadada porque se han equivocado en el nombre. Han escrito «Eve» en lugar de «Eva». Puede que sea un error involuntario, pero quiere que alguien pague por ello.

—Y mira cómo han escrito la palabra «fallecida» —dice—. Han escrito «fallida». ¿Dónde encontrasteis a esta gente?

No está hablando conmigo, ni con nadie que pueda hacer algo al respecto. La misma familia ha tallado las lápidas de los Whitney desde hace años, marmolistas de Italia que G. G. trajo al país. Los conozco desde que era pequeña. Ellos hicieron la intrincada talla del monumento central. Hicieron todas las esculturas de granito del jardín de Eva: tallaron delicados pétalos de rosa y helechos en el duro granito de Nueva Inglaterra, que nada tenía que ver con el suave mármol al que estaban acostumbrados. Son grandes marmolistas, aunque no sepan de ortografía, y no permitiré que Anya diga nada malo sobre ellos.

Recorro las hileras de lápidas de los Whitney. Al llegar a la de Lyndley, me detengo y la observo fijamente. Su nombre también está mal escrito. Pusieron el apellido bien, Boynton, pero escribieron su nombre con una «s» en lugar de una «l» («Lyndsey» en lugar de «Lyndley»). Siento una leve náusea aquí de pie; estoy mareada.

Cuando me reúno con el grupo, Anya sujeta a la tía Emma del brazo. Parece que ha recordado *dónde está y ha dejado de* despotricar.

El doctor Ward está leyendo unas oraciones junto a la tumba. Sigue observando a la tía Emma mientras lee, dirigiéndose a ella, pero ella no parece darse cuenta. No está mirando al pastor, sino a la montaña de escombros que hay junto a la tumba abierta. No obstante, no creo que sea ni remotamente consciente de que hoy estamos enterrando a su madre. El día que llegué daba la impresión de saberlo. Pero hoy parece ajena a todo. Su vista permanece inmóvil mientras recitamos el salmo veintitrés. No da la impresión de estar triste, ni siquiera intrigada por saber qué estamos haciendo todos aquí.

La ceremonia ya ha terminado y algunas personas se están marchando. Sin embargo, ninguno de nosotros quiere dejar a Eva aquí a la intemperie, no mientras los manifestantes sigan ahí. Así que algunos nos quedamos atrás, esperando hasta que la bajen, cada uno con el ritual puñado de tierra o de flores que abandonamos con Eva.

Entonces, cuando todo acaba y nos volvemos para irnos, una de las mujeres de sombrero rojo deja escapar un grito sofocado. Me doy media vuelta y veo a uno de los discípulos de Cal caminar hacia el cementerio. Lleva una túnica y sandalias, tiene el pelo largo al viento. Lleva barba. Ni siquiera el doctor Ward puede evitar mirarlo. Entonces veo a Rafferty colocarse delante de él, cortándole el paso. El grupo de manifestantes interviene, y los coches patrulla se aproximan. Veo que la expresión de Rafferty se contrae como si acabara de comer pescado en mal estado o algo por el estilo.

—¡Jesús! —exclama la mujer vestida de color pastel.

—No creo que lo sea —dice una de las mujeres de sombrero rojo.

—No es Jesús, es Juan Bautista —interviene otra mujer de sombrero rojo.

—Y ése es Cal Boynton —dice otra en un tono menos jocoso. Hace un gesto señalando al hombre que lleva una chaqueta negra de Armani.

—¡Cómo se atreve! —dice otra de las mujeres de sombrero rojo.

La multitud se queda en silencio cuando Cal pasa. Él se detiene delante de mi tía.

—Hola, Emma —le dice. Ella se pone tensa—. Y hola, Sophya —me dice sin volverse, sin dirigirme la mirada—. Bienvenida a casa.

Todo me da vueltas, y Beezer me coge del brazo.

Antes de tener la oportunidad de pensar qué hacer, Rafferty aparece junto a nosotros.

—Muévase —le ordena Rafferty a Cal, que no se inmuta.

—Relájese, detective Rafferty —dice—. Sólo he venido a presentar mis respetos, como todo el mundo.

Anya ha cogido a la tía Emma del brazo y la conduce lejos de la multitud.

—Vamos —dice—. Ya ha acabado.

Beezer me mira. Permanece a mi lado mientras Anya acompaña a mi tía colina abajo, a la puerta trasera del cementerio, que da a la bahía.

Mi hermano me hace una señal para que me adelante.

—Vamos a casa —dice.

Rafferty se queda atrás, vigilando a Cal, asegurándose de que no nos sigue.

Capítulo 9

En el momento más álgido, había seiscientas mujeres haciendo y vendiendo encaje de Ipswich, que se exportaba de la ciudad a todos los puertos del mundo.

Guía de *la lectora de encaje* .

Anya acompaña de vuelta a Yellow Dog Island a la tía Emma. Cuando Anya llega a la casa de Eva, va directa a la despensa y se sirve una copa. Aparte de May y mi tía, el doctor Ward es el único que no vuelve allí. Se ha disculpado con una nota, en la que explica que no se encuentra bien, y promete que se pasará a verme durante la semana. El resto de los asistentes vienen a casa, incluidas las brujas. Los calvinistas podrían haber venido también, porque son el tema principal de conversación de todo el mundo. «Qué cara más dura —dicen todos—, presentarse de esa manera en el cementerio». Yo todavía estoy en trance por lo que ha pasado, y juraría que Beezer está enfadado conmigo por ello, o al menos se siente frustrado. Insiste en que no debería sorprenderme por eso. Dice que yo ya sabía de Cal y de sus seguidores, que se visten como apóstoles y creen que él es el Mesías. A pesar de que ha sido impactante, asqueroso y todo lo demás, ha dicho Beezer, en realidad no debería sorprenderme tanto, porque yo ya estaba al tanto de todo. Hablamos de ello hace más de un año, ha dicho él, y yo le he contestado que no me importa.

No me acuerdo de esa conversación, y así se lo he dicho.

—¿Recuerdas que Eva te enviaba todos esos periódicos? —ha dicho, como si eso lo explicara todo—. Te los mandaba porque salían artículos sobre Cal.

Yo lo he mirado con el rostro inexpresivo.

—Por el amor de Dios, Towner, fue DDH.

Así es cómo Beezer y yo nos referimos a mi historia. ADH era «antes del hospital», y DDH después. Cuando me dieron el alta, Beezer me ayudó a reconstruir mis recuerdos. Tengo un montón de historias e imágenes directamente de mi hermano, sus propios recuerdos se superponen al delgado esqueleto de los míos. Vino a California el verano siguiente, durante sus vacaciones del instituto, y trató de ayudarme. Incluso pensó en quedarse para la universidad, solicitar plaza en Caltech, pero de repente un día todo le resultó excesivo, tenía que marcharse. Sólo le quedaba una semana para incorporarse al instituto. Me dijo que Eva quería que volviera antes para prepararse. Estoy segura de que se sentía mal por ello. También estoy segura de que me había contado una mentira. Recordar era un proceso difícil, y empeoraba a medida que avanzaba, sobre todo cuando comenzamos a hablar sobre Lyndley. Recuerdo que yo sugerí que tal vez deberíamos haber sabido

lo de los abusos, o al menos que Lyndley tenía problemas, que tal vez podríamos haberla ayudado. Le dije que había señales por todas partes: las heridas, la precocidad sexual, la sobreactuación. Veía cómo se tensaba el rostro de Beezer mientras yo seguía hablando sin parar sobre mi hermana. Veía cómo se cerraba. No era algo de lo que pudiera hablar; era demasiado para él, como lo habría sido para cualquier persona sana, cualquiera que no estuviera obsesionado con lo que había pasado como yo lo estaba. Quería superarlo, pero no podía ante los retazos de recuerdos que tenía. Me aferraba a ellos como si fueran un salvavidas, y aquello era demasiado para mi hermano.

Beezer tiene mucha paciencia con mis lapsus ADH, pero no tolera los lapsus DDH. No hice terapia de *electroshock* DDH ni tampoco estuve internada durante largos períodos de tiempo, salvo por la operación, pero eso era físico, no mental (aunque mi antiguo psiquiatra sería el primero en discutir ese punto). Los periódicos, a los que mi hermano se refiere continuamente como la prueba de que yo sabía de la nueva vocación de Cal, son los que yo nunca abrí. Así que la *prueba* de Beezer no significa nada para mí. No recuerdo en absoluto haber hablado sobre Cal con mi hermano. La verdad, está empezando a molestarme la forma en que Beezer sigue diciéndome cómo me siento y que no me importa. Sé que él necesita que yo lo lleve bien, y lo respeto, pero creo que debería tener algún recuerdo de que me hubieran dicho que mi tío, Cal Boynton, era un pastor fundamentalista cuyos seguidores creían que él era el nuevo Mesías. Creo que recordaría algo como eso.

Cuando la multitud disminuye un poco, Beezer baja y asalta la bodega de Eva. Vuelve con un jerez dulce, un armañac polvoriento y un amontillado.

—¡Bien! —dice Anya—. Muy al estilo de Poe.

Las mujeres vestidas de color pastel y las de los sombreros rojos se alegran al ver el jerez, y sirven diminutas copas para todos. Preparo té en honor a mi tía, y la gente se sienta a las mesitas con sus servicios de té de encaje como si fuera un día normal en el salón, no el funeral de Eva. Pienso en que debería preparar sándwiches de pepino sin corteza, como habría hecho ella, pero no hay nada en casa aparte de las cosas que ha traído la gente, el jerez y el té. Echo una mirada atrás y me doy cuenta de que Eva se olvidó de enseñarme el protocolo funerario, porque salvo Lyndley nadie de la familia ha muerto desde G. G. y mi abuela, pero eso ocurrió cuando yo era una niña y era demasiado pequeña para asistir a las ceremonias. No fui al funeral de Lyndley porque para entonces ya estaba en el hospital, pero supongo que debieron de celebrarlo y que seguramente vinieron aquí después. ¿Adónde iban a ir si no?

Una de las de pastel se ha pasado con el jerez. Tiene la cara roja y está empezando a llorar. Habla sobre Eva y sobre cómo ella ayudó a su hijo. Habla sobre la escuela de danza y de lo terriblemente torpe que era de pequeño, y en algún punto de su enmarañado monólogo me entero de que su hijo «ya no está entre nosotros», murió en la guerra del Golfo.

—Fuego amistoso —dice la mujer con una sonrisa extraña—, como si tal cosa existiera. —Entonces se vuelve hacia mí—. No puedes permitir que muera el

jardín —me dice con urgencia, cogiéndome del brazo—. Prométeme que no dejarás que muera.

Asiento con la cabeza porque no sé qué otra cosa hacer y porque, de alguna forma, los dos, el jardín de Eva y su difunto hijo, están ligados en su mente, pero no logro entender qué conexión tienen, así que asiento estúpidamente y se lo prometo.

El grupo se queda en silencio. Una de las mujeres de sombrero rojo coge la mano de la mujer que llora, y entonces, Ruth, la única que sigue con el sombrero puesto, se lo quita y se lo ofrece a ella, como si fuera un elixir a la antigua que garantiza acabar con cualquier mal. No sé si es por el propio sombrero o por la inocencia infantil del gesto, pero el caso es que funciona. La madre deshecha en lágrimas no se pone el sombrero sobre la cabeza, sino que pasa la mano por encima, como si fuera un gato amoroso que acaba de saltar sobre su regazo para que lo acaricie. Parece que eso la tranquiliza. Después de un minuto, logra sonreír entre las lágrimas.

—Puedes ponértelo —le dice la mujer que le ha entregado el sombrero.

Antes de que la otra tenga la oportunidad de negarse, Ruth le quita el enorme sombrero de ala color pastel y lo reemplaza por el rojo. Y entonces, como en El Círculo (las mujeres de la isla), el grupo rodea a su nueva amiga.

Cuando las mujeres de sombrero rojo se marchan, se van todas juntas, por el mismo camino por el que habían venido. Saludan al salir, al unísono dan el pésame y halagan la recepción, sus voces se apagan como la música, se dividen en notas a medida que se separan en dirección a sus coches. Hasta más tarde no veo un sombrero solitario que ha quedado sobre el mantel. No lo veo hasta que la mujer que lloraba ya se ha ido. Para entonces es demasiado tarde, así que lo dejo allí.

Alguien ha encendido la radio, buscando la National Public, pero el aparato es antiguo y la señal es débil. La filial de la NPR, WBUR, ha sido secuestrada por una emisora más fuerte, una que pone canciones de musicales. Ahora está sonando *South Pacific* , Ezio Pinza cantando *Some enchanted evening* .

Cuando Rafferty se pasa por allí, la mayoría de la gente ya se ha ido. Camina hasta Jay-Jay, la única persona presente que realmente conoce. Lo observo tratando de enderezarse a medida que Rafferty se acerca. Jay-Jay y Beezer ya están bastante borrachos, puesto que, mientras el resto de la gente bebía jerez o té, Beezer y Jay-Jay se han adueñado del armañac y llevan consigo la botella a todas partes, rellenándose las copas una y otra vez. Nunca he visto a Beezer borracho, y nunca se me había ocurrido que bebiera, pero Anya parece habituada. Ella camina otra vez como si estuviera pegada a la cadera de él, sube y baja su copa de jerez dulce vacía como si se tratara de una campanilla que estuviera a punto de tañer para convocar a los invitados a la mesa.

Jay-Jay se sirve otra copa.

—¿Dónde están las señoras del salón de té? —pregunta Rafferty.

—Se acaban de marchar —digo, y él parece aliviado.

—¿Han vuelto los calvinistas a sus jaulas? —inquiere Jay-Jay.

—Caravanas —lo corrige Rafferty—, y sí, han vuelto, de momento.

Detecto un dejo de Nueva York.

—¿Tu madre no está? —me pregunta Rafferty, barriendo con la mirada la habitación.

Teniendo en cuenta que es policía, tarda un rato en percatarse de las cosas.

—No.

Parece sorprendido. Está claro que no conoce muy bien a May.

—No te alojas sola en esta casa, ¿verdad?

Yo no contesto a ese tipo de preguntas, ni siquiera cuando proceden de un policía.

—Anya y yo nos quedamos con Towner —interviene Beezer al rescate.

—Oh, claro —dice Rafferty, que de repente se ha dado cuenta de cómo ha sonado—. Disculpa.

—¿Preguntabas como un agente de la ley o tan sólo en calidad de conciudadano preocupado? —digo, intentando quitarle hierro.

—Era más un intento de sacar conversación —dice él.

—Entonces necesitas una copa. —Beezer va en busca de un vaso y le ofrece el armañac.

Rafferty levanta la mano, declinando la oferta.

—Alcohólicos Anónimos —gesticula Jay-Jay a Beezer con exagerada pantomima, pero lo vemos todos, incluido Rafferty, que levanta la vista al cielo.

—¿Té? —le ofrezco yo.

—No, por Dios —dice, horrorizado, y ambos nos echamos a reír.

Beezer se hace a la idea de que tengo la situación bajo control y se vuelve hacia Anya y Jay-Jay.

Rafferty está pensando en algo que decirme. Pasea la vista por la habitación. Al final, opta por lo evidente.

—Siento lo de tu abuela —dice—. Era una mujer encantadora.

—En realidad, era mi tía abuela —digo, y me doy cuenta de que no sabe qué responder a eso—, pero gracias.

Permanecemos allí, de pie, sin saber qué decir ninguno de los dos.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunto por fin.

—Solía venir a comer —dice él.

Pienso en la comida del menú de Eva: sándwiches pequeños, tostadas de pan blanco sin corteza con pepino y eneldo, pan de frutos secos de temporada con queso para untar. Parece poco probable.

—Soy un gran fan de los sándwiches elaborados —explica él.

Es lo último que habría esperado que dijera, y me hace sonreír.

Me parece recordar que Eva me mencionó que era buena amiga de un policía. Por alguna razón, había imaginado a su amigo mucho mayor.

Rafferty está tratando de adivinar qué estoy pensando. Me mira extrañado.

Busco entre lo que Eva me enseñó para decir algo cuando me doy cuenta de que él sigue sin tener nada que beber.

—¿Y qué tal un refresco? —propongo—. Creo que he visto que había en la despensa. Aunque no sé de cuándo es.

—Cualquier cosecha posterior a 1972 me vale.

Voy a la cocina a por hielo y vuelvo con el vaso y el refresco. Jay-Jay ha empezado a sacar cajas de fotografías antiguas del cajón de abajo del escritorio. Él y Beezer las han esparcido por todas las superficies disponibles, y no hay sitio para servir la bebida. Le tiendo el vaso a Rafferty y destapo la botella. Cuando se rompe el cierre se oye un chasquido, así que confirmo que aún está en buen estado; en realidad, demasiado bueno. Cuando comienzo a verter el refresco, la espuma sube hasta el borde del vaso. No sé si es a causa de la temperatura de la despensa o porque he puesto mucho hielo en el vaso, pero antes de llegar a la mitad, la espuma se eleva por encima del borde y está a punto de caer sobre la alfombra Aubusson, cuando Rafferty mete un dedo en el vaso para detenerla.

Nos quedamos parados estúpidamente, Rafferty con el dedo índice metido hasta la segunda falange, y yo mirando desesperada a todas partes en busca de algo que poner debajo.

—Está bien —dice él—. Ya ha parado.

—Lo siento —me disculpo. Después, observo su dedo y comento—: Buen truco.

—Solía beber cerveza —explica él—, en mi vida anterior.

Beezer y Anya llevan la pila de fotos viejas hasta la butaca de la ventana y comienzan a revolverlas. Jay-Jay, que es cotilla por naturaleza, merodea por la habitación, abriendo vitrinas y cogiendo objetos que recuerda desde la infancia. Jay-Jay pasó mucho tiempo en esta habitación cuando era más joven. Él y Beezer jugaban al póquer y a juegos de mesa aquí cuando mi hermano volvía a casa por vacaciones. Despejaban una de las mesas grandes y desplegaban sus cosas; recuerdo que eso ponía de los nervios a Eva. Retiraban todas las piezas de encaje de la habitación y las escondían en los cajones y bajo los cojines. Después, cuando Beezer volvía al internado, Eva pasaba semanas buscándolas.

—¿Te acuerdas de esto? —dice Jay-Jay con una tetera en forma de pájaro en la mano.

—Me acuerdo de cuando la rompiste —responde Beezer, mirándola y señalando la grieta.

—Nos hizo pagar la deuda sirviendo meriendas. —Jay-Jay regresa a la vitrina y escarba aún más.

—¿Tienes una orden de registro para hacer eso? —le dice Rafferty.

—Oh, a Towner no le importa —contesta Jay-Jay.

Rafferty me mira para asegurarse. Yo me encojo de hombros.

—La curiosidad mató al gato —señala Rafferty, y después sonríe.

—Y la satisfacción lo resucitó —replica Jay-Jay.

Rafferty niega con la cabeza.

—No obstante, seguro que eso lo convierte en un buen policía —le digo a Rafferty.

—Es lo que uno pensaría, ¿verdad? —El comentario es tan auténtico que no puedo evitar reírme. De inmediato parece arrepentirse. Suena el timbre.

—Salvado por la campana —dice él, y vuelve a poner los ojos en blanco. Es como si Eva estuviera en la habitación, diciendo sus frases hechas a través de nosotros.

Es la mujer que olvidó el sombrero. Lo cojo y me dirijo a la puerta. «Aquí está tu sombrero, ¿por qué tanta prisa?», pienso, pero esta vez no lo digo en voz alta.

—Disculpa —dice la mujer—. He llegado hasta Beverly antes de darme cuenta de que me lo había dejado. —La acompaño hasta el porche—. Eva se habría puesto tan contenta con tu regreso… —añade—. Espero que no te moleste que te lo diga. —No espera mi respuesta.

Al fin está refrescando. En algún lugar del parque, alguien toca un violín.

Cuando regreso están contando historias sobre Eva. Las fotos los incitan. Cada fotografía es una historia. Están compitiendo, Beezer y Jay-Jay, actuando para Anya, para Rafferty, o para cualquiera que escuche.

—Esto está empezando a parecer un funeral irlandés. —Rafferty me tiende el vaso de refresco vacío; no quiere dejarlo sobre las fotos.

—¿Más? —le pregunto, sorprendida de que se lo haya acabado tan de prisa. Él levanta una mano: ya ha tenido suficiente—. Eva era en parte irlandesa —digo yo.

—¿Me tomas el pelo? —inquiere él, y me doy cuenta de que está sorprendido.

—Por parte de madre.

Recuerdo que Eva solía contarnos que nuestra sangre irlandesa era la que nos convertía a todos en buenos «lectores», que todos los irlandeses tenían el don de la clarividencia o, al menos, todas las irlandesas. Pero yo no tengo nada de irlandesa. Mi abuela, la primera mujer de G. G., Elizabeth, murió al dar a luz a mi madre. May también es bastante psíquica, a pesar de que ella se toma la molestia de negarlo. Así que el *don* debe de venir de ambas partes de la familia.

Las historias del otro extremo de la habitación han alcanzado un volumen que nos impide mantener una conversación.

—¿Te acuerdas de aquella vez que le dijo al candidato republicano que no se presentara? —dice Jay-Jay, y Beezer se echa a reír escupiendo la bebida que tiene en la boca—. ¿Qué fue lo que le dijo?

—Que no serviría de nada —responde Beezer.

—Sí, eso es. —Jay-Jay se vuelve hacia Anya—. El tipo tenía una pasta. La gente pensaba que realmente tenía posibilidades de ganar. Una semana antes de las elecciones, resbaló con uno de los folletos satinados cuatricolores de su campaña y terminó ingresado durante seis semanas en un hospital perdido de la mano de Dios que no osó abandonar porque tenía miedo de, y cito textualmente, «ganarse la antipatía de todos sus electores».

—Quienes, de todas formas, votaron a los demócratas en masa —le explica Beezer a Anya.

—¿Así que perdió? —pregunta Anya, incrédula.

—¿Un republicano? ¿En Massachusetts? Claro que perdió. No hace falta una médium para predecir eso. —Jay-Jay se está partiendo de risa.

—¿Crees que deberíamos contarle lo de nuestra reciente racha de gobernadores republicanos? —pregunta Rafferty, pero después decide que no lo hará. Anya y Beezer se están riendo tanto que tampoco son capaces de contárselo.

—¿Qué? —pregunta Jay-Jay, pero a Beezer le ha entrado la risa compulsiva, y nadie es inmune a ella.

Rafferty me mira. Todos están muertos de risa. Beezer se ríe en silencio, su cara tiene un gesto que parece sacado de una película de terror. Sólo hace ruido al inspirar, un resuello histérico que suena como si lo hiciera de broma, pero no es así. La gente empieza a tranquilizarse, pero entonces él vuelve a aullar, y todos comienzan a reír de nuevo, relajados por la risa y el desahogo.

La novia de Jay-Jay, Irene no sé qué más, se acerca a nosotros corriendo.

—¿Dónde está el baño? —pregunta con urgencia—. Creo que me voy a mear en los pantalones.

—Estupendo —digo señalando el pasillo, y voy tras ella para asegurarme de que llega.

Rafferty me sigue hasta la entrada.

—La última puerta —señalo, y ella entra.

Entonces Rafferty y yo nos quedamos en el recibidor, que está algo más tranquilo; las voces llegan más apagadas. Parece agradecido de que así sea. También parece aliviado, y después torpe, buscando las palabras que va a decir.

—Ha sido un caso duro —dice él.

—¿Qué quieres decir?

—Este caso. El de Eva. Normalmente, cuando alguien desaparece sin dejar rastro, es a Eva a quien acudo.

—¿De veras?

—En realidad, nos ha ayudado en más de una ocasión.

Recuerdo que Eva hablaba de su amigo policía. De una lectura que había hecho para ayudarlo a encontrar a un chico perdido. Así que estaba en lo cierto: el amigo del que ella hablaba era Rafferty.

—Era una mujer extraordinaria.

—Me alegro de que la conocieras.

—Ella hablaba sobre ti sin cesar.

Odio la idea de que Eva hablara de mí, y él se da cuenta. Intento disimular, pero es demasiado tarde.

—Siempre cosas buenas —dice él, pero no me cabe ninguna duda de que sabe más que las cosas buenas. Todo el mundo en esta ciudad sabe más que las cosas buenas sobre mí; es de dominio público. Soy incapaz de imaginarme las conversaciones que pudo tener sobre mí con Eva acerca de mi hospitalización. Dios santo, si le picó la curiosidad y buscó mis antecedentes penales, habrá tenido material para hablar sobre mí durante un año.

—Necesito sentarme —digo, y sólo me doy cuenta de que es cierto una vez que lo he dicho.

Ha sido un día largo, y se supone que no debería tener días largos. La cabeza me da vueltas a causa del ruido de todo lo que no se dice en esta habitación. No me quedan fuerzas para apartar los pensamientos de la gente. Oigo todas sus preguntas no formuladas: «¿Por qué demonios ha vuelto?». «¿Cuán loca crees que está?». Antes de que Rafferty tenga oportunidad de protestar, me escabullo al interior de la casa.

Cruzo la habitación para poner distancia entre nosotros y me dirijo a una mesa junto a la ventana que da a la bahía. Rafferty viene un minuto después. Recorre la multitud con la mirada hasta que me ve, entonces se acerca y se inclina sobre mí.

—Lo siento —dice—. Ha sido otro intento pésimo de sacar conversación.

No encuentro fuerzas para sonreír.

—Eva me decía una y otra vez lo mal que se me daban estas cosas.

Siento compasión por él. Lo está intentando. Lo miro y me doy cuenta de que sus pensamientos secretos, sean cuales sean, son probablemente los únicos de esta habitación que no estoy leyendo esta noche.

—Me repetía que me haría descuento para una de sus clases de buenas maneras —dice él.

Se produce una larga pausa. Se mueve incómodo.

—Supongo que debería haberle hecho caso.

Sigo pensando algo que contestarle, algo amable que no sea personal. Al fin lo tengo. Le hablo con las palabras de la tía Eva:

—Me gusta la sopa. ¿Te gusta la sopa?

Es un test para comprobar cuánto sabe. Si ha hablado con Eva tanto como creo que lo ha hecho, conocerá la frase. Era una de sus favoritas. Sobre todo cuando hablaba de la destreza o la incapacidad de mantener conversaciones cordiales. Aprender a hablar sobre la sopa era la primera lección que Eva daba.

Me observa con curiosidad. Estoy mirando sus ojos, esperando un signo de reconocimiento. No refleja nada.

—¿Perdona? —dice lentamente, con deliberación.

Lo miro fijamente, tratando de leer sus pensamientos. Su mente está o bien intencionadamente en blanco o es ilegible. Sus ojos están alertas. Podría estar diciendo la verdad, o quizá es sólo un policía extraordinario. No soy capaz de discernir la respuesta.

En este momento, Irene ha vuelto a la habitación, está bajándose la falda mientras camina.

—¿Qué me he perdido?

—Cuéntale lo de la estatua —le dice Jay-Jay a Beezer—. Eh, Reenie, tienes que oír ésta.

—Le estaba contando a Anya lo de aquella vez que Cal estaba intentando que retiraran la estatua de Roger Conant —explica Beezer.

Irene sonríe al acordarse.

—¿Porque parece un brujo? —pregunta Anya.

—Porque parece que se está masturbando —dice Irene.

—¿Qué? —exclama Anya, echando un vistazo por la ventana a la estatua del padre fundador de Salem, que está justo al otro lado de la plaza—. Pero, por favor, no parece eso en absoluto.

—Lo juro por Dios. —Jay-Jay se hace la señal de la cruz sobre el corazón.

Irene se acerca a la ventana e intenta hacerle indicaciones a Anya, que está escudriñando a través del jardín a oscuras, tratando de obligarse a verlo.

—¿Dónde? —pregunta Anya.

—Justo ahí. El modo en el que se sujeta sus asuntos.

—Su arma, mejor dicho —dice Jay-Jay, e incluso Irene piensa que ha ido demasiado lejos.

—Tengo que volver al trabajo —dice Rafferty entonces. Me dispongo a levantarme para acompañarlo a la puerta—. ¿Quieres que me lo lleve? —

señala a Jay-Jay.

—No es necesario —digo.

Rafferty se encoge de hombros.

—Gracias por venir —digo.

—Nos volveremos a ver.

—Sí —respondo.

Lo escolto hasta la puerta y lo observo mientras baja la escalera hasta el coche negro. Se queda allí sentado durante un minuto, después arranca y hace un giro ilegal en la plaza, esquivando un coche aparcado por los pelos.

Ann Chase está limpiando, recogiendo platos de las mesas y llevándolos a la cocina. La sigo.

—¿Ves? ¿Allí? Verdaderamente parece que se está haciendo una paja.

—No lo parece —dice Anya, pero ahora se está riendo, un tipo de campechana risa noruega.

«Silo parece», dice la voz de Lyndley en mi cabeza, trayendo de repente un recuerdo al azar. El verano antes de morir, Lyndley descubrió la estatua de Roger Conant. No me refiero a que la descubriera literalmente: habíamos visto esa estatua toda la vida, pero ese verano, cuando la observó, vio algo completamente diferente. Se reía de tal manera que casi no podía contarnos por qué. Se quedó en el bordillo dirigiéndonos, haciéndonos dar vueltas y más vueltas alrededor de la estatua, mirándola desde todos los ángulos hasta que vimos lo que ella había visto. Fue Beezer quien lo vio primero, y se puso colorado como un tomate. Estaba tan avergonzado que volvió a casa, a pesar de que estoy segura de que ahora no lo recordaría. A mí me llevó mucho más tiempo. Para cuando lo vi, los coches se habían detenido y tocaban el claxon para que me apartara. Lyndley se estaba riendo y gritándoles a los conductores, diciéndoles que «se metieran en sus asuntos», una expresión que había aprendido ese invierno y que utilizaba para todo. Finalmente, un conductor se puso a tocar el claxon ininterrumpidamente y Lyndley le hizo un corte de mangas. Fue entonces cuando di con el ángulo apropiado del viejo Roger Conant y empecé a reírme como una histérica. No sé si fue la expresión de la cara del conductor, o la de Lyndley, o la visión de nuestro distinguido padre fundador vestido con túnica y sujetando un objeto que desde el ángulo apropiado parecía un pene erecto. No sé cuál de esas cosas disparó el resorte, pero no pude parar de reír hasta que Eva vino, me llevó hasta la acera y me obligó a volver a casa. No me preguntó de qué me reía; tuve la impresión de que no quería saberlo.

—No lo veo —dice Anya.

—No se ve tan bien desde aquí —le dice Beezer—, se ve mejor desde fuera. —

A continuación le explica la historia de cómo Eva salvó la estatua sin ayuda, y el enfado monumental que cogió Cal, que convirtió a Eva en la heroína de la ciudad desde ese momento en adelante.

Recojo algunos platos y sigo a Ann Chase a la cocina. Está de pie delante del fregadero, retirando con cuidado una pieza de encaje que se ha quedado pegada a un platillo de un juego de té.

—Yo diría que se lo está pasando bien con nosotros esta noche —me dice Ann.

—¿Quién? —pregunto, pensando que se refiere a Anya, o tal vez a Irene.

—Eva —dice ella.

No digo nada, no sé cuál podría ser la respuesta apropiada.

Despega el encaje y lo mira.

—¿Lees? —pregunta refiriéndose al encaje.

—No.

—¿Cómo es eso?

Me encojo de hombros.

—Ella me contó lo buena que eras.

—Supongo que la lectura de encaje no me parece muy precisa.

—De verdad —dice; es tanto una pregunta como una afirmación. No se lo cree.

—Por una cosa —le digo sin saber por qué; no siento la necesidad de demostrar nada, pero soy incapaz de detenerme—. Eva me dijo que tendría una hija.

—¿Y no la tendrás?

—No hay ninguna posibilidad —digo. Sólo estaba intentando despistarla. Quería evitar hablar de Lyndley, pero ahora se nota la aspereza en mi voz.

Es evidente que Ann no sabe qué decir.

—Eva nos enseñó a unas cuantas a leer el encaje —dice—. Me temo que se me da mucho mejor leer cabezas.

Clava la vista en el encaje, hasta que se da por vencida y lo dobla.

—Bueno, unas veces la magia funciona, otras no.

La miro con extrañeza.

—Es una cita —me mira—, de *Pequeño gran hombre* .

—Ya sé de dónde es —replico, y oigo cómo se pronuncia la aspereza en mi voz —. Disculpa, no quería decir eso.

—Culpa mía —dice ella—. Soy entrometida por naturaleza.

Las dos sonreímos. Me ofrece el encaje.

—Era mi amiga, ¿sabes? —dice—. Lo era mucho antes de que estuviera de moda serlo. —Me tiende la mano, sujetando todavía el encaje.

—¿Por qué no te lo quedas? —sugiero sin cogerlo.

Ella parece dudar.

—Estoy segura de que le gustaría que lo tuvieras.

—Gracias —dice, y comienza a andar hacia la sala, pero se detiene en la puerta.

Entonces otra mujer entra, una agente inmobiliaria, creo. Es alguien que Jay-Jay me ha presentado antes. Echa una ojeada a la cocina. Me doy cuenta de que esperaba pillarme a solas, puesto que parece desilusionada. Aun así, decide intentarlo.

—Menuda discusión están manteniendo ahí fuera —me dice.

Ann vuelve a los platos.

La agente inmobiliaria saca su tarjeta de visita y me la da.

—Me preguntaba si habríais pensado ya qué hacer con la casa.

—¿La casa? —pregunto estúpidamente.

—Bueno, ya sé que es prematuro, pero no estoy al tanto de si tu familia había pensado en venderla.

—Vender la casa.

—Sí.

Noto cómo se altera la energía de Ann. No le gusta esa mujer.

Está claro que no tengo una respuesta.

—Quizá me he precipitado un poco —dice la agente inmobiliaria.

Ahora Ann se ha dado media vuelta. Está ahí mirándonos de frente, con un trapo de cocina en la mano.

—¿Tú crees? —Su tono es sarcástico.

—Lo siento —dice la mujer, rebuscando en su bolso y sacando otra tarjeta de visita, olvidando que ya me ha dado una—. Te llamaré más adelante —asegura. Luego, al ver la expresión de Ann, añade—: O mejor llámame tú.

Abandona la habitación.

—Encantadora —dice Ann.

Ann prepara té para las dos. Nos sentamos a la mesa de la cocina. Se da cuenta de que estoy demasiado extrañada para hablar de ello, así que se sienta conmigo sin más, rellenando mi taza, limpiando la mesa con el trapo, puliéndola, por hacer algo. Finalmente otra de las brujas asoma la cabeza.

—¿Estás lista? —pregunta la chica.

Ann le hace un gesto para que la espere fuera.

—Debo irme —dice—. Tengo que llevarlas a casa.

—Gracias —digo yo.

—Estarás bien —señala—. Simplemente tómatelo con calma.

Asiento con la cabeza.

—Llámame si necesitas algo —dice—. Estoy en la guía.

—Gracias —repito.

Termino de recoger la cocina. No me ha dejado mucho por hacer, pero ordeno un poco. Entonces me doy cuenta de lo cansada que estoy, también me doy cuenta de que la escalera de atrás está bloqueada por cajas y de que tengo que atravesar la entrada para subir por ella. Empujo la puerta reuniendo valor.

La fiesta todavía sigue en marcha. Han vuelto a las frases hechas de Eva, compitiendo unos con otros.

—La verdad saldrá a la luz —dice Jay-Jay.

—Los trapos sucios se lavan en casa —replica Beezer.

—Oh, por qué enmarañada red navegamos —otra vez Jay-Jay.

—El que tuvo retuvo —Beezer.

—Ande yo caliente, muérase la gente —dice Jay-Jay erróneamente.

Beezer se ríe.

—No mezcles las churras con las merinas.

—Qué pena tener marido y… —Jay-Jay.

—Le falta un jugador… —dice Beezer, utilizando la frase hecha de Eva pero señalando a Jay-Jay.

—Le falta un hervor —Jay-Jay le devuelve la pelota.

—Es más tonto que las palomas —Anya.

—Tiene menos luces que una cueva —Jay-Jay.

—Tiene menos luces que una carretilla —otra vez Anya.

—Tiene menos luces que una cueva —dice Beezer, y otra vez están histéricos, los dos. También están empezando a tener problemas para hablar.

—Ya habías dicho ésa —replica Jay-Jay—. Más tonto que Abundio.

—¿Es una cita o te refieres a mí? —Beezer se vuelve hacia él fingiendo que está alterado.

—Cuando el río suena… —dice Jay-Jay, y se cae al suelo de la risa.

—Agua pasada no mueve molino —sugiere Irene.

—Pero ésa no es de Eva, es de Johnnie Cochran[3] —replica Beezer.

—Ninguna es de Eva —intercede Anya en defensa de Irene—, si nos ponemos puntillosos.

—¿Ah, no? —dice Beezer fingiendo estar aterrorizado—. No me digas eso. No destruyas mis ilusiones infantiles. —Ahora Anya está bebiendo armañac, sirviéndoselo en su vaso pequeño.

—Hay otra —oigo que dice Beezer desde la otra habitación—. Una que decía a todas horas. Ahora no puedo recordarla.

—¿Cuál? —A Jay-Jay le gusta ese juego.

—Tú sabes cuál —me dice Beezer, intentando que yo participe.

—Me voy a la cama —digo cogiendo una de las cajas de fotos y llevándomela conmigo.

—Ésa no es —dice Beezer.

—Aguafiestas —Irene se está envalentonando.

—Estoy seguro de que ella no decía «aguafiestas» —dice Jay-Jay, y emite un pitido como el de los concursos cuando alguien falla.

—No me refería a Eva, lo decía por Towner —repone Irene partiéndose de risa.

No me conoce lo suficiente para eso.

—Ya lo tengo —dice Beezer de repente—. Era algo sobre coser.

—¿Coser? —Jay-Jay se ríe—. No recuerdo que dijera nada de coser.

—Coser —dice Beezer—, algo sobre agujas.

—Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja… —comienza Anya.

—Una puntada a tiempo —interrumpo. Ya estoy a media escalera y mi voz resuena espiral abajo, haciendo llegar el mensaje.

—¡Exacto! ¡Una puntada a tiempo! —Beezer está encantado.

—Sí, ahora me acuerdo —dice Jay-Jay—. Pero seguía.

—No, no seguía —replica Beezer. Ya están metidos de nuevo en el juego.

—Una puntada a tiempo… hace algo —dice Jay-Jay.

—¿Towner? —Beezer busca el desempate.

—Buenas noches —digo yo, que no quiero entrar al trapo.

—Te ahorra nueve —dice Irene.

—¿Qué? —Beezer la mira.

—Te ahorra nueve —repite ella—. Ésa es la frase. Una puntada a tiempo te ahorra nueve.

—¿Nueve qué?

—Nueve puntadas, supongo.

—Eso es absurdo.

—No lo he inventado yo.

—Creo que tiene razón —dice Anya.

—¿Por qué nueve puntadas? ¿Por qué no ocho? ¿O treinta y dos? —Beezer no se queda convencido.

—Son nueve —Anya está muy segura.

—Tú eres noruega —repone Beezer dubitativo.

—¿Y qué? ¿Como soy noruega no cuenta? En cualquier caso, debería conseguir más puntos por ser noruega —señala ella.

—¿Qué puntos? No estamos jugando por puntos —dice Beezer, y niega con la cabeza.

—No venderemos ni una rima antes de tiempo —dice Jay-Jay impostando su mejor imitación de Orson Wells.

—Te has quedado colgado —le dice Irene a Jay-Jay.

—Los dos nos hemos quedado colgados —dice Beezer.

Cuando llego a la tercera planta, todos están yendo hacia la puerta. Anya, que ya no se fía de Beezer en absoluto, quiere ver con sus propios ojos la estatua de Roger Conant, y Beezer ha accedido a enseñársela. Jay-Jay quiere estar presente cuando Anya «vea la luz». E Irene también se apunta sólo porque quiere vigilar a Jay-Jay.

Lo único que yo quiero es llegar a la cama y tumbarme. Pero las cosas se han alejado otra vez, y aunque la cama está tan sólo a un par de metros de la puerta, parecen kilómetros. Los sonidos se distorsionan, tienen eco. Cada paso me lleva una eternidad. Camino a través de agua.

Me dejo caer en la cama, agradecida por la paz del sueño, pero entonces, de repente, siento como si no pudiera respirar. Temo que, si me hundo, nunca podré volver a la superficie. Necesito aire.

Me abro paso hasta la superficie, subo la escalera hasta la balconada. Ya siento el aire sobre mí, en la diminuta habitación acristalada que conduce al exterior. Empujo la ventana pero está trabada, pesa mucho más de lo que pesaba el día que estuve buscando a Eva. Los puntos me tiran. Apoyo el hombro contra la ventana, de pie en la escalera, espirando mi último aliento por el esfuerzo. La ventana se abre de golpe, desplazando una enorme gaviota que planea sobre la balconada. Extiende su envergadura, que debe de alcanzar los dos metros. El aire que crea su ascenso desciende sobre mí, cálido y fétido. Debe de haber anidado aquí y haber aovado. Es temporada. Se queda suspendida en el aire, por encima de mí, tapando las estrellas y, por un instante, estamos juntas en el tiempo y el espacio. Hay un momento de entendimiento entre nosotras, esa enorme criatura y yo, pero entonces, antes de que me dé tiempo a definir el momento, ya ha pasado. Se eleva y desaparece, dejándome atrás con el nido, el guano y la peste. Me quedo allí

de pie como una tonta, capaz de respirar al fin, pero incapaz de sentarme como solía hacerlo, incapaz de tranquilizarme aquí. Lo que hago en cambio es apoyarme en la barandilla y mirar la ciudad, absorbiéndolo todo por primera vez desde que he llegado, reconociéndolo, de algún modo.

Veo a Anya y a Beezer al otro lado del parque Common rodeando la estatua de Roger Conant, intentando divisar la ofensiva postura. Jay-Jay se ha quedado a un lado, animándolos y dándoles instrucciones. Sus risas destacan y resuenan por las silenciosas calles de más abajo.

Más allá del fin de la tierra se extienden las aguas oscuras pasado el cabo Peach, en Marblehead, hasta Yellow Dog Island. Alcanzo a ver la luz de la habitación de May. En realidad, son dos luces. Eso es nuevo. La luz más brillante, la lámpara de queroseno, siempre ha sido visible desde aquí, y es la razón principal por la que Eva me asignó estas habitaciones hace tanto tiempo, para que pudiera comprobar que estaba la luz de May, y de esa forma constatar que estaba bien, que estaba viva y no había resbalado en las rocas y quedado malherida ni se había congelado hasta morir durante el invierno. Eva me dijo que podía subir aquí y echar una ojeada a May cuando quisiera. Solía comprobar esa luz todas las noches, más de una vez. De hecho, miraba a ver si estaba tan a menudo que sigue siendo parte de mi ritual antes de acostarme, al menos en mi mente, algo que debo hacer cada noche antes de dejarme ir. Incluso a cinco mil kilómetros, en California, tan lejos como puedo ir sin caerme por el borde de la Tierra, puedo ver la luz de May. En realidad, es reconfortante, porque me doy cuenta de que es eso lo que me ha traído aquí hoy. No se trataba de que no pudiera respirar, sino de que necesitaba ver esa luz, no en mi memoria, sino en la realidad, para conciliar el sueño. Eso era todo.

Pero la realidad es diferente de la memoria. Esta noche no hay sólo una luz, sino dos. Me pregunto desde cuándo tiene May esa nueva luz y, en cierto modo, que las dos imágenes no se correspondan me parece extraño. Y lo es porque no tiene sentido. Al igual que Eva, May es una persona austera. Mantener dos lámparas encendidas es un lujo que no se permitiría a sí misma.

Entonces recuerdo el Stelazine que me dieron en el hospital y cómo después de tomarlo padecí de doble visión durante una época. No tuve los tics que le daban a otras personas (lo que nos delataba, según mi médico), pero sí me acuerdo de que tenía problemas para tragar (algo que no ha desaparecido del todo nunca). Y recuerdo ver dos de todo. Cuando volví aquí, parecía como si May tuviese dos lámparas encendidas, pero era una mera ilusión óptica.

«Dos si vienen por mar[4] », dice una voz, y no soy capaz de distinguir si es la de Eva o la mía, pero pienso que es bueno que esté sola, porque hablar conmigo misma o responder a las voces que oigo no es algo que pueda permitirme hacer en público. Si me lo preguntaran a mí, diría que eso me delata más que los tics.

Aun así, las cosas han cambiado mucho desde que estuve en el hospital y, en general, el tiempo y el sentido común me han enseñado a distinguir lo real de lo imaginario. Sé que las luces que estoy viendo son reales, aunque las voces

de mi cabeza no lo sean. Pienso en la frase «dos si vienen por mar» tratando de dar con un significado más profundo y simbólico, pero mi mente se desvía hacia la historia de Paul Revere. Él colgando el farol en la iglesia de Lexington o de Concord, o de donde demonios fuera, y me pregunto de dónde he sacado esa imagen. Probablemente de alguna lección de historia de la vieja escuela roja, cuando todavía era nuestra escuela, antes de que la cerraran para siempre y nos obligaran a Beezer y a mí a mudarnos a la ciudad y vivir con Eva.

Desde la calle me llega el sonido de la risa de mi hermano.

Y rompo a llorar. Lloro por Eva, y por Lyndley, y por todos los que han muerto, y por mí, por tener que volver a este lugar, e incluso por Beezer y Anya y su fe en el futuro. Porque, si uno se para a pensarlo, ¿cuáles son sus posibilidades realmente? ¿Qué posibilidades tiene Beezer de que salga bien su matrimonio? Hoy en día las posibilidades de cualquiera son bastante escasas, pero las nuestras son menos aún que las de los demás. Durante unos minutos lloro por todo el mundo. Estoy lista para llorar toda la noche, me he acomodado para hacerlo, pero después de un rato las lágrimas dejan de brotar. Estoy demasiado seca después del viaje, la operación y del mismo dolor para verter más lágrimas. Estoy demasiado seca para que éstas lleguen a formarse.

Sus voces son como un eco. Ahora ríen todos, Jay-Jay y Beezer observan a Anya, que al fin tiene el ángulo apropiado de la estatua y ve a Roger Conant haciendo sus cosas. Están dominados por la risa, por la absurdidad del error del escultor. Me viene a la cabeza que ésa es la despedida de soltero de Beezer, ya que él y Anya se van a Noruega mañana. Probablemente tenían otros planes. Seguramente, sus compañeros del MIT lo habrían llevado por ahí, por lo menos a algún bar en Cambridge o incluso a la ruta 1, al Golden Banana o algo por el estilo (aunque es difícil visualizar a todos esos profesores cretinos en un sitio como ése). En cualquier caso, no ha ocurrido. Están todos en el parque por la noche: Beezer y Anya, Jay-Jay e Irene. Hoy la estrella es el viejo Roger Conant, ha sustituido al Golden Banana, y entonces me veo pensando que Ann Chase seguramente tenía razón, que Eva realmente se está divirtiendo con nosotros esta noche.

Capítulo 10

George Washington no vino a Ipswich por motivos políticos, sino porque Martha quería un encaje negro para el chal que le estaban haciendo. Fue todo un fenómeno, La industria creada y dirigida por mujeres prosperaba como ninguna otra lo había hecho antes.

Guía de *la lectora de encaje* .

Guardo una pastilla de Stelazine en el bolsillo. Es de hace tiempo y está caducada, y podría matarme si me la tomo. Aunque es más probable que no me hiciera ningún efecto. No obstante, es mi seguro de vida, mi pasaporte a la cordura. En caso de emergencia, tomate la pastilla. Me veo a mí misma comprobando mi bolsillo durante el trayecto a Yellow Dog Island.

Vamos allí para la lectura del testamento de Eva.

Originalmente, nuestra isla se llamaba Yellow Island por la fiebre. Era el lugar en el que las embarcaciones de Salem dejaban a los marineros enfermos de regreso al puerto. En esa época todavía creían que la fiebre amarilla era contagiosa, y muchos marineros murieron en la isla, algunos a causa de la fiebre, pero más aún por la exposición.

La isla no se convirtió en Yellow Dog Island hasta mucho después, cuando alguien dejó dos golden retriever de tierra firme allí. Quien fuera que los abandonó entre el canal que une nuestra isla y Miseries probablemente lo hacía con la esperanza de que se ahogaran, pero el viento y las mareas fueron benévolos por una vez, y los perros lograron nadar hasta la orilla. Dado que había conejos salvajes por toda la isla, así como ratas y miles de gaviotas, los perros prosperaron y se convirtieron en grandes cazadores. Como los coyotes en Los Ángeles, los perros rara vez se aproximan a la gente. Excepto a mi madre. Los perros se vuelven mansos con May: se tumban, ruedan y levantan las patas en el aire cuando ella se acerca, como si estuvieran esperando que les rascara la tripa, algo que ella casi nunca hace.

Habría sido más cómodo (y más lógico) leer el testamento en la ciudad, en la oficina del abogado de Eva, o incluso en su casa, pero, naturalmente, May no iría a la ciudad.

Nadie se alegra de estar aquí. Beezer, Anya y yo cogemos el whaler. Dentro de la bahía el mar estaba calmo, pero una vez sorteamos el cabo Peach, se levanta viento y las olas alcanzan los dos metros en algunos puntos.

—No sé por qué tenemos que ir —le dice Anya a Beezer—. Ya sabemos que se lo va a dejar todo a Emma.

Beezer no contesta y se concentra en atracar el barco a la perfección en la

plataforma, como corresponde al chico isleño que es. Si Anya no está impresionada, debería estarlo.

El abogado aparece con el doctor Ward. Estamos en lo alto del muelle cuando vemos el taxi de agua girar y entrar al canal. Beezer vuelve atrás para recibirlos.

—Echo de menos a Eva —dice Anya, de pie observando la ciudad.

—Yo también —convengo.

Me doy cuenta de que no me cree. Sobre todo porque nunca vine de visita, ni una vez. Desde el punto de vista de Anya, ninguno de nosotros se salva. May no asistió al funeral. Yo nunca vine a ver a Eva. No nos entiende. Piensa que no la queríamos. En eso se equivoca. Yo quería a Eva más que nada en el mundo. Y aunque estoy enfadada con May por no ir al funeral, sé que ella también la quería.

Caminamos hacia la casa en silencio.

Desde la colina que hay junto a la torre, diviso la vieja escuela roja y a las encajeras trabajando. Hay unas veinte mujeres sentadas con las sillas dispuestas en círculo, alrededor de la lectora. Los niños están sentados a un lado formando un círculo más pequeño. Parece que una de las mujeres está dirigiendo sus clases.

Las leyes han cambiado. Ahora es legal la escolarización en casa. Me doy cuenta de que me estoy preguntando qué habría cambiado si nos hubieran permitido a Beezer y a mí quedarnos aquí para estudiar. Si no hubiéramos tenido que ir a la ciudad ese otoño, a vivir con Eva.

Anya se detiene de golpe. Está intentando decirme algo, pero el viento ahoga todos los sonidos. Señala las rocas. Los perros aparecen por todas partes, salen de sus cuevas para ver qué sucede. Es como los puzles que teníamos cuando éramos pequeños: «¿Cuántos perros ves en esta fotografía? ¿Cinco? ¿Diez?... ¿Más?». Los observo rodearnos, siguiendo cada paso del abogado con la vista. Estoy segura de que Beezer también los ve, pero sigue caminando, señalando las áreas relevantes de la zona, apartando la vista de todo el mundo de los acantilados. Finalmente, los perros pierden el interés y vuelven a sus cuevas.

Cuando llegamos a casa de May, los cuatro vamos juntos. Los perros salvajes se han aburrido de nosotros, pero dos de los favoritos de May, los que permite que se acerquen a la casa, están tomando el sol en el porche. Están echados cada uno a un lado de la escalera, con el pelo revuelto y las patas delanteras estiradas, como una pareja de leones de piedra.

La primera, una hembra, parece desconcertada. El macho no se mueve, pero mira al abogado a los ojos. El abogado cree que el perro está siendo amistoso y está a punto de agacharse para acariciarlo cuando May se planta entre ambos y echa a los animales del porche. La primera se va sin más, pero el que

estaba mirando fijamente no se mueve.

—*Byzantium…* , vete —dice May, y el perro se aleja de mala gana del porche, descendiendo la escalera. Le echa un vistazo a May como si dudara de su buen juicio, lo que hace que me guste de inmediato.

—Un nombre interesante para un perro, *Byzantium* . ¿Se lo ha inventado? —pregunta el abogado.

—Golden retriever —dice Anya.

El abogado la mira extrañado.

—¿Oro? ¿El Imperio bizantino? —Anya interpreta el papel de historiadora del arte y le está provocando como si fuera uno de sus estudiantes.

—En realidad, es por el poema de Yeats —dice May corrigiendo a Anya.

Típico de May. No puede dejar que nadie tenga razón. Tal vez el perro se llame así por el poema, pero el poema era sobre el oro de Bizancio. A eso me refiero cuando hablo de mi madre.

Estamos sentados a la mesa grande de roble del comedor, el único lugar donde hay luz natural en este día oscuro. Veo que el abogado espera que May encienda una lámpara, y después se da cuenta de que no hay ninguna. Oigo sus pensamientos; espera haberse acordado de las gafas y se lleva la mano al bolsillo en su busca, pero encuentra otra cosa, unas llaves. «Maldita sea. Se suponía que debía dejar las llaves para que las cogiera ella. Gafas…, gafas. —Busca en otro bolsillo de la chaqueta—. Bingo».

Piensa que todos nos quedaremos impresionados. Desearía que hubiera venido su compañero en lugar de él. «Traté de sobornar al tipo, pero no hubo forma». Piensa en que nunca ha sido bueno dando malas noticias. «Menos a una familia de locos como ésta. Traté de explicárselo a la señora. Se lo dije cientos de veces: “Tiene que hacerse cargo de la inválida. Es su hija, por el amor de Dios”. Nunca me ha ido bien con estas familias ricas de toda la vida. Aunque sean el pan que me llevo a la boca. Nunca entenderé su forma de proceder».

—¿Estás bien? —me dice Anya, cogiéndome del brazo.

Me he quedado mirando fijamente al abogado. Creo que se me nota en la cara.

La ansiedad se palpa en la habitación. No es sólo el abogado. Todo el mundo está absorbiendo la energía. O quizá es la situación.

—¿Quieres un vaso de agua? —me pregunta May agachándose a mi lado.

Ella y mi tía son las únicas personas en la estancia que no están nerviosas, mi tía porque es ajena a todo y May, ahora me doy cuenta, porque ya sabe lo que

va a decir el abogado.

Me sirve un vaso de agua y lo desliza por la mesa como si fuera una pieza en un tablero de ajedrez. Aunque tengo sed, no lo toco.

El silencio reina en la habitación mientras el abogado lee el documento en voz alta. Cuando termina, nadie dice nada durante un buen rato. Él se aclara la garganta. Entonces, como si nuestra expresión colectiva de choque fuera una muestra de incomprensión, pone la nota de color y parafrasea lo que acabamos de oír.

—El propósito del testamento es sencillo —dice—. Salvo las tierras familiares en Ipswich, que se legan a la primera iglesia con el objetivo expreso de construir un campamento para niños ciegos, el grueso del patrimonio se ha dejado a Sophya en fideicomiso… para disponer como ella desee.

—¿Qué?… —exclama Anya. Ella es la única lo bastante imprudente para decirlo en voz alta. «¿Qué pasa con la tía Emma?», es la última parte de ese pensamiento. En su descargo hay que decir que se interrumpe a media frase.

Miro a May, que me mira a los ojos pero no flaquea.

—¿Estabas al tanto de esto?

—Sí.

—¿Y te pareció bien? —Estoy tan impresionada como Anya.

—Era el dinero de Eva. No importa lo que me parezca a mí.

—De hecho, May fue una de las testigos de la firma. —El abogado me muestra la firma de mi madre.

—¿Por qué? —pregunto.

May aparta la mirada.

—Evidentemente espera que te quedes y te hagas cargo de Emma —responde Beezer.

Veo la expresión en el rostro de la tía Emma.

—Nadie tiene que hacerse cargo de Emma —replica May—. Ella se ocupa de nosotros la mayoría de las veces, ¿o no es cierto?

Emma intenta sonreír.

—Pero es su hija —dice Anya—. Imaginaba que dejaría un fideicomiso o algo así.

—Parece que has pensado mucho en ello. —El tono de May es gélido.

—Sólo quería decir… —empieza Anya.

—Me gustaría que te quedaras —dice Emma—. Sería tan bonito…

No puedo articular palabra.

—No tienes que quedarte —dice May—. Y siempre puedes rechazar la herencia.

—¿Qué pasaría si renuncio? —le pregunto al abogado.

—Si renuncias, la totalidad de la herencia iría a parar a la Iglesia.

—¿No a Emma?

—Eva fue muy específica al respecto. El doctor Ward parece asustado.

—No creo que fuera la intención de Eva. Estoy seguro de que ella habría querido dejar resuelta la situación de Emma. —Se vuelve hacia May en busca de confirmación.

—No me mires a mí. Todo depende de Sophya. Jaque mate.

Capítulo 11

En 1820 llegaron a Boston las primeras máquinas para hacer encaje, y durante unos años ambas industria florecieron a la par. En 1825 ese período acabó. La marea de la industria había cambiado, de la misma manera que las arenas del río Ypswich se habían desplazado cerrando la bahía, con el consecuente traslado del negocio marítimo a ciudades como Salem y Boston. Ypswich volvió a sus orígenes agrícolas, las mujeres de Ypswich volvieron a ser las esposas de los granjeros y el encaje se convirtió en un pasatiempo que transmitir a las hijas, como coser y hacer pan (aunque menos importante que cualquiera de esas dos actividades).

Guía de *la lectora de encaje* .

Permanezco en vela toda la noche embalando encaje. Retiro cada pieza de cada una de las mesas y cajones. La única que dejo es el cobertor de la cama de Eva, porque es donde Anya y Beezer están durmiendo y no quiero despertarlos.

Cuando acabo, envuelvo las piezas de encaje en papel blanco y las ato con un lazo de seda que he encontrado en el armario de Eva. Parece un regalo de boda. Pongo sus nombres en el paquete.

—¿Qué se supone que voy a hacer con esto? —oigo que le pregunta Anya a Beezer mientras bajo la escalera.

Beezer hace una mueca. Anya se percata de que estoy allí y vuelve.

—Es un bonito detalle por tu parte, Towner, de verdad. Es sólo que no soy una persona de encajes.

Me abraza. Intento sonreír.

El taxi llega tarde. Beezer intenta contactar con la empresa de taxis por teléfono y cuelga frustrado.

Se oye un claxon fuera.

—Ya ha llegado —Anya se pone en marcha hacia la puerta.

—¿Estás segura de que no puedes venir a la boda? —me pregunta Beezer.

—No tengo pasaporte. —Se lo dije anoche.

—No hay nadie que no tenga pasaporte —sonríe Beezer—. Excepto tú.

—Y probablemente May —digo.

—Sí, es probable.

Lo abrazo otra vez, y luego a Anya.

—Os deseo lo mejor —le digo a ella, consciente de que suena formal, pero recordando lo que Eva me dijo: nunca se felicita a la novia.

—Está bien si vendes la casa —dice Beezer—. Sé que Eva estaba intentando que te quedaras, pero no era una buena idea.

Siempre es capaz de leerme el pensamiento.

—Nadie te culpará —asegura.

»A1 menos piénsalo —añade después de un minuto.

Asiento con la cabeza.

—Llámame después de la ceremonia —digo.

Lleva tres bolsas y, aun así, se las arregla para sujetar la puerta para que pase Anya.

El paquete del encaje sigue sobre la mesa del recibidor.

Segunda parte

Hay una trama en todo aquello que tiene vida: las ramas desnudas de los árboles en invierno, los dibujos de las nubes, la superficie del agua ondulada por la brisa… incluso en el enmarañado pelaje de un perro salvaje existe un patrón si lo observas lo bastante cerca.

Guía de la lectora de encaje.

Capítulo 12

Las casas viejas atrapan la esencia de las personas que han vivido en ellas de la misma manera que lo hace el encaje. Durante la mayor parte del tiempo, esos hilos permanecen en su lugar, hasta que alguien los trastoca. Una asistenta mayor alcanza las telarañas que revelan el baile soñador de una chica que regresa a casa después de su primera fiesta. La tarjeta de baile todavía pende de su muñeca, la chica cierra los ojos y gira, tratando de apresar el momento, el recuerdo del primer amor. La señora reconoce la visión mejor que la propia joven. Siempre la ha anhelado y nunca la ha vivido.

En la red de hilos es posible que se encuentren dos mundos. Para la chica que lo vivió, ya mayor, todo está olvidado menos la sensación. No recuerda el nombre del muchacho. Su memoria ha conservado otras cosas más importantes para ella: el hombre con el que se casó, el nacimiento de un hijo.

Pero para la asistenta, el hilo es más fuerte. Es una visión y a la vez el cumplimiento de un deseo ya desestimado aunque nunca olvidado. La mujer se ve sin aliento y tiene que sentarse un minuto en la cama de la chica. La cama de Eva.

El lugar en el que los hilos se encuentran ha unido a las dos mujeres. La asistenta no tiene forma de saber que esa joven era Eva, ahora una mujer de mediana edad. La señora no es de aquí. No conoció a Eva cuando era una chica. Pero, incluso sin saber eso, algo ha cambiado entre ellas. Cuando acaba sus tareas y baja la escalera, por primera vez, Eva le ofrece una taza de té. Naturalmente, la asistenta no la acepta; no sería apropiado y, aunque lo fuera, es una mujer tímida no dada a la conversación. Sería incómodo, si no imposible, cambiar su relación a esas alturas de sus vidas. No obstante, algo ha cambiado, y ambas lo saben.

Hoy Eva me está enseñando muchos de los hilos de su memoria, al menos uno de cada década de su vida: la granja de Ipswich en la que creció, su boda con G. G., el nacimiento de Emma. El chirrido de una puerta al abrirse se convierte en la voz de Eva con su acento de casta alta de Boston. La voz plantea preguntas, como si Eva estuviera intentando leer el encaje para averiguar qué ha sucedido: «¿He muerto? ¿He desaparecido? ¿Ha terminado mi vida?».

—Sí —digo en voz alta, y la respuesta resuena en la habitación, reverberando en las paredes—. Has muerto. Yo estoy aquí para encargarme de tus cosas y evitar que lo hagan otros. Ningún extraño tocará los objetos que más apreciabas. Estoy haciendo esto no porque quiera; lo que quiero es marcharme de este lugar y no volver jamás la vista atrás. No, no estoy haciendo esto porque quiera, sino porque sé que es lo que tú habrías querido.

Capítulo 13

La lectora debe despejar el encaje; después, a quién pregunta, y por último a sí misma. Este paso debe llevarse a cabo para eliminar tanto las influencias del pasado como las expectativas del futuro. Es en este espacio limpio donde se plantea la pregunta.

Guía de *la lectora de encaje* .

He pasado la mayor parte de la mañana ocupada en el armario de Eva, clasificando sus cosas. Es mi ritual, algo que he hecho todos los días durante las últimas semanas. Hay pilas de cajas por todas partes de la casa: algunas para Beezer y Anya, otras para mi madre, y algunas para El Círculo, las mujeres de Yellow Dog Island. Hoy he embalado una caja pequeña, la última, lo bastante ligera para poder transportarla. Dentro están las cosas que me llevaré conmigo.

Si un desconocido vaciara este armario, que Eva habría definido como las cosas que abandonó, aunque sería imposible decidir si estos objetos fueron tesoros o sencillamente artículos al azar que guardó porque nunca fue capaz de encontrarles un sitio, para un desconocido estas cosas adoptarían un significado. Podrían parecer signos de demencia, y ésa es la razón por la que tengo que hacer esta tarea antes de irme. No puedo soportar la idea de que nadie juzgue a Eva. Yo sé cómo se siente uno al ser juzgado.

Las cajas de zapatos son un buen ejemplo. En este armario hay por lo menos sesenta. He encontrado los zapatos que mi abuelo G. G. nos regaló a cada uno de nosotros sus últimas Navidades. Los recuerdos me inundan: todos de pie en la bañera con nuestros zapatos nuevos, empapándolos. «Dejad que se sequen puestos», ordenaba G. G. Caminábamos por la casa con los zapatos húmedos todo el día, rechinando, dejando pequeños rastros de huellas sobre los suelos de mármol y las alfombras orientales. Y, si al caer la noche no se habían secado, nos obligaba a seguir con ellos. Nos acostábamos con los zapatos puestos, y nos despertábamos por la mañana con un moldeado perfecto y más que unos cuantos estornudos.

Al fondo del armario, en el suelo, hay algunas cajas más, todas ellas diferentes, con la etiqueta de la fábrica de zapatos de G. G., pero sin ninguna otra inscripción. Dentro están los regalos que le hicimos a Eva de pequeños. Regalos de cumpleaños y de Navidad. Hay un juego de cepillo y peine que decoré con piedras preciosas de mentira. Demasiado llamativo para los gustos refinados de mi tía, pero yo la recuerdo contándole a todo el mundo lo bonito y creativo que era. Doy con una escultura que le hice otro año, un topiario cubierto de conchas y cristales de mar. No era nada que Eva pudiera utilizar, pero tampoco nada de lo que pudiera deshacerse sin más. «Tenemos entre nosotros una artista en ciernes», fue lo que dijo cuando desenvolvió ese regalo. Pero se equivocaba. Lyndley era la artista en ciernes, no yo. Aun así,

el topiario tuvo un lugar de honor en el centro de mesa durante años, hasta que el pegamento se secó y las conchas comenzaron a desprenderse, dejando extraños huecos que enmarcaban el verde neón del corcho de debajo. Cuando ya se habían caído muchas de las conchas, Eva envolvió el topiario en el mismo papel de seda que utilizaba para los marcadores de la Biblia y lo colocó en una preciosa caja con un lazo de terciopelo. Las conchas que se cayeron están envueltas en papeles de seda, junto al topiario muerto, como los objetos favoritos que coloca la gente en los féretros de sus seres queridos al morir.

Abro la siguiente caja, que está llena de fotos. Hay muchas cajas iguales, y levanto las tapas de las dos siguientes para comprobar si ésta es la única que contiene fotografías, pero no, todas están llenas. Hay fotos de mi madre, May, de cuando era pequeña. Y una foto de la madre de May, mi abuela Elizabeth, la primera mujer de G. G., que murió al dar a luz a ella. El pelo salvaje de mi madre, domado con lazos y trenzas, se las arregla para escaparse y rizarse alrededor de su cabeza como un halo. Hay más fotos de mi abuela y muchas de su marido apoyado sobre su coche o jugando al golf. Después hay fotos de G. G. con Eva, su segunda mujer y madre de Emma. En una caja hay varias fotografías de grupo, incluso algunas en las que sale Cal, en los primeros años de matrimonio con Emma, antes de que se desatara el infierno.

Hay una caja con fotos de las flores de Eva: sus rosas, sus hortensias, sus peonías. Al principio me da la impresión de que no existe ningún orden, pero cuando abro la cuarta caja me doy cuenta de que están bastante organizadas. Cada caja es un tema. Cuando las fotos son de familia, cada caja se centra en uno de nosotros, o principalmente en uno, junto con la gente que nos rodea. Planetas en pequeños sistemas solares. Como una de mi hermano Beezer, en la fiesta de su segundo cumpleaños, con todos nosotros allí con él, sentado a la cabecera de la mesa, y con su diminuta mano hundida hasta la muñeca en la tarta y todos nosotros riendo como si fuera lo más divertido que hubiésemos visto en nuestras vidas.

Aún no he encontrado las cajas de Lyndley, o fotos de tía Emma, excepto una en la que sale con Cal. Y tampoco hay demasiadas de mí, la verdad. Hay muchas más de Beezer y mi madre. Sé cómo funcionaba la mente de Eva; sé que debe de haber cajas enteras dedicadas a cada uno de nosotros.

Cojo otra caja, más grande. Pesa más de lo que me espero y se me cae al suelo, levantando una nube de polvo al aterrizar. No está llena de fotos, sino de libros.

Reconozco la vieja Biblia de la familia, con pasajes marcados con trozos de papel de seda descoloridos que sobresalen por el margen. La levanto. Pesa más de lo que parece. De hecho, necesito emplear las dos manos para levantarla. No calculo bien el peso y se me escurre de la mano, cae y los papeles salen despedidos, caen silenciosos y ligeros como las hojas de octubre.

Abro la Biblia en el pasaje señalado.

Juan 15, 13 : «Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos».

Dejo la Biblia a un lado. Alguien de la familia debería quedársela. Probablemente, Emma, o quizá Beezer y Anya. Hay dos libros más, dos diarios rojos iguales con cubiertas de cuero. Me resultan familiares. Abro el primero. Está escrito a mano por Eva. Lo he visto antes. Está lleno de reflexiones de mi tía y de sus lecturas. Es parte diario, parte ficción, parte manual de instrucciones. En la primera página ha garabateado un título: *Guía de la lectora de encaje* . Abro una página al azar.

Leer a la novia el día de su boda

El encaje del velo es el más gratificante para leer. Todas las posibilidades están en él. Dada la naturaleza sacramental del matrimonio, rara vez hay nada inquietante en el velo nupcial; por el contrario, es posible ver la belleza de una vida que sólo avanza hacia delante. En esta ocasión a menudo se ven las caras de los niños que la pareja tendrá, e incluso a veces la de los nietos.

Cuando hay una extensa cola de encaje, con frecuencia pueden verse las figuras de los ancestros portándola, algo que se nota porque el velo flota en lugares en los que las leyes de la gravedad dictan lo opuesto. El entusiasmo de la novia en esta ocasión normalmente se corresponderá con el número de personas que se encargan del velo.

Todo resulta tan familiar. Lo habré leído antes. Debe de ser por eso. Ojeo el resto del libro. A veces Eva detalla lecturas concretas, a veces escribe sobre una lectura en particular, algunas mezclas de té están descritas con todo detalle, con las instrucciones para prepararla. Hay notas cotidianas, normalmente sobre sus flores, intercaladas con las lecturas. Hay observaciones sobre sus jacintos y sus rosas. También hay fragmentos de viejos dichos anotados en los márgenes. Versos de poemas: Goethe, Spenser, Proust. Las frases hechas se mezclan con las noticias del tiempo y las mareas, pero cada entrada vuelve en todos los casos al encaje como un hilo que atraviesa una intrincada pieza de encaje belga regresa simétricamente al centro.

Siento a Eva conmigo. Estoy llorando otra vez. Quizá esto de preparar las cajas no haya sido tan buena idea. Es demasiado. Noto una mano sobre mi hombro. Me reconforta. No me vuelvo para mirar. Sé que es ella. Conduce mi vista al segundo libro rojo. Mi mano lo coge.

Aunque son idénticos en tamaño y color, éste parece mucho más pesado que el primero. Demasiado para sujetarlo. Casi se me cae. La mano me ayuda. Abro el diario.

Es el que escribí en McLean. Dopada con Stelazine, con la mandíbula caída y el rostro descompuesto, escribí mi historia tal como la recordaba. La caligrafía es lo contrario de lo que se podría esperar: pequeña, forzada, controlada. La historia era mi pase de salida del hospital, resultó serlo. No tengo ni idea de cuánto de lo escrito era cierto. Cuando no recordaba algo, me lo inventaba, llenaba las lagunas.

No puedo leer el diario. Es demasiado doloroso. En cambio, lo cojo, junto con

el diario de Eva y la Biblia de la familia, y escondo los volúmenes con otras cosas que me llevaré cuando me vaya: el mundillo, el cuadro de Lyndley y una lata de «Té difícil».

Cuando al fin llega la agente inmobiliaria, viene con perito, «sólo para asegurarnos de que no hay sorpresas», dice. Diviso un cartel de Se vende en el maletero de su Volvo.

—No quiero ningún cartel —digo.

—Es mucho más fácil vender la casa si pones uno.

—Aun así… —digo con una voz que reconozco como la de Eva.

Ella no se da cuenta y se limita a encogerse de hombros y dejar el cartel donde está. El perito se queda fuera rodeando el perímetro de la casa, mirándola desde todos los ángulos.

Se siguen cinco minutos de charla superficial. Ella dice que es una pena vender una casa como ésta, que seguramente alguien construirá un edificio de apartamentos. Entonces, al darse cuenta de que puede estar perdiendo una venta, añade: «Yo tampoco volvería, si viviera en la soleada California».

Fuera, el perito saca una escalera de su furgoneta y la lleva hasta la casa, pisando los parterres.

—El jardín perenne es maravilloso —comenta la agente inmobiliaria—, es un verdadero argumento de venta.

Lo anota, así como otras cosas que ve, incluido el tejado de pizarra.

—¿Cuántas habitaciones hay?

—No lo sé. ¿Diez? ¿Doce? Algunas las utilizaba para otras cosas.

—¿Cuántos armarios?

Estoy totalmente en blanco.

—Así es como definimos las habitaciones, según si tienen o no armario.

—Ah —digo. No me ayuda.

—Sólo para que lo sepas —aclara.

La sigo por la casa. Mira dentro de cada armario, escribe «7» en la casilla de habitaciones. Mira en los aparadores, bajo los aleros. Por los pelos no abre los cajones de Eva.

Debo de estar poniendo mala cara.

—No es fácil —dice— cuando se trata de alguien a quien quieres.

El perito encuentra agua en el sótano. Hay un pequeño charco en la bodega, junto a la pared donde Eva había colgado algunas de sus flores secas. Lo inspecciona, intrigado por su origen.

Mira las botellas de vino para comprobar si hay alguna rota. Al no encontrar nada, se vuelve hacia mí.

—¿Hay algún lavabo encima de esto?

—No —contesto.

—No creo que sea nada serio —dice—, tal vez una pequeña fuga.

La agente inmobiliaria coge un ramo de flores secas y lo huele. Es lavanda. Lo veo desde aquí. Hace una mueca como si estuviera oliendo queso en mal estado.

—¿A quién demonios se le ocurre poner a secar flores en un sótano? —pregunta—. Si te deshaces de ellas te habrás quitado de encima la mitad del problema. —Señala las flores—. Tienen moho.

Me parece extraño que Eva pusiera a secar flores aquí, aunque lo cierto es que están por todas partes, pequeños ramos colgados boca abajo. Pero quizá tan sólo se quedó sin espacio arriba, o tal vez el sótano no tenía humedades en esa época.

—Las tiraré —digo, y la agente inmobiliaria sonríe, borrando su expresión de oler queso podrido. Sé que tengo que apuntármelo, o seguramente me olvidaré de hacerlo.

—¿Algo más? —le pregunta a él.

—Hay que cambiar los cristales de algunas ventanas. Pero la casa está en bastante buen estado, teniendo en cuenta los años que tiene.

—¿Qué más se puede pedir? —La agente se vuelve hacia mí—. Ojalá alguien dijera eso de mí.

Intento sonreír.

Ella termina su lista.

—¿El mobiliario está a la venta? ¿O el vino?

El perito entiende esa pregunta como una señal para salir.

—No lo sé. No lo he pensado.

—Seguramente deberías pedir una tasación. Tienes algunas cosas bonitas

aquí.

Me da el número de alguien de Skinner's para las antigüedades.

—En la oficina hay un tipo al que se le dan bastante bien los vinos —añade—. Quiero decir que los colecciona, no se los bebe. Aunque, ahora que lo pienso, también se le da bien eso.

La acompaño fuera. Las peonías están marchitas por el calor. No creo que nadie las haya regado desde que Eva murió, así que es asombroso que aún estén vivas. Cuando vuelvo dentro, busco el teléfono de Ann Chase y la llamo.

—Hola, Towner —responde—. Estaba esperando tu llamada. —Habla en voz baja, con un tono místico que me da escalofríos. Antes de que me lo crea, se echa a reír—. Te estaba tomando el pelo. No estaba esperando tu llamada. Lo sabía por el identificador de llamadas.

Oigo voces de fondo.

—¿Es un buen momento?

—Es temporada de turistas. No habrá un buen momento hasta después de Halloween, y para eso faltan meses. Pero eso no debe impedirte llamar… ¿Cómo lo llevas?

—Tengo algo para ti.

—Suena intrigante.

—Quizá me pase por ahí.

—Pasé por la casa esta mañana para ver si necesitabas ayuda con el jardín. Pero debes de seguir con el horario de California.

—Seguramente —digo.

—Las regué un poco por ti.

—Ni siquiera te he oído. Gracias.

—Tienes que regarlas mucho más. Dejarlas bien empapadas.

Oigo el sonido de una vieja caja registradora mientras ella habla con alguien.

—Riega todo el jardín —dice—. Pero no lo hagas hasta última hora de la tarde o quemarás las hojas. Este sol convierte el agua en una lupa. Me pasaré mañana por la mañana y organizamos lo demás.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Cómo estás, aparte de eso?

—Estoy bien.

—Bien está bien —dice—. A veces bien es realmente bueno.

No sé qué decir.

—Pásate por la tienda si te apetece. Si no, nos vemos mañana.

Me doy cuenta de que estoy muerta de hambre. No hay nada en la casa. Tengo que salir, pero primero debo encontrar algo que ponerme. No tengo ropa limpia. A causa de la operación, no podía cargar con una maleta cuando me fui, así que sólo me traje el mundillo. Voy a mi armario, pero ya me he puesto todas mis cosas de cuando era adolescente. Me pongo un par de pantalones viejos cortados que Lyndley y yo teñimos un verano. Me lo ciño con un cinturón con cuentas que tiene escrito WOLFEBORO, NEW HAMPSHIRE en la parte de atrás. Después asalto el armario de Eva en busca de unos zapatos y una camiseta de manga corta.

Tengo los pies más grandes que ella, y el único calzado que encuentro son las sandalias que le compré el último verano que estuve aquí. Unas blancas con margaritas en las tiras. Me imagino que le gustaron porque tenían flores, pero siguen en la caja original. Rayo las suelas de cuero con un clavo de metal que encuentro en uno de los cajones del vestidor porque, de lo contrario, resbalarán demasiado para bajar la escalera.

Voy hasta Red's Sandwich Shop. Está abarrotado. Hay cola hasta la mitad de la manzana. Entro y entonces queda libre un sitio en la barra y, como nadie lo quiere, lo cojo. Pido todo lo que puedo sin pasarme de diez dólares, que es lo que llevo en el bolsillo.

—¿Café?

—Té.

—¿Con leche?

—Solo.

Están preparando bandejas de *muffins* y haciendo montañas de huevos y patatas de doce en doce. Me pregunto de dónde vendrá toda esta gente, y la camarera me responde como si hubiera hecho la pregunta en voz alta:

—Vienen en tropel —dice.

El cocinero gruñe.

—Es el autobús del tour de las doce —explica la camarera señalando la parada.

La multitud se mueve y un grupo de turistas se traslada hacia las ventanas. Fuera, una chica vestida con un disfraz de puritana corre calle abajo, tratando

de escapar de una multitud. La siguen, hasta que finalmente la alcanzan, y la sujetan mientras un hombre la reprende, leyéndole una lista de acusaciones en voz alta. Me doy cuenta de que es Bridget Bishop y consulto la hora. Ella fue la primera acusada de brujería. La juzgan cada pocas horas durante el verano, y recluían turistas para ejercer de jueces. La pobre Bridget a menudo es condenada y sentenciada a la horca otra vez..., a menudo, pero no siempre.

Oigo unos susurros y me doy media vuelta. Dos mujeres sentadas a una mesa, madre e hija. Dejan de hablar en cuanto las miro. La hija coge el café y toma un sorbo.

Pago en la caja y tengo que atravesar la cola que llega hasta la puerta.

Rafferty entra cuando yo salgo. Echa un vistazo a la cola, maldice en voz baja y sale otra vez, parándose al reconocerme, sujetando la puerta un minuto antes de que me golpee.

—Creía que habías vuelto a California —dice.

—No.

—May me dijo que habías vuelto.

—Entonces, a lo mejor me fui —digo encogiéndome de hombros—. Dios sabe que May Whitney siempre tiene razón.

Él se ríe.

—Bueno, según ella.

Lo veo luchando por pensar qué decir a continuación.

—Voy a vender la casa —comento—. Probablemente se refería a eso.

—¿Vendes la casa? —Parece sorprendido.

—Es demasiado. —Me siento estúpida dando explicaciones, por sentir la necesidad de explicarme.

—Es mucha casa. —Lo está intentando.

Asiento.

—¿Eso quiere decir que vuelves a California? —pregunta.

—Básicamente —digo.

—Es una pena.

Parece extraño que diga eso, pero no sigue.

—Ha sido un placer verte de nuevo —digo, y extiendo la mano para estrechar la suya. Es etiqueta de Eva de la buena, pero no me pega. Me doy cuenta de que a él le gusta.

Sonríe.

—No te marchas hoy, ¿verdad?

—No. Tengo que acabar de vaciar la casa.

—Te veré antes de que te vayas.

Llego hasta el final de la calle antes de que se me ocurra pedirle la llave. Recuerdo que Jay-Jay dijo que tenían una, y no sólo no me gusta la idea de que haya una llave dando vueltas por ahí, aunque la tenga la policía, sino que además le he dicho a la agente inmobiliaria que le haría una copia. Caigo en la cuenta de que la única copia de la que tengo conocimiento está en manos de la policía. Me apresuro calle abajo.

—¿Estás bien? —me pregunta Rafferty cuando lo alcanzo—. Estás un poco pálida.

—Estoy bien —digo—. ¿Y tú?

—Soy irlandés: siempre estoy un poco pálido.

Entonces le pido la llave y, aunque está claro que no tiene ni idea de qué estoy hablando, ni recuerda que ellos tuvieran una llave, me dice que la buscará y se pondrá en contacto conmigo.

Vuelvo a casa con la intención de seguir preparando cajas, pero me veo en el espejo y lo pienso mejor. Estoy un poco pálida…, en realidad, no me sorprende. Siento un ligero mareo y decido reducir un poco el ritmo. Hace demasiado calor para hacer nada en la segunda planta. Decido ir caminando hasta la tienda de Ann. Cojo el paquete de encaje que Anya dejó sobre la mesa y salgo.

La tienda está llena de gente, y Ann está en la parte de atrás leyéndole la cabeza a alguien. Me hace una seña para que espere un minuto.

Es una tienda bonita, no demasiado turística. Veo que hay encaje de Ipswich y fotos de Yellow Dog Island. En la esquina más alejada hay un expositor, uno bueno, llamativo, con una mecedora, una rueca, una alfombra trenzada. Muy del estilo de Nueva Inglaterra, muy casero. Hay un mantel artesanal rematado con encaje de bolillos, la vieja chimenea está llena de ovillos. Sobre la mecedora veo un mundillo, como si alguien lo hubiera dejado ahí durante un minuto y estuviera a punto de volver. Reconozco la mecedora de la isla. Estaba en nuestro cuarto de estar. Es el expositor de encaje hecho por El Círculo. Sobre el mantel hay fotos enmarcadas de las mujeres y una pila de folletos que explican cómo comenzó El Círculo y por qué, e incluye un formulario de pedidos. Delante de los folletos hay un cartel escrito a mano:

Coge uno.

En el folleto aparecen las fotos alineadas: mujeres haciendo encaje, un precioso golden retriever echado a sus pies, una fotografía panorámica de la sala de hilado, madejas de hilo amarillo de pelo de perro y piezas de encaje por todas partes.

La fotografía principal, la que aparece en el frontal del folleto, es una casa típica de la América temprana. Plasma el estilo en el que uno imaginaría que vivían los colonos si no sabes las penurias que en realidad soportaban. Aun así, hay algo que no cuadra en las fotos, y me lleva un rato darme cuenta de qué es. Cuando las observas detenidamente te acabas percatando de que no aparecen los rostros de las mujeres. No es que las caras hayan sido borradas, distorsionadas ni nada por el estilo, es sólo que las fotos han sido sacadas desde una perspectiva que no permite que se vean las caras. Precaución, pienso, pero aun así es extrañamente desconcertante.

—Dicen que las madejas tienen poderes mágicos. —Una vendedora está a mi lado, demasiado cerca. Supongo que trabaja a comisión.

Ann termina con su cliente y se apresura a acercarse a donde estoy, alcanzando a oír la última parte del discurso.

—Es pelo de perro —le dice Ann—, no el Vellocino de Oro.

La vendedora se encoge de hombros.

—Sólo le estaba contando lo que se dice —replica, y se marcha enfurruñada.

Oigo a Ann suspirar.

—Personalmente, no la soporto —dice—, pero es la mejor vendedora que tengo.

Le entrego a Ann el paquete que he traído conmigo. Abre la caja. Dentro hay unas veinte o treinta piezas de encaje.

—¿No me estarás regalando esto? —dice, incrédula.

—He intentado regalárselo a Beezer y a Anya por su boda, pero no lo han aceptado.

—Yo tampoco lo aceptaré —dice Ann—. Era el encaje de Eva. Ella querría que lo tuvieras tú.

—Si no te lo quedas, lo donaré al museo Peabody Essex.

Deja la caja detrás del mostrador.

—Considéralo un regalo de agradecimiento por adelantado.

Me mira desconcertada.

—Por ayudarme con el jardín.

Es evidente que está encantada. Pero entonces recuerda algo.

—No podré ir hasta pasado mañana —dice—. ¿Te parece bien?

Cojo el regalo como si fuera a quitárselo. Ella se ríe.

—Gracias —dice—. Lo guardaré como un tesoro.

—De nada.

Ann se toma un descanso entre las lecturas para beber una taza de té conmigo. Cuando llega el autobús turístico, ella se levanta, suspira y vuelve a la parte de atrás.

—Nos vemos el jueves —dice. Se detiene antes de cruzar la puerta—. Tendrás que regarlas antes. De lo contrario, tendremos que podar todo el jardín.

—Las regaré —aseguro.

Ann se detiene para posar para algunas fotos. Agita su vestido negro y sonríe misteriosamente a la cámara.

Me llevo el té que me queda al banco y veo que se eleva el primer mástil del *Amistad* . Es una réplica del barco que zarpó de Salem en los viejos tiempos. Eva me contó que la mitad de la ciudad estuvo trabajando en él. Junto al embarcadero de Eva está la nave de aparejos y cabos donde los voluntarios recrean la historia. Se ha formado una multitud para observar cómo la enorme grúa baja y coloca el tercio más alto del mástil. Me quedo mirando casi durante una hora, hasta que reúno la energía para remontar la colina y regar el jardín.

El jardín de Eva casi alcanza media hectárea de superficie, y se extiende allá donde hay sitio, entre la casa y la caballeriza, a lo largo del camino. Cada lugar disponible está lleno de flores o vegetales que crecen juntos: las tomateras al lado de los conejitos y los lirios.

El porche de verano ha sido transformado en un cobertizo de jardinería. Saco unas cuantas macetas de las pequeñas y las pongo bajo el grifo para que se empapen. Aquí hace calor, y está todo muy seco. El grifo suelta aire antes de ponerse en marcha; el agua que sale al principio está demasiado oxidada y caliente para utilizarla. Ésta era la habitación para secar de Eva, bueno, la principal. La vieja madera está impregnada de esencia de lavanda y cilantro. Las flores y las hierbas están atadas con lazos, en ramilletes, que han sido colgados boca abajo a lo largo de los paneles de las paredes. Todavía queda algo de espacio en una de las paredes más alejadas, lo que me hace preguntarme por qué Eva se arriesgó a echar a perder los ramos de lavanda colgándolos en la bodega para que se enmohecieran. Llego a la conclusión de

que tal vez quería protegerlos de la luz del sol, que los decolora. Además, ella no sabía que permanecerían allí tanto tiempo, ¿no? Estoy segura de que cuando salió a nadar aquel día pensaba que volvería de inmediato. Me desconcierta bastante pensar acerca de ello.

Arrastro todas las macetas que puedo, pero las grandes me resultan demasiado pesadas, así que voy a por la manguera. No puedo levantar mucho peso; aún siento la tirantez de los puntos. «Debería caminar», pienso. El médico me dijo que caminar era bueno. Y nadar, creo que dijo que podía nadar. Me viene a la cabeza que me voy a saltar mi cita de seguimiento, si es que no me la he saltado ya. Debo acordarme de llamar.

Espero hasta las seis y entonces empiezo a regar el jardín. Me lleva más o menos una hora, cuando acabo estoy mojada y me he manchado. Mis sandalias resbalan —en realidad están empapadas—, así que las dejo en medio del camino, huellas artísticas. Avanzo para llevar la manguera hasta el último trozo, donde están las fucsias, las rosas y las violetas, y hay una flor de la pasión enredándose al lado de una buganvilla plantada en un tiesto. La manguera no da tanto de sí. Se enreda en la esquina de uno de los parterres elevados, sé que debería ir hasta allí y desliarla, pero estoy demasiado cansada. Lo que hago es tirar utilizando todo mi peso en lugar de los músculos abdominales. Después de tirar con todas mis fuerzas, la manguera se suelta y yo voy detrás, tropiezo sobre la mejorana y caigo sobre unas tomateras nuevas y las berenjenas, a las que Eva había llamado *Tom* y *Ben* , respectivamente, como si fueran personas. Miro a mi alrededor, descubro que he arrasado las dos primeras hileras de brotes y me siento mal, descuidada. Estoy demasiado agotada para levantarme de inmediato, así que me quedo ahí sentada.

Es aquí donde me encuentra Rafferty, cubierta de barro y plantas asesinadas, rodeada de fucsias en las que se alimentan los colibríes. Por el camino debo de haber arrancado alguna menta también porque la huelo en mí. La menta se apoderará de todos los parterres si la dejas. Recuerdo a Eva explicándomelo. Debes ser cuidadoso con la menta. Debes confinarla a su propio espacio.

Rafferty está mirando hacia abajo, siguiendo el rastro de la manguera verde hasta su extremo lógico, donde están abandonadas mis sandalias. Se detiene, me mira y luego mira los colibríes.

—No voy a preguntar —dice espantando un colibrí como si fuera una abeja cuando se agacha para levantarme.

Me sacudo y compruebo los arañazos. Él se lleva la mano al bolsillo y saca la llave. Con ella sale un puñado de cosas, entre ellas un chicle de nicotina, viejo, con el envoltorio deshecho. Me tiende la llave.

—Espero que sea la buena —dice, y se agacha para recoger dos cupones muy mojados que sacude para secar. Los mira—. Vaya. ¿Qué día es hoy?

—Creo que es día 3 —respondo.

—Vale —dice mirando los cupones—. Me había olvidado.

Me los enseña: cena gratis para dos. No puedo distinguir el nombre del restaurante.

—Caduca mañana, es parte del programa soborna-a-un-policía de Salem. ¿Quieres ir?

—¿Mañana?

—Claro. Esta noche, mañana, cuando sea. No me gustaría desperdiciarlo.

—Mañana mejor.

—Sí, probablemente mañana habrá fuegos artificiales —dice él.

—Vale —digo.

—Entonces, mañana. —Junta el resto de las cosas y vuelve a metérselas en el bolsillo—. A las siete. —Echa a andar hacia la puerta—. Será mejor que compruebes las llaves. Son las únicas que he encontrado, pero no tenían etiqueta.

—Vale —digo.

Está a punto de marcharse, cuando se vuelve.

—A todo esto, ¿qué estabas haciendo antes de tu ataque a los colibríes asesinos?

—Regar las plantas.

—Una técnica interesante —dice, y sigue andando camino abajo.

Pruebo la llave cuando vuelvo. La puerta se abre. Tendré que hacer una copia para la agente inmobiliaria. Y tendré que arreglar el cristal roto, pienso, volviéndome para mirarlo, valorando los daños. Y quitar las flores enmohecidas. Decido empezar una lista, pero no encuentro un papel.

Como por arte de magia, la cara de Rafferty aparece donde debería estar el cristal. Me asusto y doy un bote.

—Perdona —dice él.

—¿Qué pasa?

—Tiene que ser hoy.

—¿Qué?

—Estabas equivocada. Hoy es 4 de julio. —Se oye el estallido de petardos a lo lejos, dándole la razón—. Lo comprenderé si crees que es muy justo…

—No pasa nada. Dame una hora.

—Te daré dos —dice él.

Le lanzo una mirada.

—No quería decir lo que ha parecido —añade—. No salgo de trabajar hasta las siete, me refería a eso. Después tengo que ir a por el barco.

—¿El barco?

—¿He olvidado decirte que el restaurante está en medio de la bahía de Salem? —sonríe.

—Creo que me acordaría.

—Disculpa…, el restaurante está en medio de la bahía de Salem.

—Me vestiré para la ocasión.

Observa lo que llevo puesto y, hay que reconocérselo, decide no hacer ningún comentario.

De repente estallan más petardos. Todo el mundo ha salido. Al otro lado del parque, uno de los calvinistas proselitistas observa la casa. O quizá estoy paranoica y sólo mira hacia aquí porque ha visto el coche de Rafferty y, como todo el mundo, quiere averiguar qué sucede en la casa de Eva ahora.

Estoy preparada a la hora que hemos quedado. Rafferty llega tarde. Se deshace en disculpas, dice que es patológico. Al menos ha llamado para hacer la reserva, pero ahora teme que no se la guarden. Cuando llegamos al medio de la bahía, no sólo no tenemos reserva, sino que tampoco hay restaurante. Se ha ido. Rafferty saca el móvil, tiene que esperar un minuto para que lo atiendan. Estoy segura de que no le gusta esperar.

—Sí, soy Rafferty. ¿Alguien ha denunciado la desaparición de un restaurante?

Oigo una carcajada al otro lado de la línea.

—Ahora en serio, Rockmore ha desaparecido… —Más risas—. Bueno, ¿adónde demonios ha ido?

—Ajá… ¿Para siempre o sólo esta noche? —Asiente—. Ya veo. —Cuelga y se vuelve hacia mí—: Han desplazado el restaurante a Marblehead para esta noche.

Estoy intrigada.

—Por algo relacionado con la iluminación de la bahía. —Piensa un momento—. ¿Todavía te apetece ir?

—¿Y a ti?

—Claro, ¿por qué no? —dice—. Una cena gratis es una cena gratis, ¿no?

—No hay nada como una comida gratis —digo, citando a Eva. Y aunque estoy de acuerdo, preferiría no haberlo dicho en voz alta.

—Totalmente cierto —conviene él—. Pero esto no es una comida, es una cena.

—En eso tienes razón —asiento.

—Agárrate —dice, y yo me lo tomo al pie de la letra, agarrándome a las regalas cuando él acelera, ignorando el límite de diez kilómetros por hora.

Franqueamos el diminuto faro de Winter Island, giramos a estribor, hacia el cabo Peach, y pasamos cerca de Yellow Dog Island. Está oscureciendo. May está en la rampa, asegurándola para pasar la noche. En el pinar hay un círculo de meditación. O de taichi. Nos acercamos a las rocas más de lo que la gente se atrevería, tanto como yo lo haría si condujera el barco, lo que es impresionante, puesto que significa que Rafferty conoce bien la zona. Una de las mujeres de El Círculo oye el motor y levanta la vista hacia nosotros, molesta por la interrupción. Primero reconoce a Rafferty, luego a mí.

—Esto despertará algunos rumores —dice él, lo bastante alto para que se oiga por encima del ruido del motor.

Tardamos media hora en llegar a Marblehead, no por la distancia, sino por las multitudes. Para cuando llegamos, hay tantos barcos atracados alrededor del restaurante flotante que nos cuesta encontrar sitio.

La policía de Salem debe de haber llamado en nombre de Rafferty, porque parece que nos estaban esperando. El propietario está fuera y nos ayuda a amarrar.

—Creía que sabías lo del traslado —le dice el propietario a Rafferty a modo de disculpa—. Lo hacemos todos los años.

Cuando entramos, el propietario retira la silla para que tome asiento. Noto que la gente nos mira y no me gusta la sensación. Me apresuro a sentarme, pero sigo sintiendo sus ojos. Una oleada de paranoia me invade. Me vuelvo para ver quién está mirando para devolverle la mirada, pero la luz está desapareciendo y cuesta ver.

—¿Algo va mal? —pregunta Rafferty.

—No —contesto echando un vistazo a mi alrededor. Me siento observada otra vez, pero no quiero parecer paranoica.

Rafferty me imita, mira.

—Espero que te guste la comida frita.

Siento los ojos otra vez, y después oigo los pensamientos de alguien: «Eh, ¿cuándo ha vuelto la loca de Sophya a la ciudad?». Muevo la silla para salir de su campo de visión. Rafferty mueve su silla un poco para tapar mi vista de la cubierta posterior, actuando como si no fuera un gesto calculado. Funciona. Comienzo a relajarme.

—¿Están listos para pedir? —pregunta la camarera dejando una cesta de pan de plástico rojo delante de mí.

Pido un plato combinado de pescado y una ración de aros de cebolla. Además de una Coca-Cola Light, algo que veo que le hace gracia a Rafferty.

—¿El pescado es abadejo o bacalao? —pregunta Rafferty.

—Ninguno de los dos —contesta la camarera—. Es pescado. —Se encoge de hombros mirándolo como si estuviera loco. Está pensando en lo mucho que le apetece irse a casa.

—Tomaré pez espada —dice Rafferty.

La camarera se retira a la cocina.

—Bueno. —Él se vuelve hacia mí—. Eva me contó que eras escritora.

Y aquí viene la parte de conversación superficial del programa. Vale, Eva me preparó para esto. Sobreviviré.

—No —digo—. No soy escritora. Soy lectora.

Me doy cuenta de que no lo entiende.

—¿Te ganas la vida leyendo?

—Si quieres llamarlo vida…

—¿Encaje?

—No, encaje no. —Me recuesto en la silla, apartando el pensamiento—. Guiones. —Le tiendo la cesta de pan. Él coge un panecillo—. Guiones de películas.

—Qué guay —dice. Es una palabra que él normalmente no usaría. Si lo leyera en un guión, no me lo creería.

»¿Y vives en Hollywood? —Busca la mantequilla, pero no la encuentra.

—A veces.

Me observa extrañado.

—Me mudo mucho… —Esto ha sido duro—. ¿Estoy siendo interrogada por

algo?

Se ríe abiertamente.

—Yo vine de Nueva York —comienza él. Se trata de puro material de Eva: cuenta algo de ti mismo para que la conversación prosiga. No es lo mismo que preguntar sobre la sopa, pero es un comienzo.

—Guay —digo.

Él sonríe.

—¿Sales mucho?

Ahora soy yo quien tiene que reírse.

—No mucho —digo, confirmando lo evidente.

Él se pone rojo y los dos nos echamos a reír.

—Por Dios —dice él—. Al menos uno de los dos debería ser bueno en esto.

Finalmente me doy cuenta de que estoy en una cita. No sé en qué estaba pensando. Que era una idea de último momento, una especie de detalle. ¿Que si salgo mucho? La verdad es que no he tenido jamás una cita.

—Lo siento —dice él—. Quizá esto no ha sido una buena idea.

Mi mente se apresura en busca de algo que decir. «Vamos, Eva —suplico—, dame algo que pueda utilizar».

—¿Cuánto tiempo hace que viniste aquí? —pregunto. La voz es débil, como si casi no fuera mía.

Sabe que me estoy esforzando y parece agradecido.

—Hace dos años —responde.

—¿Por qué? —inquiero, y me doy cuenta de cómo suena.

Nos reímos otra vez.

—Me gusta navegar —dice él.

—Eso tiene sentido —convengo. Es cierto. Comienzo a relajarme.

—¿Tú navegas? —pregunta.

—No muy bien —respondo.

—Mentirosa. —Se ríe.

Sabe más acerca de mí de lo que pensaba. Caigo en la cuenta de que Eva debe de habérselo contado. Estoy a punto de decirle que Lyndley era la buena navegante de la familia, mucho mejor que yo, pero algo me detiene.

—Ha pasado mucho tiempo —digo finalmente.

Él asiente y se queda mirándome. Me doy cuenta de que Rafferty es una persona a la que no puedo leer. Aunque tampoco lo intentaría. Paso la mayor parte del tiempo intentando no leer a la gente, deseando evitar la intimidad de invadir sus pensamientos privados. A Rafferty se le puede leer, pero sólo cuando lo permite, y si lo permite.

—¿Qué? —digo finalmente.

—Estaba pensando que te pareces un poco a Eva.

—¿De veras?… —Él nota que no le creo.

Asiente.

—Para mí, te pareces.

—Erais buenos amigos —digo, y me percato de que sólo estoy ligeramente más a gusto con la idea que la otra noche.

Él sonríe.

—A Eva siempre le gustó ayudar a los desamparados y a los perdidos.

—La verdad es que sí.

—Quizá demasiado, a veces. —Una sombra cruza su rostro.

—¿Qué quiere decir eso?

Se repone rápidamente forzando una sonrisa.

—Quiere decir que se hizo amiga mía cuando llegué a la ciudad y me alimentó como a cualquier perdido, después ya no pudo librarse de mí.

—¿Sándwiches elaborados?

—Exacto. —Se ríe.

—Buena comida para un perdido.

Me siento aliviada cuando comienzan a iluminar la bahía. Las tripulaciones encienden bengalas alrededor de su perímetro.

Tan pronto como hay bastante oscuridad, empiezan los fuegos artificiales. Son

buenos, mejores de lo que los recordaba. Con cada explosión se puede ver a la gente en la orilla: miles de personas sentadas en sillas en los jardines que se extienden delante de las casas del extremo de la bahía o agrupados en los muelles de la ciudad, en los yates de los clubes o tan lejos como Devereux Beach. La bahía está tan abarrotada de barcos que se podría ir caminando de un extremo al otro por encima de ellos. En los amarres hay hasta dos y tres barcos, todos con los flotadores fuera. Tras cada fuego artificial, el barco toca la sirena como muestra de su aprobación y la gente de la orilla vitorea, sus voces viajando a través del agua.

El sonido me pone nerviosa. Siento los ojos de alguien sobre mí. Otra vez me observan.

«Me apuesto lo que sea a que está liada con él».

—¿Estás bien? —me pregunta Rafferty. Está claro que no. El sudor desciende por mi rostro. Me tiemblan las manos.

«Se está tirando al policía».

No sé a quién estoy leyendo. No quiero saberlo.

—¿Mareada? —El barco se mueve mucho.

—No —digo. Yo nunca me he mareado. Una desagradable sensación de pánico sube por mi espalda y me recorre los hombros.

Él lo percibe y mira a nuestro alrededor.

—Podemos marcharnos si quieres.

—No —digo—. Estoy bien.

Estoy intentando tranquilizarme, poniendo en práctica cada uno de los trucos que me ha enseñado mi terapeuta. Respira. Utiliza los sentidos. Huele, toca… lo que sea para permanecer aquí y ahora.

Siento que estoy comenzando a calmarme cuando estalla una pelea.

Lo oigo antes de verlo. El sonido gana fuerza lentamente en medio de las explosiones de los fuegos artificiales, pero es distintivo y diferente, violento. No me doy cuenta de qué es hasta que se acercan a Rafferty y él se marcha con quienes han venido a buscarlo para acabar con la situación. No sé si han venido a buscarlo porque han olvidado que no están en Salem, donde sería la autoridad lógica a la que convocar, o porque es el único policía del lugar. El barco de la policía de Marblehead está en el otro extremo de la bahía. Con tal densidad de barcos, les llevaría diez minutos llegar hasta aquí, y para entonces el daño ya estaría hecho.

La cronología de la pelea es perfecta, ha empezado justo antes de que terminen los fuegos artificiales. En medio del enorme espectáculo de luz,

alcanzo a ver a Rafferty sujetando a uno de ellos, un tipo grande; el otro, prototipo de un club de vela, está sangrando por la boca. Es una vieja historia, el local contra el pijo, salvo que esos tipos son demasiado mayores para eso. El pijo me resulta vagamente familiar, alguien a quien tal vez conocí en algún baile. No veo la cara del local. Ya no están lanzando puñetazos pero siguen insultándose. Rafferty tiene que agarrar con más fuerza al local, que está preparado para soltar otro golpe. Lo contiene durante un minuto hasta que finalmente lo suelta.

El pijo vuelve a sentarse a su mesa. Uno de sus amigos vierte hielo de un vaso en una servilleta y se lo pasa para que se lo ponga en la boca, pero él no lo acepta.

Sin embargo, mira hacia donde estoy yo. Todos están mirando.

—Eres un maldito imbécil —oigo que dice el local, arremetiendo otra vez contra el otro. Rafferty atrapa su brazo antes de que éste haga impacto.

Reconozco la voz y observo cómo mi novio de la infancia, Jack, arroja dinero sobre la mesa y se levanta. Luego salta a su barco, del mismo modo que un *cowboy* saltaría sobre un caballo en marcha en un wéstern antiguo.

Rafferty les dice algo a los pijos, que vuelven a concentrarse en sus cervezas de diseño.

Cuando regresa a la mesa, coge una servilleta y se limpia.

—¿De qué iba todo eso? —pregunto, tratando de mantener la voz serena pero consciente, paranoica o no, de que de algún modo yo tengo algo que ver.

Está claro que iba sobre mí. Mi psiquiatra diría que no todo tiene que ver conmigo. Mi psiquiatra también rebosa frases hechas de Eva. En circunstancias normales mi psiquiatra tendría razón, pero esta vez no.

—¿De qué va siempre?

Está intentando disimular. Tiene los pantalones empapados de cerveza y maldice en voz baja mientras se los frota.

—Salgamos de aquí —dice.

En el perímetro de la bahía, las bengalas siguen desprendiendo su luz roja, pero están empezando a acabarse. Ahora, en la línea de costa, el destello es intermitente, y entre una y otra bengala hay grandes intervalos a oscuras.

Toda la comodidad de que disfrutábamos el uno en compañía del otro ha desaparecido. Rafferty ignora todos los límites de velocidad, algo con lo que yo no tengo ningún problema. Lo único que queremos ambos es acabar con esta velada cuanto antes.

Cuando pasamos por Winter Island, oigo el sonido de música religiosa, el

chisporroteo de un altavoz malo. Rafferty acelera.

No volvemos a hablar hasta que estamos en el coche patrulla delante de la casa de Eva.

Apaga el motor y se vuelve hacia mí.

—Siento haberte llevado allí —dice.

—No pasa nada —respondo.

—Sé que Jack LaLibertie es amigo tuyo.

—Era —digo.

—Sé que tuvisteis una historia —se corrige.

No sé qué decir, así que no digo nada. Claramente, estoy incómoda.

La radio salta y se oye un eco.

—Eh, ¿Rafferty? —dice la voz de la radio—. ¿Has encontrado el restaurante?

—Déjame en paz, Jay-Jay —replica él—. Es mi noche libre.

—Acaban de poner una denuncia por desaparición.

—La veré mañana. —Alarga la mano hacia el interruptor. —Se trata de Angela Rickey.

—Mierda —murmura, y levanta el micrófono para que no se oigan los detalles.

Me muevo para abrir la puerta, pero él levanta una mano para detenerme.

—Consigue una orden firmada —dice—. Pasaré a recogerla. —Tapa el micro con la mano.

—Esto ha sido un desastre —dice dirigiéndose a mí.

—Ha estado bien.

—Intentémoslo de nuevo. Eso me sorprende.

—Mañana por la noche —dice—. Podemos salir a navegar.

La radio todavía está retumbando.

—Vale, vale —dice Rafferty—. Voy enseguida.

Baja el volumen y me mira.

—Te recogeré en el muelle Derby a las siete en punto. Vuelve a centrar su atención en la radio antes de que yo tenga la oportunidad de decir que no. Coge un pañuelo y se frota el pantalón.

—Mierda —remuga otra vez.

Capítulo 14

Para limpiar el encaje: la presencia de la alegría.

Para limpiar a la lectora: meditación u oración.

Para limpiar a quien pregunta: respirar.

Guía de *la lectora de encaje* .

Ann estaba leyendo la decimoquinta cabeza de la noche cuando Rafferty fue a buscarla. Eran casi las diez. Ella llevaba a cabo las lecturas en la parte de atrás de la tienda, donde preparaba las esencias. Allí también tenía un caldero, pero era sólo por las apariencias. El espacio situado tras las cortinas de terciopelo, que separaban las cabinas para leer el futuro, tenía más aspecto de laboratorio de química, con vasos de precipitados, tubos y mecheros Bunsen para preparar los aceites y otras pociones que vendía.

Ann vio a Rafferty en cuanto entró, y le hizo un gesto para que esperara hasta que acabara con una madre y una hija que habían ido para que les hiciera una lectura.

—Voy a necesitar algún objeto personal —oyó Rafferty que decía Ann a la mujer más mayor—. Un anillo, unas llaves, algo así.

—Dele su anillo, madre —dijo la mujer más joven.

—Tu madre es quien debe decidir qué darme —dijo Ann.

La mujer mayor lo pensó un minuto y entonces metió la mano en su bolso y sacó una bufanda. Se la entregó con torpeza a Ann.

—Gracias —dijo ella.

Después cerró los ojos y agarró la bufanda, respirando lentamente, metiéndose en su interior. Cuando abrió los ojos nuevamente, le devolvió la bufanda a la mujer, que la metió en el bolso y preguntó:

—¿Qué pasa ahora?

—Ahora haré la lectura —explicó Ann, poniéndose en pie y colocándose detrás de la silla de la mujer. Posó las manos con delicadeza en la cabeza de la mujer y comenzó a masajearla.

La mujer suspiró.

—Esto es maravilloso —dijo, cerrando los ojos finalmente.

Rafferty observaba fascinado.

Cuando la respiración de la mujer mayor se hizo más pausada, Ann comenzó a mover las manos de otra forma, estirando la cara de la mujer de tal manera que formaba expresiones extrañas mientras ella notaba los bultos, las hendiduras y otras imperfecciones que servirían para predecir su futuro. Los ojos de Rafferty fueron hasta el cuadro de frenología que había en la pared. Este bulto determinaba la longevidad, este otro indicaba las inclinaciones artísticas.

Rafferty dejó de observar cuando Ann comenzó a interpretar. A pesar de que la hija estaba tomando notas, ése era un momento privado. En lugar de escuchar, decidió echar una ojeada a la tienda, deteniéndose para mirar los pequeños sobrecitos de hierbas y hechizos: rosa y verbena para conciliar el sueño, milenrama y jengibre para encontrar el amor perdido. Había bolsitas para la prosperidad, la protección, la salud, incluso una para ganar las elecciones. Ann tenía una variedad de inciensos enorme. El olor era apabullante. Rafferty se alejó rápidamente hacia la zona, aún más grande, de libros de autoayuda. Cogió unos cuantos y los hojeó. Después fue a los cristales. Pasó la mano por un cubo de cuarzo rosa, después sobre otro de obsidiana.

Tenía el brazo metido hasta el codo en las ágatas de fuego cuando Ann finalmente se reunió con él.

—Ésas son buenas para la potencia —señaló, y Rafferty se apresuró a sacar el brazo.

»Lo siento —dijo ella—. No he podido evitarlo.

Condujo a Rafferty a la trastienda, apartando a un gato o dos del futón que tenía allí. Había un calendario lunar colgado de la pared. Era el mismo que había visto en casa de Eva, salvo que éste no tenía los símbolos de sombreros rojos. Fueron las señoras de los sombreros rojos quienes denunciaron la desaparición de Eva. Eran sus clientes habituales. Cuando no abrió el salón de té el día de su cita, ellas fueron directamente a la comisaría para denunciar su desaparición.

—Todo el mundo desaparece —dijo Rafferty, casi para sí.

Dos mujeres en un mes, eso ya era bastante raro, pero no era difícil ver que ambas estaban conectadas. Eva había ayudado a Angela en más de una ocasión, dándole de comer y a veces alojándola. Y Eva era la persona a la que Angela recurría cuando se metía en problemas. Al menos eso era lo que había hecho la última vez. La vez que Eva la había enviado al refugio de May. Cal odió a Eva por ello. En realidad, Cal odiaba a Eva por muchas razones.

—Un año extraño —comentó Ann—. No eres alérgico a los gatos, ¿verdad?

—Sólo a los perros —dijo él.

—Siéntate —Ann dio la orden como si le estuviera hablando a un perro.

Rafferty no pudo evitar sonreír. Le gustaba Ann y su sentido del humor. La mayor parte del tiempo era sutil, y la mayoría de la gente no lo captaba. Rafferty apartó a un tercer gato y tomó asiento.

—¿Has puesto tú esta denuncia? —Rafferty sujetaba una carpeta.

Ann era quien había hecho la denuncia de desaparición de Angela, si es que se podía llamar así. Se trataba más de una denuncia de «no la he visto por los muelles últimamente», una alarma general. Angela ya había desaparecido antes, hacía unos seis meses, después de que los calvinistas le dieran una paliza. Había vuelto con ellos voluntariamente, en contra del buen juicio de todo el mundo.

Angela encajaba en el perfil de adolescente que terminaría en una secta. Tenía dieciséis años, había dejado los estudios y se había escapado de casa. Estaba destrozada, en definitiva. Probablemente había sido víctima de abusos con anterioridad. Cualquier cosa que prometiera cualquier tipo de seguridad o salvación parecería la solución perfecta para una chica así.

Lo que más le llamaba la atención a Rafferty no era quién había hecho la denuncia de Angela, sino quién no la había hecho. La última vez que Angela se había escapado, los calvinistas llamaban a diario a la comisaría, acusando de secuestro primero a las brujas y luego a Eva. Roberta, la amiga de Rafferty que trabajaba en Winter Island, le había contado que Angela había estado pensando en mudarse, quizá a un clima más cálido.

—Oí que estaba pensando en irse al sur —dijo Rafferty.

—¿Al sur? Sí, supongo que sí, si consideras como tal el embarcadero de Eva. —Ann señaló por la ventana—. Ha estado allí durante las últimas semanas. En realidad, diría que se estaba escondiendo. Sólo salía por la noche. Por lo que he oído, ha estado revolviendo en los contenedores que hay detrás de Victoria Station. Yo me enteré porque la pillé cogiendo tomates de mis macetas ahí mismo.

—Santo Dios —dijo Rafferty.

—Empecé a dejarle cosas en la maceta. Comida rápida. Cosas más saludables cuando encontraba tiempo para cocinar. Me da pena. Es una buena chica.

—¿Por qué no recurrió a mí?

Ann se limitó a mirarlo.

—Sí.

—O fue al refugio, por lo menos.

—Tenía el ojo morado cuando la vi, y varias heridas en un lado de la cara. Me

hizo prometer que no le contaría a nadie que la había visto.

Rafferty asintió. May tenía razón: debería haberse quedado en la isla. Él debería haberse asegurado de que se quedaba, en lugar de permitir que volviera con Cal y su grupo.

—No podrías haberla detenido. —Ann sabía lo que estaba pensando—. Además, odiaba Yellow Dog Island.

Rafferty se estremeció.

—Yo no podría vivir allí —dijo Ann—. Ordeñando vacas, cultivando lino. Soy tan silvestre como la que más, pero no podría.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace tres días. Esa noche estaba en los muelles, y yo abrí hasta tarde. La vi caminando en dirección a Shetland Park. A veces solía sentarse en las rocas. Pero los calvinistas bajaron a los muelles esa noche. Estaban haciendo proselitismo, eligiendo gente entre los turistas, buscando nuevos adeptos.

—¿Crees que los calvinistas la obligaron a volver?

—No sé qué pensar. No está en el embarcadero. Quizá la hayan obligado a volver. Quizá sólo la hayan asustado. No lo sé. No sé por qué no presentó cargos la primera vez que le pegaron. Yo lo habría hecho, sin lugar a dudas.

—Comida, refugio, alojamiento… —La enumeración de Rafferty sonaba como la señal de una área de descanso de una autopista.

—¿Qué?

—La historia de siempre —dijo él—. Poder, dependencia. Si añades salvar su alma, es el paquete definitivo. —Tenía un mal presentimiento acerca de todo eso, pero no le apetecía compartirlo—. ¿Eva sabía que estaba en el embarcadero?

—Eva le dio la llave…, después de la última vez que le propinaron una paliza. —Ann dudó antes de decir eso último. Era un asunto doloroso para él, todo el mundo lo sabía.

Rafferty sacó la linterna de la guantera. Dejó aparcado el coche en doble fila delante de la tienda de Ann y cruzó el muelle Derby en dirección al embarcadero.

Si Angela había huido apresuradamente, había cerrado al salir. Rafferty enfocó con la linterna a través de las ventanas, pero las habían cubierto con tablas desde dentro. Echó a caminar hacia el extremo del muelle, donde el embarcadero se abría a la bahía. Marea alta. Tropezó en la superficie resbaladiza y se encontró con la entrada del primer piso cerrada con tablones. Sin una sierra, el único lugar por el que se podía acceder era la entrada de

madera del segundo piso. Maldijo un par de veces. Después volvió al coche a buscar una cuerda.

Algunos navegantes se quedaron mirando a Rafferty mientras éste trepaba por la cuerda. Hubo un aplauso cuando llegó arriba, y aplaudieron más aún cuando tomó impulso y abrió la puerta de una patada.

La pequeña habitación que había encima del embarcadero estaba a oscuras. Rafferty enfocó con la linterna cada una de las cuatro esquinas. Alguien había estado allí. El lugar estaba patas arriba, lleno de envoltorios de comida rápida y excrementos de rata de hacía mucho tiempo. No era ninguna sorpresa. Las ratas en el puerto eran grandes como gatos. Eran una población de lo más variado: ratas indias, chinas, caribeñas, cuyo linaje se remontaba por lo menos trescientos años antes, a la época en que Salem importaba bienes de todo el mundo. Los propietarios de los restaurantes se quejaban un par de veces todos los veranos, pero eran un colectivo resistente.

Rafferty escudriñó la habitación, reparando en todo: una vieja botella de vino polvorienta con una vela estaba consumida. Un paquete de cigarrillos viejo metido en un recoveco del rincón. Una cama en la esquina, deshecha, tapada con un cobertor descolorido de motivos indios con una quemadura en el centro.

El eco de un sonido llegó desde la escalera. Él se volvió y enfocó con la linterna.

—Angela —dijo—, soy yo, John Rafferty.

No hubo respuesta. Iluminó la escalera. Oyó el vaivén del agua. Se internó en la oscuridad escaleras abajo, la luz de la linterna barría el espacio como el haz de un faro, descubriendo un viejo velero, un escálamo, un antiguo whaler de Boston con un agujero en la proa. Apartó una telaraña y escupió la que le había entrado en la boca, después escupió otra vez.

La parte inferior de la escalera estaba podrida y se partió con su peso. Rafferty cayó con poca elegancia y la linterna se le escapó de la mano. La vio rodar descontroladamente hacia el borde del agua. Comenzó a maldecir.

La linterna dio con un clavo suelto y se detuvo. Él se puso de pie y se dio cuenta de que le sangraba la mano. Volvió a maldecir.

Oyó un impacto de algo. El ruido lo hizo callar. Recuperó la linterna, giró sobre sí mismo y apuntó en dirección al ruido. El sonido procedía del agua, o de debajo del embarcadero, no era capaz de distinguirlo. Dirigió el haz de luz al agua junto a la pared más alejada del embarcadero, lo que le permitió ver una hendidura con forma de medialuna sobre la superficie. Probablemente, la erosión de la marea, pero entonces vio una rata del tamaño de un coche pequeño; bueno, quizá no un coche, pero era enorme. El roedor miró atrás y la luz iluminó sus ojos rojos; entonces corrió a su agujero, que no era la erosión de la marea en absoluto, sino un gran nido de ratas. Su cola quedó atrás durante un segundo, después se deslizó como una serpiente en el agujero y desapareció.

—Ya es suficiente —dijo Rafferty, y se dirigió nuevamente hacia la escalera. Le costaba creer que Yellow Dog Island fuera peor que eso.

Se puso de pie sobre la ventana del piso superior, observando la bahía. El barco de Jack estaba otra vez en su grada; alcanzaba a ver la luz encendida en su cabaña. Jack estaba boca abajo en la litera. Inconsciente, pensó Rafferty, al descubrir la botella vacía tirada sobre la mesa de la galera. Entonces, inopinadamente, miró hacia la isla y se dio cuenta de que había dos luces encendidas, la señal de May. Ella podía creer que iba a trasladar a alguien esa noche, pero Rafferty no cayó en la trampa.

Salió por donde había entrado, esa vez, sin ayuda de la cuerda. La enrolló y la tiró al muelle antes de saltar por la ventana. Marea alta, pensó mientras saltaba a las frías y negras aguas, agradecido porque no se estamparía contra las rocas del fondo.

Rafferty se cambió de ropa, después pasó por la comisaría para recoger la orden de registro y, finalmente, se dirigió a ver a los calvinistas.

Winter Island estaba en la boca de la bahía de Salem. Lo único que había más allá era Salem Willows, donde Rafferty vivía. Era una zona diferente de Salem, cuya forma de vida era más isleña que en la ciudad portuaria, un enclave Victoriano que se distinguía por el estrecho tramo de carretera que rodeaba la planta eléctrica, así como la enorme montaña de carbón y los cargueros que lo llevaban a puerto.

Winter Island estaba orientado hacia la bahía, el muelle Wharf y el centro de la ciudad por un lado, mientras que por el otro daba a mar abierto. En el lado del océano estaba el centro de acogida para chicos Plummer House. Era imponente, de estilo Victoriano, y parecía un hotel antiguo. Uno de los pichones de Rafferty se había criado allí. Así era como llamaban a los recién llegados en el programa de Alcohólicos Anónimos, pichones. Porque cuando intentabas ayudarlos, invariablemente se cagaban en ti y después levantaban el vuelo. Humor A. A. Sin embargo, el último pichón de Rafferty era bastante buen chico, y Rafferty lo había acogido bajo sus alas —sin segundas— porque él se lo había pedido; no se le podía decir que no a un chico como ése, aun cuando sabías los problemas que te acarrearía.

El centro Plummer House era una antigua mansión que contaba con la mejor vista al océano de la ciudad, así que no era horrible según el criterio de nadie, pero no dejaba de ser un lugar en el que acababan los chicos que nadie quería. Los dos hermanos, Jay-Jay y Jack LaLibertie, habían pasado allí una temporada tras la muerte de su madre, cuando su padre se marchó a colocar sus trampas en Canadá y no se tomó la molestia de regresar durante casi un año. Los chicos habían salido bien. Al menos, Jay-Jay. Era un pesado, pero era un buen chaval. Jack era otra historia. Un alcohólico como su padre. Jack había intentado entrar en Alcohólicos Anónimos varias veces, pero sencillamente era incapaz de cumplir el programa.

Jack LaLibertie cargaba con otros problemas aparte de la bebida, entre los que no tenía poca importancia lo que había sucedido con Towner Whitney.

Como muchos alcohólicos, interpretaba el papel de víctima. La vieja herida nunca se había cerrado, y Jack seguía arrancándose la costra, haciéndola sangrar, ulcerarse hasta que, cuando estaba lo bastante mal, aparecía en alguna reunión borracho como una cuba y empezaba a despotricar contra Towner y lo que le había hecho, como si todo hubiera pasado la semana anterior, en lugar de casi quince años atrás. Era evidente que esa noche había sido una de esas ocasiones.

Pero Rafferty no quería pensar en esa noche. No quería pensar en Jack LaLibertie ni en su propia cita fallida con Towner, si es que podía llamarse así. Una mierda de cita. En casa antes de las diez. Se habría reído a mandíbula batiente si no fuera tan patético.

La mente de Rafferty volvía insistentemente a Angela. Era una mala situación se mirara por donde se mirase. Sólo había sido cuestión de tiempo hasta que había sucedido algo. Se daba cuenta de que había estado esperándolo. No podía evitar preguntarse si las cosas habrían sido diferentes si Angela se hubiera quedado con May en Yellow Dog Island. O si cuando llegó por primera vez hubiera bajado una parada antes, o si el centro Plumber House hubiera sido para chavales no deseados en general, no sólo chicos. Quizá Angela estaría allí ahora si la hubieran aceptado y no habría dado ese paso más, hasta Winter Island, donde Cal y sus lunáticos la estaban esperando para salvar su alma.

Rafferty tenía un mal presentimiento sobre Angela. Y, al parecer, también Eva lo tenía. Había sido ella quien le llamó cuando Angela se fue con los calvinistas. «¿No puedes hacer algo al respecto?», le preguntó. Rafferty conocía la historia de Eva con Cal Boynton. Había sido la suegra de Cal, lo había denunciado más de una vez por maltrato a su hija Emma. Eva y Cal no se apreciaban.

Esa noche Rafferty estaba muy preocupado por Angela. No podía quitarse de encima la sensación de que algo iba realmente mal. Su instinto de policía siempre daba en el clavo, todo lo contrario que su instinto para ligar.

Cuando Rafferty estacionó en Winter Island Park, el espectáculo de recreación histórica estaba en pleno auge. Comprobó la hora por segunda vez: 22.47 horas. Trece minutos más y podría clausurarles el espectáculo por perturbar el orden público. Ya lo había hecho antes. Muchas veces. El verano anterior lo había convertido en una costumbre, siempre y cuando hiciera buen tiempo. Cogía el barco hasta Willows y daba un paseo, paraba para echar unas partidas de *pinball* en el centro comercial y a veces se comía un sándwich de *chop suey* . Entonces volvía a Winter Island y hacía una redada a las once en punto. Durante un tiempo funcionó, luego Cal espabiló y se compró un Rolex.

Rafferty se detuvo en la caseta de seguridad y bajó la ventanilla.

Roberta atendió sin levantar la vista de su *Cosmopolitan* .

—Veinticinco dólares la visita diaria —dijo, aún sin levantar la mirada—. Y sí, eso incluye las vacaciones también. —Estaba leyendo un artículo titulado

«Haz que su verano sea efervescente»—. Sólo efectivo —añadió, cerrando la revista de mala gana.

—Apúntalo en mi cuenta —dijo Rafferty.

La observó girar la revista para que él no viera la portada.

—Demasiado tarde —dijo él, riéndose—. Te he pillado.

A ella no le pareció divertido.

—Creía que tenías una cita —señaló ella sin intentar disimular el sarcasmo siquiera.

—Por Dios —replicó Rafferty, incrédulo—. ¿Me vas a decir también lo que he pedido para cenar?

Ella no contestó.

Roberta llevaba su nuevo uniforme del parque y un jersey blanco que había comprado a propósito una talla menor que la suya. Se había peinado de punta el pelo rubio decolorado, que aún estaba creciendo de un corte que se había hecho cuando perdió temporalmente el norte.

Él la conocía de Alcohólicos Anónimos. Era una de las primeras personas que había conocido al llegar, su primera amiga aparte de Eva. Tenía algo con los polis, le contó mientras estaban delante de la máquina de café. Él se había servido dos dedos de café, una sustancia de un negro grisáceo que llevaba demasiado tiempo recalentada. La taza de poliestireno le había dado una descarga de electricidad estática en los dientes cuando se la había llevado a la boca. Hizo una mueca, la tiró a la basura y se sentó solo al fondo de la habitación, preguntándose a cuántos nuevos amigos potenciales más había logrado ofender ya.

En la siguiente reunión, Roberta le había llevado café de Dunkin' Donuts. Él se dio cuenta de cómo ella perdía la seguridad en sí misma en el instante en que le pasaba el café.

—¿La he cagado? No serás un esnob de Starbucks, ¿verdad?

—No —le había contestado riéndose. Era peor que un esnob de Starbucks, pero no se lo dijo. Ni siquiera bebía café de Starbucks. Antes solía hacerlo, pero el año anterior, su hija había ahorrado de su paga y le había regalado una cafetera exprés francesa por Navidad. Desde entonces, no era capaz de tomar otra cosa.

Aun así, Rafferty valoró el gesto. Aceptó la taza y le dio las gracias, e incluso se desvió de su camino para sentarse a su lado; fingió que se tomaba el café durante la reunión y se llevó la taza prácticamente llena cuando se marchó.

Habían salido unas cuantas veces. Sobre todo porque ella se lo había

propuesto. Rafferty todavía era nuevo en la ciudad y estaba solo. Se había esforzado al máximo para convertir aquello en una amistad. En su descargo puede decirse que no se acostó con ella, aunque acabar en su cama habría sido fácil.

—¿Qué tal tus vacaciones? —le preguntó él.

—Fatal —dijo ella—. Mi madre ha decidido que ya no va a cuidar más niños, y mi hermana tuvo que traer al crío.

Rafferty asintió. No conocía a su hermana o al chico, pero había oído sus historias. Roberta hablaba muchísimo de ella en las reuniones de Alcohólicos Anónimos. No en buenos términos. Cuando Roberta recaía, normalmente era después de haber pasado tiempo con su hermana.

—Bueno, ¿qué estáis haciendo aquí? —preguntó ella, en parte curiosa y, en parte, tan sólo molesta—. ¿No ha ido bien tu cita?

—Han denunciado la desaparición de Angela Rickey.

—¿Qué? ¿Otra vez?

—¿La has visto?

—Contrariamente a lo que dice la gente, no soy su cuidadora.

—No te he pedido que la acojas otra vez. Sólo te he preguntado si la has visto.

—Negativo —repuso Roberta, pensativa—. Hace tiempo que no la veo.

Roberta le había contado muy poco sobre las escasas semanas que Angela había pasado con ella. Sólo que finalmente había vuelto con los calvinistas.

—¿No viste pelearse a nadie? ¿O te enteraste de algo inusual antes de que se fuera?

—Define «inusual» —dijo ella.

Como si fuera a propósito, sopló viento del este, que trajo el eco de los gritos desde el hangar de guardacostas abandonado en el que Cal daba sus sermones. El sonido de la agonía humana enfrió el aire, ya de por sí bastante fresco. ¿Qué día era? ¿Jueves? Los jueves por la noche tocaban los exorcismos de adolescentes. Se trataba de salidas familiares que atraían multitudes desde lugares tan alejados como Rhode Island. Era uno de los eventos familiares más populares de Cal.

Y uno de los más ruidosos también. Al parecer, los demonios no abandonaban a sus huéspedes adolescentes sin presentar una ardua batalla, que se oía en el aparcamiento e incluso en el agua, espantando incluso a las gaviotas que habían anidado, y que cambiaban de sitio sin demora. Incluso el viento rechazaba el sonido, intentaba cambiar de dirección, dando vueltas sobre sí

mismo en su esfuerzo, derribando con violencia todo lo que encontraba: un viejo cartel de metal, la rama de un árbol moribundo. Finalmente, alcanzaba la brisa que transportaba la música de la banda de percusión y viento del pabellón y mezclaba los dos sonidos hasta que parecía que John Philip Sousa había escrito una canción para sacar a los demonios fuera de sus víctimas y lanzarlos al mar.

Rafferty ya podía oír las llamadas cuando volviera a la comisaría. El sonido arrastrado lejos sobre el agua, incluso en una noche de viento como ésa. Los locales ya estaban acostumbrados a esas alturas. La mayoría de las llamadas eran de los veraneantes. Normalmente creían que era algún tour *freaky* que seguía abierto hasta demasiado tarde. O una de las casas encantadas. Rafferty había dado órdenes al oficial de guardia de que contestase «nos haremos cargo», o «estamos en ello». Sabía por experiencia propia que decirles a los que llamaban la fuente real de los gritos hacía poco para atemperar sus nervios ya crispados.

—Es muy raro —se había quejado una mujer especialmente alterada—. ¿No pueden hacer nada?

La verdad era que no podían. En tanto que las sesiones no excedieran los decibelios autorizados o continuaran más allá de las once de la noche, los calvinistas estaban en su derecho. La única vez que Rafferty había intentado hacer algo, Cal había respondido haciendo que los miembros de su Iglesia llamaran a la comisaría seis veces para denunciar los disturbios de un cantante de folk nocturno en Waikiki Beach de Winter Island, que estaba tratando de versionar la canción de Bob Dylan *My back pages* y, después, al no conseguirlo, había pasado a corear cada vez más alto *Kumbaya* .

No había mucho que hacer. El *camping* de Winter Island era un espacio público. Los calvinistas habían pagado las tasas por adelantado, y habían hecho una reserva para toda la temporada. No se irían a ninguna parte hasta el 12 de octubre, ya que el parque cerraba durante el invierno. Pero para entonces los veraneantes ya se habrían marchado, las ventanas estarían cerradas para evitar el frío aire otoñal y la gente que quedaba estaría esperando Halloween, cuando cualquier grito sencillamente era parte de la celebración.

Rafferty registró algo en su campo de visión. Sus ojos siguieron la silueta de un hombre que se movía por la cresta de la colina. Al enfocar, se dio cuenta de que estaba mirando las túnicas de los calvinistas colgadas en una improvisada cuerda de tender. Se agitaban con el viento. Sujetas a las cuerdas, las túnicas se llenaban de aire, cobraban formas humanas y daban vueltas. Fantasmas bailando. Hipnótico. A Rafferty le daba la impresión de que en cualquier momento se soltarían, bailarían colina abajo hasta el océano y desaparecerían para siempre en la oscuridad. Entonces, como de súbito habían aparecido, el viento cambió de nuevo, la fuerza vital les abandonó y volvieron a tornarse en lo que habían sido en todo momento. Ni bailarines, ni fantasmas, sencillamente la colada de alguien.

«Llevo demasiado tiempo en Salem», pensó Rafferty.

En ese instante se hicieron audibles muchos más gritos. Después se oyó la voz de Cal por encima de las demás.

—¡Manifiéstate, demonio! —bramó él.

Rafferty lo había visto por lo menos unas cien veces. Si el demonio no se marchaba, y normalmente no lo hacía, por lo menos no en el primer intento, Cal cogía al chico y lo sacudía hasta que dejaba de gritar o hasta que se desmayaba, lo que primero sucediera.

A Rafferty le costaba creer que hubiera alguien que se tragara aquella pantomima. La gente era capaz de creer cualquier cosa. Los renacidos a golpe de Biblia eran una cosa. Al menos, se habían leído el libro. Pero eso era ridículo. Los sermones de Cal eran plagios de Cotton Mather, películas antiguas y un número indefinido de telepredicadores evangelistas de altas horas de la madrugada. Cal escogía fragmentos de sus preferidos, sobre todo de cosas sobre el infierno y la condenación. Era como elegir el menú de la carta de un restaurante chino. Fuego del infierno de la columna A, salvación eterna de la columna B. Las mejores las había sacado de la Iglesia católica, de los primeros años, antes de que se hiciera tan ecuménica. Pero no quedaba duda de que los jueves por la noche se habían convertido en su principal fuente de ingresos. A ver, ¿qué padre no piensa que su hijo adolescente está poseído? Rafferty había pasado tiempo suficiente con su hija Leah el verano anterior para tomarle el pelo con llevarla a ver a Cal si no se comportaba.

—Eh, que vivo en Nueva York —le dijo ella—. No me asustas.

Evidentemente, los católicos no se tomaban la imitación como un halago, puesto que ya tenían bastantes problemas en el presente y no querían que les recordaran sus indiscreciones del pasado. Había sido el padre Malloy de Saint James quien había convocado una reunión de iglesias para debatir qué se podía hacer con los calvinistas.

—¿Qué ha pasado con la brea y las plumas? —bromeó el cura cuando las iglesias locales votaron unánimemente formar un consejo que se reuniría una vez al mes hasta que el asunto de Cal Boynton se hubiera resuelto—. No sé, ¿no podemos ni siquiera echarlo de la ciudad metiéndolo en un tren?

El padre Malloy bromeaba a medias. El pastor episcopaliano había secundado la moción, y el doctor Ward, de la Iglesia Unitaria, convocó la votación.

—Ahora en serio —había dicho un representante de la Iglesia metodista cuando las risas decayeron finalmente—, ¿no podemos hacer nada?

—Me temo que no hay mucho que hacer —les había informado Rafferty.

Todo lo que estaba al alcance de su mano ya lo había hecho meses aníes. Como, por ejemplo, enviarles la unidad de fraudes. El problema era que los padres casi siempre estaban satisfechos. Y los chavales no querían hablar del tema.

Roberta aplastó un mosquito, esparciendo un rastro de sangre por la ventanilla. Hizo una mueca y se limpió las manos en los pantalones cortos.

—Está loca, como los demás —dijo Roberta. No pretendía decirlo, pero ahí estaba.

—¿Angela? —preguntó Rafferty.

—Towner Whitney.

Rafferty buscó una respuesta en su cabeza, pero no se le ocurrió ninguna. Quería decir que lo sentía, por la cita de esa noche y, de alguna manera, por haberle dado a Roberta una impresión que nunca había querido darle.

—Estoy segura de que has oído la historia —Roberta no podía dejar el tema—. Sophya, o Towner, o como demonios se llame ahora —escupió las palabras—, está loca de remate.

Rafferty guardó silencio.

—Te lo cuento sólo porque no estabas aquí cuando sucedió. No estoy segura de que hayas oído las historias.

—Las he oído.

—Confesó un crimen que no había tenido lugar. Puso a toda la ciudad a buscar un cadáver. —Miró hacia la tienda de recreación—. Tres partidas de búsqueda diferentes. No estaba muerto.

—Obviamente —dijo Rafferty mirando colina abajo.

—No llegó a tocarlo. Él ni siquiera estaba en este estado en ese momento.

No habían sido tres partidas de búsqueda. Habían sido dos efectivos y un perro. Escuchar historias sobre Towner Whitney era como aquel viejo juego infantil, el teléfono estropeado, o algo así. La historia cambiaba a medida que pasaba de una persona a otra. La versión de cada uno era ligeramente diferente. De hecho, eran tan diferentes que Rafferty había llegado a consular el historial policial de Towner por sí mismo para intentar averiguar la verdad. Tenía su propia opinión sobre lo que había sucedido aquella noche, y no pensaba compartirla con Roberta.

—Vamos a ceñirnos al asunto que nos concierne —dijo.

—Como quieras —dijo Roberta.

Un Mini con matrícula de Kansas se detuvo detrás de él.

—Bajaré a echar un vistazo.

Arrancó el vehículo y acabó con cualquier posibilidad de continuar la

conversación. Luego estacionó en el aparcamiento y apagó el motor.

Winter Island era una vieja estación de guardacostas que habían convertido en un *camping* nacional, una extraña mezcla de complejo industrial y precioso refugio de costa, coronado con su diminuto faro. Las dos zonas estaban separadas por una explanada de aparcamiento de asfalto y una rampa para barcos. Había un ingente hangar de aviones al lado del *parking* , junto con unas barracas y un economato, bajas de los recortes de Defensa tras la guerra de Vietnam. Cal había instalado estratégicamente la tienda de recreación al fondo del hangar, que estaba iluminado con luces de carnaval que había canjeado con el empleado de un circo ambulante que había robado a su jefe ciego antes de que el espectáculo abandonara la ciudad. Las luces y la tienda, además del dinero que llevaba el irresponsable en el bolsillo, fueron el precio que Cal puso al alma de aquel hombre. Evidentemente, los demonios no se marcharon, pero el empleado sí, dejando atrás sus ganancias obtenidas por medios cuestionables, y que a Cal le parecieron un regalo supremo de Dios, una iglesia portátil con luces y una máquina de humo que Cal colocó dentro del hangar para crear una atmósfera inquietante para los condenados. Siempre propenso al espectáculo, levantó la tienda con la entrada de cara al hangar, para que los pecadores tuvieran que hacer una larga excursión a través del espacio desierto, con el eco de sus pisadas mezclándose con los sonidos de las lechuzas y otras criaturas nocturnas que anidaban en las altas vigas mientras los penitentes se apresuraban a salvar el camino hacia la luz de la reunión de recreación de Cal. Sólo una vez acabado el espectáculo abría la portezuela del otro lado de la tienda y dejaba a los recién salvados volver a tierra firme.

Cal estaba extraño esa noche.

Rafferty se sentó en el capó del coche y escuchó los tres exorcismos siguientes. Algunos demonios tenían voces profundas, otros chillaban y uno hablaba en latín vulgar. Al final del último exorcismo, Cal les pidió a los penitentes que buscaran en lo más hondo de su alma y sus bolsillos e hicieran una contribución para el pastor. Cualquier cosa era válida, dijo, pero se rezarían oraciones especiales de liberación por todos los que pagaran más de ciento veinticinco dólares.

La recolecta llevó más de veinticinco minutos, tras lo cual el coro de brujas redimidas de Cal cantó una enardecida coral, *Bringing in the sheaves* , mientras los congregantes comenzaban a salir.

Rafferty se estaba abanicando con la orden de registro cuando acabó el servicio. La gente llegaba a trompicones al aparcamiento, mareada. El adolescente que había hablado en latín vulgar caminaba sujetado por su padre. La madre, que todavía estaba llorando, iba unos cuantos pasos más atrás.

—Me alegro de tenerte de vuelta —oyó Rafferty que decía el padre a su hijo.

Rafferty no estaba seguro de que el chico hubiera regresado. Daba más la impresión de que sencillamente estaba en estado de *shock* .

Se quedó observando mientras la muchedumbre se dispersaba. Saludó con la cabeza a un hombre que reconoció del astillero, pero el tipo parecía avergonzado de que lo hubiera descubierto allí; no miró a Rafferty a los ojos.

Molesta por la multitud, una rata salió de su escondite. Una lechuza que estaba en una de las vigas descendió en picado tras la rata, volando sobre las cabezas de los penitentes y provocando que una mujer se desmayara y cayera sobre sus rodillas, llorando y jurando que acababa de ver al Espíritu Santo.

Se oyó un clic y un chisporroteo. Por un momento, Rafferty creyó que había perdido a Cal, pero el predicador salió por el lado del hangar, vestido con su habitual traje de Armani, a pesar de que hacía mucho calor. Sin embargo, Cal conocía a su público. Era evidente que el diablo era más proclive a dejarse partir el cuello por la seda italiana que por la muselina de Tierra Santa.

Dos discípulos vestidos con túnicas observaban mientras Cal hacía su salida. Rafferty los reconoció: eran sus guardaespaldas. Uno era un ex marine al que solía ver en Alcohólicos Anónimos, y el otro era conocido como Juan Bautista. Cal les hizo una seña para que se marcharan sin él. Hizo una breve pausa para que una penitente pudiera besar su anillo. Tras ofrecerle a la mujer su bendición habitual, emprendió la marcha hacia el coche de Rafferty.

—Una noche maravillosa, detective —Cal pronunció la última sílaba de cada palabra subrayando las consonantes—. Espero que haya venido a preguntar por nuestra hija pródiga.

Rafferty habría elegido otra parábola para describir a Angela, pero se trataba de Cal: él siempre daba su toque personal a las cosas.

—Tengo una orden —dijo Rafferty tendiéndole la hoja.

—No será necesaria —repuso Cal—, no tenemos nada que ocultar.

Los turistas del Mini estaban asando nubes de azúcar en una cocina de gas. La mujer levantó la vista de su sándwich de galletas con moderado interés por los dos hombres que pasaron.

—¿Cuál es la caravana de Angela? —comienza siempre con una pregunta cuya respuesta conoces de antemano.

—Era —repuso Cal—. Angela dejó la orden hace casi un mes.

—¿Alguna idea de adónde fue? —preguntó Rafferty, estudiando la cara de Cal para la respuesta.

—Se fue a casa —dijo Cal—. Al menos allí es donde acordamos que debería ir. Intentamos animar a los adolescentes fugados a reunirse con sus familias. Es el camino de Dios. Y, naturalmente, ahora necesita a su familia más que nunca. Por lo del embarazo y todo eso.

«No hay ni la más remota posibilidad», pensó Rafferty. Ya había llamado a la

familia de Angela. Su casa era un lugar al que jamás iría, a menos que no tuviera otra opción.

—¿Te importa si echo un vistazo?

Cal condujo a Rafferty al interior de la vieja caravana que había sido la casa de Angela desde que había regresado con ellos tras su última «desaparición».

—Cuidado con el coco —dijo Cal señalando un saliente de poca altura. «Coco». La palabra era completamente incongruente en boca de un hombre vestido de Armani. Era algo más propio de una película de Andy Hardy. Se trataba de un término que Cal había hecho suyo para parecer inofensivo.

La caravana era muy antigua y pequeña, pero Rafferty percibía el toque personal de Angela. Velas por todas partes. Y ángeles: los ángeles guerreros Miguel y Gabriel. Por todo el perímetro de la estancia, apiñados en todos los espacios disponibles, había ofrendas religiosas: diminutas piezas de figuras desmembradas; una cabeza, un brazo, un corazón. A pesar de que la familia de Angela procedía de una mezcla de nativos de Maine y canadienses franceses, ella tenía fijación con los objetos españoles, que solía comprar en las tiendas del Cabo. Había una mantilla negra de encaje colgada en un rincón. La típica que se ponían las señoras para ir a misa cuando era obligatorio llevar la cabeza cubierta. Ésta estaba suspendida delante de una imagen de la Virgen, pero hacía más las veces de un velo que de un sombrero.

La caravana olía como la tienda de Ann. Alguna clase de esencias. Sándalo, quizá pachuli.

Cal arrugó la nariz al percibir el olor. La expresión de su rostro cambió, y se le tensó el cuero cabelludo, dejando a la vista las raíces canosas. La mirada de Rafferty recayó en un minúsculo lavabo blanco. Estaba manchado de color marrón oscuro. Tocó la porcelana fría, pasando el dedo sobre la mancha. No era el sitio habitual para una mancha de óxido. Y era demasiado oscura para tratarse de sangre. Se dio cuenta de que se acercaba mucho al color del pelo de Cal. Angela era quien le teñía el pelo. Por alguna razón, esto caló en Rafferty. Dio por hecho que el bebé era de Cal. Y le importaba, naturalmente que le importaba. Pero, de alguna forma, eso era peor. Rafferty recordaba que el padre de Angela le había contado que había ido a un instituto de belleza durante unos cuantos meses después de dejar el bachillerato. Sí, ella era la que se encargaba de teñirle el pelo a Cal, un tono demasiado oscuro para la edad de su piel deslucida. No era viejo en absoluto, pero su pelo tenía un tono inadecuado. Como todo en Cal. Perfecto a los ojos de algunos, quizá, pero cuando lo mirabas detenidamente, todo en él estaba degradado.

—¿Te importa si me llevo esto? —Rafferty tenía en la mano el cepillo de dientes de Angela.

Cal se estremeció. Era evidente que le importaba. Pero todo cuanto dijo fue: «Tú mismo».

Rafferty metió con cuidado el cepillo en una bolsa de pruebas, lo cerró y lo etiquetó.

Buscó más objetos en la habitación, elaborando una lista. Encontró la mochila de Angela debajo de la cama. Él la había visto llevándola antes. La tenía en la isla. Era la única pieza de equipaje que poseía. Era grande y pesada, y Roberta se había quejado al respecto durante el breve período de tiempo que Angela se había alojado en su casa.

—Está claro que se fue con prisas —comentó Rafferty señalando la mochila.

—Ya te he dicho que fue algo planeado —dijo Cal. Claramente, estaba mintiendo. Se le daba bien, pensó Rafferty. Normalmente los psicópatas mienten bien.

Había discutido con Eva sobre ese tema. Ella había llamado sociópata a Cal. A ella el fundamentalismo religioso de Cal le parecía algo totalmente fuera de lo normal. Muy «alejado de los límites de la cortesía social» fueron sus palabras. Desde cierto punto de vista, ella tenía razón. Pero, desde otro, Eva era la que traspasaba el límite. Rafferty era policía desde hacía mucho tiempo, el suficiente para saber que dos personas que observaban algo con diferentes ojos rara vez veían lo mismo. Rafferty pensó en los seguidores de Cal, a los que había «salvado». Eran un variado grupo de inadaptados sociales: el ex marine que atribuía a Cal su sobriedad; el tipo al que llamaban Juan Bautista, un esquizofrénico al que Cal le había retirado la medicación. Diez personas distintas podían contarte diez historias diferentes sobre Cal. Y todas serían ciertas y, a la vez, falsas.

Rafferty fue hasta el fondo de la caravana y miró atrás desde esa nueva perspectiva. Desde un lado, la caravana era la habitación de un penitente. Desde otro, con su cama de cortinas de terciopelo y las velas, parecía totalmente otra cosa. Virgen y puta. Los clásicos. Redimido y pecador. Todo y su opuesto. No le extrañaba que Angela hubiera colgado un velo ante el rostro de la Virgen. No quería que María viera los pecados que tenían lugar allí.

Y aun así, según reconocía ella misma, Angela había sido «salvada». Eso era lo que ella le decía una y otra vez a May cuando Rafferty fue a Yellow Dog Island para traerla de vuelta. Tenía que volver con Cal, gritaba sin cesar mientras May iba de un lado a otro del muelle. Había cometido un error fatal al ir allí, dijo. Cal nunca le había pegado, insistió. Fueron los otros, las mujeres en particular, que la odiaban y la acusaban de haber recaído en la brujería.

—Pero tú nunca has sido una bruja —le dijo Rafferty.

—No lo sé. —Angela parecía confusa—. El reverendo Cal dice que lo era. —Se remangó y le mostró una enorme marca de nacimiento en el brazo—. Tengo las marcas del demonio —dijo—. Aquí —empezó a desabrocharse la camisa—, y aquí.

—Basta —dijo May—. Si quiere marcharse, deja que se vaya.

—Alabado sea Dios —exclamó Angela.

Rafferty había esperado que May opusiera más resistencia.

—Ya tengo suficientes problemas con las que quieren mi ayuda —dijo May.

Se dio media vuelta y caminó muelle arriba.

Él no sabía qué hacer. Era evidente que la chica deliraba.

—Estoy salvada —dijo Angela.

¿Salvada? Rafferty se rió para sus adentros. ¿Violación consentida o abuso de menores? ¿Salvada? Entonces le vino de súbito una imagen a la cabeza. Entendió la atracción. Rafferty, con toda su culpabilidad de católico no practicante. Y la lista de enmiendas que seguía intentando llevar a cabo. Con su ex. Con su hija. En ese momento comprendió la atracción de la redención. Comprendió por qué la gente quería volver a nacer. Acepta a Jesús y consigue un pasaje gratis al cielo. No importa lo que hiciste en el pasado o lo que hagas en el futuro. Cuando estás salvado, estás salvado. No hay castigo. No hay avemarías, inventarios morales ni enmiendas de nueve pasos. Los calvinistas predicaban sobre el fuego del infierno y el azufre, pero sólo para los que no estaban salvados: los católicos, los judíos, los wicca. Los que estaban dentro estaban protegidos. Con unos cuantos mimos y el diezmo podías comprar un seguro.

¿Quién demonios no querría unirse a una religión así?

Capítulo 15

En una pieza de encaje circular, el punto muerto se halla en el centro. Todos los patrones parten de él. En los encajes de Ipswich no es tan fácil dar con el punto muerto. La lectora debe confiar en su intuición. Dentro del punto muerto existen simultáneamente el pasado, el presente y el futuro y, como sabemos, el tiempo desaparece por completo. Es a partir de ahí desde donde debe comenzar la lectura.

Guía de *la lectora de encaje* .

Ann se echó a reír cuando Rafferty le dio el cepillo de dientes.

—¿Estás intentando decirme algo?

—Es de Angela.

—¿Y?

—Te oí decirle a la mujer que necesitabas algo personal. Para poder leerle el futuro. Imaginé que un cepillo de dientes era bastante personal. —Rafferty sonrió abiertamente.

Ella cerró la cortina y tomó asiento frente a él. En el suelo, bajo la mesa, había un regulador de potencia, que ella accionó con el pie, disminuyendo la intensidad de las luces hasta que no fueron más que un leve destello.

—Impresionante.

—Cállate —dijo Ann.

Cogió el cepillo de dientes y lo sostuvo durante unos minutos. Lo giró, palpó las cerdas. Cerró los ojos y entonces, de repente, lo dejó caer sobre la mesa y miró intensamente a Rafferty.

—¿Qué? —preguntó él.

Ella le clavó mirada, valorando sus intenciones.

—¿Sabes por qué le pedí algún objeto personal a la mujer antes de poder hacerle la lectura?

—Di por hecho que era porque contenía algún tipo de energía.

—Todo contiene algún tipo de energía —dijo Ann—. Ésa no era la cuestión. Cuando le pedí que me diera algo, lo que en realidad le estaba pidiendo era permiso para leerla.

—No lo entiendo. ¿Acaso no te pagó para que lo hicieras?

—Fue su hija quien me pagó.

—¿Y? —Rafferty estaba confuso.

—Pues que pensé que la hija debía de tener algo planeado.

Rafferty miró el cepillo de dientes.

—¿Era un truco? —le preguntó Ann.

—¿Qué?

—Sabes que no es su cepillo. —Ann hizo una mueca—. Es de Cal Boynton.

—Tenía mis sospechas. Necesitaba confirmarlo.

—Para que luego digan que los médiums son unos embaucadores. —Ann se disculpó y fue hasta el lavabo. Abrió el agua caliente y se lavó las manos hasta los codos. Después se las secó y se aplicó un aceite de petitgrain para protegerse.

Volvió y se sentó nuevamente.

—¿No acabas de destruir tu prueba?

—Es un cepillo de dientes, no el arma homicida. Sólo estaba buscando la confirmación de su relación.

—No es por decir lo evidente, pero yo diría que su aspecto últimamente te sirve de confirmación —repuso Ann.

—Necesito algo más —dijo él. No quería molestarla más de lo que ya lo había hecho, así que Rafferty prosiguió—: Quiero una lectura de Angela de verdad. Si es que puedes hacerla, claro.

—¿Tienes algún otro objeto personal para mí? ¿Hilo dental usado o algo parecido?

—No —contestó Rafferty—. Nada más.

Ann lo observó nuevamente. Era sincero.

—No voy a hacer una lectura —declaró ella—, pero si quieres te ayudaré a hacer una.

—Vale.

—Hablo en serio —dijo Ann—. Si quieres mi ayuda, vas a tener que trabajar

un poco.

—No sé —replicó él. No tenía talento en absoluto para ese tipo de cosas.

—Una meditación guiada —sugirió ella—. Yo te conduciré.

—No sé —repitió él.

—O lo tomas o lo dejas —dijo ella—. Hoy estoy muy ocupada.

—Vale —dijo Rafferty—. ¿Qué tengo que hacer?

—Puedes empezar por respirar.

—Bueno, parece que eso lo hago habitualmente.

—Despacio.

Él la miró.

—O crees en esto o no.

Rafferty intentó ralentizar su respiración. Se sentía ridículo.

—Cualquiera puede aprender a hacer lecturas —dijo ella—. Eva debió de decírtelo.

De hecho, Eva se lo había dicho, aunque también le había explicado que alguna gente tenía un talento innato para predecir. Como Ann. Y Towner.

—Vale, vale. Ayúdame un poco —dijo Rafferty. Estaba empezando a hiperventilar.

—Inspira profundamente y retén el aire —le indicó Ann.

La primera inspiración profunda le hizo toser. Luchó contra sus ganas de reírse. Inspiró nuevamente y contuvo el aliento durante un buen rato.

—Vale —dijo ella—. Ahora exhala.

Rafferty repitió las respiraciones hasta que sintió que empezaba a relajarse. Durante un minuto sintió como si estuviera resbalándose de la silla. Pensó que quizá debería abrir los ojos para comprobar si era así, pero no lo hizo.

—Ahora vamos a meditar un poco —la voz de Ann parecía llegar desde muy lejos.

Rafferty asintió con la cabeza.

—Imagínate a ti mismo en una casa. Puede ser cualquier casa. Una con la que estés familiarizado o cualquiera que simplemente imagines.

Rafferty visualizó la casa en la que se había criado, un extenso rancho posterior a la guerra que necesitaba una mano de pintura.

—Abre la puerta —ordenó Ann—. Vamos a entrar.

Rafferty hizo lo que le decía. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Vamos a subir un tramo de la escalera —dijo ella—. Siete escalones.

Rafferty respiró. No había escalera en la casa en la que él había crecido. No había segunda planta. Ya la había cagado.

—Despacio, relajado.

Rafferty intentó visualizar otra casa. No le venía nada a la cabeza.

—En lo alto de la escalera hay un pasillo con muchas puertas.

Rafferty se estaba esforzando, se estaba esforzando de veras.

—Elige una de las puertas. Ábrela.

No le venía ninguna imagen. No había escalera en esa casa. Bueno, había escalera, y una puerta también, pero la escalera conducía al sótano. Como no sabía qué otra cosa hacer, se imaginó bajando esa escalera. Caminó hasta la puerta. Estaba intentando acompasar su respiración a la de Ann, sincronizarla.

—Cruza el umbral… Quédate quieto durante un rato… Mira a tu alrededor. Obsérvalo todo y trata de recordarlo. No juzgues, limítate a observar e intenta recordar.

Ann guardó entonces silencio durante un buen rato. Cuando volvió a hablar, Rafferty se preguntó si se habría dormido durante un instante. Se sentía tranquilo y relajado, y tenía la mente completamente en blanco.

—Vale, ahora, muy muy despacio, baja la escalera. Sujétate a la barandilla mientras lo haces. Cuando llegues abajo, sal al exterior. Siente la calidez del sol.

Rafferty trató de visualizarse a sí mismo haciendo lo contrario: subiendo la escalera, saliendo al exterior, a la luz del sol.

—Cuando estés listo, abre los ojos.

Los abrió.

Se sintió avergonzado y totalmente inútil. Había fracasado por completo.

—Describe lo que has visto —pidió Ann. Rafferty no dijo nada.

—Adelante —lo invitó ella—. No puedes equivocarte.

—Bueno, en primer lugar, no he subido. He bajado.

—Vale, quizá *tú* sí puedes equivocarte.

—Era un rancho —dijo, intentando explicarse. Esperaba que ella diera por acabado el ejercicio en ese momento. O que le dijera que dejara de desperdiciar su tiempo. En cambio, Ann inspiró y continuó:

—¿Qué viste cuando bajaste la escalera?

—No vi nada —repuso él—. Nada en absoluto.

—¿Qué aspecto tenía esa nada?

—¿Qué tipo de pregunta es ésa?

—Sígueme la corriente —dijo ella.

—Era negro. No, no negro, sino blanco. Sí. Oscuro y blanco —explicó Rafferty.

—¿Qué oíste?

—¿A qué te refieres? ¿Qué oí?

—¿Había algún sonido? ¿Algún olor?

—No… No había sonidos. Ni olores. Sentía su mirada sobre él.

—No vi nada. No oí nada. Me he quedado intentando subir la escalera. Suspendí el curso básico de parapsicología —dijo Rafferty.

—Tal vez —dijo Ann—, o tal vez no.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Yo entré en la habitación contigo —dijo Ann—, al menos, creo que lo he hecho.

—¿Y qué has visto?

—Nada. Estaba demasiado oscuro.

—Ya te lo he dicho —replicó él.

—Aunque oí algo…, una palabra.

—¿Qué palabra?

—«Subterráneo».

—¿«Subterráneo» como «escondido»? ¿O «subterráneo» como «muerto»?

Ann no contestó. No tenía ni idea.

Informe policial

21 de agosto de 1980

A las 21.55 horas aproximadamente, una adolescente entró en la comisaría. El oficial de servicio era Darby Cohén. También estaba presente la oficial Margaret Kowalski. La chica, que tenía alrededor de diecisiete años, se identificó como «Towner Whitney». Estaba muy angustiada, su aspecto era desaliñado y su indumentaria (que parecía ser un pijama) estaba húmeda. No llevaba zapatos y tenía una herida profunda en el pie derecho, entre el primer dedo y el segundo. La oficial Kowalski la reconoció como una de las habitantes de Yellow Dog Island. Cuando se le pidió que facilitara su nombre nuevamente, la chica modificó su declaración anterior, diciendo que, para «que constara en acta», su nombre de pila era en realidad «Sophya».

La joven estaba muy alterada. Tenía arañazos en las piernas y un corte en la cabeza, aunque ninguna de las heridas parecía reciente. Cuando más tarde se le preguntó por las heridas, declaró que le habían sido infligidas «cerca de una semana antes», cuando estaba intentando salvar a su «hermana, Lyndley Boynton, de ahogarse».

Cuando la interrogaron por la naturaleza de su visita, la chica informó de que iba a entregarse. Dijo que «acababa de matar a Cal Boynton». A las preguntas subsiguientes sobre el lugar y el método del deceso del señor Boynton, ella declaró que Boynton había sido «despedazado por los perros en Yellow Dog Island».

El barco de la policía zarpó hacia allí aproximadamente a las 22.16 horas. Por recomendación de la oficial Kowalski, se llamó a los paramédicos de Salem para examinar a la chica. Sophya fue vendada y declarada sana alrededor de las 23.00 horas. Se negó tanto a recibir puntos como una vacuna antitetánica, ambos tratamientos recomendados. Se le proporcionó una muda de ropa (un mono de seguridad), una manta y un té caliente descafeinado. Aunque no se llevaron a cabo pruebas de diagnóstico, en opinión de los paramédicos no estaba bajo los efectos del alcohol ni de ninguna otra sustancia ilegal. No había signos de conmoción y parecía físicamente ilesa, más allá de las heridas mencionadas más arriba.

El barco de la policía llegó a Yellow Dog Island a las 23.32 aproximadamente. El oficial al mando era Paul Crowley, el práctico del puerto. El oficial Crowley informó de que, cuando llegó a la isla, la rampa estaba bajada. Informó de que la casa de Boynton estaba cerrada con tablones y de que había una lámpara encendida en la casa de los Whitney, pero que no parecía haber nadie allí. Todos los accesos a la vivienda estaban cerrados, salvo una ventana que permanecía abierta.

La oficial Kowalski se quedó con Sophya. Cuando le hizo más preguntas sobre

lo sucedido, la joven declaró que Cal Boynton había atracado en Back Beach en un whaler y se había dirigido «a los acantilados, en dirección a su casa». Declaró que el señor Boynton estaba «buscando a su hija». Reconoció que este hecho la confundió, porque no había nadie en esa casa, que llevaba cerrada los dos últimos años. Dijo que la hija del señor Boynton «había muerto casi una semana antes, ahogada accidentalmente». Afirmó que, hasta donde ella sabía, el señor Boynton ya había sido informado de la muerte de su hija. Especuló que él podía estar «en fase de negación» y que tal vez por eso había ido hasta allí «desde California» para buscarla.

Después la testigo informó a la oficial que había temido por su vida cuando vio a Calvin Boynton. Al solicitarle una explicación más detallada, ella afirmó que la mujer de la supuesta víctima, Emma Boynton, había sido hospitalizada recientemente en San Diego tras recibir una severa paliza de su marido. Esta historia se verificó más tarde. Entonces, Sophya le dijo a la oficial que su «tía abuela, Eva Whitney» había volado a California el día anterior y que su «madre, May Whitney» estaba en la isla a la espera de recibir noticias sobre el estado de Emma. A continuación, ella rompió a llorar.

Dijo que había sentido «mucho miedo» por la aparición de Cal Boynton en Yellow Dog Island, y que él estaba «muy alterado». De acuerdo con su testimonio, él dijo: «He venido a por mi chica». Cuando se le solicitó que se explicara, ella fue incapaz, y se limitó a describir las intenciones del señor Boynton como «ominosas».

La chica declaró que los perros «comenzaron a aparecer de repente». Le contó a la oficial que «salieron para ver qué estaba pasando». De acuerdo con sus primeras declaraciones, había «cientos de ellos, en los acantilados, en la playa, en todas partes», pero cuando se le preguntó cuántos perros habían atacado al señor Boynton, ella respondió «diez o doce, creo».

Sophya dijo a continuación que a los perros «nunca les había gustado Cal» y que él «solía pegarles», y que «incluso había matado a uno de ellos unos cuantos veranos antes con un bate de béisbol», aunque dijo que nunca se había demostrado. «Esta noche todo ha sucedido muy de prisa —dijo—. Los perros lo atacaron sin más». Cuando se le pidió más información, dijo que ella «había deseado que los perros persiguieran a Cal».

La chica declaró que, una vez hubo acabado el ataque, Cal Boynton se quedó inmóvil en el suelo, «muerto». A la pregunta de si estaba segura de que él estaba muerto, ella respondió que sí, aunque dijo que no había examinado el cuerpo porque «no quería acercarse a él de ninguna de las maneras». Cuando se le preguntó que por qué no había acudido a May Whitney en busca de ayuda, dijo que no lo había hecho porque «no se me ocurrió». Cuando se le hicieron nuevas preguntas, ella cambió su versión, diciendo que la causa era que ella sabía que May Whitney «no habría ayudado».

El oficial Crowley despertó a May Whitney, que estaba «muy preocupada» por la chica. May le dijo al oficial Crowley que era «improbable, si no imposible» que Cal Boynton hubiera estado en la isla esa noche. Le explicó al policía que Cal Boynton estaba perdido en algún punto del mar en la costa oeste de Baja, California. Tras golpear severamente a su mujer, Emma, el señor Boynton

había sido denunciado por «robar un barco del club náutico de San Diego» (de donde había sido despedido recientemente), y su barco había sido visto «bajando por Rosarito Beach, en Baja». Dijo que tanto la policía de San Diego como las autoridades mexicanas estaban buscando el barco y que «cuando lo encontraran, si es que lo hacían», no regresaría a Nueva Inglaterra, sino que sería arrestado y procesado en San Diego por el robo de la embarcación y la grave paliza a su mujer, Emma Boynton, que había sido hospitalizada en San Diego y se encontraba en «estado crítico». Las investigaciones posteriores confirmaron la historia de May Whitney. La policía de San Diego informó de que Cal había sido hallado dos horas antes cerca de la costa de Baja. Deliraba y padecía una deshidratación severa, pero se esperaba su recuperación.

Sophya insistió en que tanto la policía de San Diego como May Whitney eran unos «mentirosos», y reiteró nuevamente que Cal Boynton había sido «despedazado por los perros». Se alteró más al repetir la historia, y ni la policía ni May Whitney fueron capaces de tranquilizarla.

Adenda, 22 de agosto de 1980.

A las 11.45 horas, Sophya fue ingresada en el hospital de Salem para ser sometida a observación. Por petición de la familia, fue trasladada más tarde el mismo día al Hospital Psiquiátrico McLean, e ingresada en dichas instalaciones a las 16.32 horas.

Capítulo 16

Al interpretar el encaje, la lectora debe buscar una de las siguientes cosas: algo que realce el patrón o algo que lo rompa.

Guía de *la lectora de encaje* .

Rafferty cogió las hojas de la fotocopiadora a medida que fueron saliendo. Una franja negra cubría la última página del informe, ocultando la firma de los tres oficiales.

Rafferty había leído todo lo que había sido capaz de encontrar sobre Angela, que no fue mucho.

Y ahora había comenzado a investigar los informes antiguos, sacando todo lo que había sobre la familia Whitney y en particular sobre Eva y sus problemas con su ex yerno, Cal Boynton.

Rafferty había comprobado cada hospital y todas las morgues de la costa. Había llamado a los padres de Angela, que insistieron en que no sabían nada de ella. Después había comprobado cinco refugios locales. Incluso había llamado al HAWC, el grupo de ayuda para las mujeres y niños víctimas de abusos de la zona. Nadie había visto a una persona que coincidiera con la descripción de Angela.

Angela Rickey había desaparecido. Otra vez.

Rafferty fue hasta la puerta de su oficina y la cerró. Se sirvió otro café y se sentó a leer todos los informes una vez más, en busca de algo, cualquier cosa, que pudiera haber pasado por alto. Su mente estaba confusa. La noche anterior no se había acostado y parecía que no iba a hacerlo hasta dentro de mucho.

Leyó el informe de Towner otra vez, y también todo lo que había encontrado sobre la familia. Había dos órdenes de alejamiento contra Cal, una que le prohibía ir a Yellow Dog Island y otra más reciente que lo obligaba a mantenerse alejado de Eva. Había dos informes más antiguos de palizas, uno era una denuncia de Eva y el otro de Eva y May la noche que Cal le rompió la mandíbula a Emma. También estaba la otra paliza, la que dejó ciega a Emma, la que tuvo lugar en San Diego la noche que Cal desapareció en el mar.

Eva le había contado el resto de la historia. Sobre cómo unos pescadores mexicanos habían encontrado a Cal en la orilla de Rosarito Beach. Al ver su salvavidas naranja meciéndose en el horizonte y las gaviotas siguiéndolo de cerca, decidieron acercarse a investigar. Cal estaba prácticamente muerto cuando lo sacaron del agua, le explicó Eva a Rafferty.

Cuando estuvo lo bastante recuperado para abandonar el hospital, lo trasladaron a la cárcel de San Diego. Por el robo del barco. Y por la paliza que había dejado ciega a Emma.

De acuerdo con la historia de Eva, habían liberado a Cal de su compromiso con el equipo de San Diego, lo que acabó con todas sus esperanzas de ganar la Copa América. Había ido al bar del muelle y había pasado toda la tarde bebiendo. Después, como solía, había ido a casa y lo había pagado con Emma.

La violencia de las palizas habituales no fue suficiente para satisfacer a Cal, que acababa de ver cómo se disipaba el sueño de su vida. Le pegó más fuerte. Le estampó la cara contra un espejo. Ella no dejaba de mirarlo, le explicó Cal más adelante al juez. Él lloraba mientras le contaba lo sucedido al tribunal. Cuando vio el alcance de las heridas de Emma, Cal huyó. Se escondió hasta que cayó la noche, se coló en el club y robó el barco que habían construido para él. Su barco. En algún lugar al sur de la ciudad, Cal había encallado.

Mientras Emma luchaba por su vida con su madre, Eva, a su lado, Cal luchaba por la suya. Incapaz de desatar el bote salvavidas, Cal cogió un chaleco. No lo encontraron hasta cuarenta y ocho horas después.

Cuando se recuperó, parecía otro hombre. Afirmaba que había visto a Dios. En el océano abierto, sin esperanza de sobrevivir, Cal había visto la cara de Jesús. Se había redimido.

Cuando finalmente fue rescatado, Cal decidió dedicar su vida a difundir la Palabra.

Le contó su historia a todo el que quiso escucharlo. Había visto su propia muerte. Cal les contó que su cuerpo había sido despedazado. Había sentido el fuego del infierno.

A través del poder del Señor, Cal había dejado de beber sin problemas. Cualquiera que lo veía tenía que reconocer que era un hombre cambiado.

El trabajo de Cal con alcohólicos en recuperación le valió una reducción de condena por la paliza de Emma Boynton. Ella había sido trasladada a Nueva Inglaterra dada la gravedad de sus heridas, no era una testigo apta ni fiable, por lo que la condena de Cal se redujo al tiempo que había cumplido, más seis meses de servicios a la comunidad y dos años de libertad condicional.

En San Diego, Cal fundó y constituyó su propia iglesia. Conocidos como los calvinistas, entre sus miembros se contaban los más desposeídos y ex maltratadores. Algunos de sus conversos eran gente de la calle de la zona, incluidos esquizofrénicos y alcohólicos sin techo que respondieron al mensaje religioso que predicaba Cal y confiaban en él como si fuera uno de los suyos. A día de hoy, la ciudad de San Diego cita a Cal como un ejemplo de rehabilitación exitosa, en la que «los ex delincuentes utilizan sus propias historias para cambiar la vida de los demás». En su campaña de reelección, el alcalde elogió el éxito del grupo como uno de sus logros durante su mandato.

Cal no incorporó a sus discípulos con túnicas hasta que volvió a casa, a Nueva Inglaterra.

Había vuelto para reconciliarse con Emma, o eso sostenía. Cuando Eva le mostró la orden de alejamiento contra él, Cal se puso lívido. ¿Cómo se atrevía a alejarlo de su casa y de su familia? Gastó cuanto dinero llegó a sus manos en contratar un equipo de abogados para ganar su mitad de Yellow Dog Island. Quería construir una iglesia en lo que consideraba que seguía formando parte de sus bienes gananciales. La isla se había puesto en fideicomiso mucho antes, la primera vez que Cal le levantó la mano a Emma. No hacía falta una lectora de encaje para saber que aquel matrimonio acabaría mal.

—¡¿Cómo te atreves?! —le había gritado Cal a Eva delante de su casa una noche que nevaba a mediados de diciembre. Cogió una piedra y la arrojó contra una ventana del segundo piso, pero perdió pie y resbaló en la acera helada. Se rompió la pierna por dos sitios distintos.

Cuando los periódicos locales le pidieron a Eva que comentara el incidente, ella se encogió de hombros y dijo: «Supongo que Dios prefiere mis oraciones a las suyas».

Fue la primera vez que se supo que Cal hablaba en diversas lenguas. Estuvo despotricando durante horas, hasta que los médicos le prescribieron un fuerte sedante. Se sabe que Cal durmió durante días. Cuando despertó, presentó su primera denuncia formal contra Eva. No por la acera deslizante de delante de su casa, sino por brujería.

Rafferty repasó el historial de Eva. Cal había presentado muchas quejas contra ella: brujería, hechicería, secuestro. Esta última había sido tachada y sobre ella aparecían las siguientes palabras escritas a mano: «Hacer desaparecer a una chica». Parecía algo por lo que uno pagaría por ver en un espectáculo de magia en Las Vegas. Una desaparición. Rafferty volvió a leer la queja de arriba abajo, buscando algo que hubiera pasado por alto la primera vez. El nudo estaba ahí. Eva/Angela. Angela/Eva. Durante un minuto de locura, Rafferty pensó en repasar la costa de Children's Island en busca de un segundo cuerpo. Pero la muerte de Eva sin duda había sido un accidente. No había indicios de que fuera un crimen. Y él los había buscado. No había nada que le hubiera gustado más a Rafferty que arrestar a Cal por el asesinato de Eva Whitney. Pero no había nada que lo demostrase, salvo el hecho de que hallaron a Eva muy lejos. Era algo que todo el mundo seguía apuntando. Eva no había dejado de nadar; le había mentido a Beezer. Pero durante los últimos años, siempre había restringido sus baños a la bahía. Eva era una mujer que conocía sus limitaciones.

Dios santo, cómo la echaba de menos. A veces se preguntaba si no la extrañaba más él que su propia familia. Para Rafferty, ella era como su familia. Mejor, en realidad. Era su amiga. Aún no podía creer que ya no estuviera.

—Los hechos son enemigos de la verdad —dijo Eva citando *Don Quijote* .

—Si tuvieras veinte años menos, me casaría contigo —le dijo Rafferty el día que ella citó esa frase.

—Si tuviera veinte años menos, ni siquiera te miraría —repuso Eva.

Él se estuvo riendo durante toda la tarde por ese comentario.

Había sido más o menos por esa época cuando ella había comenzado a hablarle de Towner. O quizá su mente le estuviera jugando una mala pasada. Pero en algún punto de su amistad, Eva había empezado a hablarle de ella y de la operación que Towner seguía posponiendo, de la hemorragia que a punto había estado de acabar con ella. Tenía tumores, le explicó Eva. Sí, benignos, pero aun así peligrosos. Algo que una mujer no se podía permitir ignorar.

—Hay muchas formas de suicidarse —dijo Eva.

Rafferty asintió con la cabeza. Como alcohólico, tenía experiencia de primera mano sobre al menos una de ellas.

Era la segunda vez que Angela desaparecía. La tercera, si se contaba la primera, cuando huyó de casa. Pero era sólo la segunda que alguien la buscaba. La primera ocasión que Angela había desaparecido del campamento de los calvinistas había sido antes de quedarse embarazada. Rafferty había recibido una llamada de Cal para que registraran la casa de Eva.

Rafferty ya estaba al tanto de la existencia de Angela. Todo el mundo en la ciudad hablaba de ella. Era una de las pocas mujeres hermosas en el campamento de los calvinistas, en donde, en realidad, había pocas mujeres. Los calvinistas eran una pandilla notablemente misógina. No sólo temían fervientemente los encantamientos, sino que la belleza de cualquier tipo les hacía rezar en voz alta para liberarse. Y Angela era una chica hermosa. Al menos lo era cuando llegó la primera vez.

Angela también era una fugada. Había hecho dedo todo el trayecto de la ruta 1, desde Maine, y llegó a Salem justo a tiempo para uno de los festivales paganos. Fue una coincidencia feliz; ella no era bruja, pero aquél era un lugar divertido en el que estar, así que se quedó. Estuvo vagabundeando por el parque Common y el barrio de alrededor durante varios días, dormía en un banco del parque y mendigaba cerca de los autobuses turísticos. Angela se quedó al comprobar que los paganos soltaban dinero, y en más de una ocasión Eva le llevó comida o la dejó dormir en el jardín o en el cenador si hacía mal tiempo. Hacia el final del verano, Eva había empezado a proponerle trabajillos a Angela: limpiar algunas ventanas, hacer de camarera en alguna fiesta de cumpleaños. En algún punto del camino, Angela apareció en una de las reuniones de recreación de Winter Island. Cal la escogió, algo que no es muy difícil de entender. Era la única cara bonita en un mar de desesperación y adicción. La acusó de brujería al instante. Rezó para que los demonios la abandonaran. Para cuando su exorcismo acabó, Cal había convencido a Angela y a su congregación de que sus demonios eran mucho más fuertes que los de la mayoría, y de que sería necesario emplear una dedicación personal y

una metodología inusual para echarlos.

Nadie, excepto Angela, sabía en qué consistía esa metodología inusual. Pero, salvo los verdaderos calvinistas, ni una alma en Salem pensó durante un solo minuto que Cal estaba interesado en salvar el alma inmortal de Angela.

No le costó mucho convencer a Angela de su naturaleza pecadora, quizá por conveniencia. El tiempo era cada vez más frío, y necesitaba un sitio mejor para extender su saco de dormir que el banco del parque o el jardín de Eva. O tal vez era por algo en su interior. Ella estaba huyendo de algún tipo de abuso, Rafferty estaba seguro. Nunca costaba convencer a una víctima de que, de algún modo, era culpa suya, que había algo maligno en su naturaleza que había sacado lo peor del abusador. Cal era un experto en ese tipo de manipulación. Sin duda había convencido a Emma Boynton de ello durante años, y probablemente a su hija también. Vestido de Armani con su Biblia en la mano, Cal era lo bastante persuasivo como para hacer creer a Angela que él era el único que podía salvarla.

Cuando acusó a Angela de brujería aquella noche, ella cayó de rodillas y confesó al instante.

Después de que Angela admitió haber practicado la brujería, los calvinistas la llevaron de procesión por toda la ciudad. Incluso en el vetusto Salem, la confesión de una bruja merecía una celebración pública. En el siglo XVII sólo los que insistían en su inocencia acababan en la horca.

Mientras los calvinistas celebraban su salvación, las brujas se molestaron. Angela ya las había molestado con anterioridad al mendigar delante de sus tiendas o vistiéndose de negro y posando en las fotos con los turistas. Ella nunca dijo que fuera una bruja, pero actuaba como tal. Angela era una oportunista. Las brujas lo aceptaron. Eran un colectivo emprendedor, así que no pasaron por alto su sagacidad empresarial. Incluso le dieron algunos amuletos, un paquete de incienso y alguna comida gratis de vez en cuando. Ann le dejaba coger hierbas de su jardín. Normalmente coexistían pacíficamente con Angela —algunas incluso sentían lástima por ella—, pero no era una de ellas. La wicca era una religión a la altura de las demás, y requería de estudios y rituales para que cualquiera pudiese considerarse miembro de ella. Durante el tiempo que vagó por las tiendas, Angela nunca mostró ningún interés por la religión en sí.

Como la mayoría de la gente, ella tenía una imagen de la brujería hollywoodiense o, peor aún, la que procedía de la propia histeria. En realidad, no hubo brujas de verdad en el viejo Salem, pero ahora proliferaban en grandes cifras. Era la ironía definitiva, una que ninguna bruja pasaba por alto, el hecho de que su éxito actual se debía a una de las más terribles persecuciones religiosas de la historia. Era un legado difícil. Así que cuando Angela confesó públicamente que practicaba la brujería, un escalofrío nervioso sacudió a la comunidad.

—¿Qué queréis que haga yo al respecto? —preguntó Rafferty cuando Ann y otras brujas fueron a quejarse.

—No lo sé… Algo —dijo Ann.

—Son los derechos de la Primera Enmienda —dijo Rafferty—. Angela puede ir por ahí diciendo que es el Mesías si quiere.

—Me temo que ese rol ya está cogido —repuso Ann.

—Y no hemos sido capaces de detener al reverendo Cal ni siquiera con Dios de nuestro lado, ¿o sí? —Rafferty se refería al consejo de iglesias que había estado tratando de encontrar la manera de expulsar a Cal de la ciudad durante los dos últimos años—. Los calvinistas han convertido librar a Salem de las brujas en su objetivo.

—No lo entiendo —dijo Ann—, ¿qué tipo de dios débil y cobarde adoran si tienen tanto miedo de unas cuantas brujas?

—Un día de éstos traspasarán la línea y los pillaremos —aseguró Rafferty.

—Eso me tranquiliza muchísimo —replicó Ann.

Pero Cal era demasiado listo como para traspasar la línea. Iba directo a ella, pero tenía cuidado de no pisarla.

Los calvinistas pasearon a Angela por toda la ciudad proclamando que la bruja había sido salvada. La llevaron a Pioneer Village y la metieron en la fortificación. Cal envió las fotos al *Salem News* y al *Boston Globe* . Hizo imprimir folletos con los precios de exorcismos por grupos, que los calvinistas repartían en las esquinas.

Cuando los calvinistas comenzaron a identificar a otras brujas de la comunidad, el consejo de iglesias convocó una reunión de emergencia.

—Estamos otra vez en 1692 —dijo Ann.

—Dios, sálvame de tus seguidores —dijo el doctor Ward.

Un mes después alguien prendió fuego a una de las casas de las brujas. Todo el mundo dio por hecho que había sido uno de los calvinistas, aunque no pudieron demostrarlo. La compañía de seguros atribuyó el fuego al tiro sucio de la chimenea y pagó la reclamación.

Durante el invierno los calvinistas se trasladaron a un campamento en algún lugar de Florida. Cuando volvieron, habían añadido una nueva caravana llena de mujeres a la comitiva. Eran un grupo cuyo aspecto inspiraba temor: alcohólicos, drogadictos, prostitutas adictas al *crack* y a la metadona. Todas brujas confesas. Todas, supuestamente salvadas.

De acuerdo con la denuncia de Angela, la primera vez que acudió a Eva en busca de ayuda, que más tarde la condujo de alguna manera a Yellow Dog Island, habían sido esas brujas reformadas, y no Cal, quienes le habían pegado con tanta saña.

—La apedrearon —corrigió Eva el informe—. No le pegaron, la apedrearon.

—¿Se lo ha contado ella? —Rafferty trató de disimular el espanto en su voz.

—No —contestó Eva—. Lo vi en el encaje.

—Así que no lo hizo Cal —dijo Rafferty, incapaz de disimular la decepción en su voz.

—No se confunda —repuso Eva—, todo esto es obra de Cal Boynton.

—¿Cree que les dijo que lo hicieran?

—Creo que las inspiró a hacerlo, y eso es mucho peor… En los viejos tiempos, al menos era él quien hacía las cosas. Antes podías saber quiénes eran los malos.

Rafferty se puso en pie y la miró. Veía que ella sufría. Casi como si, por una vez, él fuera un lector. Eva le estaba dejando verla.

—Cal destrozó a su familia.

—Sí, lo hizo —asintió ella.

—A su hija Emma —señaló Rafferty—. Y a otros.

—Nadie salió ileso. —Eva lo miró.

Él le sostuvo la mirada. Algo en su tono de voz lo inquietaba. No se atrevió a hablar.

—¿Cree en la redención, detective Rafferty?

No fue capaz de contestar. La verdad era que no sabía qué creía. Ya no.

—Tendrá que decidirse al respecto —dijo Eva—, y de prisa.

Cal juró que él no estaba cerca cuando tuvo lugar la paliza. Más adelante, la propia Angela juraría lo mismo. Las mujeres la habían herido, dijo, porque habían encontrado unas cuantas baratijas de las que le habían regalado las brujas. Y una pieza de encaje. Era la pieza que Eva le había dado a Angela meses antes. Era el tipo de encaje que hacían las chicas de la isla, el tipo de encaje que Eva utilizaba para hacer las lecturas.

Cal acudió a la policía al ver que Angela no regresaba al campamento. Algunos de sus discípulos la habían seguido hasta la casa de Eva.

—¿No querrás decir que la persiguieron? —le preguntó Rafferty.

El detective ya había comenzado a recibir llamadas telefónicas sobre los

calvinistas. Se disponía a ir al campamento cuando Cal apareció en la comisaría. Había una multitud reunida en el parque y delante de la casa de Eva.

—Quiero que registres la casa —dijo Cal.

—No tengo ninguna intención de registrar la casa. —Rafferty estaba en el último peldaño de la escalera de la casa de Eva con Cal a la espalda—. Si Eva dice que Angela no está aquí, entonces no está.

—Miente.

—No tengo nada que ocultar —dijo Eva—, siéntase libre de registrar la casa si lo desea, detective Rafferty. El señor Boynton también puede venir, siempre y cuando esté usted.

—Si no me equivoco, eso es una invitación legal —dijo Cal poniendo un pie en el umbral.

Rafferty abrió la boca para protestar, pero Eva se hizo a un lado para dejar pasar a Cal. Sujetó la puerta para Rafferty.

—Sé lo que estoy haciendo, detective —dijo. Sus ojos se desplazaron durante un instante al encaje que cubría la ventana—. Adelante.

Rafferty entró.

Registraron la casa. Cal había memorizado cada centímetro de ella en la época que estuvo casado con Emma. Incluso Eva parecía sorprendida por lo familiarizado que estaba Cal con la distribución de la casa. Él condujo la búsqueda, guiándolos de habitación en habitación, en ocasiones comprobando las estancias más de una vez. Cal estaba muy alterado. Revisó la bodega dos veces y se dirigía a la balconada por tercera vez cuando Rafferty anunció el fin del registro.

—Suficiente —dijo—. Ella no está aquí.

—No —convino Eva—. Y lamento que sea así.

—Ella vino a esta casa —aseguró Cal.

—Sí… Lo hizo.

—Tengo testigos que aseguran que nunca salió.

—Tus testigos necesitan que les revisen la vista —repuso ella.

La palabra «brujería» se propagó rápidamente. Eva había hecho desaparecer a Angela. Los calvinistas estaban convencidos de que la mujer tenía poderes mágicos. Incluso las brujas parecían impresionadas.

—Angela entró en la casa, pero nunca salió —le contó Ann a Rafferty—. Lo sé a ciencia cierta. No sé cómo lo hizo Eva, pero lo hizo.

A la mañana siguiente, Cal y un grupo de sus seguidores aparecieron en la comisaría de policía para presentar una queja formal contra Eva en la que la acusaban de brujería. Era un intento decente, escrito en una caligrafía manual en la que se confundían las eses y las efes, un inglés medio académico. Era la primera queja formal de brujería presentada en Salem desde el siglo XVII.

Los calvinistas enviaron una copia de la queja al *Salem News* , que, al no saber cómo interpretar el documento, lo publicaron en su sección editorial.

Fue necesario que el doctor Ward pusiera de manifiesto el evidente plagio.

—Compruébalo por ti mismo —dijo el pastor—. Es puro Cotton Mather, desde el «plan para acabar con el demonio en Nueva Inglaterra». Si no me crees, puedes buscarlo. Todo el archivo de los juicios de las brujas está expuesto en el museo Peabody Essex.

—¿En qué año estamos? ¿En qué siglo? —preguntó Ann Chase.

—No entiendo ni siquiera por qué aceptamos esa denuncia —le dijo el jefe de policía a Rafferty—. La brujería ni siquiera es un delito. En esta ciudad es una fuente de beneficios.

—Estoy creando un caso —dijo Rafferty— para futuras consultas.

—¿No será contra Eva? —El jefe de policía parecía impresionado.

—Por favor —repuso Rafferty.

Pasaron casi tres semanas antes de que nadie pudiera averiguar dónde estaba Angela.

Ella llamó a Rafferty por radio desde Yellow Dog Island.

—Tienes que venir a recogerme —la voz de Angela estaba cargada de urgencia—. He cometido un terrible error.

El jefe de policía estaba detrás de Rafferty cuando éste recibió el mensaje.

—No sabía que estaba allí —dijo Rafferty. Estaba seguro de que el jefe de policía no lo creía.

Los dos hombres se miraron.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Rafferty.

—Ir a recogerla —contestó su jefe.

Rafferty fue en el barco de la policía hasta la isla. May estaba esperándolo en el muelle con Angela. Su mochila estaba apoyada contra la rampa.

—Podrías haberme contado que estaba aquí —le dijo Rafferty a May.

—No es mi política —replicó May.

—Así que Eva te ayudó —dijo Rafferty.

—Eva le explicó a Angela sus alternativas. Ella vino sola.

—Y ahora quiero volver sola —el tono de Angela era sarcástico.

—Bien —dijo Rafferty—. Porque si vas a decirme que vas a volver con Cal Boynton te dejo aquí.

—Lo hará —intervino May.

—El reverendo Cal nunca me ha hecho daño. —Angela se volvió hacia May—. Te he contado lo que pasó. Las mujeres me apedrearon.

—¿Te apedrearon? —Rafferty estaba asombrado por la precisión de la lectura de Eva.

—El reverendo Cal nunca me ha tocado —aseguró Angela.

—Bueno, debe de haberte tocado por lo menos una vez —dijo May.

Angela se puso roja.

—Está embarazada —explicó May.

—¿Es eso cierto? —Rafferty miró a la chica. No se le notaba. Todavía no.

Angela rompió a llorar.

—Por eso me marcho —dijo ella—. Te lo conté confidencialmente; se supone que no puedes ir contándolo por ahí.

—No guardo secretos que puedan ponerte en peligro.

—Te lo he dicho: él no fue quien me hizo daño.

—No estoy hablando de abusos físicos. Me refiero a abusos sexuales.

Angela parecía horrorizada.

—Él no ha abusado de mí.

—Claro.

Angela prosiguió con sus explicaciones. Cal nunca le había hecho más que bien, Angela insistía una y otra vez. Hablaba de la acusación de brujería, de las marcas del demonio. Y de cómo Cal Boynton la había salvado del fuego del infierno. Dijo que era afortunada de ser la elegida. Afortunada de haber sido salvada.

Rafferty contempló cómo May renunciaba a Angela.

—Ha venido demasiado pronto —le dijo May más tarde. Lo había visto en otras ocasiones—. Nunca lo consiguen si vienen antes de estar preparadas.

El detective tuvo la oportunidad de ver lo que suponía para May. Estaba acostumbrada a que las jóvenes regresaran al lugar del que habían huido. Pero no le gustaba perder a sus chicas. Y menos por el hombre que lo había comenzado todo, el hombre que había destrozado la familia de May.

Rafferty llevó a Angela de vuelta a la ciudad, pero, fiel a su palabra, se negó a llevarla de vuelta con los calvinistas.

—No deberías quedarte aquí —dijo él—, ¿no tienes amigos en otra parte? — Pensó que era mejor no mencionar a su familia.

Rafferty le dijo que tenía que presentar cargos. Si no contra Cal, al menos contra las mujeres que la habían agredido. Ella respondió que lo pensaría.

Él hizo unas cuantas llamadas para buscarle una habitación, pero estaban a finales de octubre y no había nada libre en ningún sitio.

Llamó a Roberta y le explicó la situación. Rafferty le contó que Angela estaba embarazada. Le dijo a la chica que él sabía que Roberta estaba buscando una compañera de piso, alguien que pudiera ayudarla con el alquiler. Rafferty dijo que él se encargaría del primer mes mientras Angela buscaba trabajo.

—¿Por qué vas a hacer una cosa así? —Roberta ya albergaba sospechas—. No es tuyo el bebé, ¿verdad?

—Muy gracioso —repuso Rafferty.

No aguantó el mes entero. A finales de la primera semana, Angela ya había vuelto con los calvinistas. Esa vez no estaba en la caravana de las mujeres, sino en el pequeño remolque de lujo convenientemente aparcado junto a la autocaravana de Cal.

Rafferty sabía que sólo era cuestión de tiempo hasta que se le notara. No estaba seguro de si Cal sabía o no que ella estaba embarazada. A menos que fueran a argüir que se trataba de una concepción virginal, Angela estaba a punto de convertirse en un gran inconveniente para todos los calvinistas. Y especialmente para su líder, que había hecho una pequeña fortuna predicando sus propios mandamientos, el segundo de los cuales era el celibato.

Capítulo 17

No hay dos lectoras capaces de ver las mismas imágenes en el encaje. Lo que se ve está absolutamente determinado por la perspectiva.

Guía de *la lectora de encaje* .

A Rafferty comenzaban a escocerle los ojos. Hojeó los archivos restantes. El historial de Cal era más delgado que el de Eva, y más antiguo. Se remontaba a los setenta, documentaba cada paliza denunciada a Emma Boynton, la mayoría sin corroborar o negadas por Emma. Hasta la mandíbula rota. Cuando la interrogaron en el hospital, Emma no dijo nada sobre su marido, sólo que se había caído por la escalera. Ante la insistencia de May, el médico de la sala de urgencias llamó a la policía. Hoy en día sería algo rutinario. HAWC tenía sus pósteres por todas partes, así como también estaban los del estado. Hoy en día era inusual no sospechar de abuso. Hoy en día, si te salía un padrastro, te llevaban a una habitación aparte con un especialista en malos tratos. A muchos de sus compañeros les parecía excesivo. Rafferty no coincidía con ellos. Se acordaba de los viejos tiempos, cuando todo el mundo fingía no darse cuenta de nada hasta que alguien acababa muerto.

A su propia manera, las posturas de Rafferty no eran tan diferentes de las de May, aunque ella nunca lo creería. Para May, Rafferty era el enemigo. De hecho, normalmente terminaban en los bandos opuestos de la ley.

Rafferty llamó por radio de antemano para avisarla de que iba a ir a Yellow Dog Island y por qué. Metió los archivos en una bolsa vieja de tela junto con su chaqueta y lo que le quedaba en el termo de café. Salió por la puerta de atrás y bajó los escalones, dejando el coche patrulla donde estaba. Costaba encontrar plazas de aparcamiento cerca de la bahía en esa época del año, incluso a un policía.

Decidió ir caminando. Necesitaba tomar el aire. La verdad era que necesitaba todas las ventajas que pudiera obtener. Sobre todo si tenía que intentar estar a la altura del ingenio de May Whitney.

May le estaba esperando en el muelle, más enfadada que preocupada. No era un buen día para visitas, le dijo por segunda vez.

—¡Qué lástima! —dijo él.

Claramente molesta, ella se volvió y caminó muelle arriba.

—Puedes cooperar —dijo él— o puedo conseguir una orden.

Ella se detuvo y se volvió para dirigirle una mueca.

—Te lo he dicho: Angela Rickey no está aquí.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Tú deberías saberlo. Estabas aquí.

—¿Y ella no ha intentado ponerse en contacto contigo?

—No.

—Y me lo dirías si fuera así.

—Exacto —dijo May.

—Igual que la última vez…

—Sin comentarios.

—¿Te importa si echo un vistazo?

—Ya te lo he dicho: no es un buen día. —May estaba perdiendo la paciencia.

—Tengo que echar un vistazo.

—Si estuviera intentando esconder a Angela Rickey en esta isla, no la encontrarías.

—¿Y no la has trasladado? —sugirió Rafferty.

—¿Qué?

—Anoche intentaste trasladar a alguien. Vi tu señal.

—¿De qué estás hablando? —Su voz mostraba la frustración obligatoria, pero la inflexión la traicionaba levemente.

—«Dos si vienen por mar» —dijo él—. Vi tus luces.

—No te entiendo.

—Si no quieres que todo el mundo sepa lo que estás haciendo aquí, será mejor que escojas una señal más apropiada. Con tiempo y un poco de interés, hasta un niño podría deducir qué significa ésa.

—No sé de lo que está usted hablando, detective Rafferty.

—¿Se trataba de Angela Rickey?

—No sé de qué estás hablando, pero puedo asegurarte que no *trasladamos* a nadie.

—Sé que no lo hiciste. Lo sé porque vuestro piloto estaba inconsciente en su barco en el muelle Derby.

May lo miró fijamente.

—Creo que estás perdiendo la razón.

—Se metió en una pelea de borrachos en Rockmore por un comentario despectivo que alguien hizo sobre Towner.

Eso le paró los pies.

—¿Ella está bien? —May lo decía en serio.

—Está bien —dijo él—. Pero Jack LaLibertie es un bala perdida. Tan sólo es cuestión de tiempo que haga algo verdaderamente estúpido y, cuando lo haga, todo el mundo sabrá lo que estás haciendo aquí.

May le clavó la vista.

—Así que te lo preguntaré una vez más. ¿Era a Angela Rickey a quien estabas intentando trasladar anoche?

—No —respondió May.

—Discúlpame si no confío en tu palabra.

Unas cuantas mujeres con aspecto de preocupación comenzaron a reunirse al final del muelle.

—¿Va todo bien? —gritó una de ellas.

May les hizo una señal.

—¡Todo bien! —contestó.

No parecían muy convencidas, y siguieron observando el barco de la policía.

—Ven conmigo —le dijo May a Rafferty.

Ella arrancó a andar por el muelle hacia la isla. Él la siguió. En lo alto del embarcadero, May giró a la izquierda en dirección al extremo de la isla, pasada la casa Boynton, que estaba cerrada con tablones.

Cruzaron el campo de béisbol y caminaron en silencio hasta la perrera de piedra.

—Cuidado con las madrigueras de los conejos, detective —le dijo May cuando se acercaban al viejo edificio—. Podrías romperte fácilmente una pierna.

Rafferty puso especial cuidado mientras descendía el camino. Igual que su tía

Eva, May tenía poderes que iban más allá de lo normal, aunque no quisiera reconocerlo. «Cuidado con las madrigueras de los conejos» podía sonar como una advertencia sobre criaturas peludas y tobillos torcidos. Pero si Eva hubiera estado viva, ella lo habría expresado mejor. May sencillamente había disparado el tiro proverbial por encima de su proa.

Rafferty se fijó en los detalles: la perrera de piedra con su puerta azul, la mesita de pícnic fuera, donde había dos niños sentados. Una mujer con aspecto preocupado, que sin duda era su madre, observaba.

—Te presentaré como un amigo —dijo May—. No como policía. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Haré lo que pueda.

—Haz que funcione —pidió May—, ella ya ha pasado por muchas cosas.

Él se daba cuenta.

—Éste es mi amigo John Rafferty —le dijo May a la mujer—. John, ésta es Mary Segee.

Rafferty esperó. La mujer asintió con la cabeza pero no extendió la mano. Vio las cicatrices de su muñeca. Marcas de quemaduras de cigarrillos. Nariz torcida y rota. Ella lo vio mirándola. Rafferty apartó la vista. Equipaje preparado. Una vieja maleta en la esquina. Fijó la atención en los dos niños.

—¿Y vosotros quiénes seríais? —Rafferty le ofreció la mano a la niña.

—Yo sería Rebecca —dijo la niña.

—Lo sería, pero no lo es —repuso May—. Su nombre es Susan.

Por un instante, la niña pareció asustada.

—Estábamos jugando a un juego —dijo—. Éste es mi hermano, Timothy. —El pequeño no levantó la vista.

—Encantado de conoceros a los dos —dijo Rafferty.

Entonces el niño levantó la vista, miró a su madre y la bajó de nuevo.

—Os vais de viaje, ¿no? —dijo Rafferty.

—Nos vamos a Canadá —contestó la niña antes de que su madre pudiera detenerla.

—Canadá es muy bonito en esta época del año —señaló Rafferty.

—Voy a tener mi propia bici —dijo el niño.

—Eso es genial, fantástico.

—El señor Rafferty tiene que marcharse ya —dijo May—, sólo quería saludar.

—Tú no vas a Canadá, ¿verdad? —dijo la niña mirando hacia el barco de Rafferty.

—Me temo que sólo voy hasta la ciudad —repuso él, y estrechó la mano de la pequeña otra vez—. Disfrutad de vuestra estancia aquí, ¿vale?

—Vale —dijo la niña.

Rafferty siguió a May hasta el muelle. Agradecía los surcos del camino. El silencio. La hierba enmarañada. Las gaviotas sobre su cabeza. Más allá, en el diamante del campo de béisbol, algunos niños habían empezado a jugar al *sofball* con algunas de las mujeres. Otras trabajaban en el jardín. Una vaca pastaba al final del campo. Un par de vacas. Y algunas ovejas. Y los perros. Había perros por todas partes. Rafferty vio cómo uno de ellos perseguía y mataba a un conejo. Era violento pero, a diferencia del tipo de violencia que habían padecido los habitantes de Yellow Dog Island, no era nada personal.

Se detuvieron en lo alto del muelle.

—¿Contento? —dijo May.

—Sí.

—No creías realmente que ella había vuelto aquí, ¿verdad?

—No —respondió él.

—¿Crees que Cal la ha matado?

—No sé qué pensar.

—¿Crees que mató a Eva?

Rafferty no contestó.

—Todo el mundo lo piensa.

—Bueno —dijo él.

Capítulo 18

Al hacer la pregunta, la lectora debe tener la certeza de que quien hace la consulta está preparado para recibir la respuesta.

Guía de *la lectora de encaje* .

Rafferty llevaba luchando contra el dolor de cabeza toda la tarde.

Había pasado por un centro de acupuntura chino en los muelles y le habían puesto algunas agujas, pero recibió una llamada y tuvo que interrumpir la sesión. No se había dado cuenta de que era una migraña hasta que estaba sacando el barco.

Llegaba tarde. Bueno, ¿qué tenía eso de nuevo?

Towner estaba esperándolo en el muelle. El sol acababa de ocultarse tras el edificio de la Casa de Aduanas, iluminando el cielo a su espalda con infinidad de tonalidades, resaltando un halo que comenzaba sobre la ciudad y se extendía por la bahía hasta mar abierto, haciendo indistinguibles el cielo y el agua, una línea que sólo se cortaba por la figura vertical de la misma Towner y el halo de luz que se había formado a su alrededor.

Decir que ella era una visión sería preciso, pero no en un sentido normal. Tenía un brillo etéreo, sí, pero era a causa de la puesta de sol y el aura de la migraña que estaba haciendo cortocircuito en su cerebro.

Cuando el barco pasó más allá de donde estaba ella en dirección al muelle, el espectáculo de luces resplandecientes se movió. Ahora tenía que enfocar y concentrarse sólo para verla, su mente de policía grabó las imágenes que veía bajo esa nueva luz a medias. Pantalones cortados, pies descalzos. La misma camiseta que le había visto en Red’s. Y otro viejo suéter de Eva sobre los hombros, sujeto con un broche de anciana.

—Estaba empezando a pensar que me habías dejado tirada —dijo ella.

—Lo siento. —Atracó el barco.

El comienzo de una migraña era extraño para Rafferty. Los sonidos tenían eco. Su camisa de algodón le rozaba la piel como una lija. Tenía la sensación de que no veía nada y, al mismo tiempo, de que lo veía todo. No podía enfocar su cara en absoluto, pero distinguía el color que había cogido mientras trabajaba en el jardín ese día, la sombra oscura bajo sus uñas en los puntos en los que no había podido quitar la suciedad que había adquirido en el jardín.

Algo le decía que se marchara a casa, que suspendiera la cita. Pero había sido

él quien la había convencido para hacerlo, ¿no? No era algo que ella quisiera.

Towner subió al barco antes de que él tuviera la oportunidad de decir nada. Todavía estaba a unos centímetros del muelle, preparando el aterrizaje perfecto, quizá exhibiéndose un poco. Esperaba que ella se agarrara al borde de la embarcación, pero ella había saltado. Rafferty le tendió una mano con la palma hacia arriba, ella la aceptó para estabilizarse, pero su objetivo era exacto y no lo necesitaba. Era una mujer que se encontraba a gusto en el mar. Quizá tan sólo en el mar, pensó él. Bueno, le era connatural, ¿no? Tan pronto como tuvo ese pensamiento, trató de borrarlo de su mente. Lo último en lo que quería pensar esa noche era en la familia de Towner.

—Un 110 —dijo ella admirando el barco. Viejo, de madera. Pintado de marrón. Parecía un cigarro de chocolate con los extremos en forma de cuña—. Mi primer barco fue un 110.

—Me estás tomando el pelo —repuso él.

Rafferty se dio cuenta de que ya estaba enfilando hacia el mar abierto, lejos de las luces de la ciudad. Había sucedido sin más. Cualquier duda que tuviera acerca de volver había desaparecido.

—¿Competías? —Una vez más, Rafferty se dio cuenta de que era una pregunta cuya respuesta conocía de antemano. Había visto una foto de Towner de pequeña en una carrera en el club náutico Pleon de Marblehead. La foto estaba en la pared de Eva.

Ella se tomó un momento para pensar antes de responder.

—No —dijo finalmente—. Nunca he competido.

Eso lo detuvo.

«Lagunas», era el término que había empleado Eva. Towner tenía lagunas en la memoria. No le había desconcertado demasiado, ¿quién no las tenía? En Alcohólicos Anónimos las llamaban «blancazos». Le gustaba más la palabra de Eva.

Esa noche había lagunas en la vista de Rafferty; se dio cuenta de que los agujeros y los espacios vacíos se estaban haciendo cada vez más grandes. El destello había desaparecido, pero el cielo tenía una división demasiado clara, demasiado precisa. Durante un minuto sintió como si un pequeño cuchillo cortase su visión, partiéndola por la mitad casi a la perfección, antes de que la hoja siguiera hasta su cuero cabelludo. Esa vez no iba a poder eludir el dolor de cabeza. A veces podía. Pero estaba llegando. Tensó la vela, tenía que mover el barco más de prisa si quería mantener a raya la náusea.

—¿Te importa si no hablamos durante unos minutos? —dijo.

Towner parecía aliviada de no tener que dar conversación. Lo que hizo fue sentarse en la proa, agarrándose a ambos lados con las manos. Le daba la

espalda, miraba adelante, al norte, en dirección al agua negra, sin volver la vista a donde antes estaban.

Cogieron el ritmo. El viento. Las olas. Había algo hipnótico en todo ello, algo en el aire en movimiento que hacía más fácil respirar.

Él sabía que ella también lo sentía. Su cita ya era mejor que la de la última noche. Era mejor cuando no hablaban.

En algún lugar pasado Manchester, Rafferty perdió por completo la visión. En parte era por la oscuridad. Al principio pensó que se habían internado mar adentro, desviándose del rumbo, pero oyó las gaviotas y supo que estaban cerca de costa. Nunca había perdido la visión de esa forma. Normalmente era sólo un lado u otro, no podías ver nada mirándolo directamente, tenías que mirar más allá para ver lo que estaba delante de ti.

No sabía si era por la oscuridad o por la migraña, lo único que sabía era que no veía. «Siguiente fase», pensó. Normalmente, los efectos visuales eran lo primero. Después, desaparecían a medida que llegaba el dolor de cabeza. Pero entonces volvieron los efectos visuales. Era lo peor que había experimentado en su vida.

—¿Estás bien? —Él oyó su voz.

—Migraña —dijo—. No veo. Vas a tener que ponerte al timón.

Él se quedó agachado en el barco mientras cambiaban sus puestos. Estaba mareado.

—¿Quieres que volvamos? —preguntó ella.

—Sí —respondió él.

Veinte minutos, pensó. De veinte minutos a media hora. Ése era el tiempo que le duraban los efectos visuales. Lo cronometraría. Si duraba más, pensaría que podía ser algo peor, quizá un ataque.

Rafferty se sentó frente a ella con la espalda apoyada contra la proa.

—¿Tienes muchas migrañas? —preguntó ella.

—Sí —asintió él.

Towner navegaba con facilidad. Tenían el viento en contra durante el viaje de vuelta, pero ella tenía experiencia. No iban tan de prisa como a la ida, pero ella mantenía un buen ritmo.

—¿Tomas algo?

—A veces.

Rafferty se vio contando, y se dio cuenta de que era estúpido. Cuando dejaron atrás la bahía Beverly, apartó las manos. Estaba remitiendo. Veía las luces de la línea de costa, intermitentes y entrelazadas, pero las veía al fin y al cabo. Se obligó a respirar.

—No dormí mucho anoche —dijo cuando fue capaz de hablar de nuevo—. Y bebí demasiado café. —Lo dijo en voz alta tanto para que lo oyera ella como él mismo. El sonido de su voz le resultó estúpido. Deseó no haber dicho nada.

Cuando llegaron a Salem, había recobrado la visión. El dolor se situaba principalmente en el lado derecho.

—Estás mejor —dijo ella.

Él no estaba seguro de cómo lo sabía ella. No se había movido mucho.

—Sí —dijo. Se inclinó hacia adelante, frotándose el cuello.

—¿Quieres meter el barco en el puerto?

—No —dijo Rafferty, y señaló—: Llévalo hacia Shetland Park. El embarcadero está allí.

Ella asintió.

Él se sentó en la popa y la observó guiar el barco. La bahía estaba llena, era como una pista de eslalon de barcos. Ella se deslizó entre ellos como una esquiadora, lo suficientemente segura para pasar muy cerca.

—¿Navegas en California? —preguntó él.

—No he navegado ni una sola vez —reconoció ella.

Se percató de que incluso ella estaba sorprendida, por lo familiar y fácil que parecía resultarle.

—Es como montar en bicicleta —dijo él, y ella sonrió.

Mantuvo la vista a su altura. Ella se habría sentido avergonzada si hubiera pensado que él podía ver, pero no lo estaba. La vio girar. Observó los músculos de sus brazos.

Rafferty pensó que sus sentidos nunca habían estado tan aguzados. Olía el aire. Olía el aroma cítrico que desprendía la piel de ella. El suéter de Eva. Su pelo se movía libre en la brisa. Había cosas en su cabello. Formas. Una concha, un caballito de mar. Imágenes de migraña. Tras el barco se dibujaba un rastro de fosforescencias, marcando su ruta.

—¿Cuál es tu embarcadero? —preguntó ella cuando se acercaron.

—Allí —señaló él. Se movió para ponerse de pie, y en ese mismo instante se

dio cuenta de que era una pregunta con trampa. Ella sabía que él la observaba. Probablemente lo había sabido todo el tiempo.

Cogió el amarradero en un movimiento. Luego permanecieron sentados en silencio durante un minuto.

—Gracias por traernos de vuelta —dijo él finalmente.

—No hay de qué —repuso ella.

No tenía ni idea de qué otra cosa decirle. Él extendió un brazo y alcanzó la sirena. La tocó tres veces para llamar a la lancha.

Se quedaron sentados otro minuto, sin decir nada. Entonces él oyó el ruido de la lancha a medida que ésta se acercaba.

—¿Cómo está tu cabeza?

—Duele a rabiar. —Rafferty intentó reír.

—Pobrecito.

Él no sabía si lo decía en serio o se estaba burlando.

—¿Te encuentras bien para conducir? —le preguntó Towner mientras él le sujetaba la puerta del acompañante para que subiera.

—Estoy bien —contestó él.

La llevó a casa. La acompañó hasta la puerta.

—Te invitaría a pasar, pero…

Rafferty levantó una mano.

—Tengo que irme a casa —dijo señalándose la cabeza. Estaba absolutamente decepcionado, pero no podía hacer nada al respecto.

Towner asintió.

—Espero que estés mejor —dijo.

—Veinticuatro horas —respondió él—, o una noche entera de sueño. Lo que venga primero.

Comenzó a descender la escalera. A medio camino dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

—Tengo que decirte que cierres la puerta con llave —dijo él.

—¿Qué?

Rafferty estaba demasiado cerca. Lo mareaba intentar mirarla desde tan cerca. Y a ella la asustó un poco; se dio cuenta de que así había sido. Retrocedió y bajó un escalón.

—Cal vendrá a verte. En algún momento. No estoy tratando de asustarte; sólo quería decirte que cierres la puerta con llave.

—Vale —dijo ella. Su voz se quebró ligeramente al decirlo.

—No intento asustarte —repitió él.

—Vale —repitió ella.

Rafferty aguardó en el escalón hasta que Towner hubo entrado y oyó el clic de la cerradura.

Se preguntó si le quedarían analgésicos. Ésa iba a ser una de las fuertes.

Capítulo 19

Es importante hacer la pregunta adecuada al encaje. Posiblemente esa es la mayor responsabilidad de la lectora.

Guía de *la lectora de encaje* .

Me apoyo contra la puerta para recuperar el equilibrio, esperando a que la adrenalina se disipe. Rafferty no estaba tratando de asustarme, pero lo ha hecho. Sé que tiene razón: Cal intentará verme. Lo he visto en mis sueños miles de veces, en mis pesadillas. Sé cómo sucederá. La escena me ha asaltado en tantas ocasiones que casi parece ensayada.

Puede que ya no me haga perder el control, o al menos no todos los días, pero no es un buen sitio al que ir.

No estoy decepcionada en absoluto porque nuestra velada haya terminado temprano. Aunque me siento mal porque Rafferty tuviera dolor de cabeza, la verdad es que yo tampoco me siento demasiado bien. No soy capaz de distinguir si es físico o psicológico, pero hago una nota mental para llamar a mi cirujano de Los Ángeles y pedirle que me concierte algún tipo de cita de seguimiento con alguien en Boston.

Me lleva unos minutos darme cuenta de que me he dejado el suéter de Eva en el coche de Rafferty. Oigo el motor arrancar cuando corro escaleras abajo. Cuando llego a la acera de adoquines, el coche patrulla ya está doblando la esquina.

Subo otra vez los escalones de la entrada y giro el pomo de la puerta principal. Cede, pero no engrana. La puerta está cerrada. Veo la llave sobre la mesita de la entrada, donde yo la he dejado.

Podría forzar la cerradura. Es una de las fáciles. Lo único que necesito es una horquilla, un poco de alambre. Busco algo en el porche, lo que sea. Pero está demasiado oscuro, es una noche sin luna, y el porche está enrejado y cubierto de hiedra. Estoy demasiado cansada para dedicar mucho tiempo a buscar. Si tengo que volver a entrar a la fuerza, supongo que será mejor que vaya hasta la ventana que ya rompí. ¿Para qué añadir otra ventana que arreglar a la lista de la agente inmobiliaria?

La verja de hierro chirría al abrirse. La cierro detrás de mí y entro en la parte cuidada del jardín. Mis pasos crujen sobre la gravilla y las conchas rotas del camino que da a la puerta de atrás.

Estoy en mitad del jardín cuando siento su presencia. Se abalanza sobre mí como un gato sobre la cuna de un bebé. Es densa y opresiva, y me roba el aliento.

Me vuelvo.

La figura de un hombre inmóvil sentado en el banco, inclinado hacia adelante. Está iluminado por el reflejo de las farolas que atraviesa la valla de hierro. Sólo sus ojos se mueven. Los siento sobre mí mientras camino.

Me pesan las piernas como en una pesadilla. Me quedo clavada donde estoy.

La advertencia de Rafferty vuelve a mi cabeza: «Cal vendrá a verte».

Lo oigo respirar.

No puedo moverme.

Cierro los ojos y trato de convocar a los perros. En la pesadilla, o la alucinación, como mis médicos insisten en llamarla, había perros. Pero mi pesadilla tiene lugar en Yellow Dog Island, no en el jardín de Eva. Aquí no hay perros que puedan ayudarme.

Por primera vez en mi vida, espero estar teniendo una alucinación. Cierro los ojos. Cuando los abra, él no estará ahí.

Lentamente, muy lentamente, abro los ojos. Él sigue ahí. Esto es real.

—¿Qué quieres? —trato de gruñir las palabras.

Sus ojos me queman. Ya he estado aquí antes.

—Vete —digo. Pero el gruñido ha desaparecido y mi voz suena débil, pequeña. Ya he perdido.

El mundo se detiene. Nosotros estamos suspendidos. Cuando finalmente oigo la voz, me impacta:

—Sophya —dice apenas en un susurro.

Emerjo a la superficie desde el agua. Me están arrancando de algo oscuro. Puedo respirar.

—Jack —digo.

Mi vista se despeja, o se adapta a la oscuridad, y lo veo por primera vez. Mi amor de la infancia. Una vez dentro de la casa, unos minutos más tarde, bajo la dura luz eléctrica, podré ver el paso de los años en él. La rabia. La traición. Pero allí, iluminado sólo por la luna y las estrellas, tiene dieciocho años otra vez.

Capítulo 20

La lectora principiante debe resistir la tentación de interpretar las imágenes que ha visto. Esas imágenes pertenecen por completo a quien pregunta.

Guía de *la lectora de encaje* .

Me despierto en un barco de vela. Flotando en mar abierto sin tierra a la vista. Mi piel está agrietada por el efecto del sol. Siento la lengua pesada por la deshidratación. Me estoy muriendo.

Trato de aclarar mi mente. He estado aquí antes, o al menos lo he soñado.

Me obligo a sentarme.

«¿Qué es real?».

La fuerza de voluntad despeja mi mente.

«¿Qué es real?».

Estoy en una habitación. La habitación de Eva. Estaba mirando a través del encaje del dosel. Aparto la cabeza y mi visión se emborrona, dejando un rastro en la pared a medida que desaparece.

«¿Qué es real?».

La cama de Eva está exactamente en el centro de la habitación, un barco de vela rodeado de mar abierto. Sus cuatro postes tallados se levantan como las agujas de una catedral en miniatura. La caoba era el lastre de uno de los barcos Whitney que hacía la ruta de Madagascar. Después fue tallada por el fabricante de mástiles de Salem, que era más un aspirante a artista que un carpintero de barcos. El cabecero está labrado toscamente, pero a medida que los postes se levantan, se curvan y giran perfectamente simétricos, elevando el dosel, que Eva hizo a partir de círculos de encaje bordados a lo largo de los años y más tarde unió en una pieza sin sentido. La cama flota a medio camino entre una catedral y un barco de vela, aunque es más lo último, porque tiene un movimiento definido, tanto de su vela dosel como de sus cuatro mástiles.

Me doy cuenta de que estaba mirando a través del dosel. Las imágenes que estoy viendo están en el encaje. Aparto la vista.

Me duele la cabeza y no es sólo la cabeza. Me duele cada músculo del cuerpo. Si es una resaca, es una de las malas. Pero no bebo. Al menos no lo hacía hasta anoche.

Antes de que Jack reuniera el valor para decir lo que había venido a decir, nos acabamos la botella, y después nos bebimos otra de la bodega de Eva.

—Soy hombre muerto —dijo él.

—No —repliqué yo, confundiendo su rabia con aflicción.

—No fue a Cal a quien mataste —dijo él, sus ojos ardiendo en los míos—, sino a mí.

Fui al Hospital Psiquiátrico McLean porque creía que había matado a Cal. Era una alucinación. Una fantasía que cumplía un deseo, así lo clasificaron los médicos. Ver a Cal Boynton despedazado por los perros. Pero Cal estaba más que vivo. Puede que quisiera matar a Cal por lo que les había hecho a mi hermana y a mi tía, pero mi objetivo falló. Fue a Jack a quien terminé golpeando.

Mientras estuve en McLean, Jack vino a verme prácticamente todos los días. Conducía la furgoneta de su padre, con las trampas para langostas en la parte trasera. Aparcaba en el *parking* de atrás, lejos de los otros coches, otros más lujosos.

Cuando comenzaron con los electroshocks, empecé a perder la memoria.

—Puede que no te conozca —le explicaron los médicos—. A veces la memoria a corto plazo desaparece durante un tiempo.

Jack esperó a que yo preguntara por él. Bajaron las temperaturas. Él siguió esperando.

Caminaba con el viento de cara, el cuello subido, la cabeza baja, el abrigo bien cerrado. Lo observaba venir a través de los árboles.

Vino todos los días hasta que cayó la primera nevada. Hasta la noche que su padre se emborrachó y destrozó la furgoneta en un estanque helado.

—No regresará —dijo Eva.

Volví la cabeza hacia la pared y clavé la vista en los árboles. Mantuve los ojos fijos durante semanas. Miré los árboles hasta que las hojas cayeron y dejaron al descubierto sus ramas negras, que parecían de encaje. Busqué a Jack en la trama de encaje. No estaba allí. Busqué también a Lyndley, pero no estaba en ninguna parte. Quedaba una hoja en el árbol, una que seguía colgando del extremo de una rama, y observé esa hoja también, hasta que desperté una mañana y descubrí que había soltado su nexo. Fui hasta la ventana y miré abajo, creyendo que reconocería la hoja en la hojarasca, que la había observado durante tanto tiempo que sería capaz de reconocerla en cualquier parte. Pero se había convertido en una hoja como otra cualquiera. Marrón, muerta. Pronto vendrían y la quemarían con las demás.

Vi a Jack una vez más después de eso. Casi un año más tarde. Fue el día que

yo me iba a UCLA. Me dieron el alta de McLean sólo porque tenía un plan. Había enviado mis historias a UCLA y me aceptaron en el curso de escritura. Todo el mundo parecía estar de acuerdo en que era algo positivo. Todo el mundo excepto Eva.

Me quedé de pie en el whaler hasta que Beezer soltó amarras. El barco de Jack entraba justo cuando nosotros salíamos. Los dos de pie al pasar, el uno delante del otro. Él estaba intentando leer mi rostro, buscando alguna muestra de reconocimiento. Yo le devolví la mirada, esforzándome por mantener una expresión neutra. Contuve el aliento.

En realidad, creí que le había engañado. Hasta anoche.

Me duele la cabeza. El dosel se mueve y se arremolina. Para escapar de él, giro sobre la cama. El movimiento me revuelve el estómago. Voy a vomitar.

Me levanto sujetándome al poste de la cama. Me muevo lentamente, agarrándome a los muebles para mantener el equilibrio, tirando de mí misma hasta que llego al viejo lavabo de mármol que hay en la esquina de la habitación. Abro el grifo y espero hasta que el agua sale fría. Me empapo la cara, después me sirvo un vaso y me obligo a bebérmelo entero. Entonces, vomito.

Estoy bañada en sudor.

Necesito aire.

Voy hasta una de las ventanas y la levanto para abrirla, pero pesa demasiado; la cuerda de la guillotina está rota y cuelga. Busco algo con lo que dejarla subida, encuentro una regla vieja. Atravieso la habitación para abrir la ventana opuesta. Se sujeta durante un momento, y después cae de golpe, casi sobre mis dedos. Golpea con fuerza, partiendo dos cristales casi simétricamente por la mitad. Me despierta del todo.

Voy con cuidado de una ventana a la otra, abriéndolas todas. La brisa caliente llena la habitación, trayendo consigo el ruido de la calle.

Las cortinas bailan y golpean como una vela vieja, el dosel de encaje se enrolla y se hincha con el aire, atrapando mi atención con su sonido. Una ráfaga de aire salado, y a continuación la habitación está llena de barcos de vela. Viajo en el tiempo al Salem de la época del comercio con China. Los enormes barcos se mueven lentamente en la bahía. Los mercaderes de las calles venden especias a las señoras de la zona, que se pelean entre sí, y pagan una fortuna por una pequeña cantidad de pimienta que se llevarán a casa y guardarán bajo llave en cajas ornamentadas y casi nunca le servirán a nadie.

Me abro camino hasta la esquina de la cama. Me estiro para coger el borde más bajo del dosel y tiro de él. Lo meto debajo de la cama. La cabeza me da vueltas y más vueltas. Me apoyo sobre un costado y coloco la mano sobre el poste para detener el movimiento de la habitación. Espero que llegue el

sueño.

Cuando me despierto otra vez son las doce. Siento un dolor en el estómago.

«¿Cuándo fue la última vez que comiste?», me imagino preguntando a Eva. Ella tendría razón. El dolor es hambre en realidad.

Me levanto. Estoy pensando en que debería bajar la escalera y tomar una tostada carbonizada y un té. La cura de Eva para todo.

Oigo un sonido. Una voz.

Al principio creo que estoy oyendo la voz de Eva otra vez, después reconozco la voz gangosa de la agente inmobiliaria.

Me dijo que vendría a enseñar la casa, pero lo había olvidado por completo. No me advirtió que no estuviera aquí cuando viniera. Simplemente dio por sentado que yo me atendría al protocolo.

Están subiendo. Oigo a la agente inmobiliaria explicarle a la pareja que la escalera es volada y que las vigas están metidas en la pared para que dé la impresión de que la escalera no tiene ningún medio visible de sujeción. Estoy segura de que no sabe que estoy en la casa, porque la historia ha cambiado desde que yo se la conté. Se detiene en la ventana del descansillo para llamar la atención sobre el jardín de abajo, añadiendo nuevos híbridos a la colección de mi tía: no sólo menciona la rosa que recibió el nombre de Eva, sino dos o tres más de las que nunca he oído hablar y que parece estar inventándose sobre la marcha. También añade algo sobre las puertas acristaladas del tercer piso, algo que es totalmente falso, pero reconozco que sería un argumento de venta si no fuera una exageración tan grande. No obstante, aun desde aquí me doy cuenta de que esa gente no está interesada en la casa; su actuación es una verdadera pérdida de tiempo.

«Morí por ti».

Me quedo helada. Es la voz de Eva, tan alta que estoy segura de haberla oído.

Siguen subiendo la escalera.

Debo salir de aquí ahora mismo.

Antes de tener la oportunidad de escabullirme, la agente inmobiliaria y sus clientes han llegado al descansillo. Retrocedo hacia la puerta trasera. Estoy mareada, durante el trecho que recorro entre las paredes siento como si la habitación se hubiera quedado a oscuras, a pesar de que veo cada objeto. El sudor se desliza por mi rostro. La agente inmobiliaria capta un movimiento en su campo de visión y levanta la mirada. La veo detectarme y entonces posa la vista en la carpintería de Samuel McIntire, dándome tiempo a escapar por la puerta trasera y bajar por la escalera de servicio.

Espero a la agente inmobiliaria en el jardín. Estoy muy tensa. Oigo retazos de

su conversación mientras charlan en la puerta. Estoy intentando escucharlos para situarme con el sonido de sus voces, voces reales. Son de algún sitio del Medio Oeste. Chicago, tal vez. La mujer había estado en Salem una vez, dice, en una excursión. Le cuenta a la agente inmobiliaria que recordaba la arquitectura y pensó en Salem cuando supo que su marido estaba a punto de ser trasladado al área de Boston.

Noto que su marido está menos entusiasmado, tanto con la casa como con Salem.

—¿Así que todavía queman brujas en la ciudad? —Intenta ser gracioso.

—No las queman, las cuelgan. —La agente inmobiliaria sonríe. Después redirige la conversación a la venta—. Aquí el valor de las propiedades es mucho mejor que en Beacon Hill —la oigo decir, tratando de encandilarlo a él —, e incluso que en Back Bay… En Back Bay se pagaría de tres a cuatro millones por una casa como ésta.

El hombre pregunta por las comunicaciones. Dice que le ha llevado cuarenta y cinco minutos llegar desde la ciudad. Hay un leve fastidio en su voz por haber tenido que tomarse semejante molestia.

—Eso es por la Gran Excavación —le dice la agente—. Debería haber cogido el puente en lugar del túnel.

No lo convence. Yo me doy cuenta, y ella también. Ella le explica cómo funciona el tren, le dice que hay veinte minutos andando desde North Station. Lo que la mayoría de la gente hace es coger el tren, dice ella, pero estoy segura de que ese hombre es el tipo de persona que no cogería un tren en la vida. Es un hombre al que le gusta estar al mando de su propio vehículo.

Enseñarles la casa ha sido una pérdida de tiempo. La agente inmobiliaria me dice más tarde que lo supo al venir.

—Él quería quitar el jardín —dice—, para construir una segunda plaza de *parking* . ¿Te lo puedes imaginar?

Dice que tiene otra visita a las cuatro y que realmente sería mucho mejor si yo no estuviera en casa cuando ella vuelva.

—La presencia del propietario tiende a intimidar a los compradores potenciales —me explica—. Al menos si saben que estás aquí.

Voy hasta la casa. Pongo agua a hervir para preparar té. Un Assam normal y una tostada carbonizada. Me obligo a ingerirlo. A la una del mediodía empezaré a encontrarme un poco mejor.

Había olvidado por completo que había quedado con Ann a la hora de comer para que me ayudara a retirar los capullos muertos de las flores. Aparece en el mismo momento en que la sirena del barco de fiesta indica que son las doce.

—¿Estás bien? —pregunta ella—. Te veo un poco pálida.

—Resaca —digo. Me siento estúpida al decirlo, pero es convincente.

No tiene mucho tiempo, así que nos ponemos manos a la obra de inmediato. Trabajamos juntas. Avanzamos fila a fila cortando las enormes flores. La tarea es rítmica, hipnótica: arrancar, recoger, llevar la cesta adelante y atrás. El calor del sol calma mis músculos doloridos.

—Gracias —digo.

Al final de una larga hilera de peonías, veo algo blanco entre los arbustos. Me agacho y recojo el Salem News de hoy de donde lo ha tirado el repartidor. Estoy acostumbrada a ver el rostro de Eva observándome desde esas páginas, y por un momento me siento aliviada al ver que ha sido reemplazada por una cara nueva, más joven. Después, cuando leo el nombre —Angela Rickey—, ya no estoy tan aliviada. Su peinado es austero, tiene el cabello echado hacia atrás en un estilo que bien podría ser de la época de los puritanos. La desaparición de Angela ha reemplazado a Eva de la primera página de los periódicos.

La reconozco de inmediato.

—Estuvo aquí —digo.

—¿Qué?

—La vi. El día que vine aquí. Se acercó a la puerta. Cuando llegué, ya se había marchado.

—¿Dónde está tu teléfono? —pregunta Ann—. Tenemos que llamar a Rafferty.

Él llega al cabo de diez minutos.

Le cuento la historia. Le digo que pensé que había regresado pero que, en cambio, eran Beezer y Rafferty.

—¿Estás segura de que era ella? —Rafferty saca otra foto, una copia mejor que la que ha publicado el periódico.

—Salvo por la marca de nacimiento —digo.

—¿Qué marca de nacimiento?

—Tenía una marca de nacimiento rosada en un lado de la cara. —Me paso la mano desde la sien hasta la barbilla.

Rafferty y Ann intercambian una mirada.

—¿Qué?

—¿La chica que viste estaba embarazada? —pregunta Rafferty.

—Sí —digo—. Bastante.

—Tiene que ser ella —dice Ann—. Debió de venir en busca de Eva.

Observo a Rafferty considerar el asunto.

—¿Es posible que no supiera que Eva había desaparecido? —pregunta Ann.

—Cualquier cosa es posible —responde Rafferty. Actúa de un modo formal, profesional. Su cara parece de piedra.

—Quizá estaba intentando darle la llave a Eva —sugiere Ann—, o tal vez buscando ayuda.

—Vale —asiente Rafferty—. Gracias.

Se da media vuelta para marcharse, lo que me sorprende.

—Espera —digo dejando la cesta en el suelo. Lo acompaño hasta la puerta—. ¿Qué tal tu cabeza? —pregunto.

—Bien —responde—, ¿qué tal la tuya? —Su voz es cortante, su tono sarcástico —. Tengo que irme —dice él, y se aleja de mí caminando.

Vuelvo a donde Ann está trabajando.

Ella ve la expresión de mi rostro.

—¿Una riña de enamorados? —pregunta.

—¿Qué? No… No lo sé.

—Llámame anticuada pero, aun cuando hay alcohol de por medio, creo que es tradición que el nuevo novio se moleste cuando pasas la noche con el ex.

La miro fijamente.

—Es una ciudad pequeña —dice Ann—. Las noticias vuelan.

—Pero no es cierto —replico—. Jack estuvo aquí, pero no me acosté con él.

—Eh, no es asunto mío. —Ann sigue podando.

Me pongo las manos sobre los ojos, pero el mundo me da vueltas y se mueve. Vomito por segunda vez, ahora sobre la cesta de capullos muertos.

Ann me deja en la butaca de Eva. Tengo fiebre.

—Probablemente por el calor —dice ella—. Quizá por la operación.

Le hablo de la operación, por si es importante. También para explicar por qué es imposible que me acostara con Jack LaLibertie. O con cualquiera, si es que importa. Quiero que lo sepa.

—Vendré después del trabajo —promete Ann—. Tengo algunas hierbas que te aliviarán al instante.

Asiento. Lo único que quiero es dormir.

Los sueños febriles se apoderan de mí. Sueño con la escalada. La que Lyndley hizo el día que saltó y la que yo seguí intentando hacer después, cuando May trataba de mantenerme con vida.

Me tomé muy mal la muerte de Lyndley; estuve a punto de morir yo también. Incluso Eva creyó que debía ir a un hospital. Pero May se negó. Eso era asunto nuestro. Hasta el primer día que me pilló en las rocas, ella seguía pensando que podía hacerse cargo. Naturalmente, se equivocaba, de la misma manera que se equivocaba sobre muchas cosas.

Su reacción fue pura lógica de May. Llamó al cerrajero para que pusiera cerrojos en todas las posibles rutas de escape de la casa. Y después le hizo poner tablones en las entradas de la casa Boynton. La puerta principal estaba cerrada con llave, con dos cerrojos. El cerrajero no tuvo inconveniente en instalar un cerrojo doble en la puerta de la tía Emma (su casa estaba deshabitada y cerrada con tablones), pero puso pegas para instalarlo en la nuestra. Los cerrojos dobles eran ilegales en Massachusetts porque podían llegar a impedir que salieras en caso de emergencia. Él hizo hincapié en ese detalle, pero ya había puesto cerraduras en todas las ventanas del primer piso y en otros sitios, y May se negó a pagarle a menos que acabara el trabajo como ella lo quería. Así que, al final, él cedió.

Los cerrojos no estaban para mantener a nadie fuera; estaban para mantenerme a mí dentro. Estaba bajo vigilancia por riesgo de suicidio. Incluso entonces, la gente sabía que el suicidio es hereditario en las familias, y May no iba a jugársela conmigo.

Pero May no era competencia para mí cuando había cerrojos de por medio. Ni siquiera me molesté en intentarlo con el cerrojo de seguridad. Había desmontado el de la ventana en unos treinta segundos. Lo único que me hizo falta fue un clip del cajón de su escritorio.

Había luna llena, y la atracción que ésta ejercía era fuerte. Se equivocaban con lo del suicidio. Yo no estaba buscando paz, o al menos no la paz eterna. Lo que estaba buscando era perspectiva. Ver las cosas a través de los ojos de ella. Todo el mundo echó la culpa al abuso. Hablaban de lo que Cal le había hecho. Todo el mundo decía que deberíamos haberlo visto venir. Pero yo sabía que era más que eso. Era mi culpa tanto como la suya. Cal podía haber abusado de ella, pero yo le había quitado su única esperanza de escapar.

Y por eso hice otra vez la escalada. Para intentar ver las cosas como ella las había visto. Era algo que tenía que hacer.

Era una escalada larga. Mucho más difícil de lo que parecía. Algunos de los perros salieron de sus cuevas a observarme. Los pájaros volaban en círculos y chillaban. A medio camino, me corté el pie con una concha que debían de haber tirado allí las gaviotas. Se deslizó entre el dedo gordo y el segundo dedo, haciendo un corte en la mitad, ensanchando el espacio que los separaba. Teniendo en cuenta el corte, no sangraba tanto, pero no podía detener el flujo, así que dejé de intentarlo. Simplemente me limité a continuar escalando, dejando tras de mí un rastro de gotas de sangre por si acaso no podía encontrar el camino de vuelta a casa, como Hansel y Gretel.

Me llevó lo que pareció una eternidad llegar a la cima, en parte por las sombras que producía la luna llena, en parte por lo del pie.

Me quedé durante mucho tiempo en el precipicio, en la zona donde las rocas sobresalían. El mismo punto desde el que ella había saltado. Bajé la vista hacia el océano negro, y entonces vi que mi ropa había cambiado. Ya no vestía los mismos pantalones cortados ni la misma camiseta que cuando había salido de casa, sino el camisón blanco que llevaba Lyndley el día en que murió.

El sueño cambia de perspectiva otra vez, ya no estoy en el precipicio, sino en el salón de Eva la mañana de Navidad, llevando el camisón de encaje que Eva nos ha regalado, uno a Lyndley y otro a mí. Y aunque la vista del agua es la misma, no es real, es el cuadro que Lyndley me hizo la última Navidad. El cuadro que tituló Nadando hacia la luna.

Acabo de desenvolverlo en ese instante, estoy mirándolo desde arriba, observando la textura del agua y la figura de mi hermana, su pelo salvaje, que deja un rastro tras ella, un brazo extendido hacia el camino infinito delante, que se estrecha hasta desaparecer dentro de la luna llena que hay sobre el horizonte. Me fascina el cuadro, mucho más que ningún otro que mi hermana haya hecho. Escucho las voces que me rodean, las voces de Eva y Beezer comentando la pintura, diciéndome lo bonita que es. Les pregunto cómo han sido capaces de sorprenderme de esa manera. Era algo sabido que yo siempre descubría mis regalos antes del día de Navidad. ¿Cómo habían logrado mantener fuera de mi vista hasta esa mañana un paquete tan grande?

La habitación se queda en un silencio sepulcral. La forma del sueño cambia otra vez. La gente ha desaparecido. Ahora, a medida que acerco los ojos al cuadro estudiando las pinceladas al detalle, los asombrosos colores que sólo se ven cuando se observa el agua desde cerca, incluso el brazo de Lyndley ha desaparecido. Si te acercas lo bastante para verlos, descubres que todos los colores están presentes. Me inclino en exceso, del mismo modo que lo hizo Lyndley justo antes de caer desde las rocas; pierdo el equilibrio, igual que ella esa noche. Entonces tomo conciencia de que hay una gran distancia hasta abajo. Y no estoy donde creo que estoy en absoluto, no estoy en las rocas desde las que Lyndley saltó, ni en el salón de Eva, sino en el Golden Gate. Estoy observando mi propia muerte, un cliché suicida en términos oníricos. Unos dedos de niebla se elevan hasta el puente, tratando de cogerme, de

arrastrarme. Pero yo ya estoy cayendo sin control, y sé que es imposible que sobreviva. Siento cómo caigo dentro de los colores del cuadro, pero la pintura está seca como una roca, y me doy cuenta de que es una caída muy grande incluso aunque la pintura no estuviera seca todavía. La caída al agua desde esta altura es como caer sobre hormigón. A menos que caigas totalmente recto, no podrías sobrevivir al impacto. Mientras tengo este pensamiento, los colores que están debajo de mí comienzan a moverse y se vuelven líquidos otra vez. La perspectiva cambia una vez más, y me deslizo entre los colores al agua fría.

No me sumerjo como lo hizo Lyndley. No estoy en el agua, sino en el cuadro, y nado sobre la superficie a través de una bruma de colores. Nado hacia la luna. Estoy intentando alcanzar a Lyndley, que está delante de mí, su cabello rojizo marcando su rastro. Nada alejándose de mí, de prisa, y yo trato de llegar hasta ella, pero no soy una nadadora tan fuerte, y la distancia entre nosotras sigue aumentando. A la izquierda está Children's Island y, justo delante, el camino lunar ha sido sustituido por niebla.

Helada y exhausta, grito su nombre. Ahora la niebla está por todas partes. Doy vueltas en todas las direcciones, pero los colores han desaparecido. El océano está oscuro y vacío. Estoy sin aliento, pero sigo nadando en la dirección por la que la vi irse, ignorando cada sentido que me dice que no lo haga.

La llamo a gritos de nuevo: «¡Lyndley!». Mi voz atraviesa la niebla. Veo su cabello otra vez, o un fugaz vistazo, y algunas de las imágenes que forma: una concha, un caballito de mar. Grito su nombre nuevamente. Me oye, se vuelve. Pero no es el rostro de Lyndley lo que estoy viendo. Es el de Eva. Su expresión es amorosa, amable. Está intentando decir algo. Dejo de nadar por un instante y escucho.

—¡Corre, sálvate! —grita.

Una y otra vez, estoy en las rocas. Desciendo entre las rocas como puedo, consciente de la sangre. Ahora está por todas partes, cubriéndolo todo. Las rocas resbalan a causa de la sangre. Me lleva bastante tiempo llegar abajo.

Siento la presencia de Cal antes de verlo. Su mano agarra mi muñeca.

Entonces los perros comienzan a aparecer, observan, esperan. Esperan a que les dé permiso.

Están sobre él. De prisa. Lo despedazan. Podría detenerlos; sé que tengo ese poder. Pero no lo hago. Quiero que Cal muera.

El estallido de un disparo me despierta de mis sueños febriles. No…, no es una arma de fuego, sino un trueno.

Me he quedado fría con el sudor. Mejor. El calor ha cesado. La lluvia golpea los cristales, después se desliza sobre el alféizar como si la casa fuera un barco enorme anegándose de agua. Corro de un lado a otro cerrando

ventanas. Entonces veo el reloj: he dormido una hora y media. Dentro de diez minutos la agente inmobiliaria volverá con otro cliente. Cojo el chubasquero amarillo de Eva y salgo a toda prisa bajo la lluvia.

Está refrescando. No sólo por la lluvia. Siento cómo entra el frente frío. Cruzo el parque Common sin estar despierta del todo, sin tener ni idea de adónde voy, pero salgo bajo la tormenta. Me detengo en la esquina para dejar pasar el Tour Pato. «Vehículo anfibio», dice la inscripción en un costado. La parte delantera tiene más aspecto de tanque militar que de autobús turístico. A través de un micrófono, una voz identifica los monumentos a su paso, pregunta si alguien sabe quién es el personaje de la estatua. Todo el mundo supone que es un brujo. La guía les dice que se equivocan por completo, pero que están bien acompañados. La estatua es del padre fundador de Salem, explica ella, pero les dice que no se sientan mal si no han acertado, porque una revista de ámbito nacional también se equivocó. Cuando publicaron su artículo sobre Salem, cuenta ella, describieron la estatua de Roger Conant con un pie de foto que etiquetaba a nuestro padre fundador como «un hechicero decidido».

Es surrealista. Tal vez todavía sigo soñando. Los turistas se asoman por las ventanillas disparando fotos mientras el vehículo toma la curva, se convierten en ramas de árboles al agitar los brazos, que sacan por las ventanillas para tocarme al pasar. O quizá son los árboles los que se mueven detrás de ellos, otro engaño de perspectiva.

La lluvia me devuelve a la vida. De repente estoy en el muelle Pickering, delante de la tienda de Ann, contemplando el escaparate. Mis ojos enfocan a través del cristal, el mundo detrás del mundo. En una esquina, la ayudante de Ann se sienta a una mesa redonda, con la baraja del tarot extendida ante sí. Una clienta centra su atención en las cartas y le cuenta más cosas con su lenguaje corporal que lo que puedan llegar a decir las cartas, que se hacen innecesarias. Soy capaz de leer a la mujer incluso desde aquí: un amor perdido, una caída triste de hombros. Se trata de una mujer cuyos sueños han muerto. Ha venido en busca de esperanza. Vamos a ver, una viajera, ella viajará. Quizá no estoy leyéndola, porque la parte de los viajes es evidente; la mujer es sin duda una turista, así que por lo menos ha viajado hasta aquí. Aun así, veo más viajes en su futuro. «Dile eso —pienso—. Dale algo a lo que aferrarse. “Haz viajes, inténtalo, no hay nada más”». Es la voz de Eva, citando la frase. No sé por qué nadie querría hacer esto, leer el futuro de la gente para ganarse la vida. Me entristecería tanto…

Los turistas van de acá para allá. Un hombre rechoncho que ha olvidado el chubasquero lleva una bolsa de basura negra con agujeros para los brazos. Los autobuses turísticos aparcan en doble fila. No recuerdo haber visto el muelle tan abarrotado nunca. La gente se resguarda en las entradas, bajo los aleros, a la espera de que el tiempo cambie. «Si no te gusta el tiempo de Nueva Inglaterra, espera un minuto». Hay seis tiendas de brujería en este pequeño callejón. Veo turistas dentro, comprando jabones, esencias, bolsitas de pócimas, antes de volver a sus autobuses con destino a Nebraska y Ohio. Hacen que los autobuses los esperen.

—Por favor, por favor, aguarde. Necesito algo para mi nieta. No sé cuándo

volveré por aquí otra vez. El año que viene vamos a Atlantic City.

La ayudante de Ann le está preparando la cuenta a la clienta a la que estaba leyendo el futuro. La baraja del tarot descansa al lado de la caja registradora. Ella levanta la vista hasta mí.

—¿Está Ann? —pregunto.

—Está en el almacén —dice la ayudante—. Volverá dentro de un instante.

La mujer que acaba de pagar da un paso atrás, y yo trato de hacerme a un lado y apartarme de su camino, pero golpeo las cartas del tarot, que caen al suelo.

—Lo siento —digo agachándome para recogerlas.

—¡No las toques! —dice la vendedora. Se arrodilla y las recoge. La baraja está intacta, salvo una única carta que ha caído boca arriba a mis pies.

La vendedora levanta la vista en un gesto dramático.

—La muerte. —Coge la carta por los bordes, como si estuviera caliente o contaminada. La coloca sobre el mostrador. Después camina despacio hasta un cubo de piedras semipreciosas y saca una amatista con una cadena. Me la pone en la mano—. Ponte esto alrededor del cuello —me dice—. No te la quites, ni siquiera para ducharte.

—¿Qué?

—Necesitas protección —explica ella.

Ann regresa y debe de ver la expresión de mi cara.

—¿Qué está pasando? —pregunta. Me mira dubitativa—. ¿Estás bien?

La vendedora se vuelve hacia ella.

—Ha tirado la carta de la muerte.

—¿Has venido para una lectura? —A Ann le cuesta creerlo.

—No —digo—. He tirado la baraja al suelo sin querer.

—La carta de la muerte cayó justo delante de sus pies. Necesita protección.

Ann me coge la cabeza y tira de ella hacia abajo, recorriéndola con las manos, sintiéndola y apretándola mientras lo hace.

—Está bien —dictamina. Le devuelve la piedra a la chica—. Pon esto en su sitio.

—Perdona lo de la cabeza —me dice—. Era la única manera de conseguir que te dejara en paz. —Parece preocupada—. ¿Estás bien?

No sé qué decir.

—Vamos —dice. Me conduce a su oficina—. La carta de la muerte no significa nada —prosigue—. Bueno, exactamente nada, no. Normalmente significa transformación. Un modo de vida que acaba, otro que comienza. Habitualmente es buena —explica—. Además, se debe leer en combinación con otras cartas. —Parece indignada—. No debería dejarle hacer lecturas. Recuérdame que la despida.

Intento sonreír.

—Tienes mejor aspecto —dice intentando ser positiva—. Un poco.

Me siento en su futón durante un buen rato. Me tiende un té caliente con raíces de valeriana.

—Es un Valium natural —dice ella—. Yo lo tomo a todas horas.

—Tengo que hacerte una pregunta —digo finalmente. Por eso he venido.

—¿Quieres una lectura? —Parece sorprendida.

—No, no es ese tipo de pregunta. Es sobre Eva.

—Vale. —Me mira.

—¿Crees que es posible que Eva se quitara la vida? —Es la pregunta que me vuelve una y otra vez, la única que no puedo apartar de mi mente.

—¿Te refieres a si se suicidó?

La palabra parece incorrecta.

—No estoy segura de qué quiero decir.

Ann sacude la cabeza.

—Eva era la persona más alegre que he conocido en mi vida. No era el tipo de persona que se quita la vida.

Asiento.

—¿Cómo es que lo preguntas siquiera?

No quiero contarle lo de las voces.

—Ella sabía que yo iba a venir —digo—. Estoy bastante segura.

Ann reflexiona.

—Bueno —dice—, Eva era lectora. Sabía muchas cosas, ¿no es cierto?

—Me envió su mundillo. El que usaba para bordar. ¿Por qué hizo una cosa así?

—Tal vez sólo quería que lo tuvieras —sugiere Ann. Se supone que eso debería hacerme sentir mejor, pero no es así—. No encontraste una nota o algo. —Es más una pregunta que una afirmación.

—No.

—No creo que fuera un suicidio —dice Ann—. No tendría sentido. —Quiere añadir algo más, pero lo reconsidera y no lo hace.

Tomo un sorbo de té.

Me quedo en la oficina de Ann durante bastante tiempo. Acampo en el futón. Me trae la cena. Me ofrece más tés de hierbas. A las ocho en punto me toma la temperatura.

—No es tan grave como antes —dice—, pero todavía tienes fiebre.

—Creo que me iré a casa —digo recogiendo mis cosas.

—Puedo llevarte en coche, si esperas un poco —sugiere ella.

Levanto la vista hasta la casa. La veo desde aquí.

—Estoy bien para caminar.

—Te llamaré más tarde —dice Ann, y se despide con un abrazo—. Que te mejores.

La verdad es que me siento mejor. Mucho mejor que antes. Ann se ha ocupado de que así sea. Un poco de descanso y estaré bien.

Subo andando el muelle, atravieso en diagonal por el parque Common, cruzo la calle y entro al jardín por la puerta trasera. Todavía hay luz suficiente para ver, y descubro unas cuantas flores que me dejé justo al lado de la puerta de atrás. Me agacho para arrancar la primera. Después, caigo en la cuenta de que Ann debió de hacer algo con la cesta después de que vomité, así que guardo el capullo en el bolsillo.

Me reclino para arrancar una segunda flor, pero no acierto y, en su lugar, agarro el tallo, doblándolo hacia abajo, para después observar cómo vuelve a subir como una catapulta diminuta que lanza algo por los aires.

Oigo una vibración cuando el objeto cae sobre los adoquines. Es un sonido metálico, un recuerdo sensorial reconocible. Inevitable. Me agacho para ver

qué es. Lo recojo… Una llave.

La llave.

La miro fijamente. Es antigua, no es una de las copias que hizo la policía, sino la llave de Eva, la que solía dejarme bajo el arbusto de peonías cuando sabía que vendría.

Yo tenía razón. Ella sabía. Sabía lo que estaba a punto de pasarle, y sabía que eso significaría que yo vendría.

Todavía estoy agachada. No me veo capaz de enderezarme. Un dolor cortante me parte la cabeza en dos. El latido de la fiebre. Un escalofrío recorre mis brazos y mis piernas.

Lucho por ponerme en pie, diviso la seda italiana.

Cal está de pie lo bastante cerca para alargar el brazo y tocarle. Sus labios se mueven, pero de ellos no sale ningún sonido. Está rezando.

Cuando al fin habla en voz alta, su voz es un alarido.

—Que el Señor salve a esta chica de los fuegos del infierno. —Levanta las manos al cielo. Sus ojos siguen posados sobre mí, siguiendo cada movimiento y cada tic de mis músculos, de la misma manera que hacen los perros cuando acechan a su presa.

Estoy helada.

Comienza a hablar de nuevo, pero las palabras son ininteligibles. Está hablando en lenguas desconocidas.

Estoy teniendo una alucinación. Debe de ser eso.

Pero entonces me golpea el olor. Un recuerdo sensorial. Conozco su olor. Es asqueroso.

Busco a los perros. Ahora es cuando deberían comenzar a aparecer. Para ayudarme. Para matarlo. Éste es el sueño.

Pero aunque lo deseo con todas mis fuerzas, sé que esto no es un sueño. No hay perros. Esto es sobre lo que Rafferty me advirtió.

Siento que me voy hundiendo, perdiendo la conciencia. Oculto la llave en la palma de mi mano, la dureza del metal me despierta. La llave…, la puerta. Calculo la distancia. Echo a correr.

Cal me sigue. Lo siento detrás de mí, acercándose.

Lucho por ensartar la llave. Cuando finalmente la meto en la cerradura, él me coge.

Me está sacudiendo. Suplicando a los demonios que salgan.

—¡Arrodíllate y reza! —ordena—. ¡Arrodíllate y reza conmigo!

Intenta empujarme hacia el suelo, pero consigo mantenerme en pie.

—¿Quién eres, demonio? —brama—. ¡Di tu nombre! —Sus ojos brillan amarillos.

Empujo la puerta con fuerza y ésta cede. El portal está abierto, y me traslado a otro mundo, el mundo de Eva.

Una bisagra suelta cambia el peso de la puerta y Cal vacila. La empujo contra él, cerrándola.

—¡Jesús murió por tus pecados! —me grita—. ¡Jesús murió por ti!

Lo oigo a través del cristal roto del ojo de buey, sigue implorando y ordenando a los demonios que se marchen.

—¡Arrodíllate y reza!

Mete la mano a través del cristal roto, me coge del pelo y tira de mi cabeza hacia atrás, golpeándola contra la puerta.

—¡Demonio, sal! —grita, golpeándome la cabeza con la fuerza suficiente para expulsarlos. Siento una astilla de cristal cortar mi cuero cabelludo.

Veo chiribitas. Estamos a escasos centímetros de distancia, separados por esquirlas de cristal, el mismo cristal que rompí la noche que llegué.

Está intentando matarme. Está intentando salvarme.

—Yo morí por ti.

Ahora no es la voz de Cal. Es la de Eva. Me despierta.

—¡Arrodíllate y reza! —me ordena una vez más, y esta vez obedezco, cogiendo su mano con la mía cuando caigo sobre mis rodillas, forzando su muñeca contra los cristales rotos.

Su chillido es como el de un animal herido.

Detiene el tiempo.

—Corre, sálvate —oigo decir a Eva.

Corro al teléfono, marco el 911.

Grito llamando a Rafferty y después dejo caer el aparato, cortando mi

conexión con todo lo que es real.

Tercera parte

Sujeta el encaje sobre el rostro. Si la persona que estás leyendo no está presente o ha fallecido, algunas pertenencias e incluso una fotografía de ella, en ocasiones, bastarán. Aunque la fuerza vital es siempre mucho más poderosa que cualquier imagen prestada.

Guía de la lectora de encaje.

Capítulo 21

Objetos recogidos en la escena del crimen:

Dos diarios rojos iguales con cubiertas de cuero:

Primer diario : *Guía de la lectora de encaje* de Eva. Contiene lecturas, recetas, observaciones cotidianas. Principalmente parece un manual para predecir el futuro leyendo el encaje.

Segundo diario : escrito por Towner en 1981 y utilizado en el tratamiento psiquiátrico a modo de algún tipo de terapia. Contiene un cuento, que parece estar basado al menos en parte en hechos reales. La historia continúa a través de entradas fechadas de diario. Hay especulaciones sobre la ficcionalidad de los eventos; el diario era parte de una clase de escritura creativa para pacientes patrocinado por el Hospital Psiquiátrico McLean. Es necesario realizar investigaciones ulteriores para determinar si algo de este material se puede emplear como prueba contra Cal Boynton.

Hospital Psiquiátrico McLean, Escritura Creativa, 1981

El Juego de la Linterna,

por **Towner Whitney**

Todos los veranos jugábamos, a veces dos o tres veces por semana, pero nunca antes de que Lyndley llegara de su casa en Florida, algo que sucedía entre el último domingo de mayo, el Día de los Caídos, y el 4 de julio. Nunca avisaban con antelación, ni siquiera desde la otra orilla, y cuando finalmente llegaban al puerto, siempre era a toda vela, y los niños de tierra firme y de las islas lo interpretaban como una señal de que los juegos estaban a punto de comenzar.

May tenía una política de «puertas abiertas» con el juego, y cuando empezamos a jugar, antes de que se volviera tan competitivo, ella incluso participó algunas veces con nosotros. En parte era porque Beezer quería jugar y no quería ser el que se quedara «tirado», como lo llamábamos por entonces, así que ella jugaba con él en equipo para equilibrar las cosas. Lo permitíamos sólo porque Beezer era muy pequeño y porque cuando le asustabas profería el mayor de los alaridos. Era un grito silencioso, y su cara se transformaba de manera que parecía sacado de una película de terror; cuando inhalaba, ululaba como un búho, en parte a causa del asma y en parte porque era el niño más divertido del mundo. Cuando oías sus alaridos, era imposible ahogar la risa (no importaba dónde estuvieras escondido), así que a menudo funcionaba a su favor. Quizá le asustaba una persona que corría para salvarse, y entonces hacía salir a tres de sus escondites sólo con reírse de aquella manera. Cuando se hizo mayor, lo convirtió en una táctica, y cuando

se acercaba a donde creía que estabas escondido, apagaba la linterna, se aproximaba sigilosamente y ululaba hasta que te estabas riendo tanto que no podías salir corriendo y salvarte.

Las reglas del juego son sencillas. Estoy segura de que las conoces. Básicamente es una variante del escondite, excepto por que se juega a oscuras y la única luz permitida es la linterna que llevas cuando la ligas. Cuando empezamos a jugar al principio, lo único que tenías que hacer para ganar era encontrar a la persona que estaba escondida, enfocar a quien fuera con el haz de luz de la linterna y, después enfocar el viejo roble, que siempre era «casa».

Pero eso se quedó anticuado pronto, porque realmente era muy fácil para la persona que la ligaba. Lo único que tenía que hacer en realidad el que la ligaba era apagar la linterna y esperar junto al árbol a que la gente empezara a correr a casa, entonces encendía la linterna y los pillaba. Lo que acabó sucediendo fue que nadie se arriesgaba a salir para salvarse, así que una partida podía durar horas, hasta que todo el mundo se cansaba y se iba a casa, dejando a quien la ligaba solo durante horas en la oscuridad. Eso era lo que llamábamos quedarse «tirado». Cuando eras tú quien se quedaba totalmente solo, era bastante horrible. Te volvías loco. No sabías si todo el mundo se estaba escondiendo muy bien o si estabas completamente solo en medio de la isla, con las gaviotas habiéndote y diciendo tu nombre como hacen siempre que estás demasiado tiempo solo con ellas. Al final terminabas sentado con la espalda apoyada en un árbol, cagado en los pantalones, demasiado asustado para moverte. Una vez, cuando me pasó a mí, me quedé fuera toda la noche, pero me metí en un lío de los buenos, porque May me pilló colándome en casa al amanecer y decidió poner fin a lo de quedarse «tirado».

—¿Por qué no podéis jugar como los niños normales? —nos dijo a Lyndley y a mí cuando volvió a hablarnos otra vez, que fue en algún momento de la tarde siguiente.

Recuerdo que Lyndley rompió a reír cuando ella hizo la pregunta; era una pregunta tan ridícula que incluso May tuvo que sonreír un poco, aunque te dabas cuenta de que se estaba esforzando al máximo para no hacerlo. No obstante, nos ordenó cambiar el juego o dejar de jugar. Esas eran nuestras opciones.

Así que cambiamos el juego. Y el cambio lo mejoró. Hicimos el juego más difícil. Como en el escondite normal, cuando encontrabas a alguien tenías que competir con ese niño para llegar a casa. Funcionaba mucho mejor así. Se hizo más competitivo. Fue en esa época cuando otros niños empezaron a venir a jugar con nosotros. Lyndley se lo dijo a un amigo de la ciudad, y Beezer a un niño con el que navegaba en Baker’s Island.

Corrió la voz. En el momento más álgido del juego, jugábamos cuatro o cinco veces por semana desde el 4 de julio hasta el fin de semana del Día del Trabajo, en septiembre. Aunque no dejamos de hacer lo de dejar tirado; simplemente evolucionó a otra cosa. Lo modificamos. En lugar de una táctica se convirtió en un ritual iniciático. Cada vez que un niño se apuntaba al juego,

era una regla no escrita que éste debía ligarla en la última partida. A veces teníamos que dejar de jugar antes de lo que nos habría gustado, sólo para que sucediera. A veces corríamos a casa pronto y contábamos dónde estaba escondido el niño nuevo para que lo pillaran para la próxima partida. Entonces el nuevo, el que la ligaba, se ponía de cara al árbol y contaba hasta cien. Mientras contaba, el juego acababa y todos nos íbamos a casa. Dejábamos al niño tirado hasta que o bien averiguaba lo que habíamos hecho o se volvía loco cuando había pasado demasiado tiempo y empezaba a pensar en lo peor: que tal vez había algún asesino cogiéndonos uno a uno o que nos habían secuestrado en un platillo volante o lo que fuera. Rara vez se le ocurría a nadie que nos habíamos ido a casa sin más. Eso no era algo que hicieran los niños, al menos no voluntariamente. Pero al final cogían la broma, la traición. Si el niño volvía después de eso, si volvía en busca de más, era uno de nosotros. Si no, dábamos por hecho que no era una gran pérdida. Nadie mencionó nunca la jugarreta. Era nuestra regla no escrita, nuestro rito de iniciación.

Y, naturalmente, casi no hace falta decir que teníamos una política de «no débiles». Si te asustabas o te hacías daño, mejor que te lo guardaras para ti mismo. Una vez un niño de otra isla se cayó en una madriguera de conejo y se torció el tobillo. Tenía tanto ánimo que ni siquiera se quejó y jugó el resto de la noche, aunque su lentitud corriendo le hizo el blanco de muchas bromas. Era mejor eso que admitir una debilidad porque, si lo hacías, no volverían a invitarte. Al final, el niño llevó muletas casi todo el verano y tampoco pudo volver, pero se ganó nuestro respeto y a partir de entonces jugó todos los veranos.

Después de su accidente, y por sugerencia de May, intentamos poner pequeñas banderitas en las madrigueras, pequeñas banderitas blancas que se veían en la oscuridad, pero no funcionó. Había demasiadas madrigueras, y un niño que intentó saltar por encima de una bandera estuvo «a punto de empalarse» con la punta, según las palabras de Lyndley cuando le contó la historia a May. Así que dejamos de hacer lo de las banderas. Además, la verdad, nos gustaban las madrigueras de los conejos. Descubrimos que era bueno que conociéramos obstáculos que los demás desconocían, de la misma forma que era bueno que supiéramos los mejores escondites. Los niños de la ciudad eran competidores bastante duros, y necesitábamos algún tipo de ventaja por jugar en casa, supongo que entiendes a qué me refiero.

Nuestra casa estaba situada en un extremo de la isla y la de Lyndley en el otro. En medio, al lado del muelle, se encontraba la escuela roja y, detrás, más cerca de nuestro lado de la isla que del de Lyndley, estaba la laguna de agua salada donde nos bañábamos y nos lavábamos el pelo en verano. En invierno, May fundía la nieve para lavarnos, algo que hacíamos una vez por semana «fuera necesario o no», como le gustaba decir a Beezer. Había una bañera de cobre antigua en el aseo de arriba. Poníamos cacerolas de agua caliente en el montaplatos y las subíamos para llenar la bañera. Pero en verano May nos mandaba a la laguna de agua salada con una pastilla de jabón Ivory y un poco de crema de afeitar para lavarnos el pelo. Beezer, Lyndley y yo nos desnudábamos, nos sumergíamos, salíamos, nos enjabonábamos y volvíamos a sumergirnos, dejando un rastro flotante de espuma de jabón por la laguna. Ahora no sería posible hacerlo, porque no es bueno para el medio

ambiente, pero antes no éramos conscientes de ese tipo de cosas. Como era agua salada, nunca estábamos limpios del todo, sino que nos pasábamos todo el verano con una película blanquecina sobre nuestra piel bronceada. Las únicas veces que realmente conseguías estar limpio de verdad era cuando llovía, en esos casos May nos mandaba afuera con nuestro jabón y nos decía que bailáramos bajo la lluvia hasta que dejara de salir espuma o se nos pusieran los labios azules, lo que primero sucediera. Nunca hacía esto cuando había tormenta eléctrica, por supuesto, sólo con lluvia normal y corriente.

Habitualmente nos bañábamos en la laguna de agua salada. Recuerdo una vez que nos olvidamos de llevar el jabón Ivory a casa y May nos hizo volver para cogerlo, pero no estaba allí. Al día siguiente lo encontramos deshecho en Back Beach, donde habíamos encontrado a mi perro *Skybo* después de que Cal lo matara poco antes ese mismo verano. Cal siempre dijo que había sido un accidente, pero nosotros no nos lo creímos. Aunque eso es otra historia, una mala, que no quiero que esté aquí. Baste con decir que esos acontecimientos dieron pie a muchísimas especulaciones por nuestra parte. Eso, y el hecho de que el lago era muy profundo, nos hizo pensar a Lyndley y a mí que la laguna salada no tenía fondo y que de algún modo fluía hasta el océano saliendo por Back Beach. Pensábamos que el Incidente del Jabón Ivory demostraba nuestra teoría, pero Beezer insistía en que nos equivocábamos por completo porque, naturalmente, el jabón Ivory flota y de ninguna manera se hunde. «No demuestra que la laguna no tenga fondo», dijo. Estaba indignado con nosotras y muy disgustado, y era evidente que no quería hablar de ello con ninguna de las dos, así que finalmente dejamos el tema y no volvimos a hablar sobre ello nunca más.

De hecho, Beezer estaba tan disgustado sobre todo el asunto que Eva tuvo que hablar conmigo. Al final, terminamos hablando más sobre las diferencias entre Beezer y yo que de la laguna de agua salada. «Hay místicos y hay mecanicistas —me dijo—, y ambos ven las cosas desde perspectivas diferentes».

El año que Jack y Jay-Jay participaron en el juego de la linterna fue el año que Lyndley comenzó a cambiar. Al mirar atrás, me doy cuenta de que yo lo sabía antes de esa noche. Cuando Lyndley llegó aquel verano, tenía algo distinto, algo que yo no podía concretar. No saltó corriendo del barco como solía hacer y subió la rampa a toda velocidad para cogerme y pelearse conmigo hasta que las dos terminábamos en el agua riendo y salpicándonos, sino que saludó con la mano y sonrió, pero subió al muelle como los adultos. No se peleó conmigo, tan sólo me dio un abrazo. «Towner, has crecido», me dijo, aunque estaba claro que era ella la que había crecido, no yo. Lo dijo con tristeza, como una anciana o algo por el estilo. Incluso su voz era diferente aquel verano. El rastro de acento sureño que tenía al comienzo de cada verano y que para el final del mismo había perdido se había consolidado; era más afectado. Se lo hice notar, pero ella me dijo que no sabía de qué le estaba hablando.

Nadie más sabía de qué estaba hablando. May no era capaz de verlo, y no era algo de lo que se pudiera hablar con Beezer. Era como en *La invasión de los ultracuerpos* o algo así, como si alguien hubiera reemplazado a Lyndley por uno de sus protagonistas, una persona que no sabía cómo actuar. Sabía qué se suponía que tenía que hacer. Yo debía decirle a alguien que ésa no era mi

hermana y exigirle que nos devolvieran a Lyndley, pero no sabía a quién decírselo. La tía Emma y Cal se limitaban a actuar de una forma tan extraña como siempre, así que sabía que no les habían robado el cuerpo a ellos también. Más adelante, aquel año, después de que acabara aquel verano tan raro, se lo conté a Eva, y por lo menos ella me escuchó, aunque no sacó ninguna conclusión, o al menos ninguna que compartiera conmigo. Yo sabía que ella no creía en los secuestradores de cuerpos del espacio exterior, ya que no había visto la película ni nada. Sin embargo, Eva fue la única que estuvo cerca de comprenderlo, como siempre sucedía.

—¿Quién es Lyndley en realidad? —me preguntó cuando acabé de despotricar.

A menudo hacía preguntas extrañas como ésa, por lo que no me sorprendió. Tampoco era la respuesta que yo quería, así que no intenté contestarla por aquel entonces. Lo que hice fue mirarla con frustración.

—Piénsalo —fue todo cuanto añadió.

Eva tenía la capacidad de replantear las cosas, era una manera de ayudarme a resolver. Realmente me hizo pensar. Pensé en Lyndley un montón. No fue hasta unos días más tarde que entendí lo que Eva había querido decir. La respuesta rápida, la respuesta que le darías a cualquiera que hubiera hecho la pregunta, era que Lyndley era mi hermana gemela y la conocía desde que estábamos en el útero de nuestra madre.

Pero la respuesta de verdad no estaba tan definida. Porque la verdad era que no empecé a conocer a mi hermana hasta que cumplí trece años. Mi madre la había dado poco después de nacer, la envolvió como un regalo y se la dio a su medio hermana, mi tía Emma Boynton, que no podía tener hijos. Por mucho que yo deseara conocer a mi gemela, no la conocía en absoluto. Vivían en el sur, donde el marido de Emma, Cal, se ganaba la vida en competiciones de vela. Así que no conocí a Lyndley hasta el verano que cumplí trece años y los Boynton comenzaron a pasar las vacaciones aquí, ya que Cal competía para el club náutico Eastern de Marblehead.

Los Boynton pasaron en Nueva Inglaterra cinco veranos en total, que en tiempo real sumaban poco más de un año. Si lo calculabas matemáticamente, como habría hecho mi hermano Beezer si Eva le hubiera hecho la pregunta a él, el panorama cambiaba mucho. La mayor parte de la vida de Lyndley había transcurrido en lugares alejados de mí. Así que cuando Eva me preguntó quién era Lyndley en realidad, me lo planteé de muchas maneras antes de intentar responder y, al final, me di cuenta de que no podía contestar. Las cosas que le estaban pasando a mi hermana, todas las cosas formativas y que cambian la vida, le sucedían cuando estaba lejos de mí, en una vida en la que yo no tenía un lugar. Volvería a hacerme la pregunta de Eva en numerosas ocasiones durante los años siguientes. Cuando Lyndley murió llegué a preguntarme si había llegado a conocerla de verdad.

El verano que jugamos por última vez al juego de la linterna fue el mismo en que Lyndley empezó a quedar con Jack LaLibertie. Él y su hermano Jay-Jay habían venido a jugar unas cuantas veces con nosotros. Había un montón de

niños de la ciudad que jugaban con nosotros, seis o siete en total, incluyendo a Jack y su hermano pequeño. Si contabas los niños de Baker's Island que venían a veranear, normalmente éramos diez o doce por partida, la mayoría chicos. Tanto Jack como Jay-Jay ya habían pasado su turno de quedarse tirados, y aquella noche en particular había un niño nuevo que se llamaba Willie Mays, una estrella del béisbol de Beverly High. En realidad su nombre no era Willie Mays, pero era un buen corredor, y todo el mundo decía que seguramente llegaría a profesional, y llegó, durante un tiempo, pero nunca pasó de las ligas menores, y ni siquiera entonces jugó demasiado.

Todo el mundo sabía que Jack estaba colado por Lyndley. Ella tenía dieciséis años aquel verano, y creo que Jack tenía diecisiete, aunque parecía mayor. Lyndley decía que era porque pasaba mucho tiempo al sol trabajando en el barco de su padre. Era guapísimo. Lo habíamos visto antes, porque algunas de las trampas de los LaLibertie estaban cerca de Back Beach y Jack se había hecho cargo de ellas después de que su padre se metió en líos por dispararle a un cazador furtivo, lo que todavía era legal en Massachusetts en esa época pero seguía estando mal visto. Él nos había sonreído una vez cuando Lyndley yo le estábamos espiando desde la orilla, y las dos estuvimos a punto de caernos.

La afición de Cal por la bebida estaba totalmente descontrolada aquel verano, así que habíamos fijado las partidas del juego de la linterna «cuando el tiempo lo permitía». En realidad, eso significaba «cuando Cal lo permitía», lo que suponía que sólo jugábamos cuando Cal no estaba, que, de todas formas, era la mayor parte del tiempo. Él tenía una habitación en el club náutico Eastern y se quedaba allí la mayoría de las noches, porque le invitaban a las copas siempre y cuando ganara para ellos. Lo animaban a quedarse en el club, ya que de esa manera tenían cierto control sobre él, y se aseguraban de que al menos se presentaría a la competición del día siguiente. De esa manera también podían diluirle las bebidas si se ponía demasiado mal. O eso fue lo que Lyndley me contó. No estoy segura de cómo lo sabía ella.

Así que «cuando el tiempo lo permitía» pasó a significar «cuando la rampa estaba bajada», algo que los demás dedujeron rápidamente. No sé si relacionaron que la rampa sólo estaba bajada cuando el barco de Cal no estaba amarrado a nuestra plataforma. Si lo hicieron, nunca nadie lo mencionó, al menos a mí no.

De modo que resultó que jugamos casi todas las noches de ese mes de julio. La última vez que jugamos, éramos dieciséis, incluida una chica de otra de las islas de la costa, que Beezer había conocido en Pleon, el club náutico infantil. En realidad ella era demasiado pequeña para jugar, pero la dejamos participar de todas formas, sólo para tener otra chica y equilibrar un poco las cosas. Cuando había dos nuevos, normalmente lanzábamos una moneda para ver a quién le tocaría quedarse tirado, pero aquel año se dio por sentado que le tocaría a Willie Mays, porque la chica era demasiado pequeña y nos habríamos sentido mal dejándola tirada en la oscuridad.

Jay-Jay y Beezer se hicieron amigos de inmediato. Tanto que Beezer le enseñó a Jay-Jay algunos de sus escondites, algo que iba totalmente en contra de las reglas, pero le dejamos salirse con la suya; siempre dejábamos a Beezer

salirse con la suya en todo. Además, no eran escondites tan buenos, porque Lyndley y yo teníamos cogidos todos los que sí lo eran.

A menos que nos escondiéramos juntas, que lo hacíamos a menudo, Lyndley y yo teníamos territorios diferentes. Ella tenía el lado oeste de la isla, desde el diamante del campo de béisbol, y el resto, desde la laguna de agua salada, era mío. Ella salía ganando, porque sus sitios estaban más lejos y, normalmente, la persona que la ligaba no se alejaba tanto de casa por si la gente empezaba a correr para salvarse. Yo tenía menos terreno, pero mis escondites eran mejores. Tenía la rama de un árbol a la que solía subir y en la que nunca me encontró nadie, ni siquiera Lyndley. Ella solía ir y venir debajo del árbol, buscándome, sin molestarse nunca en levantar la vista, a pesar de que yo estaba sentada unos cuantos centímetros por encima de su cabeza.

Aquella noche ya habíamos jugado seis partidas, que era mucho para nosotros, porque teníamos muchos jugadores y les llevaba mucho tiempo correr para salvarse. Aunque ya habíamos decidido que Willie Mays sería quien se quedaría tirado, era casi imposible pillarle, así que Jack se dejó coger para poder tenderle una trampa a Willie. Jack nos dio instrucciones de quedarnos todos escondidos hasta que Willie Mays corriera para salvarse. Después, Jack contó hasta cien, apagó la linterna, y se sentó al lado del árbol a esperar a Willie. Llevó un rato, pero finalmente lo intentó, y cuando lo hizo, Jack, que lo había oído ir hasta allí, sencillamente se puso de pie al lado del árbol, encendió la linterna y lo pilló. Entonces, antes de que Willie tuviera tiempo de protestar, Jack gritó «todos salvados», y todos salimos de nuestros escondites.

Si Willie sabía que era una trampa, nunca dijo nada. Como el buen jugador que era, sencillamente fue hasta el árbol y empezó a contar. Cuando acabó, el resto intercambiamos miradas que significaban: «Ya está, el juego ha terminado», y nos marchamos a casa sin más. Los niños de la ciudad y los de las otras islas se dirigieron a sus barcos. Todo el grupo daba por sentado que tenían que remar más allá de la pequeña isla y entrar en el canal antes de encender los motores, porque el sonido se desplaza sobre el agua y no queríamos que Willie nos pillara.

Beezer y yo caminamos hasta casa sin decir una palabra, pero cuando llegamos, la luz de la habitación de May estaba encendida, y yo no quería entrar.

—Ve tú —dije.

—¿Adónde vas? —Me di cuenta de que Beezer estaba preocupado. Ese era su *modus operandi* aquel verano. Preocupación y frustración por mí y por todo lo que yo hacía.

—Simplemente no quiero entrar todavía.

—No puedes largarte sin más, sabes que ella lo odia.

—No lo sabrá.

—Tiene la luz encendida. No se ha acostado aún.

—Pero no saldrá de su habitación.

—Sí, pero ¿qué pasa si lo hace?

—Dile que has vuelto temprano. Cuéntale que yo todavía estoy jugando.

—No sé —dijo él—. Se supone que tienes que quedarte.

—Volveré, por el amor de Dios.

Estaba empezando a enfadarme, y Beezer lo sabía.

Miró hacia la casa de Lyndley, suponiendo que era allí adonde me dirigía.

—Se supone que no puedes ir allí —dijo él.

—Bueno, pues voy a ir.

Me lanzó otra mirada preocupada.

—Él ni siquiera está en casa —añadí, refiriéndome a Cal.

Él lo sabía, pero eso no borró su entrecejo fruncido.

—Le diré que todavía estás jugando —dijo, como si se le hubiera ocurrido a él decir eso.

—Buen chico.

—No seas mala conmigo —replicó él—. Sólo intento protegerte.

Entonces me sentí realmente mal, porque estaba segura de que lo decía en serio. Pero yo no temía la ira de May. Hacía bastante que ya no le tenía miedo a mi madre.

Beezer dirigió una mirada preocupada en dirección al muelle, después dio media vuelta, entró y apagó la luz del porche como si yo ya estuviera en casa. Era un chico listo, un buen chaval. Me senté durante un rato en el porche sólo para asegurarme de que no había moros en la costa, y después decidí ir hasta casa de Lyndley para tratar de convencerla de que fuera hasta Willows conmigo. De vez en cuando hacíamos eso, cuando las dos nos sentíamos lo bastante valientes como para escaparnos. A veces nos montábamos en los autos de choque o ganábamos dinero en el juego de los cigarrillos, porque a pesar de que tenías que tener dieciocho años para jugar, les gustábamos a los tipos que trabajaban allí y nunca nos pidieron el documento de identidad.

Decidí ir por el camino de atrás. Como vi el haz de luz de la linterna en el camino, estaba segura de que Willie Mays todavía seguía dando vueltas por allí, buscándonos. Cuando se dirigió a la laguna de agua salada, yo crucé las

dunas y volví al camino habitual. Me quité las zapatillas antes de llegar al porche de los Boynton. Desde allí veía a la tía Emma, que estaba sentada cerca de la ventana, leyendo a la luz de las velas. «Lyndley debe de estar arriba», pensé. Podría haber ido hasta la puerta y haber llamado, mi tía se habría alegrado de verme, pero quería que Lyndley se escabullera, porque la tía Emma nunca nos permitiría ir a la ciudad tan tarde. Además, Cal no dejaba que Lyndley fuera a los Willows de ninguna de las maneras. Caminé de puntillas hasta llegar a la puerta de atrás y la abrí con tanta suavidad que la cerradura ni siquiera hizo clic.

Subí por la escalera trasera. Sabía de antemano que el tercer escalón crujía, así que lo evité. Cuando llegué arriba, vi que la habitación de Lyndley estaba a oscuras. No era una gran novedad. Lyndley nunca encendía las velas, quería que todo el mundo pensara que ya estaba dormida. Caminé hasta su cama. No estaba allí. Sabía que no estaba en el piso de abajo porque había mirado por las ventanas al pasar. Imaginé que seguramente estaría en el baño, así que me senté en la cama y esperé a que volviera.

Llevaba sentada unos cinco minutos cuando oí algo en el porche. Supuse que Lyndley se había quedado atrapada y había tenido que volver por Back Beach para sortear a Willie Mays, pero ella me había hecho nuestra seña secreta y yo la había visto salir en dirección a su casa, así que me parecía extraño. Entonces oí la voz de Cal abajo y me quedé helada.

Hablaba alto, se notaba que estaba enfadado y muy muy borracho. Estaba despotricando sobre algo. Me llevó un rato darme cuenta de que estaba gritando a causa de Willie Mays, exigiendo saber de quién era el barco que estaba amarrado en el muelle. La tía Emma le juró que no lo sabía, lo que no sirvió en absoluto para tranquilizarlo.

—¡Dime quién es él! —Cal había levantado la voz, lo que le hacía parecer el marido celoso que era, uno de esos tipos que creen que su mujer tiene un hombre escondido en el armario o algo por el estilo.

Tenía miedo de que le pegara, algo que ya había hecho antes en más de una ocasión. Yo deseaba que Lyndley volviera, porque no tenía ni idea de qué hacer en esa situación. Estaba pensando en saltar por la ventana. Me di cuenta de lo que estaba a punto de suceder, y sabía que las cosas no iban a mejorar si Cal me encontraba allí. Podía evitarlo si saltaba, pero había mucha distancia hasta el suelo y abajo había un saliente. No obstante, creía que por lo menos debía correr y avisar a May; la escalera trasera sería la mejor opción.

Entonces, sucedió. Hubo un fuerte impacto y después un minuto de silencio. Yo estaba esperando que la tía Emma gritara, pero no se oyó nada. Después oí unas pisadas en los escalones y, de repente, antes de que tuviera la oportunidad de pensar qué había pasado, Cal estaba en el piso de arriba, en el distribuidor, buscando a Lyndley. Me cogió por sorpresa. Todo fue tan de prisa… Nunca había visto a Cal moverse tan rápidamente, me di cuenta de que lo impulsaba la rabia. Sentía su furia desde donde estaba. Podía palpar sus sentimientos en la mente si lo deseaba, pero eso era lo último que quería. Incluso desde allí veía que eran pensamientos oscuros y horribles, que me

revolvieron el estómago.

Sentí la imperiosa necesidad de huir y correr, pero era demasiado tarde. Ya no podría alcanzar la escalera trasera, no podría dejarlo atrás al otro lado de la habitación, la ventana estaba abierta, las cortinas se agitaban suavemente con la brisa como en cualquier otra noche tranquila en la que no sucedía nada fuera de lo común. Veía el océano a través de la ventana, el agua negra titilaba a la luz de la luna y producía una ilusión óptica. Parecía como si pudiera sumergirme sin más en esa agua hermosa a través de la ventana y estar fuera de allí, pero, naturalmente, no podía, estaban las rocas. Aun así, prefería jugármela con las cornisas que con Cal y el terrible silencio de abajo, donde debería haber estado la voz de la tía Emma. Durante un segundo fugaz, sentía un pánico tan atroz que estuve a punto de saltar por la ventana, pero algo en mi interior me dijo que no me moviera, que me quedara en la oscuridad con la espalda pegada a la pared que estaba al lado del enorme y viejo armario. Cal no tenía una luz que encender, porque en aquella casa no había electricidad. Ya me había fijado en que no había cogido una linterna ni nada, ni siquiera una vela. Y entonces supe que Lyndley no estaba en casa porque si hubiera estado, ya estaría abajo, cogiendo un cuchillo o lo que fuera y yendo ella misma a por Cal.

«No hagas el más mínimo ruido», oí que me decía una voz en mi cabeza, y entonces supe que ésa era mi única opción. Pegué la espalda contra la pared fría, clavé la vista en la ventana deseando estar en cualquier parte que no fuera aquel lugar, y de repente noté que entraba en la habitación.

Cal atravesó la estancia como un torbellino hasta la cama de Lyndley y, literalmente, la desmontó, lanzando las sábanas y las almohadas por los aires. De su boca salían obscenidades a borbotones, las peores palabrotas que yo conocía, y otras que no había oído jamás. «¿Dónde cojones está?», le gritó, medio gruñó a mi tía, pero no se oyó respuesta alguna desde el piso de abajo.

Estrelló contra el suelo el candelabro de cristal tallado, que se hizo añicos. Una esquirla golpeó mi pierna, y durante un segundo sentí el pinchazo. Después sentí la humedad en el lugar donde comenzó a sangrar. No podía agacharme ni hacer nada, y recuerdo haber albergado la esperanza de que Cal no oliera la sangre, ni el miedo, como los perros.

—¡Puta! —le vociferó a la cama vacía—. ¡Puta provocadora!

Dio una vuelta sobre sí mismo como si hubiera notado una presencia y yo traté de poner la mente en blanco para hacerme invisible. Cerré los ojos con fuerza para bloquear mis pensamientos. «No te muevas, ni siquiera respires», dijo la voz, y entonces mi mente se quedó en blanco.

Funcionó. Lo siguiente que recuerdo es que Cal estaba bajando la escalera a la carrera y que luego salió por la puerta principal.

Yo bajé por la escalera de atrás y salí de la casa antes de que él hubiera llegado al porche. Miré por la ventana del comedor al pasar a toda velocidad junto a ella y vi a la tía Emma en la butaca; ya estaba sentada, pero parecía mareada. Tenía sangre en un lado de la cara, y estaba intentando ponerse de

pie, indecisa, sujetándose en el brazo del sillón para apoyarse. Por la expresión de su rostro, por el temor de sus ojos, me di cuenta de que estaba pensando en Lyndley y en qué iba a suceder si Cal se encontraba con ella. Incluso herida, sus instintos maternales eran fuertes. Pero ella no era lo bastante fuerte para eso; nunca lo había sido.

Se las arregló para llegar hasta la puerta, al porche, gritándole a su espalda, diciéndole que dejara a Lyndley en paz, que no era lo que él pensaba, que ella le había mentido antes al decirle que Lyndley se había quedado en casa esa noche. Le había dado permiso a Lyndley para salir y jugar, dijo, nada más.

—Por el amor de Dios —le gritó a la silueta que avanzaba agresiva por los caminos—. Por el amor de Dios, ¡no son más que niños!

Pero el viento soplaba en dirección contraria a ella y su voz era débil; no llegaría. Y, por otro lado, Cal ya se había marchado.

Yo no creía que Lyndley estuviera jugando todavía. Me había hecho la seña de que se iba a casa. Nos habíamos despedido con la mano y yo la había visto echar a andar hacia allí.

No tenía ningún sentido que todavía estuviera jugando. Incluso Willie Mays se había rendido a esas alturas. Desde el porche lo veía descendiendo por la rampa, con la linterna subiendo y bajando mientras él se subía en el barco y arrancaba el motor. Vi las luces de posición cuando se alejó del muelle. Durante un instante deseé que Lyndley se hubiera ido con él, así estaría a salvo de Cal, al menos por el momento. Pero no era así. Lyndley todavía estaba escondida en algún sitio, y Cal sería quien la encontrara si yo no hacía algo de prisa.

Busqué en los lugares de siempre: la cueva de Back Beach, la cueva en la que vivían los perros. También probé en la laguna de agua salada; ni siquiera era su territorio, pero ella iba allí a veces, cuando tenía ganas de hacer trampa, algo que le sucedía casi siempre. Incluso lo intenté en la perrera de piedra y en el parque de juegos que había debajo de la escuela roja, a pesar de que ése era un sitio que me gustaba más a mí que a ella. Durante todo el tiempo yo trataba de enviarle mensajes por telepatía, algo que normalmente funcionaba si ella estaba atenta, pero Lyndley no estaba escuchando, esa noche, no.

Finalmente, ascendí hasta lo alto de las rocas, al lado de la torre de agua. Veía las gaviotas emprendiendo el vuelo y alejándose de Cal mientras él pasaba junto a los cubos de basura que había en lo alto del muelle. Se dirigió al camino que daba al pinar, y recé por que, por una vez, Lyndley no estuviera haciendo trampas y estuviera escondida en su territorio.

Estaba desesperada. Tenía que encontrarla antes de que Cal lo hiciera, pero Lyndley era la mejor en el juego, y no tenía ni idea de dónde podía estar. Entonces hice algo inusual. En lugar de mirar al suelo, levanté la vista hacia las estrellas. Las miré fijamente hasta que dejé de verlas por completo y todo se difuminó formando una trama de encaje y las estrellas desaparecieron del todo. Entonces, cuando todo había desaparecido, tomé esa visión borrosa y volví a enfocar la vista hacia abajo. Cuando lo hice, cuando enfoqué la vista de

nuevo, vi a Cal en la escuela roja, e incluso lo oí llamarla a través de la puerta. Vi a mi madre, May, que se había quedado dormida leyendo en su habitación, y a Beezer sentado a la mesa, en el comedor, intentando aguantar despierto hasta que yo volviera. Vi a tía Emma sentada en el escalón más alto del porche, demasiado mareada para permanecer de pie, sujetándose en la barandilla. Vi a los perros amarillos, cientos de ellos, durmiendo en sus cuevas en Back Beach, con sus cabezas y sus colas amontonadas juntas, su pelaje sobre las piedras como si alguien hubiera extendido una enorme alfombra sobre la playa. Podía ver toda la extensión de la isla, el ocho completo: las casas, los acantilados y el océano más abajo. Entonces, más allá del diamante del campo de béisbol, en otra arboleda, vi algo brillar. No tenía ni idea de dónde procedía el destello. Quizá Lyndley había encendido un cigarrillo, porque ése era un sitio al que solía ir a fumar a veces, en un viejo coche abandonado. Tal vez era la luz de la luna, que parecía estar iluminando toda la isla. Pero definitivamente algo brillaba. No podría haber sido más claro que si la estrella polar o una flecha de dibujos animados hubiera salido del cielo y hubiera señalado el coche con una gran señal luminosa que dijera «¡Lyndley! ¡Lyndley! ¡Lyndley!».

Descendí como pude por las rocas y corrí hacia el otro extremo de la isla, hacia el coche, tan de prisa como era capaz, consciente de que en cualquier instante Cal saldría de la escuela roja y se dirigiría al diamante del campo de béisbol.

Crucé por el centro del campo. No podía respirar. Tropecé y metí el pie en una madriguera de conejo, estuve a punto de caerme, pero corría tan de prisa que mi pie no se hundió mucho y pude recuperar el equilibrio y continuar. Me estaba acercando. Veía el coche con claridad, tenía las dos ruedas de atrás atoradas en el barro. El padre de May y sus amigos lo habían llevado allí en una barcaza, después se atascó y lo abandonaron para siempre en medio del campo. La hierba estaba creciendo alrededor de los neumáticos desinflados y podridos tiempo antes, dentro de las llantas, como si el coche hubiera salido de la tierra, hubiera muerto allí y ahora la naturaleza estuviera recuperándolo.

Cuando llegué junto al vehículo vi que las ventanillas estaban empañadas. Alargué la mano para coger el tirador de la puerta, la línea de meta, y abrí.

Al principio no sabía qué estaba viendo. Todo eran brazos y piernas en movimiento, intentando sentarse. Entonces enfoqué la vista y me di cuenta de que sí, de que era a Lyndley a quien estaba viendo, y no estaba sola.

—¡Maldita sea, Towner, cierra la puerta! —dijo ella, y vi a Jack luchando por encontrar su ropa para cubrirse.

—¡Cal ha vuelto! —jadeé. Y por la forma en que lo dije, ella supo que algo iba mal.

Entonces, como una idiota, cerré la puerta y me quedé de pie esperándolos, más impresionada por lo que acababa de ver que por el peligro que suponía el propio Cal.

El bate de béisbol impacto con fuerza, reventó la luna del coche y desperdigó los cristales por todas partes. Lyndley gritó, herida, sangrando por los cortes y, de repente, Jack estaba fuera del coche, preparado para luchar por ella. Preparado para matar a Cal si era necesario, deseoso de hacerlo.

Cal regresó a la sombra, para rumiar su siguiente movimiento. Tenía que hacer algo de prisa, me dije. Ya había visto la rabia de Cal, y las entrañas me decían que, sí eso se convertía en una lucha a muerte, sería Jack y no Cal quien moriría.

Corrí más rápidamente que en toda mi vida. Corrí para ir a buscar a May, para traerla con su arma.

May se quedó de pie, congelada en el tiempo y el espacio, apuntando a Cal.

—Vestíos —dijo.

Lyndley y Jack se agacharon para recoger su ropa.

—Es a él a quien deberías disparar —dijo Cal.

Pero May no lo estaba escuchando; ella miraba fijamente el bate que tenía a un lado.

—Te equivocas por completo con todo esto —dijo Cal, buscando una brecha—. Yo sólo estaba intentando defenderla. No tienes ni idea de qué estaba pasando aquí.

Jack se puso la camisa.

—Vete a casa —le dijo May.

Él hizo un amago de protestar, pero ella no estaba dispuesta a consentírselo.

—Eres un tipo asqueroso —le espetó Cal—. ¡Eres basura!

Vi cómo se tensaban los músculos del cuello de Jack, mientras daba media vuelta y avanzaba hacia él.

May sostuvo el rifle apuntando a Cal, pero le hablaba a Jack:

—¡Vete!

Jack esperó el asentimiento de Lyndley, cogió su chaqueta y echó a andar en dirección al muelle. Le costó todo cuanto tenía dejarla allí, pero lo hizo.

—Adelante, dispara —le dijo Cal a May—. Te colgarán, a ti y a toda tu maldita familia.

Incluso mientras lo decía, sabía que se equivocaba.

Ella cargó el rifle. Iba a hacerlo.

Entonces vi a la tía Emma subiendo por la cuesta. Tenía problemas para caminar. Se obligaba a avanzar. La mandíbula le colgaba a un lado, magullada, la sangre le corría por un costado de la cara. Se paró en seco cuando nos vio.

—No —dijo—. Oh, Dios mío, por favor, no.

Cal se dio cuenta de que era su única oportunidad, y la usó a la perfección. Con remordimiento y preocupación, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Yo casi esperaba que le preguntara quién le había hecho aquello, qué clase de monstruo.

—Oh, Dios santo —exclamó—. Oh, Dios santo, Emma. —Lloraba de verdad.

Dio un paso en dirección a mi tía.

—No la toques —le advirtió May apuntándolo con el rifle.

Cal se quedó helado. Había ido demasiado lejos y lo sabía.

La tía Emma se colocó entre ellos, arremetiendo contra el rifle con las pocas fuerzas que le quedaban, y cayó al suelo.

Fue May quien se agachó para ayudarla, no Cal. El gesto fue automático, instintivo. Cualquier persona de bien lo habría hecho.

Yo alargué la mano hacia el arma. Quería acabar con él pero, cuando la cogí, Cal ya se había ido.

—¡No vuelvas nunca más! —le gritó May—. O juro que te mataré.

Pero era demasiado tarde. Ella había perdido su oportunidad.

Nos quedamos juntas en el punto muerto, donde el pasado, el presente y el futuro se unen. Por un momento tuve una visión del futuro. De cómo habrían cambiado nuestras vidas si hubiéramos aprovechado la oportunidad que se nos había dado. Pero entonces, como todas las visiones, desapareció tan rápidamente como había venido, y nos quedamos con la realidad.

Allí estaba la tía Emma, en el suelo, con la mandíbula desencajada descansando sobre su cuello. Había cosas de las que ocuparse. No en el futuro, sino allí, en ese instante.

La tía Emma tenía la mandíbula rota, los dos ojos morados y múltiples laceraciones. Le dieron diecisiete puntos en el párpado izquierdo y en la mejilla. Los médicos del hospital la derivaron a un cirujano plástico, pero ella nunca fue a verlo. Se negó a presentar cargos. Mi madre intentó presentarlos por ella, pero May no era testigo presencial, y aunque yo había estado en la casa y había oído todo lo que había pasado esa noche, técnicamente tampoco

era testigo ocular, más que nada porque mi tía lo negaba todo y le explicó a la policía que se había caído por la escalera. Tanto Eva como May presionaron a las autoridades, intentaron conseguir por lo menos una orden de alejamiento contra Cal, pero sin la cooperación de mi tía no había manera. Cal era el héroe local. Las ciudades de Salem y Marblehead se lo disputaban como propio; todo el mundo apostaba por que sería el capitán de la siguiente Copa América. Eso habría sido bueno para Marblehead, que estaba perdiendo a toda velocidad su reputación como capital mundial de la navegación en favor de Newport y San Diego. Dado que, de todas formas, Cal se iba a Florida al cabo de unos cuantos días, la policía dijo que creían que el «problema estaba zanjado». Habían hablado con él, dijeron, y él les había asegurado que se quedaría en el club hasta que llegara el momento de partir.

Con el consentimiento de latía Emma, Eva movió algunos hilos y logró inscribir a Lyndley en el colegio Miss Porter. Cal estaba lívido. Amenazó a Eva, amenazó a mi madre. Una noche llamaron a la policía cuando un vecino lo oyó gritar delante de la casa de Eva, pero Eva le dijo a la policía que todo estaba bien, que ella y Cal sólo estaban teniendo una «pequeña charla». Ella le hizo pasar y le preparó una taza de té.

La «pequeña charla» incluyó un recordatorio para Cal de que Eva tenía la segunda hipoteca de la casa de Florida, una desafortunada situación que se había hecho necesaria después de que unos negocios con algunos compañeros de navegación fueran mal. Le aseguró a Cal que el Miss Porter contribuiría a disciplinar a Lyndley, quien a ojos vistas se estaba descontrolando por momentos. También le hizo notar a Cal que difícilmente podría vigilar a su hija mientras capitaneaba el equipo de la Copa América. Le recordó que era su gran oportunidad para alcanzar la fama.

—La oportunidad sólo llama una vez a tu puerta —eso fue lo que le dijo.

Bajó la vista a una pieza de encaje al decirlo, y ni siquiera Cal fue capaz de contener su avidez.

—¿Qué ves? —Tenía que saberlo.

—Veo que no puedes permitirte distracciones, que ésta es tu gran oportunidad para destacar verdaderamente.

—Pero ¿voy a ganar? —No pudo evitar preguntarlo.

Eva se limitó a sonreírle.

—No voy a decirte eso —le dijo ella—. Perdería toda la gracia si te lo digo ahora, ¿no?

Finalmente, Cal accedió a que Lyndley asistiera al colegio Miss Porter con la condición de que Eva pagara la matrícula y el resto de los gastos, y ella le aseguró que lo haría. Pero al verano siguiente, dijo él, después de que ganara la copa, sacaría a su hija de ese colegio para que terminara sus estudios en casa.

—Por supuesto —asintió Eva, como si no tuviera nada que objetar—. Después de que ganes la Copa América, querrás que toda la familia esté reunida.

No sé si fue un desliz o estaba siendo intencionadamente taimada, pero eso era exactamente lo que Cal quería escuchar.

—O tal vez —dijo ella—, tu fama te brindará nuevas oportunidades.

Cal estaba intrigado.

—¿Qué clase de oportunidades?

—Nunca se sabe —repuso ella—. Podría ser algo en el oeste, o en los medios de comunicación.

Él se dejó llevar.

—Tenemos todo un año para descubrirlo —añadió Eva.

Cal se marchó de su casa sonriendo para sus adentros. Algunos días después se fue de la ciudad con escolta policial y con toda la fanfarria de los clubes que lo patrocinaban, pero sin despedirse de su familia, lo que, dadas las circunstancias, fue lo mejor para todo el mundo.

Sin embargo, esa renovada confianza en sí mismo no duró mucho.

May preparó una habitación en nuestra casa para Emma, que era más una hermana de verdad que una medio hermana. La casa de la tía Emma no estaba equipada para el invierno, y si iba a quedarse en el norte, tendría que ser con nosotros o con Eva. Mi madre estaba tan contenta de tenerla como huésped que nadie se atrevió siquiera a sugerir que la casa de Eva sería la elección más lógica. Después de todo, ella era su madre. Pero May se ocupó de las heridas de Emma. Le preparó batidos helados para beber hasta que le quitaron los hierros de la mandíbula. Nunca he visto a May tan contenta como las semanas que estuvo cuidando a mi tía. Puede que May no fuera una gran madre pero, al parecer, era enfermera por naturaleza.

Entonces, las cosas comenzaron a cambiar. La semana después del Día del Trabajo, la lancha del club náutico vino a la isla a traer una carta. Estaba dirigida a mi tía y el sobre estaba lacrado con el emblema del club. Creyendo que se trataba de algún tipo de invitación, como las que yo recibía de Hamilton Hall o de otros grupos, se la entregué en mano.

Era una invitación, sí, pero no del tipo que yo esperaba.

«Vuelve conmigo. Te juro por Dios que nunca volveré a hacerte daño. No quiero vivir la vida sin ti», decía.

La renovada confianza de Cal había durado menos de una semana.

La tía Emma tenía preparadas las maletas a la mañana siguiente. Llamó un

taxi acuático antes de que May siquiera se hubiese levantado.

Mi madre la alcanzó en el muelle. Intentó arrastrar las maletas de vuelta, y ella y Emma se pelearon de verdad. Era como una escena sacada de una película mala, y una de las asas de la maleta de cuero de mi tía se rompió casi del todo.

—Déjame en paz —dijo tía Emma con los dientes apretados—. ¡Déjame irme!

—¡Estás loca! —repuso May—. No sabes lo que estás haciendo.

—Es mi marido.

—Sólo intenta manipularte.

—Me necesita.

—Por favor.

—Me quiere.

«Las mujeres son tan estúpidas…». Eso era lo que May estaba pensando, no le cabía en la cabeza que estuviera sucediendo todo aquello. Ella sabía que tenía que subir su apuesta.

—¿De la misma manera que «quiere» a tu hija?

—¿Qué se supone que significa eso?

El silencio de May lo dijo todo.

—Cuéntamelo —pidió mi tía—. Dime qué has querido decir con ese comentario.

—Abre los ojos —dijo May.

—Eres una mujer enferma, una pervertida —replicó la tía Emma.

May no dijo nada.

—Das asco —le espetó mi tía.

—Y tú estás ciega.

El mundo pareció detenerse por un momento mientras el impacto de las palabras escogidas por May calaba en mi tía.

—No me extraña que odiara estar aquí —dijo tía Emma—. No me extraña que tuviera que marcharse… Lo acusas de cosas terribles. De cosas atroces.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que la saque del colegio? ¿Una

semana? ¿Un mes?

—No quiero oír esto.

—Al menos piensa en tu hija.

Mi tía cogió su maleta y la tiró al barco.

—De acuerdo —dijo May—. Si decides comportarte como una estúpida, no puedo detenerte. Pero no toleraré que pongas a tu hija en peligro.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que, si intentas traerla de vuelta, te detendré.

—Creo que no eres la persona más adecuada para hablar de poner a un niño en peligro. —Miró más allá de donde yo estaba, en dirección a Beezer, que acababa de aparecer en lo alto del muelle, con el inhalador en la mano.

—Vamos —me dijo May, comenzando a caminar por el muelle.

No la seguí. Me quedé en el muelle observando fijamente a mi tía. No me podía creer que se estuviera yendo de verdad; parecía imposible. Nos quedamos mirándonos la una a la otra, y ella debió de leer lo que yo estaba pensando, porque fue la que apartó la vista primero, volviéndose para coger la maleta rota, arrastrándola y empujándola al interior del barco. El capitán la agarró. Vi cómo él se percataba de las heridas de la cara de ella, que estaban empezando a difuminarse hacia el amarillo, como la ictericia.

Mi madre se dio media vuelta cuando llegó a lo alto del muelle.

—¡Vamos! —me gritó, dando una palmada como si yo fuera uno de los perros —. ¡Ya!

May caminaba por delante de nosotros de vuelta a casa. Beezer me esperó. Inhaló una vez más.

Beezer me cogió del brazo mientras andábamos, justo a tiempo para evitar que cayera en una madriguera de conejo. Era un agujero que no había visto nunca, en el medio del camino, y era peligroso. Me sorprendió verlo allí. Yo creía que conocía todas las madrigueras que había, pero ésa era nueva. Los conejos debían de haberla excavado la noche anterior, mientras todo el mundo dormía.

Oí el barco zarpar, pero no me volví. Estaba tratando de no pensar qué significaba. No me podía creer que la tía Emma se marchara de verdad. No me podía creer que todo fuera a acabar así.

Del invierno al verano…

Me gusta el hospital. Me gusta estar aquí. Me siento segura, pero echo

muchísimo de menos el olor del océano. Sólo quería decirlo.

Estoy intentando recordar qué pasó aquel invierno, pero no puedo. La mayor parte de mi memoria ha desaparecido por la terapia de *electroshock* . Sólo recuerdo pasar mucho frío y estar muy sola. No creo que supiera nada de Lyndley. No lo recuerdo.

La siguiente vez que recuerdo haberla visto fue el verano posterior. El tiempo era maravilloso el día que ella llegó. Al fin había entrado en calor.

Cuando acabó el curso, Lyndley volvió a Salem sola.

Dado que ni Cal ni tía Emma habrían permitido que Lyndley se acercara ni remotamente a May, mi hermana se alojaba oficialmente con Eva en las habitaciones que más tarde se convertirían en las mías. Pero, de todas formas, Lyndley vino a la isla. Se pasaba todo el tiempo yendo y viniendo de la isla a tierra, y nadie sabía con certeza dónde dormía cada noche, así que nadie se preocupaba de veras si no aparecía, lo que a Lyndley le convenía. Cuando se quedaba en la isla, dormía en la habitación que May había preparado para la tía Emma.

Estaba más feliz de lo que nunca la había visto. Lyndley era libre. Le había gustado el colegio y estaba deseando cursar su último año. Tenía una ligereza que nunca había visto en ella, y su natural tendencia salvaje se había desatado. Siempre había sido guapa, pero entonces era magnética. De la misma manera que lo era May. El comienzo de una leyenda. Todo el mundo quería estar con ella. Yo tenía que luchar para conseguir mi parte.

—Vamos a Harvard Square —propuso Lyndley un día, y yo no dejé pasar la oportunidad—. Coge tu chaqueta —dijo—. Más tarde refrescará.

Fuimos en autobús hasta Haymarket, tardó una eternidad, y después en tren hasta Harvard Square. Hacía más calor en la ciudad, y Lyndley cambió mi chaqueta por un par de sandalias de cuero trenzado a un mendigo *hippy* porque le dolían los pies. Pero las sandalias eran una talla más, así que iba descalza menos cuando entrábamos a alguna tienda, como la *grow shop* que encontró. Entonces, se ponía las sandalias y chancleteaba, haciendo ruidos parecidos a pequeños pedos mientras caminaba. Los chicos del mostrador lo estaban disfrutando de lo lindo, pero los chicos siempre disfrutaban de cualquier cosa que hiciese Lyndley porque era muy guapa; además, tenían los ojos muy rojos, así que creo que estaban fumados, lo que hace cualquier cosa divertida. Cada tanto, cuando el ruido era verdaderamente escandaloso, ella se ponía roja y decía «Perdón» o «*Pardonnez-moi, s'il vous plaît* », y ellos estaban a punto de caerse de la silla. Cuando nos fuimos, Lyndley había conseguido un veinte por ciento de descuento en un sari de seda y un descuento total en unos librillos de papel de fumar que ellos fingieron no ver cómo ella se metía en el bolsillo. Consiguió todo eso porque le había prometido a uno de los chicos que le daría su número de teléfono; un buen trato, ya que Lyndley ni siquiera tenía teléfono. Ella esperaba que él lo olvidara, pero nos siguió a la calle con un bolígrafo, y Lyndley terminó apuntando el número de teléfono de Eva en el brazo del chaval.

—Eh, ¿cómo te llamas? —le gritó él a la espalda, tropezando con el bordillo mientras intentaba leer lo que tenía en el brazo.

—Eva Braun —respondió ella.

Lyndley creyó que aquello era muy divertido, pero el chaval no pilló la broma, y yo no me estaba riendo, no sólo porque no tenía ninguna gracia, sino porque además estaba empezando a enfadarme por lo de la chaqueta, aunque lo cierto es que no me gustaba especialmente. Incluso yo sabía que no cambias una chaqueta de cincuenta dólares por un par de sandalias que valen diez. Era estúpido y punto.

Cuando nos marchamos de allí, estaba segura de que Lyndley también se sentía mal por eso, porque me llevó a Marimekko, donde iba a comprarme algo, pero todo le parecía demasiado alegre, o en cualquier caso eso fue lo que me dijo, así que fuimos al muelle I, y ella compró cubrecamas indios para las dos. Iba a cortar el suyo y a hacer unos pantalones, dijo, porque Eva tenía una máquina de coser que podía utilizar. Pero yo no tenía que hacerme un pantalón con el mío, añadió; podía quedármelo como cubrecama si quería.

En otra *grow shop* más adelante, vi un par de pendientes que eran realmente bonitos, y se los enseñé a Lyndley, que los compró también, pero no para mí, sino para ella. Me molestó que había sido yo quien los había descubierto, no que no me los comprara a mí —ya me había comprado demasiadas cosas—, pero sí que tuviera que comprarlos. Cuando me preguntó qué me parecían, le dije que le quedaban bien, pero ella se dio cuenta de que yo estaba enfadada.

—¿De dónde sacas tanto dinero? —pregunté.

—Eva me da una paga —dijo ella—. No sabe cuánto necesita un niño, así que me da demasiado.

La miré. Ella notó que la estaba juzgando. Todos somos lectores, incluso Lyndley, a quien le gusta fingir que no lo es.

—Vamos, compremos incienso —dijo cogiéndome del brazo.

Lyndley compró unas cuantas varas de plumería y una camiseta morada desteñida. Cuando hicimos una parada en Tivoli para tomar un té oolong y un Earl Grey, también los pagó, pero ambas estuvimos de acuerdo en que no eran muy buenos, porque no calentaban las teteras como Eva cuando nos preparaba té.

Tomamos el autobús de vuelta a Marblehead, nos bajamos en Fort Sewall justo cuando el sol se estaba poniendo, mientras los toques de los cañones de los clubes náuticos resonaban a nuestro alrededor. Bajamos corriendo la escalera hasta el whaler, que habíamos amarrado en el sitio de alguien, y, afortunadamente, seguía allí. Estábamos de vuelta en la isla en el mismo momento en que May apareció en lo alto del muelle. Lyndley perdió una de las sandalias al correr por la rampa, como Cenicienta o algo por el estilo, pero ella volvió a buscarla en lugar de dejarla atrás para que la encontrara algún

príncipe.

—Creía que estabais en Salem —nos dijo May. Estaba segura de que había estado mirando de dónde venía el barco.

—Marblehead.

—Me dijiste Salem.

—No, no te lo dije.

Nos miró, después miró la bolsa, y a continuación la sandalia de Lyndley. Durante un segundo realmente temí que nos pidiera que le enseñáramos qué había en la bolsa, yo esperaba que Lyndley todavía tuviera el papel de fumar en el bolsillo y no lo hubiera pasado a la bolsa o algo así, pero May no preguntó. En cambio, comenzó a subir la rampa.

—La próxima vez que lleguéis tarde —advirtió—, la subiré y tendréis que dormir en la plataforma toda la noche.

Mi madre era tan excéntrica.

Hizo frío y llovió. Durante los siguientes días, nos quedamos en casa jugando al *gin rummy* con Beezer, que estaba empezando a tener problemas respiratorios. Lyndley siguió intentando animarlo dibujándole tatuajes de mentira en los brazos con un bolígrafo, coloreándolos, un fénix en un brazo y un tiburón asesino en el otro. Entonces sacó su bloc de esbozo y dibujó una serie de *Skybo* tumbado en la alfombra, pero él estaba soñando y no dejaba de agitar las patas, así que finalmente Lyndley se dio por vencida y comenzó a escribir su nombre una y otra vez con diferentes estilos, tratando de dar con un nuevo estilo de caligrafía que fuera con ella.

El jueves, Lyndley estaba ansiosa por salir, y May necesitaba comida y efedra para los resuellos de Beezer, así que nos ofrecimos a ir a la ciudad. Eva estaba a punto de irse cuando llegamos nosotras, pero tenía la efedra y otras hierbas preparadas para que nos las lleváramos, así como algo de té. Entonces, Lyndley le preguntó si podíamos coger prestados algunos de los muebles viejos de la caballeriza, ya que estábamos.

—¿Queréis mis muebles?

—Sólo trastos viejos. Cosas que ya no quieras.

—¿Con qué propósito? —Noté que Eva se había puesto alerta, preguntándose en qué andábamos. Me miró a mí para hacer una lectura mejor de la situación, pero estaba claro que yo no tenía ni idea de qué tenía mi hermana en mente, así que mis pensamientos no le dijeron nada.

—Vamos a reformar la casa de juegos —dijo Lyndley—. Está como si le hubiera caído una bomba encima.

Era una de las expresiones de Eva, y Lyndley la había empleado para ganarse su favor. Aun así, se notaba que Eva sospechaba: hacía años que no habíamos tocado la casa de juegos. La observé reflexionar sobre la idea.

—Hay algunos trastos amontonados en la caballeriza. Si queréis llevároslos, es cosa vuestra. Me ahorraré pagarle a alguien para que lo haga.

Lyndley le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, gracias, gracias —dijo, y fue hacia la puerta—. Eres una mujer maravillosa y una gran persona.

Eva se detuvo, como si se hubiera acordado de algo.

—Por cierto —dijo—, un chico llamó anoche aquí y me pidió una cita. Doy por hecho que te buscaba a ti.

Eso detuvo a Lyndley.

—¿Qué dijo?

—Dijo que me había conocido en una tienda en Cambridge y que podía conseguir un coche para el próximo jueves por la noche si quería salir y «darle a la sin hueso».

—¿Qué le contestaste? —Lyndley estaba intentando no reírse.

—Le dije que estaba ocupada el resto del verano.

Eso le hizo soltar una carcajada.

—Muy bueno —dijo—. Verdaderamente bueno.

—Dalo por terminado —replicó Eva.

—¿Qué? —preguntó Lyndley.

—Se han acabado los viajes a Boston —contestó Eva. Después, lo pensó un instante y añadió—: Más concretamente, no más allá de la ciudad y la isla. Y considérate afortunada. Si tu madre se entera de que has ido a Yellow Dog Island, me matará.

—Vale —asintió Lyndley en voz baja.

—Y quiero saber de antemano dónde te quedas cada noche —siguió Eva.

—Vale.

Mi tía estaba esperando.

—Desde ya —añadió al ver que Lyndley no contestaba al pie que le había dado.

—En la isla —contestó mi hermana—. Por esta noche.

—De acuerdo. —Eva asintió y fue hacia la puerta, dejando a Lyndley allí plantada, ligeramente sorprendida—. Y, por cierto, se pronuncia *Ava* Braun, no Eva Braun. Y esa referencia no tiene ni la más mínima gracia.

De lo único que yo estaba segura era de que allí estaba sucediendo algo más. Nunca había visto a mi tía tan cortante.

Le sujeté la puerta abierta, y ella salió sin un gracias ni una mirada.

Cuando estuvo lo bastante lejos, me volví hacia Lyndley.

—No me puedo creer que le dieras el teléfono de verdad —le dije.

Ella se encogió de hombros. Para lo lista que era, a veces Lyndley se comportaba como una verdadera estúpida.

—Venga —dijo finalmente—. Vamos.

—¿Adónde?

—A arreglar la casa de juegos.

—¿De veras vamos a hacerlo?

—Claro, ¿de qué creías que estábamos hablando?

Tuve que reconocer que no tenía ni idea.

—¿Y por qué iba a querer ayudarte yo?

—Porque eres mi hermana, me quieres y yo necesito tu ayuda.

—No cuela.

—Vale. ¿Qué tal ésta? Porque eres mi hermana, te quiero y sé que no tienes nada mejor que hacer.

La casa de juegos en realidad era el embarcadero de Eva. Estaba erigida sobre pilotes en el muelle, en el agua. Desde mi habitación en la isla, el embarcadero de Eva parecía una enorme boca abierta hacia el mar que esperase a atrapar cualquier cosa que entrara en la bahía. Originalmente construyeron un almacén de aparejos náuticos, cuando los Whitney se dedicaban al comercio marítimo, pero más tarde lo trasladaron y lo colocaron sobre los pilotes, hicieron la abertura del lado de la bahía, dejándolo expuesto a los elementos, con un aspecto continuo de estar a punto de venirse abajo. Cerca de la parte trasera de la edificación estaba el armario donde dejábamos

las velas y los remos en invierno. En la parte trasera del armario había una pequeña escalera que conducía al piso diáfano de arriba. Había una ventana en el *loft* , pero esa ventana no había estado allí en un principio; al igual que la entrada, se hizo mucho más tarde. Cuando la marea estaba lo bastante alta, esa ventana era un lugar magnífico para sumergirse en el agua.

May dice que el *loft* original seguramente fue construido para el contrabando o para evitar los impuestos británicos, como los túneles que pasaban debajo del parque Common, y que sólo más tarde se utilizaron con propósitos altruistas, como el tren subterráneo, quizá, pero no importa. La cuestión es que el *loft* era nuestra casa de juegos, y era un lugar fantástico. Eva nos lo había cedido a Lyndley y a mí el primer verano que Cal se había puesto tan mal, para que tuviera un lugar al que huir, un sitio en el que él no pudiera encontrarla.

Nadie de nuestra familia se acercaba al embarcadero en verano, así que era un sitio muy privado. En invierno dejábamos algunos de los barcos allí: el whaler de Beezer, una lancha, y cualquier otro que no quisiéramos dejar amarrado fuera en la isla para que sufriera los embates del mar. El nivel del agua variaba con las mareas, oscilaba de tres a cuatro metros en marea alta a unos pocos centímetros en marea baja. Eso era malo para cualquier cosa con quilla, e incluso con un barco pequeño tenías que levantar el motor fuera de borda cuando te ibas, o volvías y te encontrabas el barco al revés o apoyado sobre la hélice, algo que tampoco era bueno para el motor. Por ese motivo, nadie lo utilizaba ya como un embarcadero de verdad, y así se convirtió en nuestro espacio durante el verano. Olía a salitre, a moho y a guano de gaviotas, y había que usar mucha lejía para conseguir que el sitio oliera más o menos decentemente. En el momento álgido del verano, el edificio se convertía en una sauna, y normalmente era por entonces cuando lo abandonábamos por otras localizaciones. Aun así, era un sitio genial. Incluso cuando la ventana estaba abierta, no se olía nada de lo que hubiera abajo, incluso aunque hiciera treinta y dos grados, algo que no sucedía casi nunca.

Hicimos un montón de viajes de la caballeriza de Eva al embarcadero, cargando sillas, una mesa, e incluso un viejo colchón de pelo de caballo que no era bueno para nadie, pero sin el que Lyndley no podía vivir. Salvo las sillas, no pudimos subir nada por la escalera, así que tuvimos que volver y coger cuerdas y subir la mesa y el colchón por la ventana. El cielo estaba negro por el norte, y aunque la tormenta eléctrica no nos iba a alcanzar, cada vez hacía más viento, y estuvimos a punto de perder el colchón porque casi se nos cae al agua. Cuando por fin lo metimos por la ventana, cayó sobre el suelo del *loft* , levantando años de polvo. Lyndley lo arrastró hasta una esquina y lo tapó con el cubrecama de motivos indios que había traído consigo.

—Creía que te harías unos pantalones con eso.

—Dije que tú deberías hacerte unos pantalones, nunca dije que yo fuera a hacérmelos.

Odiaba cuando le daba la vuelta a las historias de esa manera. Normalmente se lo decía, pero ese día estaba tan cansada de arrastrar muebles que lo único que quería era tumbarme en el colchón. Me alegraba de que lo hubiera

tapado.

Había traído dos cosas en la mochila: el cubrecama y una botella de borgoña que había robado de la bodega de Eva, lo cual era extraño, porque lo único que Lyndley no hacía era beber, y odiaba a todos los que sí lo hacían.

—¿Qué estás haciendo? —dije.

—Ahora verás.

No tenía sacacorchos, así que cogió un viejo punzón y empujó el tapón hacia adentro. El vino se agitó y se derramó, y ella se manchó la camiseta, lo que la puso furiosa, pero después fue hasta la ventana y tiró el resto del vino al mar. Observé cómo el rojo se volvía rosa, después gris y finalmente desaparecía por completo. De algún modo era placentero ver cómo el vino perdía su poder; pensé que tal vez estaba presenciando algún tipo de ritual de curación o algo así: Lyndley exorcizando el poder que el demonio del alcohol tenía sobre su familia. Pero entonces se sentó en el colchón, se lió un porro y mi teoría salió por la ventana junto con el vino.

Pensé en hacerle notar la ironía de la situación, pero mi hermana no era tan irónica como yo y, además, no sabía qué había hecho con la botella realmente, así que no dije nada. Estaba empezando a ponerme nerviosa, no porque me importara que se fumara un porro —casi no conocía a nadie que no lo hiciera —, sino porque yo era de las pocas chicas buenas que quedaban, y era consciente de ello. Había intentado fumar el verano anterior con Lyndley y, básicamente, no pasó nada. Tan sólo me hizo toser, lo que me hizo sentir gruñona y muy poco guay.

De algún modo, me estaba enfadando con Lyndley otra vez.

—¿Esto es lo que estamos construyendo? ¿Un fumadero de opio?

—No es opio.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No seas tan exagerada.

Crucé la habitación y me senté tan lejos como pude, al lado de la ventana, en la mejor de las dos sillas que habíamos cogido de casa de Eva. Ya no tenía mimbre, así que me senté haciendo equilibrios en el borde, intentando no colarme por el agujero.

Fruncí el entrecejo. Lyndley dio otra calada, inspiró profundamente y después se levantó del colchón y se acercó hasta mí. Supuse que iba a echarme el humo a la cara. Habíamos probado eso el verano pasado, pero no había funcionado; tan sólo me quedé con una peste a hierba en el pelo y en la ropa. En lugar de exhalarlo, se agachó y me besó en la boca. Digo que me besó porque eso fue lo que pensé que estaba haciendo; yo la aparté de mí y ella rompió a reír, ahogándose con el humo.

—Por Dios, Towner, eres tan jodidamente estirada…

—Que te den —dije, intentando demostrarle que no tenía razón.

Al final ella cogió el envoltorio de las velas, hizo un tubito y sopló el humo en mis pulmones; eso sí la dejé hacerlo.

No tosí, y después de muchos intentos me subió. Sólo lo sé porque me senté otra vez en el colchón y observé cómo Lyndley arrojaba una bolsa de velas sobre la mesa. Después cogió la botella de vino vacía, prendió la vela y fundió la cera de colores por los bordes en pequeñas gotas. Cada vez que se acababa una vela, prendía otra, hasta que la botella de vino desapareció y no quedó más que un arco iris de cera. Sé que estaba colocada porque recuerdo pensar que era una de las cosas más fascinantes que había visto nunca.

—Creo que estoy colocada —dije finalmente, y Lyndley empezó a reírse.

—¿Tú crees? —repuso, y las dos reímos hasta que no pudimos más.

Cogió la única vela que quedaba y la puso en el pico de la botella.

—*Voilá* —dijo.

Después me quedé dormida. Cuando desperté, Lyndley estaba sentada en la silla mirando por la ventana. Me recordaba a uno de esos cuadros en los que se ve a las mujeres de los capitanes oteando el mar, buscando un mástil en el horizonte. La habitación estaba terminada. Tenía buen aspecto. A la media luz de la puesta de sol y el destello de la vela, ella estaba preciosa. No es que no fuera siempre hermosa, pero la luz del sol iluminaba su pelo, y éste relucía dorado y rojizo a su alrededor como el halo de un ángel o algo por el estilo, de una forma que normalmente nunca asociarías a Lyndley. La imagen fruto del sueño drogado tardó un rato en desvanecerse.

—Oh, Dios, ¿qué hora es? —dije, volviendo de golpe a la realidad y saltando como un muelle del colchón.

—No es tan tarde.

—May está esperando la efedra —dije.

—Sabía que ibas a tardar un rato.

—Subirá la rampa.

—No lo hará. Estaba fanfarroneando —replicó Lyndley.

—De ninguna manera. May no fanfarronea.

Gateé por la habitación, desordenando las cosas, intentando encontrar la pequeña bolsa con hierbas que Eva nos había dado.

La encontré, reuní el resto de mis cosas y me dirigí a la escalera.

Volví la vista.

—¿Vienes?

—Me voy a quedar aquí un rato.

—Le dijiste a Eva que te quedabas en la isla.

—He cambiado de opinión.

—¿Por qué?

—Se está bien aquí... Quiero quedarme.

Estaba segura de que mentía.

—No puedes dormir aquí.

—¿Por qué no?

—Porque te meterás en un lío.

—¿Quién se lo va a contar? ¿Tú?

—No, pero no es un buen sitio para quedarse.

—¿De qué estás hablando?

—Son los muelles.

—Los muelles son más que seguros.

Entonces vi llegar el barco de Jack. Estaba hundido en el agua, cargado de langostas, probablemente de Canadá, donde había más en esa época. Lo observé desde la ventana mientras amarraba. Él levantó la vista, sonrió. No llevaba camisa y estaba muy moreno.

La sonrisa era íntima. Sentí que me ponía roja, lo que me enfadó. Entonces noté que Lyndley estaba detrás de mí, y de inmediato supe que la sonrisa era para ella.

Él estaba de pie al lado de un hombre con una carpeta con clip, señalando la bodega, negociando el precio de su captura. Una oferta, una negación con la cabeza, y después el hombre bajó y echó otro vistazo a la bodega. Jack levantó el dedo índice y puso los ojos en blanco, dando a entender que tardaría un minuto. El hombre se volvió y se enganchó con un clavo, haciéndose un enorme agujero en la parte de atrás de los pantalones. Jack abrió unos ojos como platos y le preguntó a Lyndley qué debía hacer con una mirada rápida.

Ella le respondió que no dijera nada llevándose un dedo a los labios, así que Jack trató de mantener el gesto impasible cuando el hombre regresó tranquilo hasta donde estaba él, totalmente ajeno a lo que había pasado. La negociación prosiguió y por fin hubo un apretón de manos. Jack y Lyndley continuaron mirándose mientras el hombre hacía cálculos. Después, Jack firmó el recibo, el hombre sacó su talonario y el trato se cerró.

—Te van a pillar —le dije entre dientes a Lyndley mientras Jack echaba a andar hacia el embarcadero. Estaba intentando ser la voz de la razón, pero sonaba más como un demonio de unos dibujos animados raros.

—No, a menos que tú lo cuentes.

—Entonces, te vas a quedar embarazada.

—Todavía no me he quedado embarazada.

—Una vez. Simplemente tuviste suerte.

—He estado viéndolo todo el año. Además, utilizo un método anticonceptivo. No soy estúpida, ¿sabes?

Pero yo me había quedado atascada en la primera frase.

—¿Has estado viéndolo todo el año?

—Él venía en coche al colegio… los fines de semana.

La miré fijamente.

Alta traición.

—Estamos enamorados, Towner. Quiere que nos casemos y nos vayamos a Canadá.

No lo entendía. Todo lo que estaba diciendo empeoraba las cosas. Lo que me molestaba tanto no era que hubiera estado viendo a Jack, sino que no me había contado que estaba viendo a Jack.

—Él quiere casarse —repitió, como si eso ayudara.

—Es el tópico más viejo del mundo. —Mi intención era decir uno de los clichés de Eva, pero acabé repitiendo una frase de Cal.

Fue un golpe directo.

—¿No me dirás que crees en esa chorrada de «… y fueron felices y comieron perdices»? —Tenía que seguir.

—¿Y por qué no? —Ella estaba tratando de parecer desafiante, pero su voz ya había empezado a debilitarse.

—¿Para qué comprar la vaca cuando puedes conseguir la leche gratis?

No quería decir más, pero me arrastraba la rabia. Era tan fácil… No tenía que usar el lenguaje vulgar de Cal; me bastaban los viejos tópicos de Eva. Con tan sólo unas cuantas pullas bien dirigidas, había conseguido meter a Cal Boynton en la habitación igual que si él mismo hubiera subido la escalera, escupiendo sus blasfemias y acusaciones. Había acertado de pleno en el objetivo.

—Deberías venir a casa —dije, consciente de que había ido demasiado lejos por la expresión de su cara y sintiéndome mal por ello.

Entonces se oyeron unas pisadas en la escalera y Lyndley dio un respingo. Después, Jack dijo «hola» en voz alta. Su voz era ciara y alegre, todo un contraste con el ambiente que yo acababa de crear.

—No voy a ir a casa —dijo ella. Estaba intentando alegrarse también, pero el espíritu la había abandonado: yo me había apoderado de él.

Quería decirle que lo sentía. Quería llorar y abrazarla. Pero no quería que se quedara allí con él. Algo de las acusaciones de Cal del verano anterior había calado en mi interior. Una parte de mí, una pequeña y extraña, pensaba que quizá él tenía razón, que tal vez mi hermana era lo que él había dicho que era, una puta. Traté de borrar el pensamiento, pero Lyndley sabía lo que yo estaba pensando.

—No te voy a encubrir, si es lo que estás pensando —fue lo que finalmente dije.

—Nadie te lo ha pedido —replicó ella, apostando por la dureza, pero su voz carecía de fuerza. No podría haber leído mis pensamientos con más claridad ni aunque hubieran estado escritos en la pared.

Bajé la escalera justo antes de que Jack entrara. La marea no estaba lo bastante alta para saltar porque, de lo contrario, habría saltado por la ventana. Me escondí entre las sombras para que no me viera. Entonces subí al whaler. Los oía hablar en el piso de arriba. Observé su perfil en el marco de la ventana.

—¿Qué sucede? —le oí preguntarle a Lyndley.

—Nada —repuso ella con tanto entusiasmo como pudo—, todo va bien.

Entonces, él se acercó y la besó.

Los brazos de ella colgaban laxos a los lados. Ella no le devolvió el beso.

Estaba oscureciendo cuando regresé. Lyndley tenía razón: May no había subido la rampa. Había sido un farol.

Yo estaba claramente de mal humor. Ni May ni Beezer preguntaron dónde estaba Lyndley, así que no tuve que mentir. A nadie le gustaba dirigirme la

palabra cuando estaba con uno de mis enfados. En general, me dejaban en paz.

Lyndley había acertado en ambas cosas: May no había subido la rampa y no había tenido que encubrirla. Pero lo habría hecho si se hubiera dado el caso: yo también me había echado un farol.

A finales de agosto Cal sacó a Lyndley del Miss Porter. Había tenido lugar un «incidente» en el club para el que navegaba y lo habían expulsado del equipo. Estaba desolado. Empezó a beber durante el día. Hizo una llamada al colegio de Lyndley e insultó a la directora. La culpó a ella y al colegio de la corrupción de su hija. Cuando Eva llamó a la directora, el daño ya estaba hecho. Aunque hubiesen querido readmitir a Lyndley (y hubo algunas insinuaciones de que no había sido la estudiante más fácil de disciplinar), no querían tratar con Cal Boynton… Asunto zanjado.

Eva se quedó lívida. Nada de lo que dijera cambiaría su decisión. Finalmente, llamó a alguien que conocía en el colegio Pingree y matriculó a Lyndley en secreto para el semestre de otoño. Entonces, dejó a mi hermana al cuidado de May y se fue a Florida, donde vivían los Boynton.

—No dejes que salga de la isla —dijo Eva—. Y mantén la rampa subida.

Vivir en cautiverio debería haber crispado profundamente el estilo de vida de Lyndley. Había estado jugando a las casitas con Jack en el embarcadero casi todo el verano sin que los pillaran. Debería haberle molestado. Pero parecía resignada a su destino. Parecía casi aliviada.

Me disculpé de cuantas maneras fui capaz. Le dije que nada de lo que había dicho era en serio. No discutimos; me dijo que lo entendía, que yo tenía razón.

Yo estaba empezando a preocuparme de verdad por ella.

Eva no tenía buen aspecto cuando regresó de Florida.

—Cal trasladará a la familia a la costa Oeste —le dijo a May—. Navegará para San Diego.

Vendieron la casa de Florida y Cal le devolvió el dinero que le debía a Eva, lo que quería decir que ella ya no podía ejercer presión sobre él.

—¿Emma irá con él? —Me di cuenta de que May todavía albergaba esperanzas.

—Sí, quiere a toda la familia reunida allí. —Eva sacó un billete de avión del bolso y lo dejó sobre la mesa, entre ellas. Evidentemente, era para Lyndley.

—De ninguna de las maneras —dijo May.

Eva sacó una carta del bolso escrita a mano por Emma.

May leyó la carta una vez, y después una segunda.

—¿Está dispuesta a renunciar a la custodia? —preguntó. Yo estaba segura de que era algo que nunca se habría esperado.

—La he convencido —dijo Eva—. No fue fácil.

—¿Se atendrá a ello?

Mi tía se encogió de hombros.

—En realidad, no importa. Ya he hablado con mi abogado —dijo—. La carta nunca se aceptará en un tribunal. No si Cal protesta, lo que por supuesto hará… Si Emma estuviera dispuesta a contar los hechos, entonces quizá tendríamos una oportunidad.

—Eso no sucederá nunca —aseguró May.

Sabíamos que estaba pasando algo. Incluso Beezer había estado escuchando detrás de las puertas cerradas, pero no oía nada, así que al final se dio por vencido. Eva y May eran buenas. Se encerraban en la cocina para que no se las oyera, dejaban habitaciones entre ellas y nosotros para bloquear el sonido, la despensa por un lado y el porche de atrás por el otro. Aunque yo había conseguido colarme en el porche de atrás; forcé la cerradura y, una vez dentro, me escondí detrás del perchero para que no me vieran.

No osé moverme hasta que terminaron de hablar. May se quedó sentada a la mesa durante mucho rato después de que Eva hubo marchado. Finalmente, se puso en pie y comenzó a preparar sándwiches para todo el mundo, sándwiches verdaderamente malos con mantequilla de cacahuete, a la que Beezer era alérgico, y con pepinillos, que me daban arcadas.

Acabé contándole a Lyndley lo que había oído, selectivamente. Le dije que Cal quería que ella fuera a San Diego, pero que su madre había escrito una carta diciendo que podía quedarse con nosotros. Le dije que cambiaría de colegio, y aunque parecía sospechar, creo que le gustó la idea de quedarse, aunque cada vez era más difícil saberlo a ciencia cierta.

Aun así, ella estaba alterada. Me presionó para que le contara más detalles sobre San Diego, y le dije que habían despedido a Cal del equipo de Florida. Me daba cuenta de que estaba preocupada por esa parte, pero cuando lo pensó, intentó sacarle el lado bueno. «San Diego es un club mejor», dijo, pensando que tal vez sólo eso mejoraría las cosas y que Cal estaría más contento.

No le expliqué ninguna de sus exigencias. Me comporté como si él también hubiera firmado la carta. Lyndley no tenía ninguna razón para pensar que Cal quería que ella se marchara de allí, puesto que él ya le había dado permiso el año anterior.

Me sentí un poco mal por lo que no había incluido, pero sabía que no podía

contárselo. Después de eso tuve que dejar mi mente tan en blanco como pude, porque ella también era lectora y no quería despertar verdaderas sospechas.

—¿Mi madre está bien? —preguntó mi hermana muchísimas veces antes de que yo le contestara.

—Está bien —dije, poniendo la mente en blanco otra vez, obligándome a no pensar en Emma para que Lyndley no pudiera leer mis pensamientos.

Pero no funcionó. No durante mucho tiempo. Había demasiadas conversaciones a puerta cerrada entre May y Eva. Y nadie, excepto Eva, podía venir a la isla.

—¿Qué está sucediendo realmente? —exigió saber Lyndley una noche. No había dormido. Tenía ojeras.

—Te lo he dicho.

—Puede que me hayas contado parte, pero estoy absolutamente segura de que no me lo has contado todo.

Me encogí de hombros. Si había más, dije, yo no lo había oído. Ella sabía que yo estaba mintiendo.

Todos los abogados dijeron lo mismo: que la carta de latía Emma en la que cedía la custodia a May o a Eva no sería admitida jamás en un tribunal. No si Cal quería recuperar a Lyndley. Y la tía Emma sólo aceptaría renunciar a ella si nadie desacreditaba a Cal en ningún sentido. Así que estaban en un callejón sin salida. Finalmente, May y Eva decidieron que irían ajuicio de todas maneras si se daba la situación. Suponían que tendrían el tiempo y el dinero suficiente para que le resultara inconveniente a Cal. Si la suerte estaba de nuestro lado y él comenzaba a ganar para San Diego, no tendría tiempo para estar yendo a los tribunales continuamente para luchar por la custodia, sobre todo si la vista se celebraba en Massachusetts. Además, Eva tenía más dinero que Cal. De modo que May y ella le aseguraron a su abogado que se comprometían en la causa a largo plazo.

—Preparaos para la pelea de vuestra vida —fue la respuesta de él.

Lyndley iba a cumplir diecisiete años antes de una semana. Ellas supusieron que, si podían retrasar la fecha del juicio durante un año, lo habrían logrado. Porque, una vez que hubiera cumplido los dieciocho, Cal no podría hacer nada para que regresara si ella no quería. Finalmente sería libre.

Unos cuantos días después, Lyndley me arrinconó nuevamente.

—Esta vez, cuéntame la verdad —pidió—; la verdad y nada más que la verdad.

Me vine abajo. Se lo conté todo. Me había sentido tan culpable por no contárselo que fue como si se hubiera abierto la compuerta de una presa o algo así, lo solté todo.

Y ayudó. Ya no estábamos tan unidas, pero noté que confiaba en mí otra vez.

Cuando llegó y pasó la fecha del vuelo, Cal comenzó a llamar a Lyndley a la radio de la isla. Yo estaba en la cocina cuando May interceptó una de sus llamadas.

—¿Qué quieres? —le dijo.

—Recuperar a mi hija.

—Ve acostumbrándote a las desilusiones —fue la respuesta de ella.

—Dile que su madre la necesita. Dile que, si no viene por su propio pie, no me haré responsable de lo que pueda suceder.

—Sé más específico en tus amenazas —dijo May—. Estoy grabando.

Mi madre apagó la radio después de eso. Pero vi moverse una sombra en la entrada y supe que Lyndley lo había escuchado todo. Dos días más tarde, Jack dejó una carta para ella. Permaneció cerrada sobre la mesa de la cocina hasta que May me preguntó qué estaba pasando.

La subí al piso de arriba y la dejé sobre la cama de Lyndley. Ella no la tocó. El tercer día era nuestro cumpleaños. Abrí la carta.

«Me voy a Canadá el día después de tu cumpleaños. Cásate conmigo», decía. Pegado a la carta, envuelto en papel de seda, había un anillo. Era de plata, con un pequeño diamante engastado en el centro del sencillo diseño. Probablemente se había gastado el dinero de un mes de cazar langostas para comprarlo.

Lyndley estaba mirando por la ventana hacia la casa de los Boynton. Yo le había leído la carta en voz alta y estaba esperando su respuesta; de la misma manera que Jack habría esperado si hubiera estado allí para preguntárselo él mismo.

Miré por la ventana para ver lo que observaba. La casa necesitaba reparaciones. El porche que la rodeaba había desaparecido prácticamente: Cal lo había quitado el verano pasado para cambiar algunos tablones podridos, pero nunca tuvo oportunidad determinarlo.

—Se vendrá abajo —dijo sin dejar de mirar la casa.

—Quizá.

—¿Qué pasará si la próxima vez la mata? —preguntó Lyndley recordando la mandíbula rota de su madre—. No estoy en San Diego para detenerlo.

—No has estado allí para detenerlo este año.

Entonces sonrió.

—¿Cuándo empezaste a creer en toda esa mierda de «… y fueron felices y comieron perdices»?

—No lo sé —dije, y era cierto—. Quizá hoy.

Yo tenía sus maletas listas a media tarde.

A las cinco en punto estábamos rodeados por la niebla. Eva se comunicó por radio para decir que no podía salir de la bahía. Tenía cuatro bolsas con comida para que May preparara nuestra cena de cumpleaños y estaba varada en tierra firme.

Una parte de mí se sentía aliviada porque Eva no vendría. La cena de cumpleaños que ella y May nos preparaban todos los años era una gran tradición. Pero Eva nos hacía una lectura de encaje por nuestro aniversario, y esa noche yo tenía miedo de lo que pudiera ver.

Antes o después, la niebla se levantaría y, cuando lo hiciera, yo llevaría a Lyndley con Jack. No quería que nadie se interpusiera.

May hizo cuanto pudo para organizar la celebración del cumpleaños. Recurrió a los sándwiches, porque era todo lo que teníamos a mano. Pero preparó una tarta con una vela enorme en medio de la cobertura de mantequilla.

Cuando acabamos de cenar, nos sentamos en círculo. Nadie sabía qué hacer. Estábamos acostumbrados a que Eva condujera nuestras fiestas, pero esa noche Eva no estaba allí.

Tras un rato, Beezer se levantó y fregó los platos. May se quedó en la mesa, observándonos. Nosotras seguimos mirando la niebla, que cada minuto era más densa.

—Si no os conociera mejor —dijo May—, pensaría que preferís estar en otro sitio.

—No —me apresuré a contestar.

—Esto es fantástico —dijo Lyndley. Se levantó y le dio un beso a May en la mejilla, algo que no le había visto hacer nunca—. Gracias por esta maravillosa celebración.

Mi madre sonrió.

—De nada —dijo.

—Vamos a jugar a un juego —propuso Beezer cuando volvió a la habitación.

Estaba colocando el tablero del Monopoly cuando May levantó la mano: había recordado algo.

—Te olvidas de nuestra tradición —dijo. Abrió el primer cajón del aparador y sacó una pieza de encaje.

—Tú no eres lectora —repuse yo.

—Sólo porque no me hayas visto hacerlo, no quiere decir que no sea capaz —dijo May.

—Léeme a mí primero —me ofrecí; era lo único que se me ocurría para evitar que leyera a Lyndley.

May sujetó el encaje delante de mi rostro. Yo intenté despejar mi mente, intenté dejar de pensar en Lyndley o en Jack o en lo que fuera que estaba a punto de ocurrir. Contuve el aliento.

La imagen se formó rápidamente en el entramado. Todos lo vimos. Todos menos Beezer. May insistiría más adelante en que ella no había visto nada, pero a mí no podía engañarme. Vi cómo se demudaba.

La imagen era de la tía Emma, muy magullada, con cortes en la cara y en los ojos.

Lyndley ahogó un grito. May dejó caer el encaje.

Nos quedamos en silencio durante mucho rato.

—¿Qué has visto? —preguntó Beezer.

—Nada —dijo May—. Absolutamente nada. —Se levantó y guardó el encaje—. Se está haciendo tarde —añadió, mandándonos retirarnos—. Parecéis cansadas.

Lyndley y yo fuimos a nuestra habitación en absoluto silencio. Ella no quería que yo supiera que estaba llorando.

—¿Por qué no lo deja? —preguntó.

—No lo sé —repuse abriendo la puerta.

Levanté la persiana y miré por la ventana. Por un momento, vi el haz del faro de Marblehead Neck. Sólo fue un destello verde, pero estaba allí.

—Se está levantando —comenté señalando la luz.

Ella se volvió hacia la ventana.

—Sincronía —dije.

—¿Qué?

—La niebla se está levantando. Es un signo de que todo irá bien —aseguré.

Ella intentó sonreír.

No podía sacar a Lyndley de la isla hasta que subiera la marea. Yo ya había llevado el whaler a Back Beach y había atado una cuerda muy larga a la proa. Calculé que si la marea estaba subiendo y las rocas estaban sumergidas, podría subir a Lyndley al barco y remolcarla para que saliera, conmigo recorriendo el perímetro rocoso de la isla, arrastrando la cuerda hasta que ella hubiera pasado con seguridad el Cabo. Entonces, yo le lanzaría la cuerda y ella la recogería, dejando que el whaler fuese a la deriva hacia Miseries. Lyndley no pondría en marcha el motor hasta que hubiera dejado atrás las islas del litoral, y nadie la oiría marcharse. Podía llegar al muelle a medianoche.

La casa estaba a oscuras cuando salimos. Cerramos la puerta de tela metálica muy despacio para que no chirriara.

Caminamos en silencio, turnándonos para llevar la maleta. Atravesamos el diamante del campo de béisbol. Pasamos al lado del coche abandonado donde yo había encontrado a Lyndley y a Jack, parecía que mucho tiempo antes, pero no había sido más que el verano anterior. Dejamos atrás la casa de Lyndley, con las piezas del porche aún apiladas al lado de la escalera, ya pudriéndose. Mi hermana no miró la casa ni el porche, sino que mantuvo la vista al frente.

Aunque requirió mucho esfuerzo, el plan fue un éxito. Me salieron unos callos tan grandes por la cuerda que tuve que mantener las manos en los bolsillos durante días para que nadie los viera. Al final, estoy segura de que todos dedujeron que yo había ayudado a Lyndley. Sabían que no había manera de que hubiera escapado sola.

Si bien las aguas no se abrieron en Back Beach para nosotras, tampoco opusieron resistencia aunque, mirando atrás, habría sido mejor que así hubiera sucedido. Tiré de la cuerda entre las piedras hasta donde pude, con los perros observándome. Cuando pasé el Cabo, lancé la cuerda al agua. Cayó en algún punto a babor y ella la recogió. Se quedó quieta en el barco y por un minuto nos miramos la una a la otra, pero entonces el barco se balanceó y Lyndley tuvo que sentarse. Me dijo adiós con la mano, y yo me quedé observándola todo el tiempo que pude. La vi ir a la deriva más allá del Cabo, exactamente como yo había planeado. No la vi desaparecer de mi vista, en parte porque estaba llorando tanto que tenía la vista borrosa, y en parte por lo que Eva siempre me decía, daba mala suerte observar a la gente hasta que desaparecía de la vista.

No encontré el anillo de Jack hasta la mañana siguiente. Estaba a plena vista en mi mesilla de noche, donde Lyndley lo había dejado, pero estaba oscuro cuando volví, así que no lo vi al instante. Corrí escaleras abajo y registré el armario en el que había visto a May poner el billete que Cal le había enviado. Le di la vuelta al armario antes de darme cuenta de que el billete no estaba.

Eva fue a San Diego para traer a Lyndley pero no funcionó. Volvió sola.

De otoño a invierno

May se tomó muy mal la partida de mi hermana. Si anteriormente ya era dada a recluirse, entonces comenzó a mostrar signos reales de agorafobia. Cuando lograba ir a la ciudad, se alteraba tanto que tenía que regresar de inmediato. No podía respirar, decía, no con toda aquella gente alrededor.

Ese año el frío llegó temprano. Beezer, que ya estaba en el internado, escribía cartas en las que reflejaba su preocupación porque yo no asistiera al instituto.

Eva vino y trató de convencer a May de que fuéramos a la ciudad durante el invierno, asegurando que nos daría la tercera planta entera como apartamento. Desde allí May podría subir a la balconada y vigilar la isla. No tendría que bajar hasta la primavera, dijo Eva bromeando sólo a medias, esforzándose al máximo por decir algo, lo que fuera, para convencer a mi madre. May rechazó la oferta. Mi tía me pidió que fuera —me lo ordenó, de hecho—, pero yo no me atrevía a dejar a May. Era cierto que odiaba a mi madre, pero incluso yo me daba cuenta de que no debíamos dejarla sola allí. Apenas dormía. Había empezado a dejar encendida su lámpara día y noche. Ya no tomaba sus vitaminas. Ya no me vociferaba órdenes a todas horas, e incluso había dejado de hacer sándwiches.

En octubre recibimos una visita del Departamento de Asuntos Sociales. Alguien les había chivado que había un niño en la isla que no iba al colegio. La escolarización casera era ilegal en Massachusetts en esa época. Siempre supuse que había sido Cal, pero mirando atrás me doy cuenta de que debió de ser Eva quien los llamó. May se enfadó y se negó a hablar con ellos. Los dejó en el salón conmigo. Yo no sabía qué decir. No dejaba de pensar en qué haría Eva en una situación así. Les ofrecí té.

Entonces, un día, más adelante ese mismo mes, May bajó la escalera como si todo fuera bien. Preparó cereales. Me dijo que había decidido algo. Había decidido que yo debía ir a vivir con Eva.

—Puedes volver en verano si lo deseas —dijo—, pero ahora debes irte a vivir con Eva. —Y añadió una idea de último momento—: Y cuando Beezer vuelva por vacaciones, debe quedarse contigo en la ciudad.

Y así, sin más, May se deshizo del resto de sus hijos. Como si hubiera recordado al fin lo que le funcionó una vez cuando la abrumó tener dos hijos en lugar de uno. Entonces la solución había sido regalar uno, e incluso con todo el dolor y los problemas que eso le había causado, decidió que había sido una buena solución entonces y que era una buena solución en ese momento. May embaló mis pertenencias y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, ya estaba en casa de Eva. Ella le dijo a Eva que se reuniría con nosotras tan pronto como llegara el frío, y yo pienso que Eva la creyó. Pero yo no.

Una semana después, Beezer nos envió una carta. Decía que estaba pensando en volver a casa y tal vez ir al instituto con su amigo Jay-Jay. Su tono era

ligero, pero yo siempre fui capaz de leer entre líneas. Estaba tan preocupado por May como yo. Eva le contestó de inmediato y le dijo que no era una buena idea, que, aunque volviera, su plan de estudios no funcionaría. Los LaLibertie vivían en Witchcraft Heights, y el colegio Witchcraft estaba fuera de nuestro distrito, así que no iría al colegio con Jay-Jay. Le dijo que las cosas irían bien y que él debía *quedarse* .

Eva me inscribió en el Pingree. Después de todo, ella había pagado la matrícula de Lyndley en su momento, así que era lógico. Llegué muy tarde para apuntarme a la ruta de autobús, por lo que Eva contrató a un chófer para que me llevara al colegio todos los días. El día que empecé el colegio fue el día en que llegó el huracán. Fuimos evacuados a mediodía, y cuando el chófer llegó a Salem, tuvo que volver para recogerme y llevarme a casa. Pasé el resto del día en la balconada, atemorizada de que May siguiera en la isla. No tenía ni idea de si mi madre siquiera sabía que estaba a punto de llegar un huracán. Yo era la que escuchaba la radio; o Beezer o yo, May nunca lo hacía. Intenté enviarle un SOS, después otras señales en código morse, pero llovía tanto que no se veía ni la luz de la estación de la guardia costera en Winter Island, y mucho menos desde nuestra casa. Estuve en la balconada hasta que el viento fue muy fuerte y Eva me obligó a entrar. Me dijo que esperaba que May llegara en cualquier momento; estaba segura de que así sería, pero nunca sucedió.

No fui muy sociable en el colegio. Noviembre llegó y pasó. Por esa época, la mayor parte de los barcos habían dejado de salir a faenar, pero mi madre nunca apareció. Para distraerme, Eva me dio un trabajo en el salón de té. Y la escuela de baile. En noviembre recibí una invitación para una fiesta en Hamilton Hall. En el pasado, yo siempre tiraba las invitaciones, e hice lo mismo en esa ocasión, pero Eva la rescató de la basura y envió una confirmación. Al no ver la luz de May durante dos días y no bajar de la balconada durante todo el fin de semana, Eva decidió que ya había tenido suficiente. Contrató a un cazador de langostas para que la llevara a sacar a May de la isla, de la misma forma que había hecho con Lyndley, pero una vez más volvió sola. Notaba que Eva estaba disgustada, pero también que no quería preocuparme. Era el Día de los Veteranos, lo recuerdo porque no teníamos colegio.

—Ella nunca tuvo intención de venir —dije al percatarme de la verdad, consciente de que May prefería renunciar a nosotros que dejar su isla alguna vez.

—No es tan sencillo —replicó Eva, leyéndome, pero yo no me lo tragué.

—Es demasiado sencillo.

—Por el amor de Dios, Sophya, ten un poco de compasión.

—Es siempre lo mismo. —Era incapaz de quedarme sentada, estaba muy alterada.

—¿Qué quieres decir?

—Es igual que con Lyndley.

—¿Qué pasa con Lyndley? —Pronunció las palabras lentamente, como si estuviera intentando averiguar cuánto sabía yo.

—Ella se deshizo de Lyndley, y ahora se está deshaciendo de Beezer y de mí.

—¿De qué estás hablando?

—De lo que le está pasando a Lyndley, lo que él le está haciendo. —Se me puso la carne de gallina al pensar en aquella noche en la habitación de mi hermana—. Nada de eso habría sucedido si May no se hubiera deshecho de Lyndley en primera instancia. ¡Todo el mundo sabe lo que él le hace! —Estaba llorando descontrolada mientras pronunciaba esas palabras. No podía respirar.

Eva me abrazó durante mucho rato.

—Todo saldrá bien —dijo.

Yo no veía cómo.

Eva me llevó a un terapeuta en Boston. El médico me recetó un antidepresivo suave. Ella esperaba que yo hablase con él, pero yo no veía la manera de hacerlo.

—Háblame de tu hermana —me decía.

Pero no podía hacerlo. Podía hablar con Eva, pero no era el tipo de cosas que podías contarle a un extraño. Después de seis sesiones, me negué a volver.

Luego, Eva me dio un trabajo ayudando con las clases de baile. Intentaba mantenerme ocupada. El hecho de que ella esperara que yo fuera a Hamilton Hall y me comportara como una señorita también era parte del plan. Aprendí a seguir a las parejas de baile más indecisas. Eva me compró unos guantes largos que me llegaban más allá de los codos, y me enseñó a retirar las manos de los guantes al cenar, dejando tan sólo las mangas, y a comer pollo *á la king* sentada a una apretada mesa de banquete, sin mover los codos y sin tirarme ningún guisante encima del vestido de fiesta. Cuando le pregunté qué debía hacer si servían otro plato que no fuera pollo *á la king* , Eva se limitó a reírse y me dijo que eso no sucedería «en un millón de años».

Unas cuantas semanas antes de la fiesta, recibí una invitación de una chica de Pingree para ir al baile en un pequeño autocar que sus padres habían alquilado para la ocasión. Yo apenas conocía a la chica; lo único que recordaba de ella era que tenía pinta de pija de verdad y que le gustaba mucho decir «joder», sólo por el impacto que causaba. Le dije a Eva que me parecía ridículo, porque el autocar salía de Beverly Farms y podía ir caminando a Hamilton Hall desde nuestra casa, pero ella me contestó que estaba pasando por alto lo más importante. Me obligó a aceptar «la amable invitación» de la chica por escrito y a permitir que su chófer me llevara hasta

Beverly Farms y me dejara allí para que cogiera un pequeño autocar atestado y maloliente de vuelta a Salem.

El baile no fue tan horrible, aunque parecía sacado de otro siglo. Cada chica tenía dos parejas al entrar, uno de cada brazo, y uno de mis acompañantes era un chico que conocía del club náutico Pleon de Marblehead. Cada vez que la orquesta hacía un descanso, los integrantes lanzaban sus sombreros de fieltro con el nombre de la banda bordado en el ala al público, y los chicos intentaban cogerlos para dárselos a las chicas que les gustaban. Aunque los chavales odiaban la música, les gustaban los sombreros; se peleaban por ellos, saltaban como si fuera un partido de béisbol o algo por el estilo.

Durante uno de los descansos, alguien escondió la batuta del director y el baile se detuvo mientras los supervisores la buscaban e interrogaban a todo el mundo. Los chicos salieron a fumar, mis dos acompañantes incluidos, y yo decidí que era una buena idea, teniendo en cuenta la Inquisición española que se había montado dentro. Estábamos en el parque al otro lado de la calle, y un chico con una faja de frac india encendió un Marlboro y comenzó su propio juicio de Inquisición sobre Cal y cómo le estaba yendo en San Diego.

Hasta ese momento, nadie había hecho la conexión. Para los chicos aficionados a la navegación que lo conocían, Cal era un héroe local, el tipo de hombre en el que podían esperar convertirse si tenían suerte y todo les iba bien.

—Probablemente es el mejor navegante del mundo —dijo el chico a modo de conclusión—. Y es rico. Es el dueño de toda esa isla, por el amor de Dios.

—Él no es el dueño de la isla. La familia de mi madre es la propietaria —dije un poco cortante.

—Es lo mismo.

—Vi una foto de él en el periódico —comentó una de las chicas, fantaseando.

—Se parece al maldito Paul Newman —dijo la chica del autocar alquilado.

Sentí que se me tensaban los músculos.

Una de las chicas estaba temblando.

—¿Cuánto tiempo nos harán estar aquí fuera?

—Hasta que den con el culpable. —El de la faja me guiñó un ojo.

—Eso nos da algo de tiempo —señaló el chico del club náutico, con una mirada furtiva al de la faja, que sacó una petaca de plata del bolsillo de su chaqueta y la pasó.

—Me voy a casa —dije yo.

—¿Qué?

—De ninguna manera.

—No puedes irte. El autocar no llegará hasta las once.

—No voy a esperar hasta las once para que me lleve un autocar cuando vivo a seis manzanas.

—Fiesta en casa de Towner —dijo uno de los chicos.

—Vivo con mi tía abuela Eva.

La chica del autocar alquilado me lanzó una mirada.

—Fiesta en casa de la tía abuela de Towner —exclamó el chico.

—Eva estará durmiendo.

—Créeme: no quieres ir a una fiesta allí —dijo otra de las chicas.

—Sí —dijo la chica del autocar alquilado—. Eva Whitney es la jodida Emily Post[5] .

—¿Perdona? —El de la faja arqueó una ceja—. ¿Has dicho que su tía abuela es la jodida Emily Post? Ni siquiera sabía que Emily Post todavía estuviese viva.

La chica estalló en carcajadas como si creyera que era la broma más graciosa que había oído en su vida.

—Ya sabes a qué me refiero.

Me marché antes de que pudieran urdir un plan alternativo que me incluyera. A media manzana me di cuenta de que mi abrigo seguía en el salón de baile, pero no quería volver porque me temía que la siguiente vez no podría escabullirme tan fácilmente. Lo que hice, en cambio, fue embutir las manos en los guantes y subirme las mangas tanto como pude para cubrirme los brazos. Al doblar la esquina, oí a la orquesta afinar y vi a los chavales volver en fila al interior del recinto.

Fui a pie hasta casa. Pero Eva todavía estaba despierta, y yo no quería entrar aún, así que seguí de largo. Mientras caminaba empecé a enfadarme de verdad con May por permitir que eso sucediera: por ponerme en esa situación y obligarme a vivir en casa de Eva y asistir a cotillones. Me enfadé porque Beezer se había ido para siempre, ¿o no? Porque después del internado iba… ¿Qué? ¿El instituto y después la universidad? Se había marchado, había desaparecido. Estaba empezando a darme cuenta de cuánto habían cambiado las cosas y cuán de prisa. Probablemente no volveríamos a vivir todos juntos en la isla nunca. En un abrir y cerrar de ojos, todo nuestro mundo había cambiado y ninguno de nosotros podía hacer que volviera a ser como era.

Lyndley se había marchado, mi hermano se había marchado. Y mi madre, May, estaba deprimida o loca, o simplemente no le importaba.

Entonces se me ocurrió esa idea absurda. Empecé a pensar que tal vez yo podía cambiarlo si hacía algo de prisa, quizá no sería demasiado tarde si regresaba a casa de inmediato, esa misma noche. Si llamaba a Beezer y le decía que volviera, él lo haría. Todavía seguía teniendo mucho poder sobre él, aunque se estaba disipando rápidamente. Fui hasta la cabina de los muelles y marqué el número del colegio de Beezer, pero ya habían apagado las luces y no iban a contestar. Supuse que no importaba. Dentro de unos días vendría por Acción de Gracias, y cuando llegara a casa de Eva y descubriera que yo estaba en la isla, decidiría quedarse y todo estaría bien otra vez. Lo conocía. Conseguiría llegar de algún modo. Aunque tuviera que coger un helicóptero, mi hermano lo haría.

Y así me encontré a mí misma en el embarcadero donde estaba guardado el whaler durante el invierno. Comprobé el depósito, le quedaba algo de gasolina y era una noche bastante tranquila, así que metí el barco en el agua y me subí, echando a perder mi vestido en el proceso, pero ¿a quién le importaba? Si algún día iba a volver a casa, esa noche era la noche. No podía esperar. Desatraqué el barco y éste fue a la deriva por la bahía. La marea estaba muy baja, la luna casi llena, pero no había ningún otro barco alrededor, así que al menos nadie me haría ninguna pregunta ni trataría de detenerme.

Calculé que gastaría algo de combustible para arrancar, pero fue más sencillo de lo que había pensado. Cogí el bidón de gasolina. Estaba más o menos por la mitad. No había olas, y con una luna tan brillante era fácil divisar las rocas. Sabía que estaría a salvo si no hacía nada estúpido, si no me caía. Recuerdo que Eva le contó una vez a Lyndley que una persona de cincuenta años tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir en un trayecto a nado de cincuenta metros en aguas a diez grados. Ésa era una de las razones por las que se suponía que no debías nadar si te caías. Se suponía que tenías que quedarte quieto, gastando la menor energía posible, y esperar hasta que alguien te rescatara. Si comenzabas a nadar, desplazarías forzosamente todo el flujo sanguíneo a las extremidades, lejos de los órganos vitales. De esa manera morirías muchísimo más de prisa, y eso en aguas a diez grados. Esa agua no había estado a diez grados desde principios de octubre.

Cuando salí de la bahía y me alejé del refugio que daba la tierra firme, un viento helado rizó el agua, y me di cuenta de que también había algo de oleaje, aunque no era muy fuerte y no estaba demasiado lejos de la isla, así que no me preocupé. No obstante, todo me parecía raro y fuera de lugar. Las estrellas tenían la claridad invernal, y recuerdo haber pensado que, aunque había estado en la isla los inviernos anteriores y observado los mismos cielos, nunca había estado en el agua a esas alturas del año. Guardábamos los barcos pronto, justo después del Día de Colón. Aunque todavía hiciera buena temperatura, la flota tenía que estar guardada para el Día de los Veteranos, porque era entonces cuando el astillero clausuraba la temporada, y los empleados del astillero eran quienes se encargaban de todo. Los únicos barcos que navegaban a esas alturas del año eran los grandes procedentes de Gloucester, y unos cuantos pesqueros de langostas.

Casi había llegado a la isla cuando me di cuenta de la ironía. Era una gran ironía cósmica, y acudió a mi mente como un fogonazo. Empecé a reír. Me estaba riendo tanto que tuve que apagar el motor, porque tenía miedo de caerme si no me sentaba hasta que se me pasara.

¿Qué era lo que Eva había dicho? «No puedes volver a casa». Ésa era la ironía. Pero no era figurada o metafórica, era literal. Cuando me acerqué a la isla, me di cuenta de que la plataforma había desaparecido. La rampa estaba allí, flotando muy alta sobre el agua, exactamente igual que cada noche que podía recordar, después de que May la subiera. Pero la plataforma con la que conectaba no estaba. La sacaban del agua para el invierno como todos los años en el Día de los Veteranos, pero por algún motivo no me había acordado de eso. Eso era lo que le preocupaba a Eva cuando fue a buscar a May, el motivo por el que fue, porque una vez que retiraran la plataforma, May no podría salir de la isla hasta la primavera, salvo que lo hiciera en helicóptero, cosa que no haría nunca. Lo sabía, habíamos estado hablando de eso el fin de semana anterior. Pero lo que había olvidado era que, si May no podía salir de la isla, yo tampoco podía entrar. El único acceso era Back Beach, pero no en marea de invierno. En esa época del año, el barco se haría pedazos. Allí estaba yo, haciendo aquel gesto grandioso, intentando volver a casa, pero mi tía Eva estaba en lo cierto cuando había dicho que no podía volver. Y por algún motivo, en ese momento me pareció verdaderamente divertido.

Me quedé sentada en el barco con el motor apagado, observando la isla, que estaba a escasos cien metros, pero por lo que a mí respectaba, podría haber estado a un millón de kilómetros. Sabía que debía encender el motor y poner rumbo a la ciudad, pero era incapaz de moverme. Ni adelante ni atrás. Me quedé sentada en el barco con mi vestido de fiesta, desternillándome.

Jack pensó que el barco se había averiado o que le había sucedido algo. Él venía de la parte de atrás de la isla, donde su padre todavía tenía algunas trampas. Las había estado retirando para el invierno, y el barco estaba hasta arriba de ellas, era un laberinto de pequeñas cajas. Él no quería salir esa noche —me contó más tarde—, pero su padre había estado insistiéndole durante semanas, y él estaba harto de oír su cantinela. Sólo quería acabar con el asunto para conseguir un poco de paz. Como la luna brillaba con tanta claridad, Jack había visto el whaler al instante. No creo que se diera cuenta de que era yo hasta que llegó a mi lado.

Lo vi fijarse en el vestido, los guantes. No me preguntó qué estaba haciendo allí, ni siquiera me preguntó por el motor. En cambio, me cogió de un brazo y me subió a bordo, para después atar el whaler a la popa de su barco, al tiempo que me envolvía en su chaqueta. No me saludó. Me di cuenta de que estaba enfadado. De hecho, no me dirigió la palabra durante un buen rato, y cuando lo hizo fue para preguntarme: «¿Simplemente eres estúpida o tienes un problema de verdad?».

No estaba segura de cuál era la respuesta correcta, así que no dije nada.

Verano de nuevo…

Al verano siguiente regresé a la isla. Fue una decisión que tomé con Eva y mi terapeuta. May estaba mejor, y yo también. Ella me mandó una carta en la que me decía que esperaba que fuera durante el verano, que tenía muchas ganas de verme. Beezer no regresó. Le surgió la oportunidad de apuntarse a un campamento de ciencias en Caltech. Todos, incluida May, estuvimos de acuerdo en que debería ir.

Las cosas no eran lo mismo entre May y yo, pero eran tolerables. Y ella estaba bien. La depresión que la había asaltado con tanta fuerza ya había desaparecido, y yo comencé a preguntarme si quizá sabía de verdad lo que era mejor para ella. Tal vez, a diferencia del resto de nosotros, May conocía sus limitaciones y actuaba en consecuencia.

A principios de agosto llegó Lyndley. No estaba programado que viniera. Apareció sin previo aviso, dijo que me echaba de menos y que quería que pasáramos nuestro cumpleaños juntas. Parecía contenta. La habían admitido en dos escuelas de arte, RISD y CalArts. Lyndley me explicó que Cal y la tía Emma insistían en que fuera a CalArts. Querían que se quedara cerca de casa.

Yo había estado viendo a Jack desde Navidades, desde la noche del baile en Hamilton Hall. Sucedió con la inevitabilidad de un sueño. Al principio, ni siquiera parecía que yo le gustara, sólo parecía enfadado conmigo, probablemente porque me parezco a mi hermana, y yo sabía cuánto daño le había hecho Lyndley. Todo el mundo lo sabía. A medida que Jack y yo nos fuimos implicando más, me dije que no importaba, que todo estaba bien, porque había sido Lyndley quien había roto con él. Ella había tomado la decisión.

Había estado colocando trampas con Jack todo el verano. Fue así como empecé a no volver a casa durante días. Trabajamos cuatro días allí, y luego cuatro más en las provincias marítimas canadienses, justo al otro lado de la frontera. Tenía trescientas trampas allí arriba, además de otras trescientas detrás de nuestra isla y en Barker's. El padre de Jack estaba enfermo. «De beber y beber», era como Jack describía los años de pesca y los años de frecuentar los bares de los muelles. Su hígado estaba destrozado. Tenía una artritis grave. Ya no podía pescar.

Jack había intentado que su hermano Jay-Jay se hiciera cargo de las trampas locales, pero Jay-Jay no estaba interesado en pescar langostas. Se mareaba. Así que Jack me contrató a mí. Aunque oficialmente yo estaba viviendo en la isla con May, la mayor parte del tiempo la pasaba con Jack en el barco.

La semana en que Lyndley volvió a casa, Jack y yo habíamos estado en las provincias marítimas, a la vuelta habíamos hecho una parada en la isla de Shoals, donde acampamos en una playa, ya que necesitábamos bajar del barco. Cuando regresamos, estaba preparada para pasar unos días en la isla, sólo por estar en tierra firme. Era más de medianoche, y May no me esperaba hasta por lo menos un día después, pero la lámpara de la cocina estaba encendida. Yo sabía que Beezer estaba en California. Era tarde, y yo deseaba con todas mis fuerzas que mi madre no estuviera esperándome.

Pero no era May. Era Lyndley quien estaba sentada a la mesa de la cocina. Me abrazó durante mucho rato.

—Te he echado mucho de menos —dijo—. No creía que fuera a volver nunca.

»Dios mío, mírate. Te has puesto tan guapa este año…

—Creía que ibas a CalArts.

—Olvídate de CalArts —repuso—. No pienso ni acercarme allí.

Lyndley durmió en mi cama conmigo, dijo que no quería estar sola. Yo me quedé tumbada toda la noche, mirando por la ventana, tratando de no molestarla, hasta que salió el sol y vi el cielo más rojo que he visto en mi vida.

Ella llevaba consigo la foto de graduación de Jack. Cayó de su bolsillo cuando fui a recoger sus vaqueros del suelo, donde ella los había tirado.

Estaba arrugada y gastada. Yo tenía la misma foto, aunque la mía estaba en mejor estado.

Estaba hablando con Jack por radio cuando Lyndley bajó para desayunar. Parecía más delgada de lo que la había visto, más mayor, aunque sólo faltaba un mes para nuestro decimoctavo cumpleaños.

—¿Con quién hablabas? —me preguntó.

—Jack.

—¿Mi Jack?

Me puse de pie y le preparé unos cereales. Estaba segura de que ella quería saber qué estaba pasando, pero yo no quería hablar del tema todavía.

—¿Le has dicho que he vuelto? —Era una pregunta de tanteo. Lyndley no estaba segura de cómo se sentiría él al respecto.

—Aún no —dije yo, como si fuera un gran secreto. Lo era, pero no del tipo que ella pensaba.

Corté unas fresas para acompañar los cereales, porque sabía que era su combinación favorita.

«Y fueron felices y comieron muesli», fue lo que dijo. Pero cogió las fresas y se echó tres cucharadas de azúcar. Se terminó el bol entero. Y entonces hizo algo extraño. Se quitó los pendientes de plata, los que yo había encontrado en Harvard Square, los deslizó por encima de la mesa y me los puso delante.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, recelosa.

—Lo que es mío es tuyo —dijo, y así fue como supe que lo sabía. Me sostuvo la

mirada durante un buen rato, después cogió su bol y se sirvió más cereales.

Yo dejé los pendientes sobre la mesa, entre nosotras. No tenía ni idea de qué hacer. Lyndley volvió a la mesa y se comió el segundo bol de cereales como si no estuviera sucediendo nada fuera de lo habitual.

Finalmente, terminó de comer, llevó los boles al fregadero y los lavó con agua salada. Utilizó un trapo para secarlos, para que no se pusieran blanquecinos por el salitre. Después los guardó, algo que no le había visto hacer nunca.

—Hace un día verdaderamente bonito —comentó—. Va a hacer calor.

El cielo todavía tenía trazas de rojo.

—Voy a salir a inspeccionar la casa —dijo, poniéndose en pie y saliendo.

Era una tradición, inspeccionar la casa Boynton, ver cómo la había tratado el invierno, y normalmente lo hacíamos juntas. Pero ese año no me preguntó sí quería ir con ella. Tampoco recuperó los pendientes.

Nunca le conté a Jack que Lyndley había vuelto. Ahora parece extraño (con todo lo que ha pasado) que nunca tuviéramos esa conversación, pero es cierto.

Ya había anochecido cuando él llegó, y el mar estaba picado por la inminente tormenta que se acercaba. Yo estaba esperándolo en el muelle cuando llegó. Ni siquiera le di tiempo de amarrar el barco, sino que salté, algo que no fue muy inteligente, porque el océano ya estaba revuelto. Creo que él quería quedarse en la isla, al menos durante un rato.

—Sácame de aquí —dije.

Él sabía que yo estaba disgustada. Probablemente se imaginó que había discutido con May o algo por el estilo. En aquella época era bastante habitual que me pelease con mi madre. Cuando ella no estaba distraída, estábamos discutiendo por algo, normalmente tonterías, como quién se había dejado el grifo abierto o quién no había subido la rampa. Así estaban las cosas entre nosotras. No era como yo esperaba que hubiera sido el invierno anterior, cuando lo único que quería era volver a la isla, cuando contaba los días hasta que pudiera volver a casa.

En las trampas de langostas hay una pequeña puerta que los pescadores llaman «la pared fantasma». Es de madera. La vi un día que estábamos retirando trampas. Cuando le pregunté a Jack por ella, me contó que la razón de que esté allí es por si se da el caso de que el pescador no vuelva nunca a por su presa. Si no aparece en mucho tiempo, la madera se deteriora y deja escapar a la langosta. Se supone que es humanitario. No sé si es un invento relativamente nuevo o si las trampas siempre la han tenido. Quizá no era necesaria en el pasado, cuando las trampas estaban íntegramente hechas de madera.

Al final de aquel último día que pasamos juntos, arrastramos una de las trampas de madera viejas, una de las pocas que Jack todavía utilizaba. Busqué la pared fantasma, pero no la encontré. Jack ya había colocado el cebo en la trampa y se estaba preparando para tirarla al agua de nuevo, pero yo estaba obsesionada con dar con la puerta. Estudié la trampa desde todos los ángulos, buscando un lugar por el que la langosta pudiera salir.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó finalmente él.

Fue entonces cuando le dije que ya no quería seguir viéndolo.

Casi se echó a reír, por lo repentino, pero entonces me miró. Yo estaba llorando. Nunca me había visto llorar antes. No soy una persona que llore con facilidad.

—No puedo seguir viéndote —dije.

Él se dio cuenta de que lo decía en serio.

—¿Qué demonios está pasando?

No se lo podía contar. No quería que supiera lo de Lyndley. Al menos, no todavía. Necesitaba saber que estaba afligido por mí, y creía que, si le contaba que ella había vuelto, a él no le importaría tanto la ruptura. No sé qué tipo de lógica estaba aplicando; sólo era lo que sentía.

Al principio se puso rojo, después, lentamente, el color lo abandonó. Yo me quedé helada en el sitio, esperando una explosión. Había visto la rabia blanca, nunca en Jack, pero sí en Cal muchas veces. La rabia blanca es una emoción inconfundible. Esperaba de verdad que me pegara. Pero me equivocaba. No me golpeó. Se quedó allí parado por un tiempo que pareció eterno, mirándome fijamente.

—Otra vez, no —fue lo que finalmente dijo. Sus palabras eran hielo.

Durante un minuto no supe a qué se refería. «Otra vez, no». Nunca habíamos roto, ni siquiera habíamos discutido de verdad. «Otra vez, no» no era una respuesta apropiada.

Entonces, de un fogonazo, lo entendí. Era totalmente apropiada. Fuera lo que fuese lo que yo hubiera querido creer, sabía que el instinto no me había fallado al no contarle que Lyndley había vuelto. Jack se había enamorado de ella desde el momento en que la conoció. Yo sólo era una sustituía, lo más cercano que podía conseguir a lo que quería de verdad, que era mi hermana gemela. Si hubiera sido sincera conmigo misma, me habría dado cuenta de que siempre lo había sabido, sólo que no había querido pensarlo. El golpe que descargó sobre mí fue al corazón, y fue mucho peor que nada físico que hubiera podido hacerme.

Enfadado, Jack metió la directa y puso el motor a toda velocidad.

Cuando rodeamos el lado de barlovento de la isla, junto a los acantilados de Back Beach, el barco ralentizó su marcha, al principio casi de modo imperceptible. Levanté la vista. El cielo estaba más claro de lo que lo recordaba, aunque por el norte estaba cubierto de nubes, era negro y vacío, como si una parte entera hubiera sido borrada. Estuve a punto de decirle algo a Jack entonces, casi le advertí que no redujera la velocidad allí porque las corrientes y la mar picada pueden alcanzarte y puedes perder el barco en esas rocas. Corrí a la proa y me asomé, buscando las sombras que indicaran dónde debían de estar las rocas. «¡No pares!», grité, subiéndome sobre la proa. Veía las siluetas oscuras de las rocas justo debajo. Allí podíamos resquebrajarnos en pedazos, de la misma manera que les había pasado a tantos barcos. Iba a gritarle otra vez, pero la expresión de su cara me frenó. Estaba mirando más allá de mí algo sobre el acantilado.

Mis ojos siguieron la dirección de los suyos. Parpadeé incrédula. En lo alto del acantilado, a unos treinta metros de altura, estaba Lyndley. Estaba descalza y llevaba mi camisón, el que Eva me había regalado por Navidad, el blanco con encaje. Su cabello ondeaba al viento, igual que el camisón. Parecía una diosa sacada de un mito griego. Una oleada de celos me golpeó con fuerza. No sólo porque estuviera allí, tan hermosa, con Jack mirándola de aquella manera, sino porque toda la escena parecía preparada. Ella debía de haber estado esperando un rato sólo para vernos, para que el viento fuera el adecuado y para que el barco apareciera en su campo de visión. Parecía todo tan calculado que era ridículo, y no me podía creer que Jack cayera en la trampa de verdad. En ese momento, odié a mi hermana. Absoluta y totalmente. Quería que muriera. Quería que se cayera por el precipicio y se rompiera en mil pedazos.

El aire era tan denso por la humedad de la tormenta que estaba detenido en el horizonte, aunque avanzaba rápidamente hacia nosotros, espesaba la atmósfera y la oscurecía, hacía que fuera imposible respirar.

Lyndley se estaba inclinando hacia adelante, integrándose en el viento, como el mascarón de proa de un antiguo barco de Salem, con el camisón de encaje hinchándose detrás de ella, iluminada por la luna menguante, las estrellas y sus dobles reflejos del cielo negro y el agua aún más negra. Su rostro era perfecto e inexpresivo, como un lienzo que ella aún no hubiera completado, dejándonoslo para que pintáramos más adelante nuestras propias impresiones de lo que vimos aquella noche. Todo su cuerpo se inclinaba hacia adelante, contra el viento, en un ángulo imposible, y justo en el momento en que me di cuenta de que aquel ángulo no aguantaría, se liberó, obedeciendo las leyes de la gravedad, pero destruyendo las de la perspectiva. Comenzó una larga y silenciosa caída al frío y oscuro océano que había debajo. Dio una sola voltereta, después, cruzó los brazos sobre el pecho, como si ya estuviera muerta, y atravesó la negra agua como una aguja, sin producir siquiera una ola. Había desaparecido para siempre. Así, sin más.

Oí a Jack ahogar un grito, y el sonido me devolvió a la realidad. Nos quedamos de pie mirando durante lo que pareció una eternidad, esperando a que Lyndley emergiera a la superficie, que saliera al menos una vez, pero eso no sucedió. Después, yo estaba en el agua, buceando. Oí a Jack que hablaba

por la radio, gritando: «*¡Mayday! ¡Mayday!* ». Tomé aire y volví a bajar. Él hizo sonar la sirena, tres toques, la llamada de socorro, después alumbró el agua con el faro de búsqueda, tratando de ayudarme. Luego oí algo caer al agua, y supe que él estaba en el agua también.

Me sumergí una y otra vez, pero el océano estaba vacío. No podía llegar al fondo. Salí a la superficie una tercera vez, exhalé todo el aire, y después hice una enorme y explosiva inhalación y volví a bajar, tan profundamente como pude, dejando escapar el aire al descender para poder llegar a las rocas del fondo, donde sabía que estaría su cuerpo. Sentí que las rocas me arañaban las piernas al rozarme contra ellas, empujándome con ellas, obligando a mi cuerpo a permanecer abajo. Entonces, de repente, el océano dejó de estar vacío y pareció llenarse de todo lo que cualquiera había perdido en algún momento: un ancla, una botella, una vieja trampa de langostas. Me dolían los pulmones, primero de aguantar el aire, después por la falta del mismo. Cada partícula de mí quería salir a la superficie, pero sabía que, si emergía, no volvería a bajar otra vez.

Hay un punto en el que la fuerza vital supera a la voluntad y el cuerpo sencillamente respira autónomamente. Sucede sin más. Es una tortura inhalar agua marina, pero el dolor pasa de prisa, y luego sientes el agua fluir y oyes la música de las esferas. Eres arrastrado, literalmente, hacia la luz. Recuerdo grabarlo, darme cuenta de que eran ciertas todas las experiencias próximas a la muerte sobre las que escribe la gente. Recuerdo sonreír sin abrir la boca, el agua fría congelando el tiempo para siempre.

Al emerger a la superficie, vi que May ya estaba en el agua, nadando hacia nosotros. La luz que había visto no era mi experiencia próxima a la muerte, sino el faro de búsqueda del barco de Jack, y fue su mano lo que me arrastró de vuelta a la vida. Fue horrible. Era tan malo y doloroso como hermoso había sido un minuto antes, y en ese momento, Jack estaba tratando de reanimarme, su boca sobre la mía, respirando dentro de mí, intentando mantenernos a flote hasta que llegara la ayuda.

May nos arrastró a los dos hasta la orilla, nos vigilaba, estaba tan preocupada por mí… Yo intentaba decírselo, trataba de que ella volviera a por Lyndley, pero no lograba emitir ningún sonido. Cada vez que trataba de hablar, me daban arcadas y tragaba agua salada, y después volvía a tener arcadas. El dolor en los pulmones era peor que cualquier cosa que pudiera imaginar. Él debería haberme soltado, debería haberme dejado morir con Lyndley. Morir no dolía, pero volver a la vida era insoportable.

—Ahora quédate quieta —me estaba diciendo May, con mi cabeza reposando en su regazo, apartándome el pelo de la cara.

Veía a Jack, arrodillado, tosiendo, a unos cuantos metros. «Díselo —estaba intentando decir yo—. Por el amor de Dios, dile que Lyndley todavía está allí abajo». May era una nadadora fuerte. En ese momento me di cuenta de que me equivocaba al preocuparme por ella. Mi madre era más fuerte de lo que yo nunca había sido consciente. Era la única de nosotros con la fuerza suficiente para salvar a Lyndley en ese momento, pero no podría salvarla si ni siquiera sabía que estaba allí abajo. Intenté decírselo una vez más, pero no salían

palabras ni de Jack ni de mí.

Observé con impotencia cómo Jack suspiraba y se derrumbaba, exhausto, llorando sobre la arena.

Cuarta parte

Del caos y las espirales del patrón, comenzaran a emerger las imágenes. La primera aparecerá en el punto muerto. Estas primeras imágenes son las «guías». La lectora de encajes debe utilizarlas para ir más allá del punto muerto y atravesar el velo. Se ha de tener precaución con las imágenes que aparecen en este sitio: no son reales. Las guías son embusteras. Te mostrarán su magia y te invitaran a entretenerte. Si las guías son capaces y la que pregunta es vulnerable, las guías te engañarán y te harán creer que ellas mismas son la respuesta. Sus egos son grandes. La lectora debe evitar el deseo de la que pregunta de descansar allí, al margen de cuán atractivas parezcan las imágenes, o cuán verdaderas. El cometido de la lectora es llevar a la que pregunta más allá del punto muerto a la verdad real, que no está en el encaje, sino más allá.

Guía de la lectora de encaje.

Capítulo 22

Rafferty y Towner se sentaron juntos en el porche como una anciana pareja de crucero, con las mantas sobre las piernas, las tumbonas sin reclinar contra la barandilla de la vieja casa victoriana para reformar que Rafferty había comprado en su primer invierno allí, de lo que se había lamentado desde entonces.

«Ir de crucero a ninguna parte», así era como Towner había llamado a sentarse allí de ese modo. Se había convertido en su mayor ocupación desde que había salido del hospital. Por prescripción médica. Reposo, le habían dicho los doctores. Cuando se sintiera lo bastante fuerte, podía nadar un poco, siempre y cuando fuera en agua salada. La última parte había sido idea de Rafferty, no de Towner. Él sabía que ella nadaba —todas las mujeres Whitney lo hacían—, así que él le había preguntado al médico qué tal le iría un poco de natación. «Buena idea», dijo el médico. Hasta el momento, Towner no se había acercado en absoluto al agua.

Había estado tres semanas en el hospital, la primera con un goteo de vancomicina. Era una infección grave. Posquirúrgica, determinaron. Con complicaciones. No habían detallado las complicaciones, pero allí estaban. Las complicaciones eran un valor asegurado en la vida de Towner, y eran lo que más había preocupado a Eva acerca de su sobrina nieta. Había algo inevitable relacionado con esas complicaciones recientes, no por lo que estaba sucediendo, sino por la reacción de Towner a todo el asunto. Las palabras de Eva seguían volviéndole a Rafferty a la cabeza: «Hay muchas formas de suicidarse».

En las semanas que siguieron a la infección, Rafferty leyó todo lo que pudo encontrar sobre gemelos y el dolor de la pérdida de uno de ellos. Los gemelos eran algo especial. Pierdes un gemelo a cualquier edad y pierdes algo de ti mismo. La mitad de ti muere. Incluso las personas que no sabían que eran gemelas, que habían perdido un hermano gemelo en el útero o habían sido separadas al nacer, vivían el resto de sus vidas con sentimientos de separación y dolor, como si la mitad de sí mismas estuviera perdida y no pudieran volver a encontrarla nunca.

Desde el momento en que leyó el diario de Towner, la imagen que ella había construido del suicidio de Lyndley se repetía en su cabeza. Era la clásica culpabilidad del superviviente, si se reflexionaba al respecto. El suicidio era casi imposible de superar. El compañero de Rafferty en Fordham se había suicidado, un hecho que empeoraba aún más porque no se hablaba de ello, porque la Iglesia católica no sólo consideraba el suicidio como un delito, sino como un pecado. En cierto modo, se vivía como un pecado. Por lo menos, para el que se quedaba. Creaba el mismo malestar que cuando habías hecho algo de lo que nunca te recuperarías del todo. Como un pecado, o un virus oportunista.

Rafferty fue quien descubrió a su compañero de habitación. La imagen nunca lo había abandonado. A diferencia de Towner, él nunca había intentado suicidarse, no de forma directa. Pero la posibilidad siempre estaba ahí. Como el virus. Una vez que te habías expuesto, se quedaba para siempre, esperando un momento de debilidad. Nunca sabías qué día bajaría tu resistencia y la enfermedad aprovecharía su oportunidad.

Rafferty había ido a visitar a Towner al hospital de Salem. Pasaba por allí casi todos los días, de vuelta a casa desde el trabajo. No hablaban mucho, pero se sentaban en la terraza del tejado mirando hacia la bahía. Cuando llegó el día del alta, parecía natural llevarla a su porche, donde la vista era mejor.

Towner no podía regresar a California, no de momento. Ella no quería volver a casa de Eva, y él estaba absolutamente seguro de que no quería que ella hiciera eso. Así que le ofreció la habitación de su hija. Sólo durante unas semanas, dijo cuando ella manifestó sus dudas, hasta que estuviera más fuerte.

A ella le gustaba la habitación de su hija, parecía sentirse cómoda rodeada de souvenires de una vida que no tenía nada que ver con la suya: un póster encima del tocador, peluches colgados del techo formando una hamaca improvisada.

—¿Cuántos años tiene tu hija? —Fue una de las pocas preguntas que Towner le hizo.

—Leah tiene casi quince años —dijo él.

Si él no hubiera cambiado las fechas de su visita, ella habría cumplido quince años mientras pasaba las vacaciones allí ese verano.

—¿Qué te parecería venir un par de semanas más tarde? —le había preguntado a Leah cuando la había llamado la semana anterior—. Podríamos coger el barco hasta Maine.

—¿El grande o el pequeño? —había dicho ella.

—El grande.

—Vale. Como quieras.

Su ex mujer se había enfadado con él por cambiar la fecha, y por no acordarla con ella.

—No puedes seguir cambiándolo todo a tu antojo —le había dicho.

—Yo no lo cambio todo, sólo he cambiado esto. Y a Leah no parece importarle.

—Las cosas que no sabes sobre los niños podrían llenar un libro.

Rafferty pensó que probablemente tenía razón.

—Estoy en medio de un caso. —No era explicación, no una buena, pero era todo lo que tenía, así que fue lo que dijo.

—¿Y qué tiene eso de nuevo?

—Es un caso de asesinato.

Hubo una larga pausa después de que él pronunciara la palabra.

—Creía que te habías mudado para alejarte de los casos de asesinato —replicó ella finalmente.

—Me mudé para alejarme de un montón de cosas.

Había sido un golpe directo, y él lo sabía. No era su intención, no de verdad. Simplemente era un hábito.

—No puedes cambiar las cosas como te plazca —repitió ella—. ¿Y si yo hubiera hecho planes?

—Así que, en realidad, todo esto es sobre ti.

Clic. Él se había acostumbrado a que le colgara. Era la forma en que acababan la mayoría de sus conversaciones. Normalmente por algo que él había dicho.

Se sintió mal por todo el asunto durante quizá una hora. Rafferty sabía que probablemente a Leah sí le importaba que él cambiara los planes. Pero también sabía que para su hija eso no eran unas vacaciones, sino «obligaciones». Lo había bautizado Leah porque, en parte, eran vacaciones, pero también una obligación. Su hija era hábil con las palabras. Él se sintió un poco insultado cuando ella le salió con la palabra, aunque fuera una descripción precisa de su tiempo juntos. Estaban incómodos el uno con el otro. Ir allí era tan duro para ella como lo era para él tenerla en casa. No se trataba de que no la quisiera. Él la quería muchísimo. Pero la culpabilidad por abandonarla había sido demasiado para él. Cuando él se marchó de Nueva York, ella quiso irse con él. A ella no le gustaba el hombre por el que su madre lo había dejado.

—Sólo quiero estar contigo —le había dicho.

—Tu madre no lo permitirá nunca —había sido su respuesta. Era cierto, por supuesto, pero no era una respuesta.

Ella no había vuelto a pedírselo. No era su naturaleza. Él había contado con ello. Exactamente de la misma manera que no era su naturaleza cuestionar el cambio de las vacaciones. Leah no hacía preguntas, lo que era bueno, al menos en ese caso. Lo último que Rafferty quería era que su hija supiera el verdadero motivo por el que había cambiado los planes. No quería que ella supiera que se había enamorado de Towner Whitney.

La mayoría de las noches Rafferty preparaba la cena para los dos. Sobre todo pasta, porque era algo que ella se comía. A Towner le gustaban los helados también. A veces el camión de los helados iba hasta Willows y él iba hasta la pequeña playa a comprarle helado. Otras noches, si él trabajaba hasta tarde, pasaba por Dairy Witch de camino a casa. A ella le gustaba cualquier cosa con fideos de chocolate, no de colores.

—¿Qué miras? —le preguntó él. La mirada de ella estaba perdida en la distancia la mayor parte del tiempo. Él le había hecho esa pregunta antes, normalmente sin obtener respuesta alguna.

—Las luces —dijo ella. Estaba mirando hacia la ventana de May—. Normalmente tiene una sola luz encendida —explicó señalando las dos luces que otra vez brillaban en la ventana de May.

«Una si vienen por tierra, dos si vienen por mar», pensó Rafferty. Se detuvo justo antes de decirlo en voz alta.

Le sorprendió que ella se hubiera percatado de las luces, el detalle. Lo tomó como una buena señal.

El hecho de que Towner no se fijara en el barco de Jack saliendo de la bahía también parecía una buena señal, aunque fuera por una razón diferente. La noche de Towner con Jack LaLibertie era el elefante en medio de la habitación del que ninguno de los dos hablaba. En realidad, tampoco hablaban de nada. Pero definitivamente no hablaban de Jack LaLibertie.

Rafferty tenía que reconocer que se sintió aliviado cuando los ojos de ella continuaron fijos en las luces de May y no siguieron el barco de Jack dirigiéndose a Miseries, donde tenía la mayor parte de las trampas, para después apagar las luces de posición y hacer un giro cerrado a estribor e ir hacia la parte de atrás de Yellow Dog Island.

Ellos no hablaban mucho, ésa era la verdad. Si lo hubieran hecho, él le habría preguntado por Jack. Sin duda le habría preguntado por el diario. ¿O era un libro de relatos breves? Rafferty no sabía cómo clasificarlo exactamente. Las historias que le había contado Eva parecían superponerse y cambiar en la versión de Towner. Él sabía que ella estaba tapando los huecos de su propia historia, que de algún modo era terapéutico; eso era lo que ella le había dicho cuando él le había preguntado si podía leerlo. Sí, podía leerlo, le había dicho Towner, si creía que lo ayudaría en su caso contra Cal, pero ella no quería tener nada que ver.

Rafferty lo leyó una y otra vez. En cada ocasión, le despertaba más preguntas de las que le contestaba. Tenía notas del instructor anotadas en los márgenes inferiores de las páginas. La clase para la que lo había escrito era impartida por un profesor de la Universidad de Boston, aunque Towner nunca se había inscrito como alumna allí. Era más parte de su programa de reinserción en su último año en McLean.

Rafferty había logrado comprobar eso. Pero el instructor del curso hacía

mucho que se había ido. El título del curso, «Introducción a la escritura de ficción», tampoco aclaraba nada. El instructor bien podría haber creído que Towner estaba escribiendo ficción; sin duda había mucha ficción en su relato. Pero también había hechos, hechos que una persona más normal no habría querido compartir con el mundo.

Él le habría preguntado por Lyndley, por el triángulo amoroso, y por la conclusión de Towner de que era a Lyndley a quien Jack quería de verdad, no a ella. Era demasiado personal y doloroso para preguntar, y aun así no podía evitar leerlo una y otra vez, tratando de entenderlo, intentando resolver las preguntas que formularía, que debería formular, si fuera el momento adecuado.

Ésa era la parte del diario que más le costaba asumir. Y también como supo que estaba metido en un lío. La parte que leía una y otra vez no era la de Cal, sino la parte sobre Towner y Jack.

Rafferty sabía todo lo que había que saber sobre ambos mucho antes de conocerla a ella. No porque Eva se lo hubiera contado, sino porque Jack había contado la historia en las reuniones de Alcohólicos Anónimos. No sólo una vez, sino muchas.

Él sabía cómo se habían conocido, que Jack había soportado cosas que nunca debería haber tolerado sólo porque estaba enamorado. Sabía que había ido al hospital todos los días con la esperanza de que ella le hablara. Que, después de salir, Towner había fingido que no lo conocía. «¡Que ni siquiera me conocía!». Jack casi se había echado a llorar cuando lo dijo. Rafferty sintió lástima por él, por supuesto, pero también lo juzgó, y determinó que probablemente Towner nunca lo había querido, no de verdad.

Sin embargo, cambió de opinión al respecto, por los sucesos recientes y por el diario. Después de leerlo, se dio cuenta de que Towner había estado enamorada de Jack LaLibertie al menos una vez. Probablemente todavía lo quería.

Fue a causa de Jack LaLibertie que Rafferty dejó de asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos de Salem. No porque Jack estuviera allí, no, no era probable que apareciera en mucho tiempo. Jack se había descarriado mucho antes de que Towner volviera a la ciudad. La razón por la que Rafferty había dejado de acudir a las reuniones era que todo el mundo sabía lo de Towner, y eso lo hacía sentirse terriblemente culpable. Tenía un buen motivo. Una vez, antes de que Jack volviera a beber, Rafferty había sido su tutor.

—Vigila tu integridad, Rafferty —le había dicho Roberta la última vez que había ido a una reunión en Salem.

La habitación se quedó en silencio. Era lo que todo el mundo quería decirle y no se atrevía a hacerlo.

Las cosas empeoraron aún más en el trabajo.

Cada partícula del cerebro de policía de Rafferty sabía que lo que le estaba sucediendo era negativo. Y otra gente había empezado a darse cuenta.

El jefe le hizo una advertencia:

—No corrompas el caso sólo porque tienes un calentón.

—Que te jodan —contestó Rafferty.

Ella llevaba tres días en el hospital cuando Rafferty arrestó a Cal por el asalto a Towner. Podría haberlo hecho antes —de hecho, el jefe le había estado presionando para que lo hiciera—, pero él sabía que Cal seguramente estaría fuera antes de veinticuatro horas. Si esperaba hasta las 16.00 horas del viernes, no comparecería hasta el lunes por la mañana. Como poco, Cal pasaría el fin de semana en la cárcel. No era mucho, pero era mejor que nada. Y eso le dio la oportunidad a Rafferty de interrogar a algunos de los seguidores calvinistas sin la omnipresente supervisión de Cal.

Los interrogatorios fueron estériles. En todo caso, los calvinistas eran aún más dogmáticos que su líder. O sencillamente tenían el cerebro lavado.

Rafferty tuvo otra idea, pero era una apuesta arriesgada.

En la comparecencia le pidió al juez que no fijara fianza, alegando que Cal era un peligro para la comunidad, citó las palizas a Emma Boynton como prueba, palizas que habían resultado en una ceguera permanente y en daños cerebrales. Presentó informes médicos y actas judiciales para apoyar sus peticiones.

Naturalmente, el abogado de Cal había previsto aquello, y lo rebatió presentando el expediente impoluto de Cal de los últimos trece años y la mención de honor por sus servicios a la comunidad del alcalde de San Diego.

El día de la audiencia de Cal, la sala del tribunal estaba atestada.

Primero, el jefe de la policía presentó algunas de las quejas de los comerciantes locales en cuyos negocios habían irrumpido los calvinistas y de algunas madres que afirmaban que los exorcismos de Cal incluían castigos físicos que rozaban el abuso.

Después, Rafferty tomó la palabra y le explicó al juez que Cal era el sospechoso principal de la desaparición de Angela Rickey, que supuestamente estaba embarazada de él. Agregó que Angela nunca había regresado a casa de sus padres y que no era probable que lo hiciera.

El abogado de Cal exhibió una declaración jurada de Cal Boynton en la que afirmaba que él nunca había mantenido relaciones sexuales con Angela Rickey.

Rafferty dijo que Angela afirmaba que el bebé era de Cal, y que ella insistía en tenerlo a pesar de que no estaba segura de cómo se sentiría él al respecto.

Evidentemente, a Cal no le había gustado. Rafferty también señaló que Cal tenía medios y motivos: «Reconocer la paternidad de un niño sería negativo para el negocio de un hombre que ha ganado tanto dinero predicando el celibato».

El acusado solicitó decir algunas palabras en su defensa. En una actuación que fue sermón y presentación comercial a partes iguales, Cal se presentó a sí mismo como John Newton, el hombre que había escrito el himno *Amazing grace* . Como él, Newton había sido un pervertido impenitente, un pecador de la peor calaña, explicó; de hecho, había sido un comerciante de esclavos. Y, al igual que Cal, Newton había tenido su gran revelación en el mar. El día de su conversión no fue muy diferente del de Cal, y como Newton, Cal había salido adelante para convertirse en un pastor evangelista.

—Salvado por la gracia y la intervención de Dios —dijo Cal.

»¿Quién entre nosotros no cree en la redención? —imploró volviéndose hacia su congregación: los abogados, el juez, los calvinistas y muchos habitantes de la ciudad que habían asistido a la comparecencia.

»¿Quién de vosotros tirará la primera piedra? —continuó Cal.

Muchos miembros del consejo de iglesias estaban sentados en el último banco. El pastor presbiteriano le susurró al metodista que *él* tiraría una piedra si creyera que le daría a Cal en la cabeza desde allí atrás. Pretendía ser divertido. Los presbiterianos eran uno de los colectivos más ofendidos por las prácticas de Cal y su adopción del nombre «calvinistas», una denominación que desde siempre había estado asociada a su rama de protestantismo. No se trataba de que ellos quisieran el nombre, ni pensarlo; la etiqueta calvinista había sido una pesadilla para las relaciones públicas de los presbiterianos, habían trabajado muy duro a lo largo de los años para que esa vinculación quedara atrás. Era bastante improbable que el tipo de prensa que Cal inspiraba les fuera a beneficiar en modo alguno.

—A mí me gustaría tirar una piedra o dos. —Una mujer se puso en pie. Su sombrero rojo y su vestido morado destacaban en un mar de gris y marrón.

Otra mujer de sombrero rojo se levantó para sumarse a ella.

—Que sea un pedrusco —dijo.

El juez les hizo una señal a las mujeres para que se acercaran. Cinco mujeres más con sombrero rojo se sumaron mientras se aproximaban al estrado.

—Buenos días, señoras —no pudo evitar decir el juez. Rojo y morado era una combinación de colores que no estaba habituado a ver en la sala. Sin embargo, sabía quiénes eran. Su mujer llevaba amenazándolo con comenzar su propia etapa como sombrero rojo desde que había cumplido los cincuenta.

—Señoría, nos gustaría decir unas palabras en referencia a la peligrosidad de Cal Boynton. —El grupo había nombrado a Ruth portavoz oficial, y Rafferty se

había pasado una hora preparándola.

—Adelante —dijo el juez.

—Como muchos de ustedes saben, nosotras éramos clientes habituales del salón de té de Eva Whitney —dijo Ruth—. Tenemos razones para creer que la desaparición de Eva no fue un accidente. —La mujer continuó sin parar ni para tomar aire antes de que el juez tuviera oportunidad de decirle que esa información no tenía relación con el caso presente—. Nosotras fuimos testigos del continuo acoso a Eva Whitney, no sólo en relación con su negocio, sino con su persona también. Él la amenazó en numerosas ocasiones.

—¡Eso es una mentira asquerosa! —exclamó Cal, poniéndose en pie de un salto.

—Siéntese, señor Boynton —le ordenó el juez.

—¿Qué tipo de amenazas le hizo? —preguntó el juez.

—Para empezar, la amenazó con quemarla en una estaca —dijo la madre del chico de la guerra del Golfo que había asistido al funeral de Eva. Rafferty se dio cuenta de que se había deshecho de su sombrero color pastel y llevaba uno rojo brillante.

—¿Disculpe?

—Él la llamaba «bruja» y la amenazó con colgarla, quemarla o ahogarla, todo en diferentes ocasiones.

—Amenazó con matarla, señoría —intervino una tercera mujer de sombrero rojo—. Un día que él no sabía que nosotras estábamos en el salón de té.

—¿Y cómo respondía la señora Whitney a esas amenazas?

—Bueno, naturalmente, llamaba a la policía.

—Eso es cierto, señoría —dijo Rafferty—. Tenemos numerosas denuncias de tales acosos. A comienzos de abril, Eva Whitney solicitó una orden de alejamiento contra Cal Boynton. —Le presentó una copia al juez.

—Ella nos dijo —intervino la madre del chico de la guerra del Golfo— que, si le sucedía algo, Cal Boynton sería el responsable.

—La encontraron más allá de Children’s Island —dijo otra mujer de sombrero rojo—. Todo el mundo sabe que allí es donde se tiran los cadáveres.

Unos cuantos años antes, había sido hallado otro cuerpo en Children’s Island. Era un asesinato que había sido resuelto recientemente, y una asociación que todo el mundo hacía. Como Eva, y tal vez como Angela, la mujer había estado desaparecida un tiempo antes de que su cuerpo apareciera en Children’s Island.

—Eva nunca salía de la bahía cuando iba a nadar —retomó Ruth la palabra—. Tenía ochenta y cinco años, por el amor de Dios. No podría haber hecho ese trayecto a nado.

El abogado de Cal señaló que se había realizado una autopsia al cuerpo de Eva. No se habían encontrado señales de juego sucio.

—No había señales de nada —intervino Rafferty—. Cuando encontramos a Eva, las langostas habían destrozado su cuerpo. Tuvimos que hacer la identificación por la ficha dental.

El juez estableció una detención de treinta días para Cal.

—Si quiere que lo detenga más tiempo, tendrá que traerme un cuerpo.

No estaba hablando de Eva, sino que se refería a Angela Rickey.

Cuando Rafferty salió de la sala, se acercó a las mujeres de sombrero rojo.

—Buen trabajo, señoras —dijo.

—¿Cree que ha ayudado? —preguntó la madre del chico de la guerra del Golfo.

—Muchísimo.

—¿Qué pasa con la otra chica?..., ¿Angela? —preguntó Ruth.

—¿Cree que también la ha matado? —inquirió una tercera mujer de sombrero rojo.

—No estoy seguro de qué pensar —dijo Rafferty. Tenía un mal presentimiento sobre qué le habría sucedido a Angela. Lo único que sabía era que tenía que encontrarla, y de prisa.

A medida que la muchedumbre fue dispersándose, se dio cuenta de que probablemente él era la única persona en la ciudad que no creía que Cal hubiera asesinado a Eva Whitney. Rafferty había permitido a la opinión pública conseguir su objetivo, que era apartar a Cal de las calles, al menos durante un tiempo. Pero no había creído ni por un instante que Cal hubiese matado de verdad a Eva. El motivo era muy sencillo: si Cal lo hubiera hecho, habría sido lo bastante inteligente para dejar el cuerpo en los límites de la bahía, el lugar donde Eva nadaba habitualmente. El hecho de que el cuerpo fuera encontrado «donde normalmente se tiran los cadáveres» era una de las cosas en las que Eva se había equivocado en su plan para detener a Cal Boynton. Lo de Children's Island tenía el propósito de llamar la atención, y lo había conseguido. Pero para Rafferty llamaba la atención por motivos erróneos.

Lo de nadar había sido una buena idea, pero Eva lo había llevado demasiado lejos. Además, ella era una Whitney, y cualquiera de las Whitney podría haber

hecho aquel trayecto. A cualquier edad.

Rafferty le contó a Towner que habían detenido a Cal. No le explicó el resto de las cosas que habían pasado. Supuso que no era algo que necesitara saber.

Él no estaba seguro de qué creer sobre Angela. No se equivocaba sobre lo del bebé, ni tampoco sobre el motivo. Tan sólo esperaba equivocarse sobre su creciente presentimiento de que ya estaba muerta o que pronto lo estaría.

Rafferty no podía hacer gran cosa por Angela. Pero al menos podía echarle un ojo a Towner. O eso era lo que se decía a sí mismo. Lo que Towner necesitaba era reposo y descanso, así que él se esforzaba al máximo para cuidarla. Cocinaba. Se sentaban fuera y observaban los barcos.

Esa noche estaban sentados en el porche mirando el océano.

—¿Leah navega? —preguntó Towner. Era semana de competiciones en Marblehead. Ella estaba mirando más allá de la bahía, a una hilera de barcos de vela globo.

La pregunta estaba tan alejada de sus pensamientos que le cogió por sorpresa.

—¿Qué?

—¿Tu hija navega?

—Sí —dijo él—, un poco.

Fue una de las pocas veces en que Towner habló en toda la velada. Él debía contestarle aunque sólo fuera por continuar cualquier tipo de conversación.

—El barco que quiere que compre es un Scarab.

Towner asintió como si lo comprendiera.

—El ansia por la velocidad —comentó—. Lo superará. Los gustos cambian.

—¿Es eso cierto? —Él estaba esperanzado.

—Sin duda —dijo ella.

Esa noche, Rafferty le ofreció pasta, le propuso hacer unos filetes a la brasa, pero nada parecía despertarle el apetito. Se le estaban acabando las opciones. Estaba cansado.

—No tengo hambre —repuso ella.

Él se levantó de la tumbona y estiró las piernas.

—Entonces voy a salir a correr —dijo él.

—¿Ahora? —Towner parecía sorprendida. Él había estado bostezando toda la noche.

—Sí. Y después pasaré por Willows a por un sándwich de *chop suey* .

—Tú y tus sándwiches de *chop suey* —dijo ella.

—¿Quieres venir? —Él siempre preguntaba. Ella nunca decía que sí, pero él seguía preguntando.

—Estoy cansada.

—¿Helado? —Rafferty lo intentó una vez más. Un helado era algo que ella siempre comería.

—Estoy bien.

Rafferty dio tres vueltas a Derby Street antes de rebajar el ritmo. Cada vuelta pasaba por Winter Island. Cal podía estar en la cárcel, pero el resto de los calvinistas eran tan peligrosos como él.

Corrió hasta que se agotó. En el atajo a Willows Park, finalmente redujo la velocidad a un paseo. Estaba bañado en sudor. Pasó por delante de los vecinos sentados en los porches, de niños que jugaban al *hockey* en la calle. En la playa, el hijo de un vecino dejó de fumar hierba y escondió su alijo detrás de una piedra. Al final de la acera, otra vecina llamaba a su perro.

—Lo siento —le dijo la mujer a Rafferty mientras ataba a su perro en cumplimiento con la ley de correa de Salem. Él intentó sonreír. Ser policía ponía una distancia automática entre él y el resto de la gente de la ciudad.

Alguien que pescaba al final del muelle sacó un ejemplar típico de la zona. El pescado se agitó en el aire como un péndulo, reflejando la luz roja del sol poniente y pintando el cielo con su destello.

Las Harley estaban alineadas justo a un lado de la avenida de locales y espectáculos, y los moteros enfundados en cuero estaban detrás con su disfraz completo. «Contables y dentistas», pensó Rafferty, pero no: también había Ángeles del Infierno. Hacían una peregrinación a Salem dos veces al año, miles de motocicletas. La ciudad cortaba las calles para ellos. Era impresionante. Cuando entraban en la ciudad, se oía el rugido de los motores en Highland Avenue mucho antes de verlos. La gente colocaba las sillas en fila sólo para verlos pasar.

Los moteros también acudían al desfile tradicional. Y desfilaban en Halloween, detrás de las brujas, exactamente entre los niños de preescolar y la banda de música.

Roberta lo vio antes de que él la viera. Estaba de pie, tomando una Coca-Cola Light, admirando la hilera de motos. Cuando vio a Rafferty, se dio media vuelta en dirección opuesta.

Rafferty se puso a la cola para comprar su sándwich de *chop suey* , después tomó asiento entre la pérgola de los músicos y el muelle. Tan pronto como se sentó, la banda se tomó un descanso.

«Perfecto», pensó.

Probablemente era positivo. Con la banda en silencio, los sonidos de Winter Island resonaban por encima del ruido de la avenida, y él imaginaba que Towner estaba a salvo. Podía volver a casa en menos de dos minutos si era necesario, mucho más de prisa que cualquier otra persona.

Pero parecía que los calvinistas no estaban rezando esa noche. Cuando Rafferty había pasado corriendo, el hangar estaba a oscuras. En cambio, había un grupo que hacía proselitismo por allí. Uno de ellos llevaba un cartel colgado que decía: JESÚS ESTÁ EMPEÑADO EN SALVAR A LOS ÁNGELES DEL INFIERNO.

Los moteros no estaban cayendo en la provocación, pero algunas de las brujas de la zona habían mordido el anzuelo. Estaban en pleno rifirrafe, intercambiando palabras y frases.

—¡Volved a Derby Street! —les gritaban los calvinistas a las brujas, que habían montado un puesto para vender joyería celta.

—¡Venga, idos al océano! —le gritó una de las brujas al seguidor que llamaban Juan Bautista.

Pero Juan no estaba haciendo sus bautismos en el océano esa noche. El discípulo vestido con su túnica había cambiado sus bautismos por una modalidad portátil. Llevaba un cubo y una esponja enorme, más apropiado para lavar coches que para una misión de salvar almas. Rafferty pensó que debería cambiar su pancarta y ofrecer un lavado de Harley a cambio de cada conversión. Muchos de los moteros habían hecho un largo viaje para estar allí esa noche, y sus motos estaban muy sucias.

Durante las últimas semanas, Rafferty había hecho comprobaciones del origen de la mayoría de los calvinistas, en particular de los que llevaban túnica y de las mujeres que supuestamente habían ido tras Angela la primera vez. El verdadero nombre de Juan Bautista era Charlie Pedrick. No era de Jerusalén, como él insistió cuando Rafferty lo interrogó. En realidad, era de Baintree. Le habían diagnosticado esquizofrenia antes de cumplir los veinte años, y ya había tenido sus altercados con la ley. Pero no desde que estaba «salvado».

En un controvertido rito que Cal llamaba «exorcismo de farmacopea», se animaba a los enfermos mentales a tirar sus medicaciones a la bahía. Después, debían pasar por un ritual de purificación no muy distinto del que practicaban los indios norteamericanos en sus cabañas. En su robo inacabable de doctrinas de otras creencias, Cal incluso había denominado ese ritual «una búsqueda de la visión», un nombre que parecía apropiado. Después de dos días sin comer y bebiendo poca agua, ninguno de los

enfermos mentales fallaba a la hora de tener una visión de cualquier tipo. Comparándolo con su tiempo perdido en el mar, Cal indicaba a sus seguidores que escucharan la voz de Dios y permitieran que esa voz dirigiera sus vidas.

Entre las mujeres cuyos valores y creencias estaban a favor de tales cosas, había tres vírgenes Marías y dos Juanas de Arco. Las voces que Charlie Pedrick había oído durante su visión le habían informado de que él era la reencarnación de Juan Bautista.

A Rafferty le habían explicado lo del ritual cuando llegó a la ciudad, pero no se lo había tomado verdaderamente en serio hasta que vio los botes naranja flotando en la bahía de Salem una mañana. Había pasado numerosas horas pescándolos, después arrestó por primera vez a Cal Boynton. Por tirar desperdicios al mar.

Los dos grupos se habían trasladado delante del casino, y la situación estaba subiendo de tono.

—¡Coged vuestros ídolos paganos y marchaos a casa! —vociferó uno de los calvinistas.

—¡Libre empresa! —replicó a voces una de las brujas. Señaló a un lado del puesto, donde el nombre de la tienda de Ann estaba ostentosamente escrito sobre la licencia—. ¡Libertad para obtener licencias comerciales!

«Libertad para comerme mi cena», pensó Rafferty.

—Eh, bajad el volumen —dijo él—. Me estáis provocando una indigestión.

Los calvinistas se tomaron su intervención como una invitación para verter su veneno sobre él.

—¡Dios salve tu alma inmortal! —le gritó Juan Bautista a Rafferty—. ¡Y a la mujer con la que vives en pecado!

—¡Una prostituta pelirroja! —vociferó uno de los calvinistas.

—¡Demonio impenitente! —gritó otro.

Estalló una pelea entre los bandos. Una de las vírgenes Marías intentó golpear a una de las brujas.

—De acuerdo —dijo Rafferty, dejando su sándwich y poniéndose en pie—. Ya es suficiente.

Se hizo silencio en el parque. La gente contuvo el aliento, se volvieron para mirar, expectantes por ver qué haría.

Entonces, él vio el miedo en la cara de los calvinistas. Lo sorprendió; nunca los había visto amilanarse ante ningún tipo de confrontación. Pero no era a él a quien miraban, sino algo detrás de él. Se dio media vuelta y vio a una mujer

vestida de negro de pies a cabeza, con los brazos en alto. Con voz profunda y los ojos clavados en los calvinistas, entonó su invocación:

—*Gallia est omnis divisa in partes tres…* —cantó con una voz tan profunda y rica que no parecía proceder de ella, sino de otro lugar completamente diferente. Fue una voz que hizo levantar vuelo a las gaviotas y las dejó suspendidas en el aire, cabalgando el viento.

Los calvinistas se quedaron helados.

La bruja inspiró. Entonces, señaló con un dedo acusador al grupo y elevó la voz otra vez:

—*… quarurn unam incolunt Belgae* .

Funcionó. Los calvinistas se dispersaron y abandonaron el parque como diminutas bolas de mercurio.

Todo el mundo se quedó mirando a la figura que se avecinaba: Ann Chase, vestida con sus mejores galas de bruja. Era impresionante.

—¡Y otra cosa…! —les gritó a la espalda con su habitual tono de voz. Luego se echó a reír, rompiendo así el hechizo. Se frotó las manos alejando la escena de sí, extendió su vestido, repentinamente comportándose como una señorita, y se sentó en el banco al lado de Rafferty.

—Muy bonito —dijo él—. Vamos a ver, por lo que recuerdo del latín del instituto, diría que estabas recitando un pasaje de *Jasón y los argonautas* .

—*La guerra de las Galias* de Julio César —dijo ella—. Pero has estado cerca. Y te he salvado el culo, ¿o no?

—Al menos, la cena —rió él.

—Te he salvado y lo sabes. —Ann también se echó a reír—. Y me pregunto una vez más…, ¿a qué clase de Dios débil y cobarde adoran si temen a un puñado de brujas?

—No temen a un puñado de brujas, te temen a ti. Demonios, yo me he asustado.

—¿De verdad? —Ann parecía extática.

—Puedes jurarlo.

Permanecieron sentados en silencio durante un minuto.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo tan arreglada? —inquirió Rafferty.

—Echando un ojo a mis chicas —dijo ella, señalando el puesto de las brujas que habían tenido el enfrentamiento con los calvinistas.

En ese momento estaban celebrando su vertiginosa victoria, flirteando descaradamente mientras ayudaban a los moteros a probarse collares con estrellas de cinco puntas y hechizos. Los moteros estaban más que felices de recibir tales atenciones de las jóvenes y hermosas brujas.

—¿Tenemos que preocuparnos por ellos? —preguntó Rafferty, mirándolos.

—Ellos deberían preocuparse por mí —repuso Ann. Levantó una mano y saludó con dulzura al motero de aspecto más duro, que perdió parte de su aplomo en su presencia—. Eso es, mamá está aquí —dijo ella mientras seguía saludando con la mano amablemente, con un gesto protector—. Temed —agregó con un dulce canturreo—, temedme de verdad.

—Eh, yo no me metería en líos contigo —dijo Rafferty—, eres capaz de mandarme a la guerra de las Galias.

—Ahí estás en lo cierto.

—Una pregunta —dijo él—. ¿Cómo es que no le has hecho un verdadero encantamiento al personaje de Juan Bautista?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No hacemos magia negra. Confundes a las brujas con los satanistas. O con los vuduistas.

—¿Vuduistas? ¿Eso es terminología latina?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Te refieres a los de los muñecos y los alfileres.

Ella asintió con la cabeza indicándole que había dado en el clavo mientras que con una mano cogía lo que quedaba del sándwich de él.

—Sírvete —dijo Rafferty.

Ann se rió.

—Yo no hago hechizos dañinos: va en contra de mi religión. Sin embargo, hago mucho negocio con los hechizos de amor —explicó—. Por si acaso te hace falta uno.

Era difícil interpretar la respuesta de Rafferty, a medio camino entre un gruñido y una queja. Ann lo había visto observando el barco de Jack desaparecer por detrás de Miseries, costa arriba.

—Ella no se acostó con él, ¿sabes?

—¿Qué?

—Towner. No se acostó con Jack LaLibertie.

—¿Es tu opinión como vidente?

—Es lo que ella me dijo.

Rafferty parecía sorprendido.

—Al parecer, ella creía que era importante aclarar ese punto —repuso Ann.

Él no contestó.

—Quizá diga algunas palabras por ti cuando vuelva a la tienda —repuso Ann —. Gratis.

—No me hagas favores.

—Si ella estuviera enamorada de Jack LaLibertie, estaría en su casa, no en la tuya. ¿Te has parado a pensarlo?

—Sí, bueno. Quizá.

—Te ha pegado fuerte —señaló ella.

Rafferty se rió. Eso era quedarse corto.

Capítulo 23

Al interpretar la lectura del encaje no existen respuestas incorrectas. Aun así, es fácil obtener resultados erróneos, basta con hacer la pregunta equivocada.

Guía de *la lectora de encaje* .

Rafferty no volvió a casa hasta que estuvo seguro de que Towner se había acostado. Por la mañana, salió temprano para llegar a la reunión de Alcohólicos Anónimos en Marblehead.

Cuando llegó a la comisaría tenía tres mensajes de May.

Se llevó el café a la oficina, cerró la puerta y le devolvió la llamada.

—Acabo de telefonear al hospital —dijo ella—, y me han dicho que le dieron el alta a Sophya hace una semana. Mis fuentes me han contado que está alojada en tu casa.

—¿Y? —Rafferty deseó que May nunca se hubiera comprado un móvil.

—Y quiero saber por qué.

Él alargó la mano hasta el cajón.

—Tenía sitio de sobra. Me ofrecí.

—Yo puedo protegerla mejor aquí —dijo May.

—Lo dudo.

—Necesita protección.

—Tengo más armas que tú —dijo él, medio en broma.

—No puedes vigilarla cada minuto.

—Tú tampoco —dijo él—. Además, Cal está en la cárcel. ¿Te han informado de eso tus fuentes?

—Temporalmente —dijo ella.

Eso pareció frenarla. Sólo por un momento.

—No va a funcionar —agregó, como si estuviera tomando una decisión en ese instante.

—¿Qué?

—Vosotros dos.

Eso lo detuvo en seco *a él* .

—Los opuestos se atraen —dijo May.

—¿Y?

—Que no sois opuestos… Sois heridos andantes, ambos. Ninguno de vosotros es capaz de mantener cualquier tipo de relación.

Rafferty se preguntó cómo era posible que May supiera tanto de él. ¿Ella también era lectora, o acaso Eva le había contado su historia? Fuera como fuese, no le apetecía discutir con ella su falta de aptitudes para las relaciones. Estaba intentando pensar una réplica inteligente cuando ella prosiguió:

—Cuando rompáis, y créeme, lo haréis, no os separaréis sin más como la gente normal. Os haréis pedazos el uno al otro.

—Consideraré lo que acabas de decirme —dijo él, y colgó.

Estiró el brazo por encima del escritorio para colgar el teléfono, golpeó la taza con el cable y derramó el café por encima de los archivos.

Ése no iba a ser un buen día.

El jefe llegó cuando Rafferty se marchaba.

—Voy a Portland otra vez —dijo él—. Para preguntar por allí.

—Buena idea —asintió el jefe—. Entonces, nos vemos mañana.

—Mañana tengo el día libre.

—Cierto.

Rafferty pasó por casa para decirle a Towner que se iba. Ella no estaba. Comenzó a sentir pánico cuando la divisó por la ventana subiendo la colina desde la bahía. Llevaba los pantalones cortados y la parte de arriba del biquini de su hija. Tenía el pelo mojado. Había estado nadando.

Parecía una persona diferente. Más joven. Casi sana.

—Hola —dijo ella.

—He pasado para decirte que tengo que ir a Portland. —¿Portland, Maine?

—Sí —dijo él—. ¿Quieres venir? —Tan pronto como lo hubo dicho se arrepintió

de haberlo hecho. Estaba trabajando, no era una buena idea. Además, no podría soportar otro «no».

—Sí —dijo ella—. Creo que sí.

Capítulo 24

Cada lectora de encaje debe aprender a existir en los espacios vacíos que conforman la pregunta.

Guía de *la lectora de encaje* .

Los padres de Angela Rickey vivían al norte de Portland, en una ciudad que era una mezcla gris de *campings* para caravanas y viviendas para trabajadores venidas a menos. Todos los edificios daban al río y a la papelera cerrada hacía años que ocupaba el único terreno valioso de la ciudad. En la fábrica de ladrillo, hundida en el medio como una hamaca, se podían observar los intentos fallidos de renovación en ambos extremos. El *camping* de caravanas en el que vivía la familia de Angela estaba justo pasada la fábrica, al fondo del *parking* que compartían una tienda de jardinería y muebles de exterior y el centro masónico de la zona. En medio del parque, un acceso a la autopista medio terminado (parte de la ampliación cuyo propósito era conectar la ciudad con la I-95 y el dinero de los turistas) proyectaba una sombra sobre la caravana en la que vivía la familia.

Towner esperó en el coche mientras Rafferty entraba.

Fue una visita breve. No habían visto a Angela. No sabían nada de ella. Rafferty sabía que era una apuesta arriesgada —ya había estado allí antes—, pero merecía la pena intentarlo.

—Será mejor que no venga por aquí —dijo su padre—. Me debe dinero.

Él había pagado el dinero del instituto de belleza; se lo había dicho a Rafferty en muchas ocasiones.

—Si cree que la voy a mantener a ella y a su hijo… —No acabó la frase.

—Si tiene noticias de ella, llámeme —pidió Rafferty.

—¿En qué clase de lío se ha metido esta vez? —preguntó el anciano.

—No se ha metido en ningún lío —replicó Rafferty—. Pero es posible que esté muerta.

Eso lo frenó. Era una crueldad, pero lo frenó.

Rafferty dejó a Towner en el mercado, y después fue a Congress Street, al instituto de belleza al que Angela había asistido. Hizo preguntas. ¿Alguien la había visto? ¿Tenía algún amigo en la ciudad? No. Sí. Quizá. Estaba aquella chica, dijeron, una tal Susan no sé qué. Trabajaba en Oíd Port en una tienda de productos de cáñamo. Rafferty le dio las gracias a la mujer y le dejó su

número.

—Si la ve, llámeme de inmediato.

Caminó por Congress Street hasta Oíd Port. Encontró la tienda de cáñamo. Susan ya no trabajaba allí y nadie reconoció a Angela por la foto. Rafferty mostró la fotografía de Angela a unos cuantos comerciantes más de las calles adoquinadas. Después, volvió en coche al mercado, aparcó en la segunda planta y tomó el puente para descender a la explanada, donde Towner estaba sentada comiéndose un bollo de arándanos.

Ella se lo tendió.

—¿Un bocado?

—Gracias, pero ya son más de las doce del mediodía. Yo quiero comer —dijo él.

Bajaron una escalera larguísima desde la explanada hasta las tiendas. Rafferty no pudo evitar fijarse en que ella salvaba los escalones con mucha más facilidad, que ya no se sujetaba a la barandilla mientras descendía. Había algo ligero en su paso y, sin lugar a dudas, había algo ligero en su estado de ánimo.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó él, echando una ojeada a su alrededor —. Básicamente hay de todo en este sitio.

—Elige tú —dijo ella.

Rafferty miró a ambos lados. Había puestos con variedades de queso, panes y muchos que servían sopa de pescado y otros caldos. Él se volvió hacia ella. Era su momento.

—Me gusta la sopa. ¿Te gusta la sopa?

Ella le clavó la mirada.

—Dos de mis talentos —dijo él—. La mentira y la decepción.

Una sonrisa asomó en el rostro de Towner. Ella trató de detenerla, pero no pudo. Se extendió por su cara. Entonces rompió a reír.

—Hijo de puta —dijo.

Conduciendo de vuelta al sur, Rafferty recibió una advertencia por exceso de velocidad en la ruta 95.

—Debería ponerle una multa —le dijo el joven policía estatal—. Estaba conduciendo treinta kilómetros por encima del límite, pero, eh, cortesía profesional, ¿no?

Rafferty sonrió y le dio las gracias al chico; después metió el papel en la guantera, junto con todas las multas de aparcamiento que nunca se acordaba de pagar.

Cuando estacionaron en la entrada, vieron el perro: estaba atado a un poste de la balaustrada de la fachada principal de la casa de Rafferty y tenía un bol de agua dado la vuelta a su lado. Era evidente que había intentado escaparse. Estaba como loco.

—Es uno de los perros de May —dijo Towner, saltando del coche.

Había una nota prendida en el collar del perro.

—«Mi nombre es *Byzantium* » —leyó.

El perro enseñó los dientes y gruñó. Impasible, Towner se sentó en el porche, sin mirarlo directamente, pero colocándose a su altura. Se quedó sentada un buen rato con la mirada en la bahía, como si fuera lo más natural que se podía hacer en un día como ése. Cuando la respiración del animal se calmó, ella alargó la mano hasta debajo de su hocico y comenzó a acariciarle el cuello.

—Hola, *Byzy* —dijo, con un tono relajado. Finalmente, lo miró.

El perro se echó lentamente, como hipnotizado, y se tumbó sobre su costado, mientras ella le acariciaba la tripa.

—Cachorro bueno.

Rafferty se había quedado en el camino de entrada con la puerta del coche abierta. Se bajó.

—¿Por qué crees que lo ha enviado May? —preguntó Towner.

—Supongo que para torturarme —dijo él, y estornudó.

—Esto no es una buena idea —comentó Towner.

Pero Rafferty no podía evitar pensar que tal vez sí lo era. May tenía razón: él no podía vigilarla cada minuto. En realidad, se sentiría mejor al saber que *Byzy* estaba allí.

—Está bien, puede quedarse —dijo él—. Siempre y cuando no se coma mis zapatos.

Towner rió.

—¿Qué crees que come? —preguntó—. Bueno, aparte de conejos y ratas.

—Purina lo que sea —dijo Rafferty cogiendo el bol de agua tirado y llevándolo hasta la manguera para llenarlo. Se lo puso al perro delante, y éste empezó a beber.

—Se parece a *Skybo* —dijo ella.

Rafferty recordaba el nombre. *Skybo* había sido el primer perro de Towner, el que Cal había matado. Él lo había leído en su diario, y también se lo había contado Eva. *Skybo* había sido su amigo y su protector. Así que el hecho de que el perro se pareciera a *Skybo* los relacionaba de inmediato.

Rafferty comenzó a subir la escalera, estornudó dos veces al pasar al lado del perro, que gruñó cuando él pasó.

—Eh, amigo, estamos en el mismo bando —dijo él, y Towner se echó a reír otra vez.

—Abajo, chaval —le dijo a *Byzantium* , y él obedeció.

Rafferty no guardó el coche en el garaje. Sabía que debería ir a Crosby's a por pienso al cabo de un par de minutos. Tendría que acordarse de comprar un antihistamínico. Después se iría a dormir. Necesitaba una noche de descanso. Durante las últimas semanas, desde que Towner estaba allí, no había pegado ojo.

Rafferty se tomó un par de antihistamínicos y durmió hasta las doce. Finalmente, se levantó por un leve gruñido de *Byzy* . Abrió la puerta de su habitación. El perro estaba tumbado con la nariz pegada contra la puerta corredera, mirando a la bahía y gruñendo a los barcos que entraban y salían. Rafferty oyó el agua correr en el baño. Towner se estaba lavando los dientes.

Enchufó la tetera eléctrica, se preparó un café en la cafetera exprés que le había regalado Leah las Navidades anteriores. Enjuagó su taza con agua caliente, para que estuviera templada. Después abrió la puerta corredera y salió al porche.

—Vamos —le dijo a *Byzy* —, los verás mejor desde aquí.

El perro dudó, y después salió afuera.

Rafferty tomó un sorbo de su café. Escudriñó el horizonte para ver qué había llamado la atención del animal. Al principio pensó que eran los barcos que salían de la bahía, o el enorme carguero que había entrado para descargar el carbón en la planta eléctrica. Pero entonces se percató de otra cosa: los amarraderos se estaban moviendo.

Se puso en pie. Había unos veinte, justo al lado de los muelles entre Willows y Winter Island, se movían lenta y metódicamente a lo largo de la línea de costa. Rafferty observó otra vez y se dio cuenta de que no estaba viendo amarraderos, sino boyas de buzos. Estaban buscando un cuerpo.

Ignorando los gemidos del perro, Rafferty lo encerró dentro otra vez. Con el café aún en la mano, descendió la colina hasta los muelles. Podía tratarse de cualquiera; probablemente, algún navegante que se había emborrachado y

tratado de nadar hasta la costa. Dios, deseó que no fuera un crío.

Veía coches patrulla en el promontorio. El jefe de policía estaba hablando con uno de los buzos.

—¿Qué sucede? —dijo Rafferty.

El jefe le hizo una seña al buzo para que se retirase y después se volvió hacia él.

—Ayer intenté localizarte en tu móvil. Sucedió justo después de que te marcharas. Recibimos un soplo. De Cal. Está convencido de que Angela Rickey está en el fondo de la bahía de Salem.

—¿Cal confesó? —preguntó Rafferty. Le parecía una situación improbable.

—No exactamente —dijo el jefe.

—¿Qué quiere decir eso?

—No fue exactamente una confesión, pero sería casi tan buena como si lo fuera si encontramos el cuerpo. Dijo que la había visto muerta; nos indicó dónde buscar.

—A mí eso me suena a confesión.

—No exactamente —dijo el jefe—. Dijo que Dios le había enviado la información. En un sueño.

Rafferty miró más allá de la bahía, a Winter Island. Veía a los calvinistas en la orilla de Waikiki Beach, observando lo que sucedía. Unos cuantos estaban arrodillados. Había algo de teatro malo en la escena.

—Te está tomando el pelo —dijo Rafferty.

Él sabía al tipo de presión que estaba sometido el jefe. Los comerciantes estaban furiosos por los calvinistas, que interferían con los negocios de las brujas y empujaban a los turistas a otros lugares de la costa. Precisamente el día anterior, la Cámara de Comercio había pedido que trasladaran al grupo de Cal a un campamento en Cap Ann. En la posición del jefe, Rafferty habría hecho lo mismo.

—¿No era tu día libre? —contestó el jefe.

—Exacto —dijo él—, lo es.

Towner estaba descendiendo por el camino con *Byzy* atado con una correa. Llevaba el traje de baño.

—Me lo llevo a nadar. —Towner sonrió. El perro la siguió pegado a sus talones, ávido de cualquier aventura.

Rafferty pensó de prisa. Ya estaba harto del tema. Como el jefe había dicho, era su día libre.

—Conozco un lugar mucho mejor para nadar —dijo—, si os apetece un paseo en barco.

Capítulo 25

A veces la lectora ha de girar el encaje en muchas direcciones diferentes y observar la pieza bajo diversas luces antes de que las imágenes comiencen a aparecer.

Guía de *la lectora de encaje* .

Rafferty y yo paramos en Beverly para comer en una casucha de langosta para llevar de un amigo suyo. Trae la comida al barco.

Rafferty le da a *Byzy* una almeja, que el perro escupe en la cubierta. La almeja se queda atrapada entre los tablones. Rafferty se pone a cuatro patas para sacarla y finalmente la tira por la borda.

—Esto es todo lo que consigo —dice entre risas.

—Creo que *Byzy* prefiere el conejo —digo.

—Por supuesto.

Antes de ponernos en marcha otra vez, Rafferty sube al muelle y cruza la ruta 1A para ir a una pequeña tienda de comestibles a por provisiones. Vuelve con una bolsa llena de comida y la deja en la cocina. Saca una chuchería para el perro.

Me deja tomar el timón y conducirnos fuera de la bahía. Estoy acostumbrada a los barcos de los pescadores de langosta. Éste se va un poco a babor, pero se pilota bien. Y se mueve. Rafferty ha hecho un trabajo estupendo restaurándolo. Aunque con eso no quiero decir que no huela a cebo.

Ponemos rumbo a Miseries, después él me da indicaciones en dirección al océano abierto.

—¿Dónde está ese sitio? —pregunto.

Rafferty señala el horizonte.

—Está allí —dice.

—¿De veras? —Estoy intrigada.

Hace un día precioso. *Byzy* está sentado en la proa como un mascarón, con el pelaje al viento. Cuando reducimos la velocidad, se acerca a nosotros para ver si estamos comiendo algo. Cuando ve que no, regresa a la proa y les ladra a las gaviotas.

—Un perro raro —señala Rafferty.

Sonrío.

La isla de Rafferty está en mar abierto, pasado Miseries, más allá de Baker's. Parece sacada de la Polinesia, una estrecha playa de arena color azúcar que asciende formando una pequeña colina. La reconozco de inmediato. He estado antes aquí. Cuando éramos pequeños, jugábamos a los piratas en esta isla.

—No sale en ningún mapa —me informa él—. No tiene nombre.

No sé por qué no le cuento que he estado aquí antes, pero no lo hago. Vinimos unas cuantas veces, Beezer, Lyndley y yo, pero siempre quedaba un poco lejos y era un lugar difícil para atracar, dado que es muy rocosa y cuesta llegar a la orilla. Ni siquiera se puede echar el ancla con facilidad, porque debajo de las rocas del fondo la superficie es suave y resbala como el hielo. Una ancla caería en el mar sin nada a lo que aferrarse. Dejarías el barco y, al volver, no estaría allí. Se iría a la deriva, desaparecería en el agua.

Una vez nos sucedió a Beezer y a mí. Al principio, no me lo creía. Pensé que había sido Lyndley, que quería hacernos un truco de pirata, y eso fue lo que le dije a Beezer, lo que sólo logró hacerlo llorar y asustarlo aún más, cuando en realidad yo estaba intentando tranquilizarlo.

—Ojalá no dijeras cosas así —dijo él.

Yo no estaba segura de qué había dicho para alterarlo tanto, pero de todas formas encontramos el barco, detrás de la isla. No era un día de mucho viento, por lo que pude ir nadando y recuperar el whaler sin daños que lamentar. Así que no sé por qué se lo tomó tan mal, pero nunca quiso volver a la Isla Sin Nombre después de aquello. Así era como llamábamos a este sitio: la Isla Sin Nombre.

Estoy segura de que Rafferty ha estado aquí varias veces. Tiene un sistema: ha traído una cuerda, una muy larga, que ha atado a la proa. Después se ha metido en el agua y ha ascendido el desnivel unos diez metros y ha anudado la cuerda a uno de los únicos árboles que hay en la isla.

Vuelve al barco a buscarme, pero yo ya estoy en el agua. Le paso las bolsas de comida. Tan pronto como llego a la orilla, él deja que el barco vaya a la deriva hasta que la cuerda se tensa. Me tiende una mano y subimos la erosionada colina juntos.

Desde el extremo más alejado de la isla no se ve nada aparte del océano abierto. Es uno de los escasos lugares desde Rockport donde puedes contemplar el océano y no la bahía cerrada que conduce a Cape Ann. Es salvaje y está a merced del viento, la falta de vegetación te hace sentir que podrías estar en cualquier parte, desde la superficie de la luna hasta la isla del Tesoro o el lago Azul.

Byzy y yo nadamos mientras Rafferty recoge maderas para encender fuego.

Más tarde nos sentamos frente al mar, observando la puesta de sol. El fuego está demasiado bajo para cocinar, y miro a Rafferty apilar unas cuantas algas para avivarlo y tirar las hojas de las mazorcas de maíz a la hoguera. Después saca queso, galletas saladas y un filete enorme. Le encanta este sitio. Me cuenta que nunca ha visto a nadie más aquí.

—Ni un alma —dice, y me pasa un vaso de limonada.

Comemos filetes y mazorcas de maíz. Tres platos, uno para cada uno. *Byzy* se agacha sobre el suyo, lo engulle.

Más tarde contemplamos cómo cambia el cielo y después oscurece. La luna sale del agua. Rafferty se da cuenta de que estoy tiritando y me pone su chaqueta sobre los hombros. Es una chaqueta vieja. Huele a mar.

Byzy escarba en la arena y comienza a roncar.

—Esta isla no tiene nombre —repite Rafferty, como si no me hubiera enterado la primera vez, o tal vez lo dice porque no he reaccionado—. El banco de arena que está más allá si lo tiene. Le pusieron nombre incluso a eso, pero nunca bautizaron este lugar. Se les escapó entre los dedos —añade, feliz de que algo, lo que sea, pueda escurrirse de entre las omnipresentes manos del hombre.

—Tal vez no existe de verdad —digo—. Quizá somos nosotros quienes nos hemos escapado de entre sus dedos.

Al principio parece sorprendido. Después, rompe a reír; no de forma sonora, sino auténtica.

—Eres una mujer interesante —dice—. Siempre bordeando la línea.

—¿Qué línea es ésa? —pregunto, aunque sé perfectamente de qué línea habla. Esa línea es por definición no una línea, sino una grieta. Una por la que me escurrí hace mucho tiempo.

Piensa antes de contestar:

—La que separa el mundo real y el mundo de lo posible.

—Por decirlo de un modo poético —digo.

—A veces el mundo real es mucho más loco —señala él.

Estoy segura de que lo dice en serio. Algo ha sucedido hoy.

—¿Cómo va el caso? —pregunto. La pregunta suena demasiado a charla cortés, y me doy cuenta de que él no quiere hablar acerca de eso, así que no lo presiono para que me responda.

—No hablemos de eso esta noche —responde.

La luna está casi llena. Dibuja un camino sobre el agua cada vez más oscura, y por un minuto pienso en Lyndley. Se me humedecen los ojos. No quiero que él me vea, así que me vuelvo hasta que las lágrimas remiten.

Rafferty se levanta y camina hasta el agua. Se agacha, forma un cuenco con las manos y coge agua, la mira y después la deja escapar entre los dedos. Entonces se lleva la mano a la boca y saborea la sal. Lo veo tomar una decisión.

—Vamos a nadar —dice.

Me sorprende.

Nadamos durante un buen rato. Es un nadador fuerte, no es de los que flotan con el agua, sino de los que cuentan con la fuerza suficiente para imprimir potencia a través de ella. Nada con la cabeza fuera; debió de ser socorrista durante sus veranos en Long Island. Los socorristas siempre nadan con la cabeza fuera del agua, siempre alertas, con un ojo en la víctima. Cuando navega es diferente. Navegar es para Rafferty lo que nadar es para mí.

Esta noche hay magia en el agua, fosforescencia. Cada brazada que damos deja un rastro resplandeciente.

Los dos estamos cansados cuando volvemos a la orilla. Es una noche hermosa. Nos quedamos dormidos en la arena.

Me despierto al oír a *Byzy* sobre la colina, ladrando a la luna. En realidad, está aullando, de la misma manera que he oído a los perros de la isla cuando la luna está creciendo, casi llena. La luna está alta, así que sé que son las once pasadas. Subo a lo alto de la colina, al centro de la pequeña isla, y me siento en el borde de un saliente rodeada por la panorámica. Desde aquí se ve la curvatura de la línea de costa, las bocas de las diferentes bahías. Puedo distinguir el barco de fiesta entrando después de su último recorrido de la noche, las luces que lo cubren lo hacen parecer más el Golden Gate que un barco. No estamos lo bastante cerca para oír la música; es sólo una imagen, luces moviéndose lentamente, flotando extrañamente sobre el agua, como un buque fantasma.

Recuerdo la primera vez que vi el Golden Gate. Había un hombre con el que estuve saliendo un breve período de tiempo. Su familia tenía una casa en Sonoma County, y fuimos en coche hasta la costa para verla. Por algún motivo, mientras cruzábamos el puente, me contó cuánta gente se suicidaba todos los años saltando desde el puente. Rompimos poco después.

Dejo a Rafferty dormir. No tengo prisa alguna, y sé que no duerme mucho. Me alegro de que haya propuesto este día. Si pudiera hacer las cosas como quisiera, no volvería a la ciudad. Estoy mucho más cómoda aquí.

Finalmente, Rafferty se despierta y viene a buscarnos.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—No lo sé. Acabo de ver el barco de fiesta ir en dirección a la bahía.

—Medianoche —dice él—. Supongo que será mejor que volvamos.

Asiento, pero no me levanto.

Estoy segura de que él siente lo mismo, que volver es lo último que le apetece hacer. Se sienta a mi lado. Ninguno de los dos se mueve.

—¿Por qué será —dice finalmente— que todo se ve tan bonito desde aquí?

—Es bonito —digo—, incluso desde allí es bonito. Es tan sólo la gente la que lo hace horroroso… a veces.

—No todos —replica manteniendo su mirada fija en mis ojos.

No aparto la vista.

No estoy segura de quién besa a quién. Es el beso más recíproco del mundo. Es perfecto por el compromiso, la cooperación. Nada puede seguirlo. Cualquier otra cosa sería una decepción. Los dos somos lo bastante mayores e inteligentes para darnos cuenta.

—¿Qué pasa con Jack? —dice él.

—No hay Jack —digo.

Lo observo tomar una decisión. Ha decidido que me creerá. Me coge de la mano y regresamos juntos al barco.

No llegamos a casa hasta después de las dos. Rafferty y yo dormimos juntos sobre su cama, mi cabeza apoyada sobre el hueco de su hombro. Me muevo, giro hacia la ventana abierta, sus brazos me rodean, los músculos tensos incluso durante el sueño. Duerme pacíficamente, no de la manera que uno esperaría de él. Cuando yo me muevo, él se mueve para acoplarse a mi cuerpo.

Me despierto con la primera luz del día y descubro el encaje en la ventana. No lo había visto la noche anterior. Si lo hubiera visto, no habría entrado en esta habitación. Pero ahora lo he visto. Me atrapa en sus espirales y me roba el aliento como si el mismo aire fuera parte de la trama, la parte que crea los espacios negativos para que el patrón pueda existir. Veo el patrón con claridad sólo cuando éste me arrastra dentro, dentro del mundo detrás del mundo. Es un sitio que conozco, un sitio que me aterroriza. Es el punto muerto. Todo el movimiento se detiene en ese punto; la respiración para en el punto álgido, sin subir ni bajar, como si todo el océano se hubiera congelado. Estaré paralizada y atrapada aquí hasta que el deshielo me libere, y no habrá deshielo hasta que el encaje me muestre lo que me ha arrastrado a ver. Contengo el aliento. La oleada se detiene pero su ritmo prosigue, tan regular

como las olas en la arena.

Veo la pistola. Oigo el sonido del disparo. Huelo la pólvora. Siento la bala atravesarme el costado; no es exactamente un dolor físico, pero corta, crea la división. Entonces el ritmo del oleaje cambia, no es oleaje (me doy cuenta ahora), sino respiración. No sé que es respiración hasta que su ritmo se altera, se acorta. Siento los brazos de Rafferty a mi alrededor, fuertes, más fuertes, oigo su aliento, sintiéndolo cada vez que espira, ahora jadeando. Le ha dado. La sangre es caliente, forma un charco a nuestro alrededor. El disparo nos ha unido, fusionándonos. Es un disparo mortal. Es la intención.

—¡No! —grito, saltando, apartándome del encaje de la ventana. No puedo soportarlo, no lo haré. Él no.

Reacciona por instinto. Se ha levantado de la cama, está delante de la ventana, apartándome a mí de ella, fuera de la línea de fuego.

Caemos en el suelo con fuerza. Le lleva un minuto darse cuenta de que los dos estamos bien.

—Cal —dice él.

—No —digo yo.

Él también lo ha oído. Lo he sabido en cuanto lo ha dicho.

Mira al exterior. Entonces ve a *Byzy* , observándonos desde la otra habitación. Si hubiera habido un disparo, la reacción del perro habría sido completamente diferente, mucho más agitada.

Rafferty trata de aclarar su mente. Ve el encaje en el suelo.

—Vi a Cal… —empieza a decir.

—Era un sueño.

—Estaba aquí.

—No —digo yo.

Se frota las sienes.

—Estabas soñando —digo. Señalo donde está *Byzy* , que sigue mirándonos—. Si hubiera habido un disparo…

Rafferty levanta la mano, ya comienza a entenderlo. Se sienta de nuevo en la cama.

—Dios santo —dice—, parecía tan real…

No voy a mirarlo. Si lo miro, no seré capaz de marcharme. Y debo irme. Lo he

visto en el encaje. La bala le atravesó a él y llegó a mí. Sentí cómo lo abandonaba la vida, y yo estaba sola. Seguíamos unidos, fusionados, pero él estaba muerto.

«Une tu mano a la mía como si estuvieras rezando —solía decirme Lyndley—. Después pasa el pulgar y el índice entre las dos… Esto es lo que se siente al morir».

No, Rafferty no. Por favor, él no.

Él se estira, buscándome, trata de atraerme hacia sí.

Me aparto.

—Esto ha sido un error —digo yo.

—No pasa nada. Era un sueño.

—No. —Me alejo—. Eso no. Esto. —Señalo la cama, a nosotros—. Esto ha sido un error tremendo.

Veo su dolor, mucho dolor. Pero no hay verdadera sorpresa. Rafferty es más intuitivo de lo que él mismo sabe. No me había dado cuenta hasta ahora. En algún lugar muy profundo de su mente, él ya sabía que esto sucedería.

—Lo siento —digo.

No lo miro. No puedo mirarlo otra vez o no seré capaz de irme. Si me quedo, él morirá. Lo he visto en el encaje. La bala nos fusionará, pero el hombre al que amo morirá.

La constatación de mis propios sentimientos me frena. Pero sólo por un minuto. Sé lo que tengo que hacer. Rebusco la correa de *Byzy* . La engancho en su collar y tiro de él.

—¿Adónde vas? —pregunta Rafferty.

—Lo siento —repito. Arrastro a *Byzy* hasta la puerta y escaleras abajo.

Miro hacia la ciudad, hacia la casa de Eva. El único lugar al que ir. Parece tan lejano desde aquí que no podré llegar nunca. Cuando llegue, haré una llamada para volver a California. Haré lo que ya hice una vez. Me iré tan lejos como pueda sin caerme por el borde de la Tierra.

Quinta parte

Si la pregunta es correcta y quien pregunta está preparado para recibir, la respuesta será inmediata.

Guía de la lectora de encaje.

Capítulo 26

Rafferty colgó el teléfono y miró la hora. Leah llegaba a las tres.

Tenía tiempo.

Estaba listo para un cambio, y había hablado directamente con su ex.

—¿Te importa si volvemos al calendario original? —le había preguntado Rafferty. Debía de haber algo en su voz que le afectó a ella, porque no colgó.

—¿Te refieres a mañana? —preguntó ella.

—Cuanto antes.

—Sí, supongo que sí. Bueno, si a Leah le parece bien —dijo ella, y después añadió—: El único problema es que ya hemos hecho planes para la semana anterior al Día del Trabajo. Tendré que cambiarlos si regresa antes.

—No quiero que vuelva antes —dijo Rafferty—. Demonios, no quiero que vuelva nunca.

—Suenas raro. ¿Estás bien? —preguntó ella.

—He estado mejor —dijo él.

No le había contado al jefe que Towner se marchaba. No regresaría para el juicio, no iba a testificar contra Cal cuando llegara el momento. Le había dicho que quería retirar los cargos. Rafferty le había explicado que eso era imposible, que ella no había hecho la denuncia, sino que había sido el estado. Towner repuso entonces que no testificaría. La única esperanza que les quedaba de pillar a Cal era encontrar el cuerpo de Angela. Pero Rafferty no quería depositar su esperanza en eso.

Acordaron que le pasaría el caso a un nuevo compañero, un chico que acababa de ser ascendido a detective. Rafferty se había implicado demasiado, dijo el jefe. Pero él no sabía ni la mitad de lo que había pasado.

Rafferty metió los archivos en una caja para el chico nuevo, apartó algunas cosas personales sobre Towner, archivando esas carpetas en donde correspondían otra vez. Si el chico nuevo quería profundizar en el caso, tendría que hacerlo por sí mismo. No era mucho, pero era lo único que Rafferty podía hacer por ella. Lavó su taza de café y ordenó su escritorio. Sabía que estaba perdiendo el tiempo. No se moría precisamente por decirle al jefe que el caso de asalto contra Cal Boynton estaba acabado.

El jefe cruzó la puerta y miró fijamente a Rafferty.

—Se ha acabado —dijo, como si le hubiera leído la mente. La mirada del jefe era incrédula, estaba sorprendido.

—Iba a decírtelo —repuso él—, Towner vuelve a California. No testificará.

El jefe lo miró de forma extraña.

—No estoy hablando de Towner —dijo.

—No te entiendo.

—Ven conmigo.

Rafferty lo siguió hasta el vestíbulo. De pie en el mostrador, hablando con el empleado, estaba Angela Rickey. Las heridas de su rostro se habían curado. Llevaba ropa de premamá a la moda.

—¿Qué…? ¿Dónde demonios has estado? —inquirió Rafferty.

Angela se volvió hacia él.

—He estado en Nueva York visitando a mi amiga Susan —dijo ella—. Alguien llamó desde Maine y dijo que me estabas buscando.

—Es el malentendido del siglo —dijo el jefe.

—Toda la ciudad cree que estás muerta —señaló Rafferty.

—He venido en cuanto me he enterado.

El empleado tomó la palabra.

—Quiere saber dónde está Cal.

—Está arrestado como sospechoso de tu asesinato.

Angela se demudó.

—Necesito verlo. —La voz le temblaba.

—Le he dicho que no está aquí, pero no me cree —dijo el empleado.

—Está en Middleton —aclaró el jefe.

—Necesito verlo —repitió ella.

Capítulo 27

Jack le dijo a Jay-Jay que no volvería. No le contó la otra parte, que May lo había despedido. Rafferty podría haber deducido que Jack trasladaba chicas para la nueva red clandestina de May, pero su hermano Jay-Jay no tenía la menor idea. Jay-Jay creía que él merodeaba por la zona ante la esperanza de que Towner regresara, algo que también era cierto.

—Sabes que te quiero, Jack —le había dicho May—, pero te estás convirtiendo en un incordio. Eres un alcohólico, y yo tengo que acabar con esto.

Ya había vendido su amarre. La única razón por la que seguía allí era para encontrarse con el comprador y recoger la factura. Había vendido las trampas la semana anterior, cuando supo que se marchaba de verdad.

Había visto el embarcadero de Eva abierto. Vio a Towner agachada poniendo en marcha el whaler. Había un perro en la proa, una cosa grande, corpulenta y amarilla, con unos dientes enormes.

Jack se había refugiado en el camarote; no quería verla. Aunque no le quitó ojo mientras pasaba.

Tenía mejor aspecto, gracias a Dios. Él nunca la habría tocado si hubiera sabido lo de la operación. En cualquier caso, no debería haberlo hecho. Ella era incapaz de beber. Siempre lo había sido. La idea de que él podría haberle provocado la infección era algo que pensaba cada hora que estaba despierto. Podría haber muerto. Según May, había estado a punto, aunque May no sabía nada de lo que había pasado entre ellos aquella noche, no sabía que podía ser culpa suya.

Él se había aprovechado de ella de la misma manera que se cuenta que sucede en las fiestas de las fraternidades. No había utilizado un sedante ni nada por el estilo, pero ella había estado…, ¿cómo decirlo?, incapacitada. Se odiaba a sí mismo por ello. Tan pronto como la tocó, se odió a sí mismo. Pero eso no lo detuvo. Ella estaba allí tumbada, con los ojos perdidos, sin mirarlo. En algún lugar profundo de sí mismo, una parte enfermiza y romántica, pensó que, si sólo la besaba, ella despertaría y volvería con él. No había funcionado. Entonces, por algún motivo aún más enfermizo, pensó que debía hacer más. Cuanto más la tocaba, más lejos se iba ella, hasta que sus ojos, aún abiertos, parecieron muertos y lejanos. Ella no estaba allí en absoluto.

Ella no lo quería, ya no. Ella quería al otro tipo. Quizá nunca lo había querido a él.

Había una mujer en Canadá. Una persona con la que se había estado viendo durante mucho tiempo. No era capaz de comprometerse con ella. Y ella tampoco se comprometía con él, a causa de su problema con el alcohol.

«Morirás —le había dicho ella—. Si no paras, caerás muerto sin más cualquier día de éstos, y yo no quiero estar ahí para verlo».

Observó a Towner salir de la bahía en dirección a Yellow Dog Island. Deseó volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas. Deseó haber matado a Cal aquella noche en el coche, la única vez que había tenido la oportunidad.

Deseó poder matar a Rafferty en ese momento. No, no era cierto. Rafferty era un buen tipo, mucho más que él. Lo que hacía que le doliera aún más.

Joder. Tenía que dejar de beber. Lo sabía. Sentía el maldito hígado cuando se tocaba el costado. Era inmenso.

Comenzó a llorar. No podía parar.

La había violado. Probablemente era un hecho. Quizá ella no lo llamaría así, si es que lo recordaba, pero eso era lo que había sido. La había violado, y había estado a punto de matarla. Lo único que Jack quería era que ella volviera con él. Y él había acabado haciendo lo mismo que Cal. Era tan horrible como Cal Boynton. Peor, quizá, porque él conocía la terrible historia de lo que Cal había hecho.

La verdad era que Jack había pasado los mejores años de su vida esperando algo que no sucedería nunca. Esperando que Towner regresara, lo viera y lo conociera como lo había hecho en su día. Esperando vivir felices para siempre de la forma que una parte de él siempre había creído que lo harían. Tiempo antes, ella se había creído toda esa mierda de «… y fueron felices y comieron perdices» tanto como él. Estaba seguro de eso.

Lo que él había querido aquella noche era despertarla con un beso y que ella lo viera como su príncipe, su maldito príncipe, por el amor de Dios, ¿cuán estúpido era eso? Él quería que ella lo viera como un príncipe, cuando la realidad era que ella no lo veía, ya no. Towner no había sido capaz de verlo, ni siquiera de mirarlo, desde el día en que había saltado del barco y había tratado de ahogarse. Él también había saltado, heroico, creyendo que realmente podía salvarla.

Capítulo 28

Angela insistió en ver a Cal. La policía la escoltó hasta Middleton.

Cuando salió, llevaba el anillo de él, el mismo que él dejaba besar a sus seguidores. En su dedo quedaba enorme. Ella lo sujetaba como un tesoro.

—Nos vamos a casar —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—. Nos iremos a Las Vegas y nos casaremos tan pronto como salga de aquí.

—Algo que debería suceder en algún momento de esta noche —señaló el abogado de Cal.

Ni Rafferty ni el detective nuevo articularon palabra en el camino de vuelta.

Ella quería que la dejaran en Winter Island.

—Para darle las buenas noticias a la congregación —anunció sonriente—. También tengo que recoger mis cosas.

El detective nuevo estaba esperando una reacción de Rafferty, pero no tuvo lugar. Tan pronto como volvieron a la comisaría, Rafferty se fue al aeropuerto a recoger a su hija. Ya había tenido suficiente.

Capítulo 29

May estaba en la plataforma observando el whaler entrar en el canal. El perro estaba en la proa, como un mascarón. Desde la distancia, había vuelto atrás en el tiempo, viendo a Towner y a *Skybo* rodear la isla desde los muelles. En ese momento Towner no parecía más mayor que entonces.

El tiempo estaba haciendo lo que le placía con May ese día. Towner había llamado para decir que traía de vuelta al perro, que sería cruel llevárselo a Los Ángeles, donde ni siquiera tenía un sitio para vivir ella.

—Podrías comprarte una casa —le había sugerido May—. Ahora tienes mucho dinero.

En verano no se transportan perros en avión, le había informado Towner. Era demasiado peligroso. Para cuando consiguiera transportarlo a Los Ángeles, *Byzy* ya se habría vuelto salvaje otra vez. Sería cruel, repitió. Él pertenecía a la isla.

May se dio cuenta de que eso quería decir que Towner no volvería a ver a *Byzy* . Ese pensamiento le hizo caer en la cuenta de que lo más probable es que ella misma no volviera a ver a su hija nunca más. Era duro, pero era la verdad. A menos que May cambiara. A menos que pudiera marcharse de la isla y viajar cinco mil kilómetros. Ella quería, y en ese momento pensó que podía suceder de verdad. La gente cambiaba; las cosas eran posibles. Pero tan pronto como el pensamiento se hizo real, se percató de que el razonamiento que estaba detrás no.

May no podía dejar la isla y viajar a Los Ángeles, de la misma manera que Towner no podía volver a ella.

El corazón le dio un vuelco. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero no lloró.

Towner necesitaba alejarse de ese lugar. No era seguro. Algunas veces, escapar era exactamente lo que se debía hacer. La única cosa que se podía hacer. Ella sabía que Eva no habría estado de acuerdo, Eva pensaba que todos los problemas de Towner se resolverían si regresaba allí, pero se equivocaba. Si había algo que May había aprendido trabajando con mujeres víctimas de abusos y su nueva red clandestina era que a veces lo único que podías hacer era huir y no volver a mirar nunca atrás.

Capítulo 30

May amarra el whaler cuando entramos.

Byzy está merodeando por el pequeño barco, haciendo que se balancee de manera violenta. Unos cuantos goldens (que han estado durmiendo apilados en lo alto del muelle) se han puesto en pie, esforzándose por ver qué está pasando. Saltan, se alegran de verlo.

Es demasiado. Todo su cuerpo tiembla mientras trata de contenerse hasta que yo lo suelte.

—Ve —digo cuando ya no puedo retenerlo más.

Entonces, él corre hasta ellos, sin saber que no hay nada definitivo en esta visita, sin tener ni idea de que no volverá conmigo. Los perros saltan y se pelean unos con otros, jugando, rodando.

—Te vas esta noche —dice ella.

—Sí.

Levanto la vista y vislumbro a la tía Emma en el huerto. Ella también levanta la cabeza, siente mi presencia. Mi mano asciende hasta mi corazón. Veo que May se da cuenta. Por un momento, no sé dónde estoy. No puedo hablar; todo esto es demasiado para mí. Entonces, al fin, me obligo a volver.

—He venido a decir adiós —digo.

Miro la isla. Veo a las mujeres que establecen su hogar aquí. Caminan de un lado a otro haciendo las tareas de la vida cotidiana. Ésta es su vida ahora, todas trabajando juntas. Viviendo juntas.

Levanto la vista y veo a la tía Emma regresando a casa con la cesta de verduras para la cena de esta noche. Me lo imagino. Todas las mujeres y los niños cocinando juntos, sentados juntos a la enorme mesa de May. Un extraño sentimiento de nostalgia me sobrecoge.

—Puedes quedarte aquí —dice May—. Siempre lo has sabido.

Las dos sabemos que no es cierto. Aun así, me alegro de oírlo.

—No puedo.

Ella asiente con la cabeza.

Durante un momento esto es todo lo que quiero. Todo lo que siempre he

querido, me doy cuenta. Todo ha cambiado, y nada ha cambiado. Y, sin embargo, la única manera de detenerlo es abandonar este lugar.

Sé que debería subir y despedirme de la tía Emma, pero no puedo hacerlo. Por algún motivo, la simple visión de ella me afecta, verla volver con su cesta de verduras, avanzar en lo que ahora es su vida. Es demasiado para soportarlo. No soy capaz de obligarme a acercarme a ella. May me lee. Toda esta emoción. Se da cuenta de que me ha dejado paralizada. Y también noto que lo entiende.

—¿Te despedirás por mí?

Ella asiente.

—Cuando llegue el momento —dice.

Nos quedamos de pie juntas en un silencio diferente.

—No espero que vuelvas —dice—, ahora que Eva ya no está.

—No —respondo.

Ella me abraza. Es inusual para May hacer esto y para mí aceptarlo. Nos abrazamos la una a la otra por un largo instante.

—Cuídate —dice, cuando finalmente yo me aparto. Y me percato de que le importa de verdad.

Byzy está sentado en lo alto del muelle, mirándome sólo a mí, con la cabeza agachada, preguntándose qué haremos a continuación, cuál será nuestra próxima gran aventura. Me doy cuenta de que tengo que marcharme ya si voy a hacerlo. Me doy media vuelta y emprendo el camino hacia el whaler.

—¿Sophya? —dice May.

Me vuelvo por un instante.

—¿Sí? —digo.

Noto que piensa una segunda vez, quizá una tercera, antes de decidirse a decirlo:

—No podría haberte querido más aunque hubieras sido mi propia hija.

Capítulo 31

Océano abierto. Niebla. La mano tiembla con las vibraciones del motor. Calculo la distancia por el eco de las gaviotas. Calculo la dirección por el viento. Un minuto antes no había niebla, pero así es como funcionan las cosas en esta parte del mundo. Aquí la niebla no avanza: cae en bloques, no como una manta, sino como una almohada de plumas. Puede llegar a asfixiarte.

Es tan densa que no puedo respirar. No, no es eso. Estoy hiperventilando.

«No podría haberte querido más aunque hubieras sido mi propia hija».

Las manos tensas, camino del espasmo, hiperventilación.

Me estoy asfixiando. Muriendo.

No hay bolsa de papel. Nada en lo que respirar. Hago un cuenco con las manos. Es inútil.

Miro en todas las direcciones. No hay a donde ir.

Apago el motor. Separo las manos, me siento, coloco la cabeza entre las rodillas. Entonces me acuerdo del Stelazine. En caso de emergencia, romper el cristal.

Trago la pastilla en seco. Se me queda pegada. Trago otra vez. Toso.

«No podría haberte querido más…».

Me veo a mí misma de pie, meciendo el barco sin control. Me obligo a sentarme.

Ésta es la niebla del sueño. Entorno los ojos. Espero ver a Eva o a Lyndley, espero que alguien me guíe. Pero no hay nada.

Me siento en el fondo del barco. Me da miedo ponerme de pie otra vez. Me da miedo hacerlo sin darme cuenta. No confío en mí misma.

Ahora no hay sonidos. No hay pájaros. No hay aire. Sólo el patrón en el agua, un encaje oscuro.

Entonces, por un momento, veo el caballito de mar.

Mi primera reacción es apartar la vista, pero me estoy muriendo. Me siento como si hubiera muerto de verdad.

«Tan sólo vuelve a casa. El avión. Llega al avión y vuelve a California».

Arranco el motor. No puedo moverme.

Estoy clavada, inmóvil. Cal está aquí. Cal está sobre mí. Cal me está asfixiando. Entonces, la perspectiva y la cara cambian. Éste no es Cal. Es Jack.

Estoy llorando. «Por favor, déjame volver. Por favor, déjame marcharme».

Acciono el motor para avance. Entonces veo partes del cuerpo. Flotan en el agua delante de mí. Un brazo, una pierna, un torso. Parece que son de tamaño real, hasta que llego a donde están. Entonces, no, no son de tamaño real, son diminutas. ¿Plástico? No. Cerámica. Religiosas. Ceremoniales. Las he visto en Los Ángeles, en Olvera Street. Sigo el rastro de los milagros flotantes hasta que la niebla se aclara y veo la curva de Salem Willows justo delante de mí. Me obligo a pensar. Hago una lista. Llegar a Los Ángeles. Llamar a la doctora Fukuhara. Conseguir ayuda. Puedo hacer esto. Tengo que creer que puedo hacerlo, o moriré aquí mismo. Llegar a Los Ángeles. Llamar a la doctora Fukuhara…

«No podría haberte querido más aunque hubieras sido mi propia hija».

Capítulo 32

Angela cogió los milagros y los envolvió en papel higiénico, enrollándolos y colocándolos a continuación en el interior de sus prendas para protegerlos, dentro de los calcetines y de las zapatillas.

Dobló la mantilla de encaje negro y la tiró a la papelera. Cal odiaba el encaje. Tampoco le gustaba la imagen de la Virgen, pero ésa la dejó. Cuando volvieran, ella viviría en la caravana de Cal; a la siguiente persona que viviera allí quizá le pareciera bonita.

Angela se había tomado un momento para contarles las noticias al resto de los calvinistas: que tendría el bebé, el bebé de Cal; que él finalmente había reconocido que el niño era suyo; que se iban a Las Vegas a casarse.

—El reverendo Cal nunca iría a Las Vegas —dijo Charlie Pedrick.

Angela se negaba a llamarlo Juan Bautista, aunque le había llegado el rumor de que él estaba intentando cambiarse el nombre legalmente.

—El reverendo Cal odia Las Vegas —confirmó una de las mujeres—. Y también San Francisco.

—Se puede conseguir una licencia de matrimonio a cualquier hora del día o de la noche en Las Vegas —explicó Angela.

—Rezaré por ello —dijo Charlie.

«Hazlo», pensó Angela, y empezó a trasladar sus cosas a la caravana de Cal.

Juan Bautista convocó una reunión de oración. Bien. Podían hacer lo que quisieran. Que Charlie convocara una reunión para orar; ella tenía un montón de cosas que hacer antes de que Cal llegara. Tenía que preparar las maletas de ambos y dejarlo todo listo para partir.

Llenó su mochila, metió un par de prendas para Cal y su mejor traje de Armani para la boda. Pensó en llamar a sus padres y contarles la buena nueva; a su madre, no a su padre. Pero no había tiempo. Tenía que encontrar el horario del *ferry* . Tenía que conseguir billetes de avión.

Cogió la cartera de Cal y algunas de sus tarjetas de crédito, entonces se acordó de que no tenía ropa interior para él. Era raro escoger la ropa interior para el reverendo Cal. Cogió el peine de él, buscó también su cepillo de dientes. No sabía qué más cosas de Cal coger.

Cuando Angela bajó la escalerilla metálica hasta el césped, la mochila pesaba mucho.

Todos la esperaban: Charlie, las mujeres y algunos de los otros, a los que Cal se refería como sus guardaespaldas.

—¿Qué pasa? —dijo ella, pensando que sería agradable que alguno pudiera al menos ayudarla con la mochila.

—Sólo tengo una pregunta —dijo Charlie.

—¿Cuál es?

—¿Podrías recitar la oración del Señor para mí antes de irte?

—Estás de broma, ¿verdad?

Él le sonrió.

—Está de broma. —Ella se volvió hacia los otros en busca de confirmación.

Un escalofrío nervioso recorrió a la multitud. Nadie articuló palabra.

—Vamos. No necesitas que te recite la oración del Señor. Tú sabes la oración del Señor.

—Sí. Tan sólo me preguntaba si tú la sabías —dijo Charlie.

—Esto es ridículo —repuso Angela.

—Ella no la sabe —dijo una de las mujeres.

—Ella no sabe la oración del Señor.

—Por supuesto que la sé.

—Recítala, por favor.

—No, no la recitaré, esto es ridículo. Y al reverendo Cal no le va a gustar cuando le cuente cómo me estáis tratando.

—He rezado por ello, y el Señor ha respondido… —Charlie puso sus ojos a la altura de Angela—. El reverendo Cal nunca pondrá un pie en Las Vegas —aseguró él.

—Bueno, irá conmigo. Esta noche.

—No lo creo —dijo Charlie, poniéndose delante de ella.

—Tu bebé no es del reverendo Cal —dijo una de las mujeres.

—Tu bebé es del diablo —añadió Charlie.

Angela se rió al oír eso.

—Claro —dijo—. El diablo.

Una parte de ella seguía pensando que estaban de broma.

—Tiene la marca —dijo una de las mujeres. Otra de ellas se desmayó.

Eso no podía estar sucediendo. Los ojos de Angela se movieron de prisa, buscando una vía de escape.

Charlie la cogió rápidamente, golpeando su cara contra la caravana. Angela se tambaleó, vio la sangre.

—¡Manifiéstate, demonio! —bramó Charlie.

Una de las mujeres cogió una piedra y la levantó.

Angela tiró la mochila y salió corriendo hacia el otro lado de Waikiki Beach, en dirección a las rocas y la ciudad.

—¡Coged a la bruja! —gritó uno de los guardaespaldas.

—¡Atrapadla! —ordenó Charlie.

Roberta lo vio todo desde la caseta. Rápidamente levantó el teléfono. Primero llamó a Rafferty; después, al no conseguir contactar con él, marcó el 911.

Capítulo 33

La niebla se disipa cuando entro en la bahía. Los milagros desaparecen, y el agua se torna azul oscura. El aire es más cálido aquí. Alcanzo a ver Derby Street.

«Tan sólo llega a casa».

Veo dos coches de policía en el *parking* de Winter Island al pasar.

En lugar de reducir la marcha, acelero. Se está haciendo tarde. Tengo que coger ese avión.

Cuando entro en el canal en dirección al embarcadero, veo a los calvinistas en un extremo del muelle Derby, en medio de la bahía, al lado del pequeño faro. Gatean entre las rocas que rodean el muelle, buscan algo.

Dos de ellos están sentados delante del embarcadero.

Debería guardar el whaler, pero no quiero acercarme a ellos. No puedo esperar a que se vayan. Lo que hago en cambio es atracar y dejar el whaler en el muelle. Cuando llegue al aeropuerto, llamaré a May y le diré que se encargue de que alguien lo recoja.

Estoy mareada. Probablemente ha sido una mala idea tomar la pastilla con el estómago vacío. O tomarla siquiera. Pero aquí estoy. Estoy a salvo.

Mientras subo por la calle, veo más calvinistas. Buscan en las entradas, detrás de la Casa de Aduanas.

Cruzo la calle tratando de no mirarlos, mantengo la vista al frente.

Lo único que debo hacer es coger las maletas y llamar un taxi. Me relajaré cuando llegue al aeropuerto.

Me tiemblan las manos al abrir la puerta. La cierro detrás de mí, voy a la cocina a por un trozo de pan, bajo la cabeza sobre el fregadero y bebo directamente del grifo.

Un cristal revienta a mi espalda.

Me pongo en tensión, a la espera de otro sonido. Oigo el ruido sordo de un cuerpo cayendo sobre el suelo.

Hay alguien en la casa.

Cal.

Me dirijo a la puerta.

—¡Socorro! —grita una voz.

Es una voz femenina. Una que no he oído nunca, una que sólo reconozco de mis sueños.

Me vuelvo y veo a Angela Rickey. Está allí, temblando, aterrorizada. La herida que confundí con una marca de nacimiento se ha disipado y ahora es sólo una sombra que recorre su mejilla derecha. Tiene nuevas heridas, una sobre la ceja y otra, más abierta, en el lugar en que su colmillo ha sido presionado sobre su labio superior.

—Están tratando de matar a mi bebé. —Está llorando, temblando, intentando que la comprenda.

—¿Cal?

—No —se apresura a negar—. Los otros.

Miro en la dirección que señala su dedo, hacia el parque, y veo a los calvinistas en la acera. Vigilan la casa, esperando. Parecen los pájaros de Hitchcock reuniéndose en el parque infantil de la bahía de Bodega, el escenario de la película.

—Creen que he hechizado a Cal. ¡Creen que nuestro bebé es el diablo!

—¿El bebé es de Cal? —digo con voz débil. Me doy cuenta de que debería haberlo sabido. Era el detalle que todos me estaban ocultando.

Una mano sobre la boca. Asfixiándome. «No te muevas, no hagas ni un solo ruido».

Vomito. En el suelo, en medio de la despensa. Veo la cobertura azul del Stelazine, que aún no se había disuelto.

Ahora están cruzando la calle. Hay más que antes. Encienden una antorcha, después encienden más a partir de la primera.

Hay un ruido. Y cánticos.

—¡Coged a la bruja!

Angela empieza a llorar.

Cojo el teléfono, marco el 911.

—Oh, Dios mío. —Angela se queda congelada donde está. Está mirando por la ventana, sigue como si estuviera muerta.

La operadora del 911 atiende el teléfono.

—¿Qué tipo de problema tiene?

—Tengo a Angela Rickey en mi casa. Está embarazada y ha sido golpeada.

—Manténgase a la espera —ordena la operadora del 911—. Tengo su dirección.

La oigo dar indicaciones a los coches patrulla.

—Están de camino —le digo a Angela.

Ella está sollozando.

—Está muy malherida —digo.

Angela solloza con más fuerza.

—Mi bebé —gime.

Los veo cruzando la calle con las antorchas encendidas. El tráfico se detiene para dejarlos pasar, y se forma una masa de espectadores. Veo las miradas entretenidas de los turistas. Creen que están asistiendo a uno de los desfiles que han visto una y otra vez en la ciudad.

—¡Coged a la bruja! —canturrean ellos.

Los turistas creen que se trata de Bridget Bishop, o de cualquier otra representación. Están intentando hacer su papel también, intentando participar de la histeria, demostrar que se sienten cómodos haciéndolo. Hacen que los niños participen también.

—¡Coged a la bruja! ¡Coged a la bruja! —gritan.

Una mujer detiene su coche, baja para observar con sus hijos, a los que ha sentado sobre el capó para que tengan un buen ángulo mientras los calvinistas pasan por su lado cruzando la calle y entrando en el jardín.

—Ya están aquí —la voz de Angela ha subido una octava. Ahora se mueve de un lado a otro de la habitación, no es capaz de estarse quieta.

Va hasta la ventana y pide auxilio a gritos. La multitud aplaude.

Las antorchas ondean sin fin, avanzando como una pesadilla.

—¡Por favor! —le digo a la operadora del 911—. ¡Ya están aquí!

—Los coches patrulla están en camino —responde.

—¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío! —gime Angela.

—Asegúrese de que las puertas y las ventanas están cerradas —dice la operadora. Está bien entrenada, intenta no parecer alarmada.

Se oyen las pisadas sobre la madera cuando el primer calvinista sube la escalera de la entrada.

—¡Están en el porche! —grito al teléfono mientras voy de un sitio a otro para comprobar que todo está cerrado. Uso toda mi fuerza para empujar la alacena delante de la ventana que Angela ha roto.

—¡Coged a la bruja! —Ahora los gritos son más fuertes. Los leo. Está dentro de mi cabeza.

Esto no puede estar sucediendo. Debe de ser un sueño. O una alucinación. Tengo que luchar para quedarme aquí. Una parte de mí ya está huyendo, alejándome de lo inevitable. Me hundo.

Durante un minuto me aparto y tan sólo veo cómo sucede. Esto no es real. Es muy anacrónico para ser real. No es real, y al mismo tiempo es muy real. Hiperreal. Cada detalle destaca y merodea como si estuviera sucediendo a cámara lenta.

«¡Matadla! ¡Matadla!».

En este lugar la escena se ha convertido en algo sencillo y universal. Lo que estamos viendo es la historia que se repite, una escena superpuesta a la otra. Estamos aquí y en el viejo Salem a la vez, con los calvinistas de verdad, los primeros. Aquí hay una sensación de inminente fatalidad, y cuando miro a Angela, por un momento, la veo con el vestido puritano marrón apagado, con el pelo recogido y cubierto. Hemos vuelto atrás en el tiempo, a la época en la que venían a apresarte porque eras una mujer sola en el mundo, o porque eras diferente, o porque eras pelirroja, o porque no tenías hijos o un marido que te protegiera. O quizá porque tenías una propiedad que uno de ellos quería.

Cada partícula de mi lucha por abstraerse de esta escena, para crear la distancia de la división. Esto no es real. Yo no soy real.

Pero Angela es real. Ésta es la única verdad de la escena, la única cosa que sé seguro. Y toda mi vida he recordado esto. Estar aquí de pie, fuera del tiempo, con esta mujer, a quien ahora me doy cuenta de que reconocí de mis sueños desde el momento en que la vi en la puerta del salón de té, primero acudiendo a Eva y ahora a mí en busca de ayuda.

Las voces siguen dentro de mi cabeza, canturreando: «¡Matadla!». Las aparto a un lado, luchando por escuchar la voz de la operadora del 911.

—Tengo un coche en su zona —dice ella—. ¿Puede ir a un lugar seguro hasta que lleguemos a usted?

—Creo que sí —digo.

Mi mente trabaja a toda velocidad, decidiéndose por la balconada, suponiendo que es el único lugar al que no pueden llegar. Si subimos a la balconada y nos sentamos en la puerta de acceso, nadie podrá abrirla desde abajo. Yo solía hacer eso cuando quería estar sola. Sólo una estrecha escalera conduce hasta allí, y sólo hay espacio para que suba una persona. Una persona no puede coger impulso suficiente para abrir la puerta.

—La balconada —le digo a la operadora; así sabrá decirles dónde buscar—. Estaremos en la balconada.

—¡Vayan! —dice ella, y nosotras corremos.

Cortan el tráfico al cruzar la calle, siguen viniendo. Debe de haber unos cincuenta. Muchos. No sólo hombres, sino mujeres también. Los ojos de Angela buscan con desesperación a Cal entre la multitud. Sigue diciendo que él la salvará. Una y otra vez, eso es lo que dice. Pero Cal no está en ninguna parte. Todavía está en la cárcel. Y mientras ella espera por el rescate que yo sé que no llegará nunca, la multitud está destrozando el jardín, pisoteándolo mientras rodean la casa.

Veo sus caras. Están en las ventanas.

Otro ruido de cristal roto. El aire cambia, es olfativo, un olor que recuerda a otro tiempo y otro lugar. El olor de los veranos y el sol sobre la madera en el muelle de Willows, o quizá en Trani, donde Jack cargaba el barco antes de que saliéramos a pasar el día sacando trampas juntos. Y yo tumbada sobre el muelle, tomando el sol de espaldas antes de salir, dejándole a él todo el trabajo pesado. Todavía cansada de la noche anterior, contenta, distante y soñadora mientras él cargaba el depósito.

Entonces me encantaba ese olor, el olor de la gasolina. Era un olor tan placentero que ahora me lleva un momento apartarme del encantamiento hipnótico y darme cuenta de que está presente en la habitación con nosotras, de que alguien ha vertido gasolina a través de la ventana rota y el suelo se está empapando.

Se oye una explosión cuando alguien arroja una antorcha a través de la abertura. Después, una explosión más grande, y la habitación queda envuelta en llamas. El cántico cambia al instante. A estos calvinistas se les da bien la improvisación, son capaces de ajustar sus cánticos a las circunstancias. «¡Coged a la bruja!» muta en el viejo e históricamente más correcto «¡Quemad a la bruja!». Y a continuación a un cántico aún más corto, uno que he oído en mi cabeza tan sólo un momento antes: «¡Matadla! ¡Matadla!».

Echo un vistazo a la multitud de espectadores, que de repente ha enmudecido. Algunos parecen confusos, ya no están seguros de lo que están viendo. ¿Esto es una representación? ¿Salem ha alcanzado tal calidad de efectos especiales que tienen presupuesto para quemar una casa de verdad? Observo a un hombre —el único de entre la muchedumbre que se da cuenta

de lo que sucede— correr al otro lado de la calle hasta la esquina que está al lado del hotel Hawthorne y activar la alarma antiincendios.

—¡La casa está en llamas! —grita Angela, comenzando a subir la escalera en dirección a la balconada. La agarro.

—¡No! —vocifero—. ¡No subas!

—¡Salgan de la casa! —dice la operadora.

Ella sigue con nosotras, me doy cuenta, pero no es una buena idea. Si ponemos un pie fuera de la casa, nos matarán. Oigo el sonido de las sirenas en el exterior, pero están lejos, habría que esperar demasiado. Las calles están llenas de espectadores. Cláxones. Ahora, algunas personas se están bajando de los coches para mirar desde más cerca.

—¡La bodega! —dice Angela, y camina hacia la puerta—. ¡Hay un túnel en la bodega!

La sigo y nos internamos en la oscuridad, cerramos la puerta a nuestro paso para protegernos del humo. Sé que es la decisión correcta, ahí abajo hay un acceso, está detrás de la casa, y tal vez podamos salir por allí. Es posible que no nos vean y podamos encontrar la manera de escabullirnos. Pero no queda ningún túnel que yo sepa, ya no. Beezer y yo buscábamos los túneles cuando éramos pequeños. Pasamos horas y horas investigando, incluso días enteros. Los túneles existían hace cien años, tejían una red de engaños bajo el parque Common, mantenían al recaudador británico a raya. Quizá siguieron estando allí más tarde, durante la época del ferrocarril subterráneo, la red clandestina que ayudaba a los esclavos a escapar, quizá era la última parada antes de Canadá y la libertad. Tendría sentido para la nueva red clandestina de May. Pero todos los túneles fueron cegados. En cualquier caso, eso es lo que nos contó Eva, cuando se cansó de que buscáramos o se sintió mal porque no encontráramos nada, o tal vez decidió que debíamos jugar fuera, al aire libre, en lugar de estar todo el tiempo hurgando en su sótano. Eva nos contó lo mismo que nos habían contado nuestros profesores, que la ciudad de Salem había cegado los túneles a finales del siglo pasado. También lo lamentaron cuando llegó la segunda guerra mundial, y aún más durante la guerra fría, porque los túneles habrían sido un buen refugio antibombas, y la ciudad no habría tenido que gastar tanto dinero en construir uno.

Angela está tanteando la pared del fondo, arañándola.

—Sé que está aquí, en alguna parte —dice—. Así fue como Eva me sacó de aquí la última vez.

Así que fue eso. Debe de ser cierto. Los túneles fueron el método por el que Eva hizo «desaparecer» a Angela. La razón por la que Cal y sus seguidores pensaban que Eva era una bruja. ¿Era eso lo que Rafferty había dicho? Vieron a Angela entrar en la casa, tenían la casa rodeada, pero Angela nunca volvió a salir. Cuando finalmente reapareció, estaba en la isla con las chicas de May. Hasta que Rafferty la trajo de vuelta. May estaba enfadada con Rafferty por ayudar a Cal, pero ella no comprendía el quid de la cuestión. El quid de la

cuestión era que Cal tenía miedo de Eva y de May. Creía de veras las acusaciones que les hacía. No sabía lo de los túneles. Lo que él creía era que, a excepción de su ex mujer, todas las mujeres Whitney tenían poderes mágicos.

Ahora tienen la casa rodeada, de la misma manera que aquella noche. Veo pies enfundados en sandalias por las ventanas del sótano. Ya no hay escapatoria por la salida al jardín. Están de pie sobre ella, lo que hace imposible abrirla. Vemos sus siluetas, parecen sombras chinescas iluminadas desde atrás; los faros de los coches que todavía pueden abrirse paso por la calle, los que no están atrapados, proyectan sus contornos sobre las paredes del sótano.

Angela empuja la pared de nuevo, poniendo todo su empeño, golpeándose casi hasta la inconsciencia antes de que yo la detenga.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Sé que está aquí! —dice ella—. Detrás de esta pared. Hay una habitación ahí dentro. Eva me escondió allí la última vez, hasta que pudo sacarme. —Se está haciendo daño a sí misma. Tose.

Aquí abajo hay humedad y humo, humedad y humo, y el vago olor a moho…

Pienso en la agente inmobiliaria estudiando la bodega, observando el agua en el suelo. Ahí es donde debe de estar, en la bodega. Siempre me había preguntado por qué Eva tenía una bodega cuando ella no bebía en absoluto. La puerta secreta está en la pared de la bodega. Tiene que estarlo. Las lamas y los botelleros deben de ser la forma de disimularlo. El líquido que había derramado en el suelo no era vino ni agua de una tubería. Era el agua salada que estaba haciendo que enmohecieran las flores. El túnel dependía de la marea.

—¿Adónde lleva el túnel? —digo sólo para hacer una segunda comprobación, para asegurarme de que mi corazonada es acertada. Pero ya estoy bastante segura. Me dirijo a las hileras de vino. En el mismo momento en que hago la pregunta, ya sé la respuesta.

—Al embarcadero —dice ella.

Deslizo los dedos lentamente sobre la pared, palpando las grietas, el mundo detrás del mundo: estanterías de madera astilladas, el entramado de maderas y botellas, polvo. Busco algo que sea diferente.

¿Qué decía el diario de Eva? «La lectora debe buscar una de las siguientes cosas: algo que realce el patrón o algo que lo rompa».

Cada vez hay más humo y cuesta más ver. Tanteo las estanterías astilladas, las leo con los dedos, como si fuera braille. Entonces, mis yemas hallan una pequeña rendija a lo largo de las vetas de la madera. Es tan fina como la hoja de una navaja. Sigo la diminuta rendija con los dedos tres botellas arriba,

hace un giro de noventa grados, avanza cuatro botellas a un lado y después continúa hacia la pared. Lo he encontrado. Es real.

Es una puerta secreta de *Alicia en el País de las Maravillas* , más pequeña que yo, quizá de la medida adecuada para una persona de la época en que fue construida, pero ya no lo es. Estiro el brazo entre las botellas a la altura a la que debería estar el pomo y doy con una palanca. La empujo hacia abajo. Se engrana. Oigo las muescas girar, pero la puerta no se abre. Está cerrada. Tanteo alrededor, buscando la dirección en la que girar, o una cerradura o algo. Ya tengo una mano en el bolsillo, hurgando, para encontrar algo con que forzarla. Entonces, mis dedos se topan con la placa suave y redonda donde debería estar la llave, pero no está. Se me cae el alma a los pies. Es una cerradura con llave.

Cada vez cuesta más respirar. Llamo a Angela, pero no me oye a causa del ruido creciente del fuego que se aproxima.

Huele a madera vieja y a revoque a medida que el fuego se extiende por las paredes del salón de té, encima de nuestras cabezas. El calor parece dispersar esporas de moho por el aire. Siento el olor de las flores de lavanda que Eva tenía secando sobre los botelleros, las flores que olvidé tirar.

Entonces recuerdo la combinación. De la inspección de la casa. Y de la agente inmobiliaria diciéndome que era la mitad del problema. Moho en el sótano, de las flores secándose, colgadas boca abajo como una señal de emergencia.

«¿A quién demonios se le ocurre poner a secar flores en un sótano?». Me molestó cuando lo dijo, como si pensara que Eva era estúpida o estaba senil. Pero tengo que reconocer que yo también me lo pregunté. ¿Quién secaría flores en un sótano? La respuesta era nadie.

Al menos, nadie que supiera lo que estaba haciendo. Eva no lo haría. Y ahí estaba otra cosa que rompía el patrón, que llamaba la atención: las flores, por supuesto. Eva era una persona coherente. La llave de la cerradura estaba entre las flores mohosas.

Cojo los ramos uno a uno, descolgándolos de los ganchos, agitándolos de la misma manera que Beezer tañía las campanas la última Navidad que fuimos niños. Sacudo cada ramo lenta y deliberadamente, como si esperara que uno de ellos tuviera un tono diferente.

Sobre nosotras se parte un madero del suelo, haciendo que la casa tiemble hasta los cimientos. Angela da un salto.

—¿Qué estás haciendo? —Está perdiendo el control—. Tenemos que salir de aquí ya —dice.

Ella cree que he perdido la cordura, estoy aquí sacudiendo ramos mientras la casa se nos está cayendo encima. Tiene miedo de que lo que ha oído sobre mí sea cierto. Estoy empezando a pensar que tiene razón, porque no encuentro la llave. Me tira del brazo. Quiere volver atrás y tal vez salir por el mismo

camino que entró. Pero ya es demasiado tarde para eso. Todo el piso que hay sobre nosotras está en llamas. Angela aporrea la salida al jardín, impulsa todo su cuerpo contra las puertas, les grita a los espectadores, les vocifera. Después, se deja caer al suelo a mi lado, llorando.

—¡Vamos a morir! —se lamenta.

Cojo el último ramo de flores, ya casi no veo a causa del humo. Lo agito con fuerza y la llave cae al suelo. Palpo en busca de ella, mis dedos cada vez más cerca, mientras que con el otro brazo toco la puerta hasta que encuentro la cerradura. Lenta y cuidadosamente, introduzco la llave en la cerradura y la hago girar en el sentido de las agujas del reloj hasta que oigo el clic. La puerta se abre.

—Estamos dentro —digo cogiendo la mano de Angela, tirando de ella, medio de pie, medio a gatas, hasta que estamos dentro y cierro la puerta dejando atrás el infierno en que se ha convertido la bodega.

Angela conoce la habitación. Se desplaza por la pared más alejada hasta que encuentra la linterna. La luz es escasa. Al principio doy por hecho que es porque las pilas están en mal estado, pero no son las pilas, sino el humo.

La habitación es más una cueva que una habitación secreta, sus paredes cavadas en la tierra están apuntaladas con paneles de maderas de viejos barcos. El suelo está hecho de líneas de adoquines, después se acaban abruptamente donde los constructores se quedaron sin más adoquines, no pudieron seguir robándolos de las calles de Salem.

También hay tesoros aquí: una pieza de marfil, la empuñadura tallada de un cuchillo, cuya hoja se oxidó y se ha desintegrado convirtiéndose en una montañita de polvo rojo. El cuchillo está sobre una caja de especias, del tipo que he visto en las casas del viejo Salem, con la madera hinchada por el efecto del agua. Hay una cama antigua de madera en una esquina, con cuerdas en lugar de somier. Y hay piezas de arte chino, muchas, probablemente robadas, de la época en que los ancestros de mi abuelo optaron por volverse corsarios. Seguramente eran demasiado reconocibles o demasiado recientes para poder tenerlas en el piso de arriba y exhibirlas.

Excepto algunas piezas de cerámica, la mayoría de las cosas que quedan en esta habitación están rotas. Me doy cuenta. Todo lo demás fue llevado arriba progresivamente y se asimiló con el resto de las cosas. Los objetos que quedan no sirven para nada. Excepto la cama. La cama fue dejada aquí para la gente que esperaba.

Hay una sensación de espera en esta habitación. Y de miedo. Ambas son palpables. Ahora nosotras también tenemos miedo, naturalmente, pero es más que nuestro miedo lo que vive aquí. Ésta es la habitación en la que los esclavos esperaban su libertad. La última parada antes de su viaje al norte. Aguardaban aquí, sin saber nunca si saldrían o morirían intentándolo. Confiando en los abolicionistas, que tenían la misma sangre y distaban unas pocas generaciones de aquellos que poseían los barcos que les trajeron aquí para ser vendidos como esclavos en primer lugar. Confiando en personas que

no eran de fiar. Sin elección. Esperando que se hubiera cerrado el ciclo, como todo mal debe hacer antes de alcanzar su fin.

Hay miedo en esta habitación. Pero también hay esperanza. La veo. La esperanza está por allí, en el otro extremo, en la pequeña compuerta negra que conduce hacia la libertad. La esperanza está en el túnel.

—No podemos quedarnos aquí —digo al ver a Angela sentarse en la cama, al ver lo cansada que está.

—La marea está alta —dice, consciente del error que ha cometido—. No podemos salir de aquí hasta que baje. Cuando la marea está alta, la entrada del túnel está sumergida bajo el agua. —Quiere dormir, dice, y apoya la espalda sobre la cama—. Sólo un minuto. Estoy tan agotada…

Tiene razón respecto a las mareas. Se puede oler el agua desde aquí. Pero también se puede oler el humo, y es un olor más fuerte. No es el cansancio lo que provoca sueño a Angela, sino el humo.

—¡Vamos! —digo tirando de ella.

Ella quiere esperar. Quiere ver si nos rescatarán. Pero la habitación se está llenando de humo. Ya le está afectando. Ella cree que tiene la mente clara, pero no es cierto. Si llegan a buscarnos, subirán a la balconada, donde les dijimos que estaríamos. Aunque comprobaran la bodega, no nos encontrarían. Nadie sabe de la existencia del túnel.

—¡Vamos! —digo otra vez—. No podemos quedarnos aquí.

Las ratas van por delante de nosotras en el túnel. Intento no mirarlas. Corretean por los márgenes, todas en la misma dirección, alejándose del humo.

Salvo por el roce de las patas de los roedores, todo está en silencio. Cuando paramos para descansar, el humo nos alcanza.

A medida que nos alejamos del incendio, a Angela le cuesta menos respirar.

—Tal vez podamos esperar —dice, un poco más animada gracias a eso—. Cuando lleguemos al final del túnel…, quizá podamos esperar a que baje la marea.

—Quizá —respondo, tratando de darle esperanzas. Pero el humo está justo detrás de nosotras. No hay posibilidad de esperar aquí.

Noto el agua a la altura de nuestros tobillos. Le cojo la linterna a Angela, ilumino delante de nosotras. Veo que la abertura del túnel se estrecha a medida que el agua sube a nuestro alrededor.

—¿Cuánto queda para el final? —pregunto.

Ella o bien no quiere o no puede hacer ese cálculo.

—Aproximadamente —digo.

—No lo sé…, ¿unos cincuenta metros, quizá?

—La mitad de un campo de fútbol.

Ella asiente con la cabeza.

—Creo que sí.

—¿Es recto o gira?

—Recto —dice ella—, pero no podemos…

Ahora tenemos el agua a la cintura. Las ratas se han parado delante de nosotras. Sólo quedan treinta centímetros. Una media luna de aire. Las ratas se han rendido. Permanecen juntas en el borde, tan cerca del agua como pueden. Pero han llegado tan lejos como son capaces. Han alcanzado su fin.

Detrás de nosotras, el humo se arremolina y avanza lentamente hacia adelante.

—No voy a entrar ahí —dice ella—. Es un suicidio meterse en esas aguas.

Pero entonces ve el humo. Sigiloso, se arrastra hacia nosotras.

—No tenemos alternativa —digo mirando a las ratas, forzándola a ella a mirarlas.

Veo mis propias historias en sus ojos. Angela ha oído historias sobre mí. Cree que ha cometido un gran error, que ha depositado su vida en manos de una chiflada.

La veo pensar.

—No lo conseguiré —dice ella, llorando—. No puedo bucear tanto.

—Yo sí puedo —digo.

Tenemos agua hasta el pecho. Estamos demasiado cerca de las ratas. Ella las mira y luego me mira a mí. Sabe que soy su única opción.

—No nades —digo—, no te impulses. —Ella asiente—. Ni siquiera muevas los pies. —Ella asiente otra vez.

Le enseño cómo hacerlo. Cómo inspirar y espirar, de la forma en que se hace en las inmersiones largas. Expulsando todo el aire primero para poder tomar la inspiración profunda que te hará aguantar.

—Dios me asista —dice ella, que sigue siendo una creyente.

—Dios nos asista a las dos.

Espiramos todo el aire. Luego inspiramos profundamente, la empujo bajo el agua, y después al fondo.

La cojo por el pelo. Es la única manera de hacerlo. Que se quede laxa y cogerla del pelo. Sujetándolo con los dientes de manera que me queden ambas manos libres. Alternando movimientos de pies en tijera y empujando contra el fondo o los lados del túnel, impulsándonos lentamente hacia adelante.

En esta oscuridad, parecen pasar horas, años, una eternidad quizá. La noto debajo de mí, o a mi lado. Su peso muerto, dejándose llevar.

Me duelen los pulmones. El tiempo cambia.

La oscuridad está por todas partes. Hace mucho que no toco la pared. O el fondo. Quizá el túnel se ha ensanchado. «Sigue moviéndote —pienso—, mantén el ritmo».

Estoy perdiendo la sensibilidad, no noto el agua, ni su temperatura.

Estamos perdidas. A nuestro alrededor no hay más que oscuridad, vasta, extendiéndose sin fin en todas las direcciones. Noto por primera vez cómo es de verdad el fin. No la fantasía, la realidad. No es el fin de una vida dolorosa, sino una nada interminable.

Angela tenía razón. Esto es un suicidio. Es la caída de Lyndley. El salto desde el Golden Gate. El trayecto a nado hasta la luna. Ésta es la muerte que siempre había pensado que quería, la muerte que he estado tratando de encontrar cada día desde que cumplí diecisiete años. Ahora, si la quiero, es mía al fin. La nada me rodea.

Y llega un momento en el que me dejo ir. Comienzo a morir. Sería tan fácil… Descansar aquí con las conchas y las piedras suaves. Estuve aquí una vez, y era perfecto. Tranquilo. Pero ahora no. Ya no. Porque ya no es lo que quiero. Era lo que Lyndley quería, no yo. Yo no quiero morir en el agua, no quiero morir en el túnel. Intento quererlo, pero no puedo. Tengo que salvar a Angela. Y a su bebé. Y, me doy cuenta por primera vez en la vida, tengo que salvarme a mf misma.

Se me empieza a escapar el pelo de Angela de entre los dientes. Me lanzo a cogerlo, atrapo los mechones dentro de mi puño, liberando todo lo que está oculto. Al igual que el pelo de May, el pelo de Angela esconde secretos. Es una red de pescar, que atrapa la magia al pasar, y ahora libera un tesoro tras otro: los milagros, el velo, la imagen de la Virgen María. Todos atrapados en la red de encaje de su pelo, todos indicando el camino.

Al empujarla delante de mí, veo el entramado de encaje que forma su cabello

y, a través de él, la luminiscencia. El caballito de mar nada delante de nosotras, dentro de la red de luz. Es el caballito de mar que vi por primera vez en el cabello de May, cuando era pequeña. Este símbolo es mío, ahora me doy cuenta, y lo sigo al interior de la red, diviso algo en la distancia… y veo… un débil destello verde. Después, cuando desplazo atrás la mano para dar la brazada, el pelo de Angela se aparta del camino y me percato de que el destello no desaparece. Hemos encontrado la salida del túnel. Estamos nadando hacia la luz.

Emergemos a la superficie en el embarcadero. Bajo el muelle. Saco a Angela al aire libre. Jadeamos para recuperar el aliento.

Me las arreglo para ayudarla a subir al piso de arriba de la casa de juegos. Ella se sienta en la cama, se echa sobre un costado.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Creo que sí —dice, aunque estoy segura de que no lo está. Gira sobre sí misma otra vez, gime.

—Voy a buscar ayuda —le digo, y abro la ventana de la estancia para iluminar mi camino. Ella se esfuerza por asentir.

Hay un teléfono público en los muelles. Estoy bajando la escalera cuando veo a los discípulos con túnicas. Están sentados al otro lado del canal, en el banco donde suelen reunirse los ancianos. Los ancianos han abandonado el banco; se han ido a ver el incendio, como todo el mundo en la ciudad. En su lugar hay tres figuras ataviadas con túnicas mirando hacia el embarcadero. Después, cuando echo un vistazo al otro lado del agua, al muelle opuesto, veo que hay más. Se están alejando de la casa. Las antorchas siguen prendidas. La turba. Prenden fuego a la hierba, a los edificios, a cualquier cosa que arda.

Subo la escalera corriendo. Angela está arrodillada.

—Vendrá a buscarme. Sé que lo hará —dice ella.

—¿Quién?

—El reverendo Cal.

—Cal está en la cárcel —digo yo.

—No, no lo está, ha salido. Debería estar aquí. El reverendo Cal vendrá a buscarme. Nos vamos a Las Vegas. Nos vamos a casar.

—Ponte de pie. —Intento sacarla de la cama.

—Él ya debería estar aquí. Dijeron que estaría aquí. —Está mirando por la ventana, escudriñando la multitud.

»—El reverendo Cal vendrá. Lo prometió.

—¡Apártate de la ventana! —La cojo y tiro de ella hacia atrás.

Angela rompe a llorar. Los ojos me engañan. Veo…

Lyndley de pie en el mismo lugar. Llorando. Nuestro primer verano juntas. Tenemos trece años. Seguimos repitiéndonos lo felices que deberíamos estar por ser adolescentes, que ahora todo cambiará para nosotras y será mucho mejor, pero este verano ya ha cambiado todo. Es horrible. Siento su dolor. Han sucedido cosas horribles. Cosas que no puedo decir, ni siquiera pensar. Le ocurrieron a Lyndley, pero yo también las siento; en algún oscuro lugar gemelo, siento cada golpe. Sé de cada vez que Cal fue a su cama. Ella podía manejarlo, decía. Ella podía manejar las cosas siempre y cuando estuviéramos juntas, siempre y cuando estuviera en la isla y estuviéramos juntas. Eso era lo que decía, pero se equivocaba. No podía manejarlo. No podía manejarlo, al igual que yo tampoco podía.

«Tenemos que contárselo a alguien», dije yo.

Él dijo que pararía. Lo prometió.

El sonido de más camiones de bomberos me devuelve al presente, proceden de todas las ciudades adyacentes, que están respondiendo a la llamada de alarma que Salem ha emitido.

Las antorchas avanzan. Ahora hay incendios en la calle que baja desde la casa de Eva. Un jardín. Un cobertizo.

Avanzan hacia nosotras.

Son todas las razas, todas las religiones. Son *flash-backs* . Son alucinaciones. La turba furiosa: los agricultores cuyas cosechas se han estropeado, el vecino con el niño recién nacido. Son todas las personas que alguna vez han estado lo bastante dolidas o enfadadas con lo que les ha tocado en la vida como para buscar a alguien a quien culpar.

—¿Qué vamos a hacer? —Angela se vuelve hacia mí.

Como si yo tuviera la respuesta. Como si yo alguna vez hubiera tenido alguna respuesta.

Entonces lo veo. La respuesta. Es inmediata, nos rodea. Está en el destello de la luna que brilla sobre el tejado dorado de la Casa de Aduanas. Pienso en Hawthorne y en las historias que escribió, sentado a su escritorio allí dentro. Incluso después de abandonar la ciudad, no pudo huir. Escribía sobre Salem.

Pienso en Ann Chase. Y en lo que dijo sobre los calvinistas el día del funeral de Eva: «Yo no querría su dios, si su dios no es lo bastante poderoso para librarlos del miedo que nos tienen. ¿Qué clase de dios débil y cobarde es ése?».

Y mi mente vuelve hacia Ann y hacia el primer hechizo que la vimos hacer.

Lyndley y yo estábamos sentadas en la bahía más allá del muelle, espiando desde la oscuridad. Riéndonos mientras observábamos a Ann y a sus amigas *hippies* levantar los brazos hacia la luna llena y bailar en círculos al final del muelle. Estaban haciendo sus hechizos de amor. Y nosotras no hacíamos más que reír y reír, porque aunque no podíamos oírlas, parecían totalmente idiotas, como las verdaderas creyentes, bailando de esa manera con las manos elevadas a la luna llena y con los futuros amores de sus vidas ante ellas. Recuerdo que pensé que, aunque eran más mayores que nosotras, eran demasiado jóvenes, demasiado inocentes y creyentes. Porque el mundo no funciona así, ni siquiera para los que creen de verdad.

—¿Qué vamos a hacer? —Angela solloza mientras los calvinistas se acercan.

—Vamos a darles lo que quieren.

Ella me observa mientras yo elevo las manos hacia la luna llena.

—Levanta los brazos —le digo, y ella lo hace.

«Enfrentaré a mi dios contra el vuestro cualquier día», es lo que les digo a los calvinistas. No es a su dios a quien rezo, ni a las diosas de Ann. El Dios al que estoy rezando no es masculino ni femenino. Mi dios es uno que existe al margen de los planes de los hombres, el dios que te lleva cuando no hay lugar al que ir.

—Por favor —suplico.

Angela y yo estamos de pie con las manos en el aire. Nuestras manos están elevadas hacia la luz, que yo creía que era la luz de la luna llena, aunque ahora me doy cuenta de que no es una luz, sino muchas. Las luces que avanzan hacia nosotras en formación, suspendidas sobre el agua como ovnis diminutos.

Los calvinistas también las ven. Y eso los detiene, así, sin más. Los hombres de túnica, los que estaban bloqueándonos al otro lado del agua, ahora salen corriendo. Los observo mientras la formación cambia otra vez y se convierte en las luces de lo alto del Golden Gate.

«Confía en tu don», oigo la voz de Eva en mi cabeza… Y entonces rompo a reír.

Angela ve que funciona, pero no entiende la broma. No es sólo que nuestras oraciones hayan sido respondidas, sino que lo han sido de forma tan inmediata y absoluta y con un sentido de la elegancia y la ironía que sólo puede ser obra del verdadero Dios. Porque cuando pedí ayuda, Dios me envió los símbolos de mi propia muerte. Primero la luna. Luego el Golden Gate. Pero me equivocaba sobre qué estaba viendo. Ahora lo sé. Las imágenes nunca son incorrectas; sólo era mi interpretación lo que no era correcto. Los tesoros del agua no eran los símbolos de mi muerte, sino de mi supervivencia.

Y entonces, un sonido atraviesa el silencio, la sirena obligatoria, mientras el

Golden Gate se transforma en el barco de fiesta, y el barco gira para entrar en el canal entre el embarcadero y el muelle Derby.

Los calvinistas se repliegan y se apartan del camino del enorme barco lleno de juerguistas borrachos y la música a todo volumen y de todo de lo que ellos reniegan mientras el barco entra al puerto.

—¡Salta! —digo.

Saltamos al agua cuando pasa el barco, que se interpone entre nosotras y los calvinistas, tapándoles la vista. Saltamos justo cuando otros hombres con túnica llegan a la parte de atrás del embarcadero, los listos que han venido caminando en lugar de nadando de un muelle al otro. Echan abajo las puertas y se apresuran escaleras arriba, sólo para encontrar que hemos desaparecido, lo que confirma su fe en nuestros poderes. Caen postrados de rodillas, se golpean el pecho y rezan para la liberación de seres como nosotras.

Nadie nos ve saltar. El capitán del barco está demasiado ocupado intentando atracar. Los juerguistas miran más allá de donde estamos nosotras, hacia la ciudad y la casa de Eva, preguntándose qué serán las luces, los camiones y el humo, que, ahora que los bomberos han comenzado a contener el fuego, se ha vuelto blanco.

No miramos atrás. Nadamos juntas, Angela y yo. En la entrada de la bahía, encuentro una pequeña barca. Tengo que emplear todas mis fuerzas para subirla a bordo y ella cae contra el casco jadeando, exhausta.

La luz de la luna dibuja un sendero directo a Yellow Dog Island, iluminando nuestro camino. Es una noche preciosa, una de las últimas noches cálidas del verano. Despejado aquí en la bahía, pero cubierto de niebla en el océano abierto. La luna llena se ve a través de la película de vaho, un faro difuso que ilumina el camino que da directamente a Back Beach.

La magia está de nuestro lado. La marea es alta, la luna perfecta. Flotamos hasta el interior de Back Beach sobre las olas, en un mar de fosforescencia brillante.

Le digo a Angela que se quede en el barco. Unos cuantos perros salen de sus cuevas para ver qué sucede, pero no se acercan.

—No te harán daño —digo—. Voy a buscar a May.

Ella asiente, confía en mí. Apenas se mueve, pero veo un poco de sangre en el barco y muchísima agua. El bebé ya viene.

Atravieso la playa corriendo, cogiendo el camino nuevo y evitando la parte en la que el océano ha comenzado a erosionar los acantilados, recuperándolos poco a poco.

En lo alto del camino, giro a la izquierda, lejos de la casa de tía Emma, con su porche caído, y hacia las luces distantes de la casa de May, en el extremo más

alejado de la isla.

Cruzo el diamante del campo de béisbol hacia la carretera polvorienta, dejando a la derecha la perrera de piedra y a la izquierda las púas de roca desde las que Lyndley saltó como si del fuerte de un castillo se tratara.

Veo el viejo coche, una glicina crece a través de la luna rota, se enreda en la antena.

Algo me detiene, una presencia. Él está apoyado contra el coche. He estado a punto de no verlo, sin afeitar, en vaqueros y con una camiseta. Pero su presencia es inconfundible. Me recorre un escalofrío hasta los pies. Me quedo helada.

—Sophya —dice él, avanzando hasta ponerse delante de mí, cortándome el paso. Su tono es autoritario. La forma en que lo dice me hace darme cuenta ahora de por qué cambié mi nombre, tenía que hacerlo. No podía soportar oír mi nombre en voz alta. Por cómo lo decía, sibilante, como una serpiente. «Sophya» era un nombre que se podía susurrar por la noche. Muy bajo, para que nadie pudiera oírlo. Lo suficientemente bajo para que ni siquiera despertara a mi madre.

Estoy ante el horizonte en el que todas las líneas confluyen. Todas las líneas de perspectiva que he dibujado sobre cada superficie de mi vida. Es el punto muerto. Cada hilo parte de este punto, cada hilo vuelve a él.

Hemos estado aquí antes. Sé qué sucederá ahora. Cuando los perros comienzan a aparecer, no me sorprende en absoluto.

Byzy está sobre las rocas; tras él, los demás. Cuento diez, después veinte, luego más. Salen de sus escondites suave y silenciosamente.

Cal ni siquiera ve que está ocurriendo hasta que está rodeado. Cuando finalmente los ve, hay terror en su rostro, pero también reconocimiento. Hemos estado juntos en este punto muerto antes, Cal y yo. Cal en el barco que robó de San Diego. Deshidratado y al borde de la muerte. Perdido en el mar. Y yo aquí, perdida en esta isla, en el mismo punto en algún momento del tiempo. Compartimos la misma visión, la misma alucinación. Los dos hemos visto el mismo final. Y los dos sabemos que yo soy la encajera de esta pieza. Los dos sabemos que lo que suceda a partir de aquí depende de mí.

Los perros están cerrando el círculo alrededor de él. De la misma manera que los hombres de túnica lo estaban cerrando sobre nosotras, avanzando silenciosamente. Los ojos de los perros brillan, enseñan los dientes.

—Has venido a buscar a Angela —digo yo.

—Sí —dice él—. He venido a por ella.

—No puedes tenerla —replico.

Cuando digo eso, los perros llevan a cabo su ataque. Están encima de él antes de que yo tenga la oportunidad de decir una palabra más, rasgando su ropa, su carne. Y exactamente igual que en el sueño, sé que no puedo detenerlos. Esta vez sé la palabra. Pero esta vez lo que es diferente es que no sé por qué querría hacerlo.

Entonces, aparece Angela. Va hacia Cal, intentando interponerse entre él y los perros.

—¡Parad! —les grita, pero lo único que logra es enfurecerlos más.

—¡Quítate de en medio! —le grito.

Ella no se mueve, y veo en sus ojos lo que May vio aquella noche en los de la tía Emma. Es lo que la incapacitó para apretar el gatillo y detener todo esto, lo que le hizo perder la oportunidad que le había sido dada.

Por la razón que sea, Angela quiere a Cal Boynton. Lo ama lo suficiente para morir por él.

—¡Por favor! —Ahora está llorando, intentando acercarse a él.

Uno de los perros se vuelve hacia ella, le muerde el antebrazo. Veo la sangre manar.

Estoy indignada. Tanto por ella como por él. Toda la rabia de mi infancia se desata, y por un momento pienso que los dos deberían morir juntos. Que se merecen el uno al otro. Que se merecen este final. Pero hay una cuarta persona aquí. Puedo ver su rostro. Está aquí con nosotros. Mi hermana. La veo de joven, veo en qué se convertirá cuando crezca, en lo que quiere convertirse si tiene la oportunidad en esta ocasión. Y yo le debo esa oportunidad.

—¡Parad! —grito, sabiendo que la palabra que Angela había utilizado era correcta, pero que tenía que salir de mis labios. Y sabiendo que tengo que decirlo en serio—. ¡Parad! —grito más fuerte y, esta vez, en serio.

El mundo se detiene. Los perros se inclinan sobre sus cuartos traseros como si fuera una imagen congelada y estuvieran esperando a que alguien volviera a pulsar *play* .

Angela cae de espaldas, sollozando.

Cal está en el suelo, entre nosotras. Está sangrando mucho.

—Sabía que vendrías a buscarme —dice Angela, comenzando a avanzar. Entonces, al ver la sangre, se detiene. Como si la hubieran partido en dos, se dobla por el primer dolor del parto.

Cal lucha por ponerse en pie, se arrastra a su lado. Mis ojos lo dejan helado en el sitio.

—Estoy bien —dice ella levantando una mano, y se sujeta contra una roca para apoyarse.

Y veo que él también la quiere. Quiere ayudarla, lo veo en sus ojos. Pero, por mucho que lo desea, no se mueve. Cuando finalmente habla, se dirige a mí, pero no dice lo que creo que va a decir. No me dice que estoy poseída o que soy una prostituta o que todo lo que ha sucedido es culpa mía.

—Perdóname —dice con la voz suave. Esta vez no es una orden; se parece más a una oración.

La sangre forma un charco a sus pies.

Entonces da un paso adelante, hacia mí. Tiene los brazos abiertos. Hay lágrimas en sus ojos.

Yo me quedo quieta como una estatua. Oigo a *Byzy* gruñir, pero no se mueve. No se moverá hasta que yo no se lo ordene, y los otros no se moverán si él no lo hace.

Mi mente está en blanco. Siento a Cal acercarse a mí, siento sus brazos venir, y de pronto oigo un ruido seco, siento cómo mis costillas se rompen cuando caigo de espaldas bajo él sobre las rocas.

Estamos fusionados juntos.

Entonces veo a May. Está allí de pie, con el rifle en la mano. Las otras mujeres están con ella. Avanzan, rodean a Angela, y veo a una de ellas coger a Angela del brazo y conducirla hacia la perrera, el edificio más cercano. Angela está llorando. Es un sonido bajo, animal, tristeza y nacimiento a partes iguales. Las mujeres la han envuelto de la misma forma que envolvieron a la mujer asustada con los niños el primer día que estuve aquí.

—Llama a la guardia costera —dice May—. Diles que necesitamos el helicóptero de evacuación médica.

May baja el rifle. Utiliza toda su fuerza para apartar el cuerpo de Cal de mí.

Los gemidos procedentes de la perrera se mezclan con el sonido de mi propia sangre en mis oídos. Los gemidos se vuelven los aullidos de una mujer de parto. Mi vida pasa ante mí. Con cada uno de los gemidos de Angela, algo fluye fuera de mí. Aire y sangre. Con cada gemido, algo se va. Me estoy muriendo.

Todas están aquí. Todas las mujeres. La tía Emma está aquí, junto a las demás. Las mujeres de mi pasado, profesoras, amigas. Y entonces, entre la multitud, veo a Eva. Apartada, sentada sobre la misma roca en la que estaba Angela hace un momento; está trabajando en algo, con la vista baja sobre eso. ¿Qué está haciendo? Entonces lo entiendo. Está trabajando en una pieza de encaje. Mi encaje. El que me envió antes de morir. Está intentando acabarlo.

Lucho por respirar. La oscuridad está por todas partes. La niebla está bajando. Cubre la luna y las estrellas. Hace tanto frío…

Y durante todo el tiempo, Eva sigue trabajando. Pasando los bolillos unos sobre otros. Quiero que levante la vista, que me mire, pero no lo hará. Ella sigue hilando el encaje. Me doy cuenta de que lo está haciendo por mí. Pero no puede ayudarme. Esta vez, no. Quiero que levante la vista porque quiero decírselo, porque lo sé, aunque ella no lo sepa. Esta vez la ayuda para mí no puede venir de Eva. Tiene que ser de otra persona.

Primero oigo el sonido, pequeños ruidos como pedos. Me molesta, está fuera de lugar. Entonces veo las sandalias, y levanto la vista. Ella sale de entre la multitud, abriéndola en dos. Está fumando un porro. Y pienso en lo típico que es de Lyndley, cuán egoísta, que ella sería capaz de estar fumando un porro y no haciendo nada incluso mientras yo estoy aquí agonizando. Robándome el protagonismo como siempre, igual que hizo siempre. Lleva el cubrecama. No en forma de pantalón como pensaba, sino envuelto alrededor de los hombros, como si fuera un enorme chal que es demasiado largo, arrastrándolo por el suelo a su espalda, arrastrando basura y hierba, ensuciándolo. Tiene el pelo largo y recogido en una trenza.

—Lyndley —digo.

—Towner —contesta como si no hubiera nada fuera de lo normal, conmigo aquí echada en el suelo, muriéndome de esta manera.

Se agacha para tener una perspectiva mejor de mi situación, dando una calada profunda del porro. Y entonces, sé lo que va a hacer. Me va a echar el humo. Me estoy muriendo y ella va a insuflar humo en mis pulmones y va a intentar que me coloque con ella.

—Relájate —me dice, y me doy cuenta de que no puedo evitarlo.

Siento sus labios sobre los míos. No puedo huir. Siento el humo mientras éste baja por mi garganta, ardiente, punzante.

Alargo un brazo para cogerla, pero se ha ido otra vez. Entorno los ojos para tratar de verla, pero la luna ha bajado. Desciende sobre nosotras demasiado a prisa.

Después la niebla se levanta y me doy cuenta una vez más de que no es la luna lo que veo, sino otra cosa que se mueve. Entonces oigo el sonido, coordinado con la luz. No es la luna, y tampoco es el barco de fiesta. Trae la brisa consigo al descender, y mi visión se aclara. El aire de la hélice del helicóptero ha apartado la niebla.

Observo a Lyndley volverse y alejarse de mí en dirección a la perrera de piedra. Es el momento. Ella mira atrás, sonríe y entonces entra para conseguir la oportunidad que le robaron hace tanto tiempo.

Intento decir su nombre pero ya no reconozco mi propia voz.

—¿Quién es Lyndley? —oigo que pregunta una de las mujeres de El Círculo a May cuando me oye decir el nombre de mi hermana. Los paramédicos pululan a mi alrededor. La voz de la mujer es diminuta, asustada.

—No es Lyndley —le dice May—, es Lyndsey... Lyndsey era la hermana gemela de Sophya.

—¿Está aquí? —La mujer mira a su alrededor. Ve la sombra al pasar. Sus ojos siguen los míos.

—No —dice May—. Lyndsey no está aquí. Murió al nacer.

Murió. Lo sé. Y no lo sé. Es cierto y es falso a la vez.

Me estoy muriendo. Y al mismo tiempo, en la perrera, mi hermana, Lyndley, al final tendrá su oportunidad de nacer.

Entonces los perros corren a esconderse, todos menos *Byzy* , que no se aleja de mi lado hasta que May coge su collar para evitar que muerda a los paramédicos cuando me apartan de él, poniéndome primero sobre la camilla y luego en el helicóptero.

Sexta parte

Cuando se acaba cada pieza de encaje, se corta del mundillo, se sujeta a contraluz y, por primera vez, se revela el delicado patrón. El corte del encaje se debe hacer con gran cuidado y ceremonia. Las mujeres se reúnen a su alrededor, conteniendo el aliento, mientras la encajera corta el delicado hilo de las tramas. Recuerda a las comadronas, al nacimiento, al corte del cordón umbilical, pues tal es su delicadeza, la expectación. Cuando finalmente el encaje es cortado, hay murmullos de placer y admiración. Es un momento de gran alegría para estas mujeres, que han llegado lejos juntas.

Guía de la lectora de encaje.

Capítulo 34

Estuve en el hospital Mass General durante seis semanas. Uno de mis pulmones colapso a causa de la bala, que atravesó a Cal y se alojó en mi cuerpo. Me hicieron seis transfusiones.

Beezer y Anya volvieron a casa desde Noruega. Estuvieron allí la mayoría de los días, como Rafferty, que intentó llevar a *Byzy* a verme. Pero le negaron la entrada en la puerta, así que se quedaron fuera y me hicieron mirarlos por la ventana, en la acera de abajo, donde él tenía a *Byzy* atado con una correa, y desde donde yo veía a Rafferty estornudando. Dijo que lo hizo por *Byzy* y no por mí, porque el condenado perro seguía nadando hasta la ciudad buscándome y el empleado de la perrera lo atrapaba una y otra vez y lo encerraba. Dijo que tenía que enseñarle a *Byzy* que yo estaba bien, así podría volver a la isla y quedarse allí. «Y dejar de ser un grano en el culo».

May vino una vez, para hablar con los médicos. Me contó que Angela había tenido una niña.

—La ha llamado Linda —dijo, mirándome. Los médicos le habían dicho lo que yo pensaba, que el bebé de Angela era mi hermana, Lyndley—. Una interesante elección de nombres —dijo May—. ¿No te parece?

Angela y su bebé se han ido de este lugar. En esta ocasión, no al norte, sino al sur, con unos amigos que May tiene en Georgia, gente que la ayudará, parte de la red clandestina. Ya no está en peligro por culpa de los calvinistas, pero no puede quedarse aquí.

Los calvinistas también se han marchado. El grupo se dispersó cuando se enteraron de la muerte de Cal. Pero se habrían disuelto de todas formas. O bien desaparecían o bien eran arrestados bajo diversos cargos de incendios provocados. Así como intento de asesinato. Abandonaron Salem uno a uno, tiraron sus túnicas en las papeleras de la ciudad y en los bancos de los parques. Se volatilizaron para no volver nunca más.

Veo a tres psiquiatras distintos además de a un investigador de Harvard que está haciendo una tesis sobre precognición y se ha interesado en mi caso. Hasta donde yo sé, no hay diagnóstico. Desorden disociativo es sin duda parte de él. Y culpabilidad de superviviente.

May y los médicos me han ayudado a completar las lagunas. Mi hermana gemela, Lyndley, nació muerta. Su verdadero nombre era Lyndsey, o lo habría sido de haber vivido. May se lo ha explicado todo a los médicos, y sé que está contando la verdad, porque en cierto modo me suena de la forma que la verdad lo hace siempre. Mi hermana murió a causa de las severas palizas a las que mi padre, Cal Boynton, sometió a mi madre. Las dos nacimos prematuramente, pero yo fui la que sobrevivió. Emma siempre se ha culpado

por la muerte de Lyndley. Quiero decir, Lyndsey. Eso es lo que May dice. No es extraño que las víctimas de maltrato se culpen por todo lo que sucede. Cuando nosotras nacimos, Cal ya tenía a mi madre convencida de que la mayoría de las cosas que iban mal en el mundo eran culpa suya.

May dice que Emma es como las otras mujeres maltratadas en ese aspecto. A menudo se culpan a sí mismas. Las palizas no empiezan de un día para otro. La mayoría de los abusos empiezan lentamente. Normalmente, un comentario fuera de tono, algo peyorativo que las mujeres ya piensan sobre sí mismas. Comienzan con la destrucción de una autoestima ya de por sí frágil. Después viene el aislamiento. Es la situación que May ha visto una y otra vez. Es un proceso gradual del que uno apenas se percata. Hasta que empiezan las palizas de verdad. Para ese momento, normalmente la víctima es tan temerosa e insegura de sí misma que ya no es capaz de escapar.

Hay otro especialista que vendrá a la ciudad en algún momento de la semana que viene. Alguien con quien Rafferty ha dado, una persona que escribió un libro sobre el tratamiento de la pena de los gemelos. Y otro que está especializado en abuso sexual infantil prolongado. El mejor médico al que visito es uno que me recomendó mi propia terapeuta, una compañera suya de Harvard. Comencé a verlo mientras todavía estaba en el hospital Mass General, y ahora que estoy fuera, voy dos veces por semana a Boston. A veces, cojo el tren. A veces me lleva Rafferty, y paramos en North End a comer o a cenar pronto y tomar un helado si él no tiene que volver al trabajo.

Estoy de luto. Por Eva. Por mi verdadera madre, Emma, y por todo lo que le ha sucedido a ella. Y por Lyndley. Me piden que viva mi duelo, que lo sienta. Es difícil. A veces, se abre paso, pero estoy tan acostumbrada a no sentir nada que incluso el propio dolor parece alejado, como si le estuviera pasando a otra persona. Aun así, me esfuerzo.

He quitado la casa del mercado. No puedo venderla, todavía no. Algunas de las razones son prácticas. Una de las alas se quemó en el incendio. Es sorprendente cuán poco se perdió, teniendo en cuenta la intensidad y la extensión del fuego. Una cuarta parte de la casa estaba destrozada, la parte en la que estaba el salón de té. He contratado a un constructor para restaurarla, una persona que me recomendaron en el museo Peabody Essex. Están muy interesados en restaurar los túneles, si pueden convencer a la ciudad de retirar el relleno. He donado las piezas de cerámica china al museo. Ya veremos qué hago con el resto. De momento, *Byzy* y yo vivimos en la cochera. Voy y vengo a la casa principal cada vez que necesito algo, pero dormir en la casa pequeña es acogedor, más parecido a las cuevas a las que él está acostumbrado.

Tenemos que quedarnos para el juicio de May. Será en algún momento del año que viene, probablemente en primavera.

He visto a Ann Chase varias veces. Quiere volver a abrir el salón de té de Eva. Ella y sus chicas han empezado a leer encaje.

Como parte de mi terapia, he comenzado a pintar. Me siento durante horas delante del caballete que Eva me preparó el año que pinté *Nadando hacia la*

luna . Pinto la bahía y el parque Common. A veces intento pintar las flores. Si hay algo en lo que todos los médicos están de acuerdo es en que no tengo talento en absoluto. Pero me urgen a seguir intentándolo, convencidos de que el talento debe de estar dentro de mí, en alguna parte, de la misma manera que creen que Lyndley está dentro de mí. Y por eso me siento.

Está refrescando. Mañana es Halloween. Durante todo el mes, el Tren del Terror ha estado en funcionamiento de Boston a Salem, trayendo a los turistas para lo que se ha vuelto la temporada de más trabajo para los comerciantes. Gente disfrazada de monstruos sirve combinados a los viajeros. Me siento y a veces los observo y pienso en la libre empresa y en lo creativa que puede llegar a ser. En esta época del año aparecen casas encantadas que llevan las familias, sin que haya legislación que pueda ponerles límite. La ley no fue aprobada. Según Rafferty, fracasó por la misma razón que habrían fracasado los calvinistas si no hubieran acabado consigo mismos. Fracasó porque Salem es una ciudad tolerante, religiosa, social e incluso económicamente. Quizá no alcanza la paz perfecta. Una cosa así es imposible de imaginar en el mundo actual. Pero, a fin de cuentas, Salem es una ciudad que no se toma a sí misma demasiado en serio, porque aprendió muy temprano, en el siglo XVII, lo que puede ocurrir si eso sucede.

Las limusinas ya hacen cola delante del hotel Hawthorne. Esta noche es el Baile de las Brujas. Es formal y, según me ha dicho Ann, es un evento bonito, lo más destacado de la temporada social.

Al otro de la calle, en el parque Common, hay tres mil calabazas, todas vaciadas y con velas, demarcando los caminos o sobre las ramas de los árboles. Es digno de verse. Un par de días antes, la temperatura subió demasiado, superó los veinticinco grados un día o dos, y Rafferty se preocupó porque las calabazas se pudrirían y no durarían hasta Halloween, cuando su hija tendría la oportunidad de verlas. Pero el frío ha vuelto otra vez, así que no hace falta que se preocupe.

Me dijo que su hija quería que le hicieran una lectura de encaje, que siempre había querido una. No sabe nada de Eva ni de lo que le sucedió; tan sólo vio una vez su cartel en uno de sus viajes y pensó que sería divertido que le leyeran el futuro.

Pienso mucho en Jack. Se ha mudado lejos de aquí, a Canadá, donde siempre quiso vivir. Y pienso en Eva. Incluso pienso en Cal, y me cuestiono el perdón. Sé que es lo que tiene que suceder. Cada libro que leo lo dice. Y también el doctor Ward. Todo perdón es perdonarse a uno mismo. Eso es lo que él dice. Pero aún no sé cómo perdonar. O, a fin de cuentas, quién debe ser perdonado.

Beezer y Anya se han quedado por aquí una temporada. Todavía viven en Cambridge, pero vienen a menudo para echar una mano. Ella es más agradable de lo que yo creía. Quieren tener niños. May está emocionada con la idea. Quiere ser abuela. Dice que se le dará mejor de lo que nunca se le dio ser madre, y Beezer contesta que eso no es mucho decir, pero yo no lo sé. May fue una buena madre para Beezer; ella le dio todo lo que necesitaba. Y fue una buena madre para mí cuando la mía no fue capaz de serlo, cuando fue demasiado débil y estuvo demasiado herida para seguir comportándose como

una madre.

No sé si Emma sabe lo que ha pasado. O si me reconoce como su hija. A veces creo que sí, pero no puedo estar segura. Para mí es suficiente con que yo pueda reconocerla a ella. Que todavía siga viva y, yo diría, feliz al fin en su mundo según ella lo entiende. Me doy cuenta de que hemos recibido dones. Pequeños y grandes.

Finalmente he leído mis diarios. Y el libro que Eva escribió: la *Guía de la lectora de encaje* , con las páginas salteadas y encontrándome con su frágil caligrafía. Cada página revela un nuevo secreto, como cuando éramos niños y usábamos zumo de limón para hacer desaparecer la tinta y leer lo escrito a la luz de una bombilla. Estoy haciendo todo lo que puedo para restaurarlo, escribo sobre su letra. Sus lagunas son una imitación de las mías, y me esfuerzo por completar las páginas de la misma manera que lo hago para completar mi propia historia. Lentamente. Un proceso con idas y venidas. Un buen trabajo para el largo invierno que está al caer.

Me doy cuenta de algo curioso mientras trabajo. Mientras mi pluma se desliza sobre la tinta de la de Eva y las palabras de la página se hacen más oscuras y legibles, mi imagen de ella comienza a perder fuerza. Es como si las dos hubiéramos intercambiado nuestros sitios, una avanzando hacia el primer plano, mientras la otra se aleja.

No obstante, todavía recibo visitas de Eva en algunas ocasiones. Hoy estaba llevando algo dentro, subiendo la vieja escalera y me he encontrado con ella, que bajaba. Estaba vestida para nadar, con un albornoz de playa y un gorro de natación, con la toalla colgada al hombro. Todavía hace eso, va a nadar. Son las únicas veces en que la veo. Ya no habla. Y su imagen es muy débil. Cuando pasa por mi lado, me sonríe como siempre, y entonces hace algo más de lo que siempre hacía: se hurga en los bolsillos como si estuviera buscando algo.

Dejo las cosas en la habitación de Eva, que ahora es la mía. Estoy un poco cansada. Decido acostarme un minuto en la cama de dosel para una siesta corta y tal vez un sueño. Ya no me preocupo por los sueños, las pesadillas han desaparecido. Apoyado sobre las otras almohadas está el mundillo que me envió Eva antes de morir.

Lo cojo para dejarlo sobre la mesilla de noche y así poder tumbarme. Y pienso en Eva hurgándose los bolsillos. Lo comprobé el día que recibí el mundillo, esperando encontrar una nota, sorprendida al constatar que no había nada. Lo compruebo una vez más ahora, pensando que tal vez pasé algo por alto la primera vez, que esto es lo que Eva intenta decirme cuando sigue revisando sus bolsillos. Pero el bolsillo está vacío. Entonces la veo de nuevo en el ojo de mi mente, comprobando su otro bolsillo. Uno, dos. Todo a pares. Pero tradicionalmente los mundillos sólo tienen un bolsillo. Sé eso. Es algo que he aprendido. Aun así, le doy la vuelta al mundillo y, bajo la costura del extremo del fondo, encuentro el segundo bolsillo. En su interior está la pequeña tijera que reconozco de mi infancia, la que Eva usó para cortarme la trenza. También encuentro la nota.

Querida Towner:

Lo estoy haciendo. Estoy nadando hacia la luna. Terminaré lo que tu hermana comenzó hace tanto tiempo. No se me ocurre otro modo de ayudarte en esta espiral descendente más que éste: nadaré hasta la luna. Haré por ti lo que tu hermana no pudo hacer. Ocuparé tu lugar.

Vive una vida larga y feliz… Y confía en tu don. Es verdadero.

Eva

Lloro durante mucho rato. Cuando finalmente me enjugo las lágrimas de los ojos, cojo las tijeras y corto el encaje del mundillo. Lo sujeto a contraluz, moviendo sus patrones caóticos y mirándolo desde todas las perspectivas, viendo cada una de sus imperfecciones.

Y entonces, le digo a Eva las mismas palabras que ella me dijo hace muchos años, cuando me cortó la trenza. Quizá no era cierto entonces, o no era cierto para siempre, pero ahora lo es. Las palabras que le devuelvo a ella son las mismas que ella me dijo aquel día tanto tiempo atrás: «El maleficio está roto. Eres libre».

F I N

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas:

A Alexandra Seros, por años de ayuda y amistad.

A mi agente, Rebecca Oliver, por creer en el libro y hacerlo realidad. A Brian Lipson por tener la visión. A The Endeavor Agency.

A Laurie Chittenden por ser una campeona de su talla en esta historia. A Laurie Chittenden y Clare Smith por las maravillosas notas y la inspiración. A toda la gente fantástica de William Morrow/HarperCollins. Y un agradecimiento especial a Lisa Gallagher por leer el manuscrito en el aeropuerto de Heathrow.

A mi madre, June, por su presciencia y el don de ver más allá que le dijo que siguiera escribiendo. A mi padre, Jack, que siempre creyó en los tipos buenos. Y en los perros buenos. Y en mí.

A Pal y Pal: Whitney Barry y Emily Bradford, por leer y comentar los numerosos borradores, por su fe inquebrantable y por el increíble regalo, el jardín de *La lectora de secretos* .

A los escritores de Warren Street: Jacqueline Franklin y Ginni Spencer, por cinco años de apoyo y sugerencias.

A Diane Stern, por toda su ayuda.

A Kelley y Hal, por su conocimiento de las relaciones públicas.

A Tami Wolff y la clase de inglés APS de Deer Island por mi primera lectura.

A Rema Badwan por compartir generosamente su vasto conocimiento de la industria editorial.

A Jim McAllister, por comprobar la veracidad histórica y los datos de Salem.

Al primer *editing* : A Tom Jenks por las notas sobre el punto de vista. A Ed Chapman y a Norman Hoffman por su experiencia editando. También, a Laura Vogel y a Ruth Greenberg.

Y a los lectores: Mandee Barry, Mark Barry, Susan Marchand, Donna Housh, Ed Trotta, Marcia Goodstein, Dottie Dennesen, Andy Postman, Jeannine Zwoboda, Carol Cassella, Gloria Kelley, Jocelyn Kelley y Megan Hall.

Y, por último, pero no menos importante, a *Byzy* , un gran guerrero y un supercachorro.

Nota de descargo de la autora

La lectora de secretos es una obra de ficción. Aun así, la evocación de la localización es muy real y muchos lugares existen.

Sin embargo, unos cuantos sitios son extrapolaciones ficticias de sitios reales. Yellow Dog Island no existe, pero su geografía y su topografía se parecen mucho a las de la isla llamada Children's Island, donde trabajé en una época. La casa de Eva es una recopilación de una que valoré comprar en Salem, la que compré finalmente y la casa de mi abuela, que no estaba allí, sino en Swampscott. El jardín de Eva está inspirado en los jardines de la histórica Mansión de las Cuerdas.

Cortar el encaje es algo que las encajeras de Ipswich no hacen, ya que las tramas están enrolladas a los alfileres. Si se cortara la trama utilizada para hilar el encaje, éste se desharía y echaría a perder la pieza. Eva inventó una técnica para unir el encaje al mundillo y sujetar así el trabajo inacabado con más seguridad. Se hacía con una aguja de coser y con un hilo diferente para que pudiera ser cortado más adelante.

Me he tomado algunas libertades con la cronología del libro. Está situado vagamente en 1996, pero he introducido detalles de Salem que me parecieron interesantes de otros años de la misma década: las calabazas en el parque, el avance en el *Amistad* , etc. En general, cuando se citan hechos históricos, se han llevado a cabo todos los esfuerzos posibles para presentarlos con tanta concisión como ha sido posible, siempre y cuando la integridad de la narración de ficción no corriera peligro (es decir, es una novela, no un libro de historia).

Mis disculpas a Roger Conant, que nunca estuvo en peligro de ser retirado de su podio por comportamiento indecente, y sin duda estaría horrorizado sólo de pensarlo.

Oh, nunca he visto ninguna rata cerca de la bahía de Salem (ni en ningún otro lugar de la ciudad).

Aún más

Por favor, visite www.LaceReader.com (en inglés) para conocer la agenda de la autora, noticias generales, obtener información de fondo sobre Salem, conocer el método de Eva para leer en el encaje, para participar en las discusiones, o para enviar sus preguntas y comentarios.



BRUNONIA BARRY. Nacida y criada en Massachusetts, estudió literatura y escritura creativa en el Green Mountain College de Vermont y en la Universidad de New Hampshire. Ha creado pasatiempos y juegos de ingenio para *Smart Games* , compañia de la que es cofundadora. Vive en Salem, Massachusetts, con su marido y su querido golden retriever, *Byzantium* .

Notas

[1] Castigo físico que consistía en rociar al individuo de brea caliente para adherirle a continuación las plumas de un animal, como por ejemplo un pollo. Esta práctica se desarrolló en la Europa feudal para implementar la justicia, tanto legal como ilegal, y más tarde se importó a las colonias. [N. de la T.]. <<

[2] Versos de la segunda estrofa del poema «Canción del aya» de la obra *Cantos de experiencia* de William Blake (traducción de Enrique Caracciolo Trejo en William Blake, Antología bilingüe, Alianza Editorial, Madrid, 2007). [N. de la T.]. <<

[3] Conocido abogado defensor norteamericano de estrellas del mundo del espectáculo y el deporte como O. J. Simpson y Michael Jackson. [N. de la T.]. <<

[4] La frase completa es *One if by land, two if by sea* («Una si vienen por tierra, dos si vienen por mar») y se atribuye a Paul Revere, uno de los héroes de la revolución americana que utilizó este código en su desempeño como mensajero en las jornadas anteriores a las batallas de Lexington y Concorde en 1775. [N. de la T.]. <<

[5] Emily Post (Baltimore, Maryland, 1873-1960) fue una prestigiosa autora en materia de etiqueta. [N. de la T.]. <<